

RAÚL A. ENTRAIGAS



DON BOSCO

EN AMÉRICA



RAÚL A. ENTRAIGAS

DOCTOR EN TEOLOGÍA

Miembro correspondiente de la Real Academia de Buenas Letras de Sevilla;
Miembro correspondiente de la Academia Nacional de la Historia (Argentina); Fundador y Presidente del Instituto de Investigaciones Históricas del Río Negro; Miembro de número de la Sociedad de Historia Argentina; Miembro activo de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza; Miembro de número de la Junta de Historia Eclesiástica Argentina.

DON BOSCO EN AMÉRICA

**BOCETO BIOGRÁFICO
DEL PADRE LUIS J. PEDEMONTE**

**BUENOS AIRES
M.CM.LXIII**

PRIMERA EDICIÓN

— Abril de 1963 —

Buenos Aires, 28 de noviembre de 1962.

NIHIL OBSTAT.

**DOMINGO MARTÍNEZ, S. D. B.
Censor Salesiano**

Buenos Aires, 30 de noviembre de 1962.

PUEDE IMPRIMIRSE.

**† ANTONIO ROCCA
Ob. de Aug. y Vic. Gen.**

Queda hecho el depósito que ordena la ley 11.723

PRINTED IN ARGENTINA — IMPRESO EN LA ARGENTINA

DON BOSCO EN AMÉRICA

BOCETO BIOGRÁFICO

DEL PADRE LUIS J. PEDEMONTE

OBRAS DEL MISMO AUTOR

MES DE DON BOSCO (1934). Ediciones argentinas, cubanas, española y venezolana.

BAJO EL SÍMBOLO AUSTRAL. Versos (1936). Agotada.

EL PADRE "DOTOR". Biografía (1939). Primer premio otorgado por la Comisión Nacional de Cultura.

UNA FLOR DE LA PAMPA. Biografía (1941). Agotada.

PINCELES DE FUEGO (1942). Premiada por la Asociación de Escritores Argentinos (Tercera edición).

MONSEÑOR FAGNANO. Biografía (1945).

EL ÁNGEL DEL COLORADO. Biografía (1946). Primer premio otorgado por la Comisión Nacional de Cultura (Segunda edición).

UNA FLOR ENTRE LOS HIELOS. Biografía (1947). Agotada.

VERDADES DEL BARQUERO. Ensayos (1948).

EL BUEN PASTOR DE CUYO. Biografía (1949).

VIDAS EN FLOR (1949). Edición mejicana, 1952.

ROCÍO DE LA MAÑANA (1951). Segunda edición, 1961.

EL PARIENTE DE TODOS LOS POBRES. Biografía (1954). Segunda edición, 1960.

ÁNGEL SAVIO, EL HERALDO. Biografía (1955).

ONETO, EL COLONIZADOR. Biografía (1955).

PERFILES PATAGÓNICOS. Relatos históricos (1956).

EL APÓSTOL DE LA PATAGONIA. Biografía del cardenal Cagliero (1956).

LA AZUCENA DE LOS ANDES. Biografía de Laura Vicuña (1957).

PATAGONIA, REGIÓN DE LA AURORA. Versos (1959).

EL FUERTE DEL RÍO NEGRO (1960). Premiado por la Comisión de Cultura de la provincia del Río Negro.

EL HORNERO DE DIOS. Biografía (1961).

POLVO DE TIEMPO Y DE TIZA. Versos (1962).

En preparación

EL CABALLERO DE LAS ONDAS.



Nariz prominente, sonrisa a flor de labios,
ojos soñadores: ¿No era así Don Bosco?

A MANERA DE PREFACIO

Ésta no es la biografía del padre Pedemonte. Como lo dice el título, no es más que un boceto biográfico del ilustre salesiano. Algún día se ha de escribir una historia documentada, en que se pongan de relieve, en forma exhaustiva, las virtudes, las benemerencias y las obras múltiples del eminente Hijo de Don Bosco.

* * *

El padre Luis falleció el 8 de febrero del año pasado. ¿Por qué esta premura en pergeñar su semblanza? Por varias razones; y en primer término, porque el autor tiene en vista una serie de trabajos literarios de aliento, y si dejaba pasar tal oportunidad, ya este libro hubiera quedado relegado para las calendas griegas. Además, el autor, en una extensa gira por los países donde al protagonista le tocó actuar, ha tomado nota de sus andanzas por Bolivia, Perú, México y Cuba. Tiene frescas las impresiones recibidas. Si no las pasaba al papel ahora, temía que el tiempo las diluyera. Por otra parte, hace muchos años que salesianos y no salesianos venían diciéndole:

—Usted debe escribir sobre el padre Pedemonte.

—Veremos... —respondía siempre.

Pero desde entonces el autor abrió cuenta corriente con él.

Es decir, dedicó uno de los cajones de su archivo a recoger los documentos que le concernían.

Este libro no es, pues, improvisado.

* * *

El autor hubiera deseado que esta obrita fuese la mejor de las que han salido de su pluma; porque con ella entiende pagar una deuda sagrada. Y las deudas sagradas se pagan, a ser posible, en oro. Si no es así, valgan la intención y los buenos deseos de ofrecer lo mejor.

Contrariamente a lo que se acostumbra y cuadra a la idiosincrasia del autor, bajo su propio nombre, en la portada, van hoy los varios títulos que posee. Es que el alumno quiere, a fuer de bien nacido, depositar sobre la tumba del maestro algunas de las flores recogidas en el camino de la vida, como diciendo:

—Padre, esto es suyo... Si hemos podido escalar alguna cumbre, a usted se lo debemos. Usted nos dio vía libre...

* * *

Don Bosco prometió escribir un libro sobre su famoso Sistema Preventivo de educación. Nunca lo escribió. No porque no tuviera tiempo, sino, quizá, porque una vez que había puesto los pilares maestros, quería dejar a los suyos que deberían desperdigarse por el mundo en el tiempo y en el espacio, la suficiente libertad de acción para que se pudiera adaptar su sistema al espacio y al tiempo.

También el Santo de Turín deseó venir a nuestra América, donde sus hijos predilectos comenzaban a trabajar con éxito. Pero nunca vino. No vino, pero envió a Cagliero, a Lasagna, a Fagnano..., y con ellos (y sus cartas encendidas), su espíritu, para que esa semilla bendita (la santidad es siempre fecunda...) se re-

produjera en las vírgenes tierras de América, como en otro Piamonte milagroso.

Cree el autor que el Santo de la juventud no ha sido defraudado. Cree a pies juntillas que Don Bosco ha retoñado en nuestro suelo. Que hoy tiene vástagos. Y que uno de ellos es Luis J. Pedemonte. Por eso, el título: DON BOSCO EN AMÉRICA. Santos de las dimensiones de San Juan Bosco no son para una región, ni para un país, ni para un continente. Son para el mundo como la luz y como la sal: "Vos estis lux mundi, sal terrae".

Cree el autor que el padre Pedemonte ha reproducido fielmente la fisonomía moral de Don Bosco. Puede equivocarse; no es infalible... Por eso, este libro tiene mucho de tesis.

* * *

Con estos antecedentes, se explica cierto carácter laudatorio de la obra. El autor se ha esforzado por evitar el ditirambo; ha procurado ser objetivo, y más de una vez ha mirado en derredor, para comprobar que estaba dentro de lo equilibrado y de lo real. También aquí, ignora si le ha sido posible sustraerse al panegírico, como hubiera deseado.

* * *

Otra cosa que lamenta el autor en este libro: Como su propia vida está tan íntimamente ligada a la obra del protagonista, no ha podido menos de hablar frecuentemente en primera persona, al relatar episodios referentes al padre Luis. Ha titubeado; pero entre dejar cosas interesantes en el tintero y decirlas —aun a trueque de ponerse en evidencia—, ha optado por lo segundo. ¡Perdón!

* * *

Cuadra también a la nuda veritas, a la probidad científica del autor, confesar una cosa que lo ha sorprendido: Siempre que se

escribe un libro, se presentan, a través de los capítulos que se van enhebrando, una cantidad de problemas, algunos de los cuales cuestan días y semanas de penosas lucubraciones para resolverlos. Pues bien; para redactar estas páginas —que fueron escritas en cinco meses—, el autor no ha tenido tropiezos; todo marchaba como sobre rieles. Parecía que una mano invisible iba señalando a la mente la senda iluminada.

* * *

Como Don Bosco, Pedemonte fue forjador de Santos. Con su palabra y con su ejemplo, ambos modelaron la no fácil silueta del predestinado a la gloria. Domingo Savio es hijo espiritual de San Juan Bosco, en la medida que Ceferino Namuncurá lo es del padre Pedemonte.

Don Bosco llevó hacia los altares a María Mazzarello; el Don Bosco de América, a Laura Vicuña.

¿Encontrará el padre Luis quien ponga en la promoción de su causa, la dedicación y el fervor con que él endilgó a sus aspirantes a los altares por la empinada senda de los procesos apostólicos?... Faxit Deus!

* * *

Y una postrera declaración: Cuando el autor emplea la palabra santo, entiende usarla en sentido lato, para referirse al protagonista. Lejos de su propósito el adelantarse a los sabios dicámenes de la Iglesia.

Dígame lo mismo en lo que a los episodios aquí narrados se refiere: No entiende darles más valor que el que confieren meros testimonios humanos.

RAÚL A. ENTRAIGAS.

Buenos Aires, 12 de octubre de 1962.

CAPÍTULO PRIMERO

BAJO EL SIGNO DEL MILAGRO

A poco más de una legua de Génova hay un hermoso valle, por cuyo centro serpentea el río Polcévera. A la vera del río, un pueblo: Pontedécimo. Hoy, casi todos sus pobladores son comunistas. Pero todos van a misa... Y allá arriba, un monte empinado, el Figogna, en cuya cima campea el santuario de Nuestra Señora de la Guardia, de vetustez varias veces centenaria.

En ese pueblo vivían, a mediados del siglo pasado, pacífica y sencillamente, los esposos Luis Pedemonte y Rosa Molinari.

Cierto día, su hijo Agustín, de doce años de edad, (1) se encaramó en un duraznero. Al querer bajar, puso el pie en una de sus horquetas; y al hacer esfuerzos para sacarlo, sufrió una seria fractura o luxación. Sus padres lo llevaron al médico. Pero el muchacho seguía cada vez peor. Lo condujeron a una clínica de Génova. El galeno no dio con la tecla. El pobre Agustín seguía rengo. Al punto que tuvo que valerse de muletas para poder andar.

El mocito miraba con envidia a sus compañeros, que corrían por los montes, trepaban a los árboles y jugaban a las bochas.

(1) Nació Agustín Pedemonte el 12 de mayo de 1851.

Sobre todo, cuando había pasado un año y él debía andar a los saltos con sus muletas, se le encogía el corazón.

Su madre, para consolarlo, le dijo un día que si no podía ejercer otra profesión, sería zapatero. Sentado en el banquito del *ciabattino*, podría ganarse la vida. Pero Agustín no se resignaba al oficio de remendón... Y como su madre lo había formado en la piedad cristiana, él planeó una solución a su problema; pero ya no en el plano humano, sino divino.

Así, un sábado de agosto de 1864 se decidió, y al día siguiente lo ejecutó.

Cantaban los gallos cuando el renguito salió a hurtadillas de su casa, con sus muletas y su esperanza, rumbo al santuario de Nuestra Señora de la Guardia. Por el camino iba rezando y llorando...

Llegó... Es de imaginar en qué estado lamentable. Pero tuvo fuerzas para confesarse, comulgar y hacer la súplica a la Virgen. Después de ésta, como la cosa más natural del mundo, fue el mancebo a la sacristía y entregó dos cosas: un exvoto de plata que traía en el bolsillo, y las muletas. Y se fue a almorzar en la fonda más modesta que había.

Comió con apetito. Enseguida —y siempre en medio de una alegría totalmente nueva— se fue a pasear por los alrededores. Luego se trataba de volver. Y ahí fue donde comenzó a flaquear la fe del pequeño romero.

—Ahora sí que voy a echar a perder la gracia que la Virgen me ha hecho —decíase el piadoso *ragazzino*.— Con una caminata de toda la tarde, mi pobre pie volverá a lo de antes...

Y el cuitado romerito se atormentaba...

Por fin, a eso de las catorce, se dijo:

—Quién ha hecho treinta, hará treinta y una...

Y hechó a caminar hacia el valle. Y anduvo maravillosamente bien toda la tarde, mezclado entre los muchos peregrinos que volvían ese domingo a sus hogares. A la oración llegó a su

casa. Doña Rosa le salió al encuentro sollozando y con los brazos tendidos. Ignorando el paradero de su hijo, había pasado el día en medio de la mayor consternación.

—¿Dónde has estado? —le preguntó a boca de jarro.

—Fui en peregrinación al santuario...

—¿Y las muletas?

—Se las dejé a la Virgen...

—¿Y cómo vas a andar sin ellas?

—¿No ves que no las necesito?...

Y la buena madre, que se había llevado las manos a la cabeza por el desatino de su hijo, las bajó lentamente, abrió mucho los ojos y los posó asombrada en el pie lisiado de Agustín. Estaba algo hinchado, por efecto de la caminata; pero muy pronto se deshinchó, y no le dolió nunca más. La gracia fue completa.

He ahí por qué Agustín Pedemonte fue en la Argentina un apóstol de la devoción a Nuestra Señora de la Guardia.

Y pudo así trabajar sin restricciones. Hasta que llegó a la edad del servicio militar. Entonces, éste era una carga harto gravosa: si se sacaba número bajo, cinco años de servicio militar; número alto, solamente cuarenta días. Y como entonces ardía la guerra franco-prusiana, y no se podía prever hasta dónde llegaría, don Luis dijo a Agustín que le convenía emigrar a América. Llovió sobre mojado, porque el mozo ya había hablado con un amigo y compañero de faenas, Gastaldi, para eludir las botas patrias viniendo a la Argentina.

Entonces era cosa fácil. No había cédula de identidad; el pasaporte no tenía las formalidades de hoy, y no se requería ni certificado de vacuna, ni de buena conducta, ni nada. El candidato entraba en el barco próximo a zarpar, y cuando sonaba el cañonazo que anunciaba la partida, se escondía en la bodega. Luego aparecía ya en alta mar, y se ofrecía a mondar patatas o a lavar los puentes. Y así pagaba el pasaje.

Una vez en el puerto de destino —donde tampoco se hilaba muy delgado, porque los países americanos ansiaban brazos para trabajar—, las autoridades aduaneras cerraban un ojo, y el desertor entraba muy orondo en estas tierras, para abrirse camino en la vida.

Pedemonte y Gastaldi planearon venir juntos, y en esa forma. Cuando se sorteó la clase del 1851, a la cual ambos pertenecían, se fue Pedemonte a Sestri Ponente, y Gastaldi, a Rivarolo. Eran de distintos distritos. Ambos tenían un solo temor: que a uno le tocara número bajo, y al otro, alto. Porque emigraría solamente el que sacara número bajo, que significaba cinco años de mochila. Y los dos querían venir a la Argentina. Y venir juntos...

Por eso, Agustín hizo otra peregrinación a la Virgen de la Guardia, para pedir la gracia: ambos, número bajo... Y luego, una vez en Sestri, metió la mano en la bolsa y miró.

—*Sessanta cinque!*... —dijo, llorando de contento.

Todos se extrañaban. Número bajo, cinco años de *militia*... Pero Agustín sabía dónde le apretaba el zapato...

Ahora se trataba de ver qué número le había tocado en suerte a Gastaldi.

—¿Y?... —fue la pregunta angustiosa, apenas se vieron.

—*Sessanta cinque!*... —dijo jubilosamente Gastaldi.

También a él le había tocado el sesenta y cinco...

Se abrazaron, y comenzaron a prepararse. Averiguaron qué barco salía para la Argentina. El que les venía mejor, era uno de vela llamado *Catalina Solari*. Precisamente, don Luis conocía al contraмаestre de esa goleta, y les dio una recomendación.

En la madrugada del 3 de noviembre de 1870 partían de Pontedécimo. A las siete estaban en el puerto de Génova. En la primera oportunidad subieron al *Catalina Solari*. Los vio el contraмаestre, y los interrogó. Agustín sacó el papelito,

y se lo mostró. No decía nada. Sólo estaba dibujada una espiral. El lobo de mar conocía ese signo cabalístico...

—*Bene, bene...* —les dijo.

Y ambos se zabulleron por la escotilla. Aquello era tan angosto y bajo, que debían andar a gatas.

Ahí hallaron a no pocos desertores. Todos sentados en el suelo y en silencio, esperaron. A las once les llegó el almuerzo: un jarrito de agua y una galleta marinera...

A las quince subieron las autoridades sanitarias. Llamaban por nombre a los pasajeros. Cada grito del oficial estremeaba a los *renitenti*...

Sólo a las dieciséis se abrió la escotilla. Habían estado ocho horas en la oscuridad. El sol les hacía daño. Cuando les dijeron: "Salgan todos", los muchachos se dieron de cabezazos. No era posible salir todos juntos...

Una vez afuera, vieron como Génova se perdía reclinada en sus bonitas colinas.

Cuando se esfumaron las costas, a Agustín le vinieron ganas de llorar. Los padres, Pontedécimo, la Virgen de la Guardia... Pero se sobrepuso.

Llegada la hora de cenar, dieron a todos los polizones un plato de lata, un jarro, un tenedor y una cuchara. Les llenaron el plato de un guiso tan malo, que Agustín tuvo que dejarlo, no obstante el hambre que tenía...

Esa noche, Pedemonte caviló mucho. Pensó en hacerse amigo del encargado de los víveres, un tal Victorio, que le pareció buen hombre...

Al día siguiente se le ofreció para ayudarle. A Victorio le agradó la sinceridad del mozo. Lo puso de ayudante de camarero..., y, lo que era una ganga para Agustín, ayudante del despensero! Evidentemente, el muchacho se había sacado la lotería...

La goleta navegaba como podía... El 7 de diciembre llegaron a las islas Canarias. Un mes y cuatro días de viaje...

Ahí supo que abajo, una pobre mujer estaba agonizando. No por curiosidad, sino por caridad —nadie quería ir a atenderla...—, bajó con Gastaldi. Pidió una vela, pues estaba todo oscuro, y la ayudó a bien morir sugiriéndole las oraciones que sabía. Al día siguiente había fallecido. Y como el buque zarpó en la mañana, por la tarde echaron el cadáver al mar...

Y comenzaron los enfermos a multiplicarse. Sólo entonces se percataron los dos amigos de por qué nadie quería acercarse a la enferma. Resulta que había muerto de viruelas...

Cuando de los doscientos cincuenta pasajeros se habían enfermado sesenta, ya cundió el terror en el pasaje. Un día echaron cinco cadáveres al agua. Los que habían pagado, protestaban. Los pobres polizones, ni ese derecho tenían... Debieron, pues, hacer causa común con la tripulación. Los sanos gritaban:

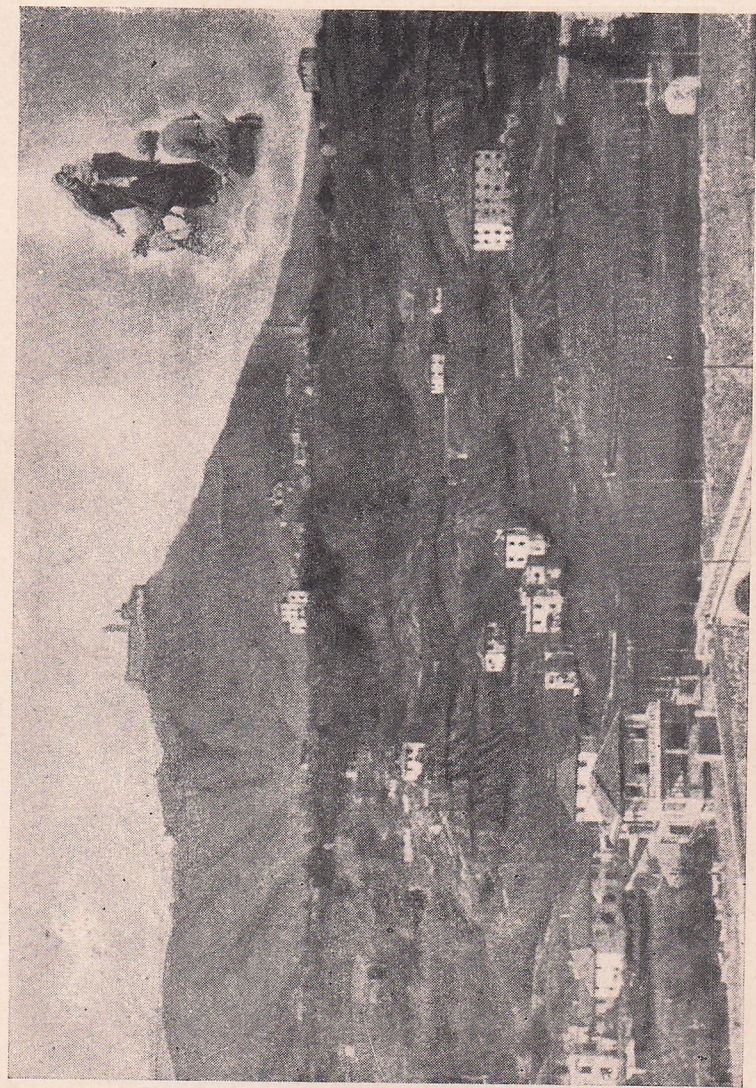
—*A terra, a terra!*...

El comandante prometió cambiar de comida. La cosa mejoró, y el 17 de enero de 1871 estaban frente a Buenos Aires. Pero, claro, como habían tenido viruelas a bordo, debieron hacer cuarentena...

Después se acercaron al muelle de las Catalinas, y descendieron a la playa de Buenos Aires sobre los hombros de unos jayanes, también italianos, que mascullaban un idioma que llamaban *la castiya*...

Agustín y Gastaldi fueron a una fonda de la calle Piedad, número 8. Y al otro día, ya Pedemonte encontró un empleo aceptable. Después, como cundía tremendamente la fiebre amarilla, prefirió ir a trabajar a una quinta de Caballito.

Los genoveses de la Boca lo llevaron a ese barrio. Ahí se contagió. La fiebre amarilla lo tuvo al borde del sepulcro.



El valle del Polcévera. Arriba, el santuario.



Don Agustín Pedemonte, ya hombre de pro.

Logró sanar. La *Madonna della Guardia* una vez más lo sacó a flote.

Después..., lo de tantos. Trabajó bien, medró, se desposó el 10 de junio de 1875 con una excelente porteña, María Solari, y levantó su casa en la calle Olavarría 486 —actual colegio salesiano—, donde el 19 de abril de 1876 nació *Luis José*, que es el protagonista de esta historia.

Don Agustín, ya hombre de pro, solía recordar emocionado como la Virgen de la Guardia lo había librado de la renquera, de las viruelas y de la fiebre amarilla. Su hijo, el padre Luis, al cumplir sus ochenta años, en una circular, escribió a sus hermanos: “Si dijéramos que somos hijos del milagro, no afirmaríamos sino una verdad notoria...” Por eso, nosotros nos atrevemos a aseverar que Luisito vino a la vida bajo el signo del milagro...

CAPÍTULO II

COMIENZA LA SENDA

El mismo año del casamiento de don Agustín, 1875, Don Bosco tomaba contacto con América, y realizaba así uno de sus sueños dorados.

Los primeros salesianos, capitaneados por el padre Juan Cagliero, llegaron a Buenos Aires el 14 de noviembre de 1875. Ellos venían para hacerse cargo de un instituto de enseñanza media en San Nicolás de los Arroyos. Pero como el Arzobispo de Buenos Aires les ofreció la atención de la iglesia de Mater Misericordiae, en la calle Moreno —pleno centro de la Capital—, llamada *Chiesa degli Italiani*, los Hijos de Don Bosco se pusieron a

trabajar arduosamente en ese ubérrimo campo de apostolado, antes de comenzar las clases en San Nicolás.

Y como la Sociedad de San Vicente de Paúl les ofrecía los medios para fundar un colegio de artes y oficios —rama predilecta de la docencia salesiana—, Cagliero tomó la pelota al vuelo, y se dispuso a preparar la inauguración de un instituto de artesanos, que fue el actual Colegio Pío IX. Al mismo tiempo fundaba en Villa Colón, Uruguay, un colegio para internos. Y así, aquel puñado de clérigos y coadjutores (diez personas) debían multiplicarse por cuatro para dar abasto.

Pero ocho meses después de llegar, ya Cagliero pensaba en la Boca. El 17 de agosto de 1876 escribe a Don Bosco: “Me ocupo de la Patagonia y de un Oratorio en la Boca...”

Al celoso salesiano le dolía en el alma ver que sus compatriotas eran sindicados como los principales autores del incendio del Colegio del Salvador y demás tropelías del año anterior. Él intuía que no eran *los italianos* quienes sustentaban ideas nihilistas y destructoras, sino cuatro corifeos que arrastraban a la masa gregaria de ignorantes. Por otra parte, él bien sabía que en la Boca, como barrio de italianos, abundaban los niños. Y a él le agradaba, como a Don Bosco, subir al tronco por las ramas, llegar a los padres por medio de los hijos.

De ahí que el emprendedor sacerdote tuviera hambre y sed de tentar una excursión “a la Boca... del diablo”, como le dice a Don Bosco en la citada carta. Y apenas le dieron tregua sus ocupaciones, se caló el sombrero, se llenó los bolsillos de unas medallas doradas que había traído en cantidad de Italia, se persignó, y, en el caballo de San Francisco, tomó por la calle Belgrano rumbo al río. Siguió por “el barrio del Alto” (San Telmo), y a poco ya se había acabado la ciudad. Continuó luego, a campo traviesa, por entre huellas de carretas y baldíos, rezando y pensando...

En el bajo se divisaba la Boca, con sus casas de madera, sus marineros, sus bodegones, sus barquichuelos anclados, su nube de chiquillos, y sus tabernas apestando a mosto y a pescado... Se internó en el barrio. Saludaba a todos. Algunos obreros lo miraban callados: "¡Qué cura audaz, éstel..." Otros respondían con un rezongo. Por ahí aparecieron unos muchachones. Cuatro de ellos quisieron apoderarse del clérigo y echarlo al río. Fue entonces cuando el padre Cagliero, sacando del bolsillo puñados de relucientes medallas, las arrojó a la rebatiña a diestro y siniestro. Los mozalbetes, creyendo que fueran monedas de oro, se echaron de bruces sobre ellas..., y Cagliero aprovechó la coyuntura para tomar las de Villadiego.

Cuando monseñor Aneiros supo que el salesiano había visitado solo la Boca, lo reprendió por su imprudencia. Cagliero le dijo que había sembrado medallas, y que deseaba volver a cosechar. Y volvió. Los grandes no lo molestaron, y los pequeños se le acercaron en tropel. Regaló medallas a todos. Las madres lo saludaban desde la puerta...

Monseñor Espinosa vio que estos sacerdotes valientes y activos eran lo que ese barrio obrero necesitaba, y les ofreció la parroquia de la Boca, que estaba vacante. De modo que el 7 de octubre de 1876, ya el Superior de los Salesianos puede escribir al santo fundador Don Bosco:

Hoy me dijo Espinosa que nos preparemos para recibir la parroquia de la Boca. He dicho que sí. El Arzobispo teme que *ci facciano scherzi*... Tenga paciencia; y al personal enumerado, añada un párroco..., o grande o chico, o hecho o por hacer. Comenzaremos por uno. Luego irán dos, etc. (1)

En efecto, el 20 de mayo de 1877 llegaron silenciosamente los Salesianos a la parroquia de San Juan Evangelista. Entraron subrepticamente, porque el horno no estaba para bollos. Los

(1) Archivos de Turín.

carbonari —como los llamaba don Agustín Pedemonte— estaban en pie de guerra y los amenazaban. (2)

Para principios de 1878, ya habían adquirido una casita, y un incipiente colegio comenzaría a funcionar en la calle Olavarría. Pero el padre Costamagna debe escribir a Don Bosco que “los francmasones amenazan quemar la casita que con tanto gasto y fatiga ha edificado el padre Bodratto”. (3)

La parroquia tiene el honor, así, de ser la primera que se haya confiado a una congregación religiosa en Buenos Aires.

Los padres Milanesio y Remotti, con su escuelita, por un lado, y con su labor apostólica en el templo, fueron la gota que horada la piedra... En marzo de 1879 comenzaron los pequeños alumnos de la Boca a garrapatear palotes en el colegio salesiano.

A ese Oratorio empezó a ir el primogénito de Agustín Pedemonte, Luisito. Y como la casa paterna estaba adyacente al Oratorio de los Padres, el avisado rapaz se pasaba el día jugando en el patio de la escuela desde los más tiernos años.

Cuando, a los siete años, Luisito comenzó a frecuentar regularmente el Colegio de San Juan Evangelista, era director del mismo el padre Esteban Bourlot. Lo secundaban los padres De Bella y Vacchina, el clérigo Panaro y el coadjutor Roggero.

La alegría de los Salesianos encantaba a ese porteño todo vida y dinamismo. Que los maestros jueguen con sus alumnos, no se ha visto nunca. En el patio, discípulos y profesores son camaradas; pero en el aula, la faz del maestro se trueca, como por arte de birlibirloque, en esfinge. Ahora es el *dómine*...

En 1885, el colegio de la Boca aumentó su personal con varios clérigos, llenos de entusiasmo por la labor docente. Ellos eran Julio Bellingeri y Antonio Beraldi. Y dos sacerdotes: Marcelino Scagliola y Carlos Cavalli.

(2) JUAN E. BELZA, *En la Boca del Riachuelo*, pág. 81 (ed. Librería Don Bosco, Buenos Aires, 1958).

(3) *Bollettino Salesiano*, marzo de 1878, pág. 18.

Mirando hoy, a la distancia de ochenta años, a aquellos salesianos de alma angelical y sencillez franciscana, se comprende el florecimiento de las vocaciones en los colegios de antaño.

Para los chiquillos de la Boca, San Carlos era como el Vaticano. Allá, en Almagro, había una iglesia grande, toda blanqueada, con dos torres enhiestas que erigiera la piedad de los vascos de esa barriada. Allá había un gran colegio, donde rivalizaban los estudiantes con los artesanos. Allá había novicios; es decir, jovencitos que se preparaban para ser un día sacerdotes.

Y cuando los Superiores de la Boca los llevaban a San Carlos, volvían algunos boquenses soñando con anclar su vida en Almagro... Fue lo que le pasó a Luisito. Sobre todo, el año 1885.

Tenía sólo nueve años. Pero, vivaracho como era, parecía de más edad. Desgraciadamente, don Agustín dejó su casa de Olavarría 486, para irse a vivir con los suyos en la misma calle, pero frente a la Escuela Italiana. Y como para Luisito quedaba tan cómoda esa escuela, su padre optó por mandarlo a que cursara en ella primer grado superior. El inferior lo había hecho en San Juan Evangelista.

¡Qué cambio!... En el colegio, todo era sencillez y pureza de costumbres, y en el nuevo instituto, el buen Luisito oía palabrotas, veía riñas y recibía malos ejemplos. Él siempre recordará como a una pesadilla ese año 85...

En 1954 contaba el padre Pedemonte al autor de estas páginas, que hasta tuvo vergüenza de revestirse para la fiesta de Nuestra Señora de la Guardia, en agosto del 85. El buen clérigo Quaranta tuvo que darle golosinas para que lo hiciera... Y así se revistió; pero a condición de que le dieran el turíbulo para llevar en la procesión...

El niño veía con dolor que se iba inclinando hacia el mal.

Por eso, valiente y decidido como era, un buen día le dijo a su padre que él quería ir a estudiar a San Carlos. Que si no lo mandaba al colegio de Almagro, no estudiaba más. Don Agustín le dijo que no, que era muy chico todavía para ir a San Carlos. Luisito insistió. Y fue entonces cuando el padre tuvo que corroborar su negativa con unos azotes.

Pero el avisado mocito no era de los que ceden a dos tirones. Y tanto pidió, tanto suplicó y lloró, que el 2 de diciembre, ya próximo a finalizar el año escolar, lograba llegar a Almagro como alumno interno. Vino a golpear las puertas salesianas con su atadito de ropa y sus ansias ocultas de ser sacerdote.

El padre José Vespignani será en adelante, y mientras viva, su mentor y maestro.

Pedemonte, exultando de alegría, está ya en la meca de sus aspiraciones, en aquel San Carlos que él consideraba como a un pequeño paraíso.

Así, en los albores de los nueve años, Luisito comenzaba a trillar la senda que nunca abandonará...

CAPÍTULO III

LUIS NO DESATA, CORTA... (1)

En San Carlos estaba Luis como el pez en el agua. Había entrado en diciembre. De modo que a las pocas semanas, ya salían de vacaciones. Parte las pasó con los demás aspirantes

(1) Don Bosco, en el preámbulo de las Constituciones Salesianas, se complace en hacer bellas variaciones sobre el tema de San Jerónimo: "*Magis prescinde quam solve*".

en San Isidro, y parte, con sus padres en la Boca. Pero Luisito no veía la hora de que llegara el 15 de febrero, época en que entonces (*o temporal...*) recomenzaban las clases.

El año 86, Pedemonte hizo tercer grado. Tenía diez años, y deseaba ardientemente recibir la primera comunión.

El padre Vespignani era el factótum de San Carlos, pues debía desempeñar los cargos de director, catequista y consejero, ya que el padre Cassini se ceñía sólo a la prefectura. Lo que no era poco...

Pues bien; el padre José, apenas iniciadas las clases, dio comienzo a la preparación de sesenta alumnos —algunos, ya adolescentes— para la primera comunión. Entre ellos, Luis.

El 2 de marzo, Pedemonte vio partir hacia Santa Cruz y Tierra del Fuego al padre José María Beauvoir, para reunirse con el padre Ángel Savio, quien hacía varios meses que misionaba entre los tehuelches. “¿Cuándo podré ir yo?”, pensaba Luisito... Ya irás, misionerito en ciernes; ya irás...

Pasaron unos meses. En julio despidió a monseñor José Fagnano, flamante prefecto apostólico de Magallanes, Tierra del Fuego y Malvinas, que marchaba, de cara a los hielos australes, a tomar posesión de sus Misiones. En el alma de Pedemonte crecían las ansias de imitar a esos intrépidos aventureros de la Cruz...

Y llegó el día solemne. Era el domingo de Ramos, que ese año cayó el 29 de marzo. Monseñor Cagliero había venido de Carmen de Patagones para presidir las funciones de Semana Santa, a las que daría realce con su atuendo pontifical y con el brillo de su palabra.

Pero los neocomulgantes no recibieron el Sacramento de manos del Prelado, sino de su secretario, el padre Antonio Riccardi. Ese día, Monseñor tuvo a su cargo la función de la bendición de las palmas y la procesión.

¡Es de imaginar con qué trasportes de felicidad y con qué amor tan acendrado recibió ese niño por vez primera al Amor de los Amores! Nadie lo notó. Perdido entre los sesenta compañeros, Luisito era uno más... Pero tengo para mí que Jesús se habrá regocijado de bajar hasta él; porque difícilmente se hallara entre esos sesenta corazones, otro que le amara como ese ángel de la Boca...

Para el pontifical del domingo de Resurrección, Luis tuvo la dicha inefable de formar parte del Pequeño Clero. ¡Ya no necesitará que el acólito Quaranta le regale recortes de hostias para revestirse! ¡Ahora lo hará con gusto y con orgullo!

En la clase, Pedemonte sobresalía. Su inteligencia clara y penetrante se abría, como un ánfora, a la luz de la verdad. Y mientras cultivaba el intelecto, va plasmando admirablemente su tierno corazón. El padre José Vespignani escribió la vida de Miguelito Castro, un excelente alumno de aquellos días. Pues bien; Luisito Pedemonte era carne y uña con Miguelito. (2) Ambos se estimulaban a amar mejor a Dios, y a estudiar más intensamente las lecciones.

Difícilmente habrá en nuestra Sociedad otro salesiano cuyo nombre haya figurado más tiempo en los elencos de la Congregación que el del padre Luis J. Pedemonte. Su nombre aparece en el catálogo salesiano, como *aspirante*, en 1887. En los albores de la Congregación figuraban también los aspirantes en los elencos salesianos. ¡Pedemonte ha estado tres cuartos de siglo figurando en el catálogo de Don Bosco!...

Ni don Agustín, ni el mismo Padre Inspector, querían que a los once años entrara como aspirante. Pero el padre José había entusiasmado en tal forma al mocito, con sus *conferencias de los lunes*, que el niño se pirraba por pasar al patiecito

(2) Datos suministrados por el padre Luis al autor, en 1950.

de Yapeyú y Victoria, donde jugaban los aspirantes, y que otrora había sido Noviciado de las Hermanas.

Llegó el 29 de julio de 1887. Pedemonte consideró ese día siempre *albo lapillo signando!* Ese día pudo conseguir permiso, y pasar al patiecito de los aspirantes... (3)

El año que entró de aspirante, hizo cuarto grado. Tenía compañeros aventajados. Pero él no les iba en zaga. El maestro, para estimular la competencia, había formado dos partidos en la clase. A fin de mes, el partido que sumara puntaje más alto, se llevaba el lábaro del triunfador. Pues bien; jefe del partido *Romano* era el futuro padre Luis H. Sallaberry, (4) y jefe del *Cartaginés*, Luisito Pedemonte.

Ese año tuvo la sin par ventura de escribir una carta colectiva a Don Bosco. ¡Es de imaginar con qué devoción rubricaría Luisito su firma de chiquilín de once años, sabiendo que iba a manos del Santo Fundador!...

Nuestro protagonista fue testigo de episodios de encontrada repercusión espiritual. Vio partir a los primeros salesianos que debían fundar la casa de Concepción, en Chile. A Luisito se le iban los ojos detrás del padre Rabagliati y compañeros... Cuando oyó narrar en todos los tonos la caída del caballo de monseñor Cagliero, allá en la cordillera del Viento, en el Neuquén, al capitán del partido Cartaginés se le llenaron los ojos de lágrimas por la emoción...

Dos veces debió irse a su casa. Primero, en 1886, cuando el cólera hacía estragos. Hubo que cerrar los colegios, por orden gubernativa. Y Luisito, a regañadientes, debió dejar aquel

(3) Llama la atención que Luisito escribiera en su libreta de conciencia: "*Hac die in novitatum ingressus sum*". No distinguía bien entre noviciado y aspirantado. Y asombra que a los once años manejara tan bien el latín...

(4) Sallaberry era un mocito de distinguida familia. Para seguir su vocación, había debido escaparse. Por eso estaba en Buenos Aires. Luego se fue a Chile. En los elencos figura como Luis Hurtado.

sar la noche en Santa Catalina, y al día siguiente llegaba a San Carlos...

Su padre se amostazó no poco por la aventura del intrépido mocito.

—Que se olvide Luis Pedemonte de que su padre se llama Agustín... —dijo enfadado.

El padre Costamagna lo envió de nuevo a su casa. ¡Que se entendiera con su padre! Y se entendieron...

Desde 1880, don Agustín había comprado terrenos en Bernal. Ahí levantó una residencia veraniega, y la llamó *La Polcévera*, en recuerdo de su valle natal. Estaba a dos cuabras de la estación del ferrocarril. Tenía un emparrado de hierro de 183 metros...

Como buen genovés, Pedemonte era devoto de Colón, y siempre acarició la idea de verlo sobre un pedestal. Un día fue al diario *La Prensa*, y pidió que investigaran a ver si en el país había una estatua de Cristóbal Colón. No la había. Entonces el genovés consultó a sus amigos. Conclusión: si se va por vía oficial, costará un ojo de la cara, y se terminará por las calendas griegas. Entonces, el hombre —que también cortaba, no desataba...— determinó hacer la estatua de su peculio, y emplazarla en los jardines de su finca *La Polcévera*.

Manos a la obra. Escultor, R. Bocacci. En el alma de hierro de la escultura están los tirantes metálicos del lecho nupcial de los esposos Pedemonte. El navegante aparece de pie, con el ancla...

Y el 8 de diciembre de 1889 se inauguraba. Corrió un tren expreso de Buenos Aires. Todo Bernal estaba allí. Habló en el acto el señor A. Barberis, y el niño Luis J. Pedemonte recitó con gran donaire y sentimiento una poesía al descubridor.

Al descorrerse el lienzo, se vio la leyenda que el padre Esteban Bourlot había redactado:

A CRISTÓBAL COLÓN,
GRAN NAVEGANTE GENOVÉS,
QUE CON EL RELÁMPAGO DEL GENIO
Y EL ARDOR DE SU FE
DESCUBRIÓ UN MUNDO NUEVO.
FUE TAN FUERTE EN LAS DESVENTURAS
COMO IMPÁVIDO EN LOS PELIGROS.
AGUSTÍN PEDEMONTE
RENUEVA PERENNEMENTE SU PROEZA.

En 1921, este monumento se llevó a la intersección de la avenida San Martín y la calle 25 de Mayo. Cuando en 1947 se ensanchó la avenida, Colón debió emprender su tercer viaje... Lo ubicaron en el paseo que está junto a la estación, a la vera de la avenida San Martín, no sin que sufriera resquebrajaduras que fueron reparadas.

Luis seguía cada vez más feliz en su hogar salesiano. Estudiaba fuerte y medraba. Al punto que el padre José le había prometido darle el hábito ese verano de 1890.

Luis estaba en su casa. Su padre, que había conversado con cierto clérigo secular, lo retenía en la Boca. Quería que pasara un año en casa. Luis suspiraba por volver. Sobre todo, cuando llegó la hora de vestir el hábito, sus compañeros, todos mayores que él —que sólo contaba catorce años—, lo recibirían, y él... allá en la Boca.

Nuevamente Luisito cortó, no desató... Con la sola anuencia materna, emprendió el camino de Almagro. Él sabía que su papá no quería impedir su vocación, sino probarla. Una vez en San Carlos, el padre Vespignani habló con don Agustín,

y al día siguiente, 29 de enero, vestía Pedemonte la humilde librea del salesiano. (5)

Le impuso la sotana el padre José, porque el padre Costamagna “tenía la cara hinchada”, dice la crónica.

De ese modo, Pedemonte, para lograr la meta suspirada, tuvo que recurrir reiteradamente a la evasión. Así era él: cuando de realizar una obra buena se trataba, no se detenía a desatar el nudo que le impedía realizarla: lo cortaba...

(5) Luis escribe en su libreta, en correcto latín: “*Sanctam indui vestem die XXIX primi mensis, feria IV, a. D. MDCCCXC, festum S. Francisci, cuius mansuetudinis imitatore esse velle promisi*”. Ya veremos como supo cumplir esa promesa.

CAPÍTULO IV

CATEQUISTA DE BOLSILLO

En los elencos salesianos, Pedemonte figura durante los años 1887 y 88 como *aspirante*, y los años 1889 a 91, como *ascritto*. ¿Por qué esa permanencia tan prolongada en el noviciado? Pues, porque Luisito no tenía aún la edad canónica para profesar. Y mientras no la tuviera, debía armarse de paciencia y repetir el noviciado...

Entre tanto, estudiaba y trabajaba. Durante los años 1891 y 92, el pequeño clérigo se dedicó al ejercicio de la docencia salesiana. Frecuentemente daba clases a muchachos que le llevaban una cuarta de altura y varios años de edad. Desempeñábase como maestro y asistente, primero, de los alumnos externos —que entonces oscilaban entre setenta y ochenta—, y los domingos iba a San Isidro, donde ayudaba en el Oratorio Festivo. Así fue como le tocó tener de alumno oratoriano al entonces niño Santiago Luis Copello...

Era precisamente en San Isidro donde los aspirantes pasaban las vacaciones. El año 1891 se fueron a pie desde Almagro hasta allá. Emplearon ese medio de transporte, un poco por amor a *sorella povertà*, y otro poco por hacer *footing*.

Iban capitaneados por el mismísimo inspector, padre Costamagna, y jefe de ruta era Manuel Montaldo, que conocía bien los caminos por entre las quintas y estancias que entonces había en ese trecho.

Emplearon cuatro horas en llegar. Cuando avistaron la estación de San Isidro, allí estaban esperándolos sus huéspedes —señores Martínez, parientes de Anchorena—, para conducirlos a la residencia. Narra el padre Spadavecchia, que arribaron con un apetito mayúsculo. ¡Y no era para menos!...

Luis seguía, pues, reiterando sus años de noviciado, por falta de edad. Pero como el defecto de edad se corrige con el tiempo, le llegó también a él la hora de consagrarse a Dios con los votos. El 19 de abril de 1892 cumplió dieciséis años. Ya tenía la edad canónica.

Como también era asistente de artesanos —y precisamente, del taller de imprenta, donde se estaba tirando el elenco de la Sociedad Salesiana—, Luis había visto que él figuraba ya como *profeso perpetuo*. De modo que cuando se trató de hacer la petición, solicitó derechamente ser admitido a los votos perpetuos.

El Superior —así llamaban entonces al inspector, que lo era el padre Santiago Costamagna—, cuando recibió la petición, con su vehemencia nativa le preguntó:

—¿Qué es esto de votos perpetuos? ¿No sabes que antes debes hacer los trienales?

—Y... puesto que yo figuro en el elenco como profeso perpetuo... —dijo humildemente el novicio.

—¡Ah! ¿Conque leíste?... Ahora, por curioso, harás los trienales...

Y efectivamente, el 23 de mayo de 1892 (1) Pedemonte hacía su profesión trienal en Almagro, en la vigilia de la fiesta de María Auxiliadora. Testigos, los padres Juan Gasparoli y Luis Costamagna.

Pero sería por pocos meses. Cuando terminaron los Ejercicios Espirituales, el 28 de enero de 1893, Luis emitió la profesión perpetua, tres meses antes de cumplir diecisiete años...

El ardoroso adolescente escribe en su libretita: "*Tandem exaudivit Dominus preces servunculi sui...*" (2) Se ve que el mancebo suspiraba por esa profesión, porque continúa: "*In perpetuum vovi Eterno Deo et Superiori meo... Quae pax, quae laetitia et quietudo tunc expertus sim, solus Deus scit. Macte animo, Aloysi; non dimittas laetitiam neque fervorem beatissimorum dierum illorum...*" (3) Fueron testigos de la profesión los padres Juan Piovano y Patricio O'Grady.

Y como para grabar en su alma la dicha inefable de aquel día de inmolación total, Luis se atrevió a escribir unos versos en castellano, que titula *Memorándum*. Como versos, son malos: les falta esencia poética, renguean en cada estrofa, y abundan los rípios (*poeta nascitur...*); pero hay en ellos un fervor tan fresco y sentido, que encanta. Comienza diciendo: "Día feliz en que mi Dios / a su Cruz ligóme al fin..." Y termina pidiendo a la Virgen: "No me dejes, cara Madre; / no me dejes un instante..."

Ese día escribió también una serie de propósitos, todo en latín. Entre otros, tiene éstos: "Mi pan cotidiano será la ora-

(1) Aquí nuestro latinista se equivoca (*quandoque bonus dormitat Homerus...*). Dice: "*Trienalis professio ab ore et corde meo emissa fuit die XXIII quintilis mensis...*" Creía Luis que *quintilis* significaba *quinto mes*. En realidad quiere decir *julio*.

(2) "Al fin escuchó el Señor la oración de su siervito..."

(3) "Me entregué para siempre al Dios Eterno y a mi Superior. Sólo Dios sabe qué paz, qué alegría, qué sosiego experimenté. Ánimo, Luis; no dejes el fervor ni la alegría de estos días felicísimos..."



Luisito el año 1887,
cuando llegó a San Carlos, fugitivo.



El amigo de los artesanos (año 1895).

ción y la meditación de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo". Y además: "No se pondrá el sol sin que haya leído algún artículo de nuestras Constituciones".

Luego dedica cada día de la semana: el domingo, a la Santísima Trinidad; el lunes, a San Luis, al Ángel Custodio, a San Francisco y a San Juan Bosco (*cuando lo sea*, añade Luisito confiadamente); el martes, a sus bienhechores; el miércoles, a San José y a la conversión de los pecadores; el jueves, al Santísimo Sacramento, al sufragio de las almas del Purgatorio y por las vocaciones; el viernes, a la Pasión del Señor y para pedir humildad y paciencia; y el sábado, en honor de la Virgen Santísima.

Su padre, don Agustín, entre tanto, había progresado en fortuna y en prestigio. Cumpliéndose el 12 de octubre de 1892 el quinto centenario del descubrimiento de América, los genoveses de la Boca echaron la casa por la ventana.

Por la mañana, en la ribera, cantaron un Te Deum que hacía temblar la vieja iglesia boquense, y por la tarde se fueron a Bernal a celebrar el Centenario junto a la estatua donada por Agustín Pedemonte, y que era la primera que se levantaba en el Nuevo Continente a su descubridor. Hoy, ese monumento está en los jardines que se extienden a lo largo de la avenida San Martín, junto a la estación.

Entre tanto, el trabajo aumentaba en Almagro. En 1893 había en el colegio 233 estudiantes internos y 153 artesanos. Los externos caminaban a la extinción: eran sólo trece. Ya se pensaba en un colegio exclusivo para externos.

El 6 de enero de 1893 "comienzan a llegar los alumnos artesanos", dice la crónica del Colegio Pío IX. Quince días de vacaciones, y de nuevo al yugo del trabajo...

Luisito se engolosinaba cada día más con su vocación. También, por lo que le tocaba ver. Así como el 12 de junio de 1892 había besado emocionadamente la mano del primer

sacerdote salesiano argentino, padre Esteban Pagliere —cuando éste cantó su primera misa y tuvo como padrino de vinajeras a aquel gran amigo de Don Bosco que fue el doctor Alejo de Nevares—, así ahora besaba el anillo pastoral de monseñor Luis Lasagna, segundo obispo salesiano, que pontificó en Buenos Aires el día aniversario de la fundación de la ciudad, 11 de junio de 1893.

Tres meses antes (20 de marzo), había asistido a la inauguración de dos naves del templo de María Auxiliadora —el *santuario*, como se lo llamó entonces—, que es la actual iglesia del Colegio María Auxiliadora de la calle Yapeyú. Todos los alumnos del Pío IX comulgaron allí ese día.

Para la fiesta de la Asunción de María, así como en varias ocasiones anteriores, tuvo Luis oportunidad de escuchar, extasiado, la palabra arrebatadora del padre Juan Isabella, talento oratorio y poético tronchado en agraz por la muerte...

En febrero de 1894, Pedemonte pasó algunos días en San Nicolás de los Arroyos. Probablemente, preparaba la inauguración de la iglesia también dedicada a María Auxiliadora, que monseñor Cagliero consagró el 11 de febrero de ese año.

Nuestro clérigo, más que entregarse a paseos y a la holganza, se dedicó a la *dulce quies* de pensar en su adelanto espiritual. Hallamos en su libreta de conciencia una serie de máximas, siempre en latín, que muestran un espíritu exquisitamente cultivado. Dice por ahí: "*In Societatem veni, non ad quiescendum, sed ad laborandum*: No vine a la Congregación a descansar, sino a trabajar". "Los mundanos no duermen ni reposan por vanagloria: ¿y tú qué haces por la gloria de Dios?" "No hablaré sino de cosas santas o útiles, o bien contestando a los que me interrogan." "Antes de hablar reflexionaré en mi interior, y encomendaré a Dios lo que voy a decir: no sea que incurra en pecado." "Me consideraré para mis hermanos todos como un siervo y como un pobre esclavo (*mancipium*)."

Cuando fue monseñor Cagliero a consagrar la iglesia, Pedemonte aprovechó para confesarse con él. Y anota algunos de los consejos recibidos: "Hijo, Dios te ha elegido para que seas sacerdote: debes ser *santo y sabio*. Cultívate, para ser cuanto antes útil a las almas. No digas *tengo tiempo*. No. Tal como es el clérigo, así será el sacerdote. Sé fervoroso, humilde, concentrado, lleno del espíritu de Dios, como nuestro maestro Don Bosco. Sé salesiano. Pide la castidad constantemente a la Virgen..."

No había Luisito cumplido todavía los dieciocho años —le faltaban tres meses—, cuando el padre José dispuso que recibiera la tonsura y las órdenes menores... Se las confirió el arzobispo de Buenos Aires, monseñor León Federico Aneiros, en la capilla privada del palacio arzobispal.

¿Qué prisa tenían los Superiores del Colegio Pío IX en llevar a este mancebo a marcha forzada hacia la cumbre? La explicación nos la da el elenco de la Sociedad Salesiana: faltaba personal, y como Pedemonte era un muchacho tan asentado y criterioso, todos pensaron en él para confiarle cargos de responsabilidad. Por eso nos encontramos con este caso, quizá único en la Congregación: Luis figura en el elenco como *catequista de artesanos* (4) desde 1894. Es decir que forma parte del Capítulo de San Carlos cuando tenía sólo diecisiete años y nueve meses... Por eso, para darle un nuevo barniz de madurez, el padre José pidió para él la tonsura y todas las órdenes menores...

Allá, en Turín, al principio no pararon mientes en tamaña anomalía. También había un clérigo como consejero de los estudiantes; pero Adolfo Del Carría, clérigo extraordinariamente dotado, fue ordenado al año siguiente, mientras a Pedemonte le faltaba mucho todavía... El hecho es que cuando en Turín se dieron cuenta de que en el senado del Colegio Pío IX se sentaba un imberbe cleriguillo, pidieron a Buenos Aires que

(4) *Catequista*, entre los Salesianos, es el director espiritual.

arreglaran eso... Y aquí lo arreglaron poniéndole, en el catálogo de 1896, vicecatequista de artesanos, en vez de catequista...

Pero la burocracia turinesa no se dio por satisfecha. Vienen nuevas protestas. Entonces no hubo más remedio que poner un catequista *titular*. (5) Y designaron al padre Luis Macchi para que figurara en los elencos, y él deja el lugar de los elencos donde dice *Capitolo*, para ocupar un renglón en el de *Soci*. Pero Luisito Pedemonte siguió siendo el catequista de sus queridos artesanitos; porque él, apóstol en ciernes, con su sonrisa inimitable y su bondad caudalosa, era todo para esos obreritos, que no hubieran jamás cambiado su *catequista de bolsillo* por el más barbudo y canoso de los catequistas *titulares*...

(5) Ese término empleó el padre Pedemonte hace unos diez años, cuando me narraba sintéticamente este episodio.

CAPÍTULO V

CON LA LUZ DE UN DESEO EN LA FRENTE

Adondequiera que iban los artesanos, allá iba su *catequista* y asistente. Todos los años, para la fiesta de San Luis, cantaban misa en la Catedral, con acompañamiento de banda (*o tempora, o mores!*...), y Luis celebraba así solemnemente su día onomástico.

El 28 de enero de 1894 fue todo el colegio a Uribelarrea. Se trataba de poner la piedra fundamental de la actual Escuela Agrícola Don Bosco. Al día siguiente, monseñor Cagliero bendecía la iglesia del Colegio San Francisco (Victoria y Yapeyú), y de nuevo la banda y los cantoritos artesanos —los estudiantes entraban el 15 de febrero— se lucieron.

El 10 de febrero fueron, como hemos visto, a San Nicolás, y el 11 de abril, en dos flamantes coches dormitorios cedidos por la empresa del Gran Sur; viajan los cantores y la banda del Colegio Pío IX a Bahía Blanca. Se inauguraba allá el Colegio de Artes y Oficios de Nuestra Señora de la Piedad. En el tren presidencial fueron también el presidente de la República, doctor Luis Sáenz Peña; el arzobispo de Buenos Aires, monseñor Aneiros; monseñor Cagliero y otras personalidades. Todo esto matizaba bellamente la vida colegial.

A fines del 94, el inspector, padre Costamagna, recibe un mensaje de Don Rúa. Él escribió en su diario: "*Oggi arrivò una fatalissima lettera di Don Rua. O Dio! questa vita è passeggera! Devo partire, e subito! Che terribile ubbidienza!*..." Partió el 3 de diciembre. Allá lo consagran obispo. El padre Vespignani queda como inspector, director, párroco, confesor y... profesor de teología de un puñado de excelentes clérigos que él había plasmado, y entre los cuales estaba Pedemonte.

Luis estudió su teología así: entre el chisporroteo de la fragua de la herrería, en medio del ruido de las minervas, bajo el rezongo de la sinfín de la carpintería... A veces se quedaba dormido con la *Moral* de Paglia en la mano. ¡Se había levantado a las cinco, y había estado asistiendo a sus artesanos hasta muy tarde en el dormitorio!

"Santo y sabio", le había dicho monseñor Cagliero. Y Luis se esforzaba para alcanzar esas dos excelsas cumbres. Su entera vida espiritual —sobre todo, cuando se emplea a fondo en los Ejercicios anuales— será una constante variación sobre un tema que él comienza a modular en 1895 y seguirá hasta 1957... Y ahí está su libretita de conciencia, empezada en 1887 con esta advertencia preliminar: "*Non legat nisi Superior*", y sigue: "*Pars secunda: De vita salesiana*". ¿Dónde estará la *pars prima*?... En sus muchos viajes, sin duda la habrá perdido.

También perdió esa su preciosa libreta de conciencia, que

nos suministra datos tan interesantes. La extravió en Marsella, y luego de mucho tiempo pudo recobrarla. Por eso, entre los años 1916 y 1920 no ha escrito nada en ella.

Asombra cómo Pedemonte tomó en serio su libreta de conciencia como instrumento de perfección espiritual.

Nosotros, en general, en el noviciado la llevamos esmeradamente; luego, en el filosofado y teologado, más o menos. Y cuando la vida sacerdotal nos envuelve en el vértigo de sus mil actividades, ya vamos dejando esas *cosas de novicios*...

Luis, no: él ha escrito en esa libreta durante setenta años, desde 1887 hasta 1957... Escribió cuando era aspirante; cuando fue sacerdote, director, inspector... ¡Siempre! Él había tomado en serio esa libretita, que hizo encuadernar en el taller de San Carlos, cuando era asistente de artesanos, y personalmente ha venido ornando sus páginas en el margen, y llenándola de la abundancia de su corazón, encendido de amor de Dios.

Después de su muerte, leí: "*Non legat nisi Superior*". Hubiera deseado no profanar esas páginas impregnadas de los místicos arrobamientos de este enamorado de la virtud; pero el deber de delinear su silueta para dechado de las generaciones por venir, me obligaron a leerlas...

El tema, cuyas variaciones se extienden a través de toda su vida, es éste: "*Deformata, reformare; conformata, confirmare*". Y desde 1895, en los Ejercicios Espirituales él sicoanaliza su alma, a ver si durante el año ha reformado lo que le pareció deforme, y ha confirmado lo que era conforme con la ley de Dios. Y esto lo realiza por años, lustros, decenios...

Además, desde 1895, Pedemonte elegirá para los Ejercicios Espirituales varios santos protectores de su labor ascética. Ese primer año fueron la Virgen Santísima y San Luis Gonzaga. Al año siguiente, San José y San Francisco de Sales. Por muchos años, sus confesores fueron monseñor Cagliero y el padre José Vespignani.

Ese año 1895 termina un episodio de trascendencia histórica, del que Luis fue también actor. El cólera del año 86 había provocado la dispersión de la urbe hacia la campaña. Agustín Pedemonte, junto con un señor Garibaldi, ocuparon la llamada chacra de Villanueva, en Bernal. Y en 1887 compró Pedemonte una fracción de tierra que iba desde la estación hasta la actual avenida Dardo Rocha (unos 600 metros de largo por 150 de ancho). El año 89 llegó a Bernal, huésped de don Agustín, monseñor Cagliari. El Obispo misionero andaba en busca de terreno para un Aspirantado. Pedemonte ofreció enseguida media hectárea para colegio y un santuario de Nuestra Señora de la Guardia. El Prelado le dijo:

—Vea, don Agustín; la obra que venimos a realizar aquí es de importancia. Lo que usted nos ofrece no es suficiente.

—¿Y cuánto necesitan? —preguntó el genovés.

—Mire: véndeme los ojos, y yo echaré a andar hacia el oeste, guiado de la mano por Luisito. Caminaré hasta que dé con algo. Allí me detendré... Eso es lo que necesitamos.

—Bueno —asintió Pedemonte, sonriendo.

De la mano del chico, el Obispo iba dando zancadas por el campo en barbecho. Se detuvo a cincuenta metros de la calle Belgrano. Don Agustín, como lo prometiera, donó todo ese terreno.

El 18 de enero de 1895 llegan a Bernal los primeros aspirantes. Director era el padre Juan Gasparoli, y asistente, el acólito Nicolás Esandi. El 1º de febrero llegan otros más. Así tuvo comienzo la Obra de Don Bosco en Bernal...

Entre tanto, en San Carlos los alumnos aumentaban. Oscilaban en 600 internos (330 estudiantes y 270 artesanos). De modo que el trabajo del exiguo personal era ímprobo. Pedemonte iba a cumplir veinte años. Estaba débil. Las clases diarias, la asistencia constante y el duro estudio de la teología lo agotaban.

A mediados del año 97 había llegado a Buenos Aires el Superior de los Salesianos en el Ecuador, padre Luis Calcagno. Una revolución antirreligiosa había echado fuera del país a todos los salesianos. De aquí debía seguir a Italia. El padre José aprovechó esta ocasión para galardonar a dos argentinos particularmente caros a su corazón: el padre Pagliere y el clérigo Pedemonte. Irían a Italia, a beber el espíritu salesiano en sus fuentes, y a reposar un poco de las fatigas. El 5 de junio partían los tres. El *Boletín Salesiano* (1897, pág. 207) trae la noticia del arribo. Subraya que los dos criollos son "argentinos de nacimiento".

Todos miraban al joven sacerdote y al alegre y simpático clérigo que llegaban a la Casa Madre, como al fruto máspreciado de la labor salesiana aquende el océano. Se admiraban de lo bien que hablaban el italiano... ¡y hasta el piamontés, si a mano viene!

Pedemonte observaba, estudiaba, guardaba en el cofre de su corazón recuerdos e impresiones. Veía a Don Bosco en el santuario que levantó su fe de taumaturgo, y en el viejo caserón del Oratorio; en la faz apergaminada de Don Rúa, y en la risa fresca de los piamontecitos, que reeditaban a Savio y a Magone...

Pedemonte *vivió* con Don Bosco varios meses. En el verano, los tres peregrinos fueron a Roma. Nuestro clérigo se conmovió ante la hierática figura de León XIII. El *Boletín Salesiano* publicó (1897, pág. 221) la carta que él escribiera a Don Rúa, el día mismo —11 de julio— de la audiencia. Dice Luis: "Sumamente conmovedor es el espectáculo que mis ojos acaban de presenciar. He visto el milagro viviente de León XIII. He oído su misa..."

Se asombra de la "precisión con que a la edad de ochenta y siete años ejecuta las ceremonias". Narra como escuchaba de labios del padre Calcagno las peripecias de los misioneros deserrados del Ecuador, y se emociona cuando recuerda que al

ser presentados al Papa, se dignó “abrazarlos y los bendijo repetidas veces”...

Y volvieron a Turín. Ambos argentinos tuvieron la sin par ventura de hacer Ejercicios Espirituales en Valsálce, allí mismo donde reposan los despojos mortales del Fundador... Pedemonte exulta. Su alma se regocija. Su libretita le resulta pequeña para desfogar sus entusiasmos juveniles. Sus protectores fueron San Luis, San Estanislao y San Juan Berchmans..., y claro, también Don Bosco, a quien le dice en un latín más florido que nunca: “*Teque, Pater mi Ioannes, rogo; vide filiumculum tuum ex ignota et longinqua terra hic perventum, et impetra ei quod indiget*”.

Se ve que en los Ejercicios hacía un verdadero balance de los propósitos anteriores, pues aquí se propone renovar el propósito número 25, formulado en 1894. Como se ve, Luis enumeraba los propósitos en forma progresiva todos los años.

Este retiro lo encendió en tan santos deliquios, que escribió: “*Hic ure, Aloysi; hic seca, hic non parcas...* Aquí que-
ma, Luis; aquí corta, aquí no perdones...”, con el pensamiento puesto en la mortificación. Y añade: “*Nondum usque ad sanguinem restitisti; quid cogitas?*” Aún no has resistido hasta la sangre; ¿qué piensas?...”

Se confesó con el Rector Mayor, Don Rúa. Anota cuidadosamente sus consejos, como quien recogiera maná celestial. Y escribe la oración que formuló ante el sepulcro de Don Bosco. “Quiero ser santo —le dice—, para ganar otros a Cristo. Bendice a este hijo que se va tan lejos; y el beso que aquí deposito, sea como un símbolo de mi voluntad inquebrantable. Amén.”

Y regresaron a su patria. El padre Esteban Pagliere venía presidiendo un grupo de veintidós salesianos, labriegos que se aventuraban a dejar todo para laborar la nueva tierra americana. Entre ellos viajaban el acólito Santolini y los coadjutores Conci y Torretti. Se embarcaron en el vapor *Sirio*, que

venía al mando del capitán Parodi. Traía solamente sesenta y tres pasajeros. Zarparon el 1º de noviembre.

El 19 estaban en Montevideo. Se produjo gran alarma entre el pasaje, cuando supieron que el día anterior había estallado una revolución en la Banda Oriental. El *Sirio* se mantuvo retirado. Pero los salesianos, ansiosos de saludar a los conocidos de la capital uruguaya, se embarcaron en una balandra llamada *El España*, y se dirigieron al puerto. Visitaron los talleres salesianos de la calle Maldonado, y por la tarde emprendieron el regreso.

Apenas a bordo de *El España*, se desató tan deshecha borrasca, que estuvieron en un tris de zozobrar. Las olas pasaban por sobre el barquichuelo. El río de la Plata era un mar; pero no dulce, como lo llamó Solís, sino terriblemente airado. Les gritaron del otro barco: "¡A tierra!" Y tuvieron que volver al puerto.

Como todos estaban empapados, se valieron hasta de los ornamentos sacros para cambiarse. Entre tanto, utilizaron el horno de la panadería salesiana para secar la ropa.

Ínterin, el *Sirio* se había venido a Buenos Aires. Gracias a la influencia que entre los genoveses tenía don Agustín Pedemonte, logran los viajeros embarcar el 21 en una gabarra que hace la travesía Montevideo - Ensenada. Se llama *El Eolo*...

El 22 a las siete estaban en la Ensenada. En tren fueron a Casa Amarilla, y en tranvía de tracción animal, hasta Almagro, en la tarde de ese día de Santa Cecilia.

Pedemonte no se cansaba de narrar a sus artesanitos todo lo que sus ojos habían visto, y lo mucho que su corazón había gustado... Don Bosco estaba en todas sus conversaciones, en todas sus clases y en todas sus conferencias a las Compañías.

El año 1898 fue el de la preparación para el sacerdocio. Luis se había venido disponiendo para escalar las gradas del

altar desde que dejó la Boca; pero ahora se esmeraba en una preparación próxima, intensa, extraordinaria...

El padre José le había dicho que se aprestase, porque a principios del año siguiente sería ordenado. Luis casi se desvanece de alegría. Desde entonces soñaba que era sacerdote, que levantaba el sagrado cáliz, daba la comunión a sus obreiros, los confesaba, predicaba a la gente de Almagro...

Miraba con envidia al padre Pagliere, que hacía todo eso, y ansiaba llenar el enorme vacío que había dejado el padre Adolfo Del Carría, que el 23 de enero de 1898 había volado a Dios, a los veintiocho años de edad... Con él se había esfumado una de las más risueñas esperanzas de la Sociedad Salesiana en la Argentina...

Luis esperaba ansiosamente la hora en que le dijeran que debía entrar en retiro para prepararse a las Órdenes... Se ha trasfigurado: no es más el clérigo alegre y jovial; ahora es, por encima de todo, *vir desideriorum*, el hombre de anhelos, el de las ansias infinitas de ser santo, para acercarse lo menos indignamente al ara donde se inmola la Divinidad.

Ha columbrado el sacerdocio. Marcha serena y firmemente. Ahora ilumina su senda, la empinada senda que trilla, con la luz de un deseo que lleva, como un faro, en la frente...

CAPÍTULO VI

CATEQUISTA "PLENO IURE"

Desde que Pedemonte hizo los Ejercicios Espirituales en Val-sálce, comenzó su preparación próxima para el sacerdocio. Y cuando, ya en Buenos Aires, empezó el año 1898, redobló el esmero en el aparejo para el gran acontecimiento.

Por eso, en su libreta de apuntes espirituales señala Luis el año 98 como un hito en su vida. Y escribe: "*Pars nova*". Ahora entra en una etapa nueva de su existencia. Y sigue: "El estado sacerdotal". Él había clavado, como una estrella, su ideal sacerdotal en el firmamento de su alma, y lo seguía con la fidelidad con que el marino fija los ojos en la estrella polar, para que lo guíe en la noche borrascosa.

Después de las fiestas que el día de Pentecostés (30 de mayo) se celebraron en Bernal, con motivo de la inauguración del nuevo Noviciado de las Hijas de María Auxiliadora, los ordenandos comenzaron los Ejercicios Espirituales. Y nuestro biografiado entró de lleno. Con ansias de soledad, para pensar sólo en su próximo sacerdocio. Con unos deseos incoercibles de purificación, ya que él, en su humildad, se creía indigno de las Órdenes.

Recibió el subdiaconado el 6 de junio de 1898, en la Basílica de Santo Domingo, de manos del nuevo arzobispo, monseñor Uladislao Castellano. (1)

El inmenso regocijo de su alma se trasunta en lo que escribe en su libretita. Traduzco literalmente:

Día 6 de junio. El buen Dios me ha promovido al orden del subdiaconado. Me atemorizaba la dignidad de tal estado, y la indignidad mía me apartaba de él; pero la voz de Dios me confirmó. En estos días propuse a Dios: 1) Ceñirme de veras el cingulo de la pureza, y amar cada día más y más esta virtud; 2) Besar todos los días el manípulo *fletus et doloris* (2) devotamente, cargando con gozo la Cruz del Señor; 3) Pondré toda mi atención y devoción al rezar el Oficio divino; 4) Me empeñaré con la máxima diligencia en: a) poner la intención actual para cada una de las

(1) De los tres documentos que tengo a la vista, dos afirman que fue el 6. El otro no consigna la fecha exacta. No alcanza a convencerme ese día, porque era lunes.

(2) Del llanto y del dolor.

horas, y b) rezar siempre clara, devota y distintamente todas las palabras y locuciones.

El Breviario contiene óptima doctrina. Si rezas bien las Horas, llegarás a santo, Luis; de otro modo, la sal se echará a perder, y ¡ay de ti en la eternidad!...

Señora y Madre mía siempre queridísima, dignate ayudarme a amar y servir bien a Dios, para que un día pueda alabarle eternamente contigo. Amén.

Como se ve, su preocupación era el rezo del Santo Breviario, que comenzaba a manejar, y el recóndito significado de aquel llanto y dolor que la Iglesia aplica al manípulo, símbolo del subdiaconado.

Veintitrés días más tarde, ya recibía la segunda Orden mayor, el diaconado. El 2 de junio había llegado de Chile monseñor Costamagna, y él fue quien le confirió esa Orden, en la antigua iglesia de San Carlos.

Aquí Pedemonte formula un propósito que, como veremos, cumplió admirablemente toda su vida. Y ¡vive Dios que no es fácil!... Dice Luis: "He prometido delante de Dios elegir los más abyectos y despreciables, para ganarlos a Cristo, como los siete diáconos primeros que fueron elegidos para tales ministerios". ¡Magnífico, este propósito! Y mucho más, si se tiene en cuenta que Pedemonte lo cumplió al pie de la letra...

Entre tanto, llegaba de Italia monseñor Juan Cagliero, vicario apostólico de la Patagonia. Venía esta vez con la friolera de treinta y tres misioneros para sus Misiones. Llegó el 19 de diciembre de 1898.

Luis lo estaba esperando. Quería que aquel alumno predilecto de Don Bosco fuese el que lo ungiera sacerdote del Altísimo.

Hizo parte de los Ejercicios Espirituales en Bernal, y parte en San Carlos. Es de imaginar con qué trasportes de sentida piedad y devoción se entregó a esos Ejercicios Espirituales, los últimos de su vida de estudiante...

Pero mientras él estaba entregado a la dulce labor de dialogar con Dios en su retiro, hubo que resolver algunos problemas. Ante todo, el padre Vespignani le extendió el 26 de diciembre las Letras Testimoniales, en las que hacía el elogio del clérigo, y pedía fuera admitido a la sagrada orden del presbiterado. El Arzobispo accedió gustoso; pero había otro problema: para ser ordenado sacerdote se requiere haber cumplido veinticuatro años, y Luis todavía no había cumplido veintitrés... Hubo que recurrir a la Santa Sede. Y como se sabía que era un trámite que llevaba tiempo, se hizo con la debida antelación de varios meses.

Los Superiores de Turín presentaron la solicitud:

El diácono Luis J. Pedemonte, religioso profeso de la Sociedad Salesiana, postrado al beso del santo pie, suplica humildemente que Su Santidad, para la mayor gloria de Dios y bien de la Congregación a que pertenece, tan necesitada de sacerdotes, se digne conceder la dispensa de *dieciséis meses* para alcanzar la edad prescrita por los sagrados cánones, a fin de que pueda próximamente ser ordenado sacerdote...

Le contesta nada menos que el cardenal Vannutelli, prefecto de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares. Y se expide en estos términos:

Merced a las especiales facultades que Su Santidad ha concedido, la Sagrada Congregación de los Emms. y Rvmos. Cardenales de la Santa Romana Iglesia en los negocios y consultas de Obispos y Regulares, habiendo escuchado al Procurador General de los Salesianos, que asegura ser verdad lo narrado, con tal que el orador haya cursado la teología completa, concede la dispensa de dieciséis meses como defecto de edad canónica, si tiene todas las cualidades que exigen los sagrados cánones, y especialmente el Concilio Tridentino, para ser promovido al presbiterado...

Y firmaba el rescrito pontificio el 17 de agosto de 1898. Llama la atención que tanto en las Letras Testimoniales

como en el certificado que le otorgó monseñor Cagliero, luego de haberlo ordenado, figure Pedemonte como *José Luis*.

Puso como patronos de su retiro, en Bernal, a San Fausto, cuyas reliquias se veneran allá, y en San Carlos, a la Virgen Auxiliadora.

Monseñor Cagliero quiso que la consagración de Pedemonte fuera en la Boca, en ese lugar donde él había arrojado medallas, razón por la cual los muchachos lo llamaron *U prève dê madunnine* (el cura de las medallas).

El Prelado se extasió viendo la afluencia extraordinaria de fieles que acudieron a presenciar las ceremonias. ¡Cuánto había cambiado la Boca! Ahí estaba el chiquillo nacido en la calle Olavarría. Ahora no venía a corretear por las calles y saltar desde las altas veredas boquenses: ahora había venido para echarse por tierra, como un pecador, todo vestido de blanco y con el cingulo ceñido a la cintura. La renegrida cabellera contrastaba con la albura de los ornamentos sacerdotales. Cuando el Prelado extendió sus manos sobre el ordenando, doña María y don Agustín no pestañeaban. Si cualquiera de los dos hubiese vuelto la mirada a su *a látère*, hubiera observado que los ojos estaban empañados por la emoción...

Luis no acostumbra escribir mucho. Apenas lo necesario. En estos Ejercicios fue breve. Terminado el retiro, escribe: "*DESTRUENDUM: amorem proprium. REFORMANDUM: amorem et diligentiam in orationibus*". Y añade: "Será mi principal cuidado: rezar bien, hacer bien la meditación, el santo rosario y la lectura espiritual". Y termina: "En los estudios, preferir lo que al sagrado ministerio se refiere"...

La primera misa la cantó en la Boca, un día doblemente solemne: porque era el día de Reyes, y porque era primer viernes de mes. La iglesia grande de San Juan Evangelista estaba de bote en bote, para oír cantar al otrora pillete del barrio. Y cuando las viejecitas recibían de su mano la Comunión, no ba-

jaban los ojos: los levantaban para fijarlos en los ojos negros del novel celebrante, que esa vez tenían el misterioso brillo de la mística emoción.

Ese día inefable, nuestro neosacerdote parece como si quisiera calar más hondo en sus propósitos. Escribe también brevemente esto, que nos remonta a la época de los anacoretas del yermo, en los tiempos heroicos del cristianismo:

Cuando ofrecí a Dios la hostia inmaculada, pedí lo siguiente: antes morir que caer en la relajación, y la salvación mía y de todos mis parientes. Y como fácilmente se aficiona el corazón a lo que hago o tengo, no emprenderé nada sino después de reconocer que es del agrado y querer de Dios, y entonces no omitiré fatigas, como lo hacía Don Bosco. (3)

No pasaré los ocho días sin confesarme; y cuando suceda, aun por fuerza mayor, me impondré un castigo.

Notaré en una esquelita todo acto de impaciencia, sea de palabra u obra, especialmente cuando es contra la caridad.

Cada vez que murmure o tome parte en críticas, me aplicaré no menos de cinco recios golpes de sogá sobre los hombros desnudos.

He pedido la eficacia de la palabra en pro de los pecadores y de la niñez abandonada...

Ahí está Luis José Pedemonte de cuerpo entero. Lleno de fervor y entusiasmo juvenil. Dispuesto a cualquier sacrificio por la realización del ideal tan alto que se ha prefijado. Decidido a inmolarsé por la salvación de las almas...

Fue ordenado el 1º de enero de 1899. El día 2 —narra la crónica— “vuelven los artesanos”... De modo que el padre Luis, que seguirá siendo catequista de artesanos todavía por dos años, con el perfume del cáliz en los labios, fue a los talleres, a asistir a sus muchachos; a los dormitorios, a darles un lugar, y al estudio, a ubicar a esos obreritos que constituían como la concreción vívida de su ideal de sacerdote y de su vocación de apóstol.

(3) Ya lo practicaba: “Más bien corta que desata”.



El catequista de bolsillo tras el cuadro de Don Bosco (año 1892).



En 1899, año de la ordenación sacerdotal
del padre Luis J. Pedemonte.

Pero ahora entraba *pleno iure* como catequista de San Carlos. Sin *título colorado* de ninguna especie. En abril cumpliría veintitrés años. Era sacerdote. Ya no habrá reclamaciones de Turín. Ahora más que nunca, el *catequista pleno iure* desfogará todas sus energías juveniles en pro de sus artesanitos...

CAPÍTULO VII

A MARCHA FORZADA

Pedemonte avanzaba a marcha forzada. No solamente porque se pasaba de la talla en la recepción de las sagradas órdenes, sino por la madurez de su vida y por el progreso que hacía en lo espiritual.

Ahora no tendrá que preocuparse solamente por sus chiquillos, sino por todos. Y así, apenas ordenado sacerdote, dispuso el padre José que diera examen de confesión. Debía ayudar en la parroquia. Los sacerdotes eran muy pocos... Había que multiplicar las horas de trabajo, ya que no se podía hacerlo con los clérigos...

Dio examen de confesión ante la mesa examinadora, formada por los padres Luis Macchi y Galo Moret. Aprobó: ¡*Dies cum laude!*

Muy pronto tuvo que utilizar sus conocimientos teológicos. Era en abril de 1899. Apenas había cumplido sus veintitrés años. Lo llama el Padre Inspector:

—Mira, Luis; habrá que ir a ayudar a este buen padre Aguilar... (1)

(1) El padre Aguilar era un jesuita que trabajaba en todos los campos; especialmente, con los presos.

—¿Y adónde hay que ir?

—A la cárcel...

—¿A la cárcel?...

Inmediatamente se presentó ante la imaginación una catterva de asesinos a los que tendría que aconsejar...

—Sí, a la cárcel —le dijo el padre José, sonriendo.

—No tengo experiencia...

—Para eso vas, para adquirirla...

Y se fueron a la penitenciaría nacional. Allá esperaban varios sacerdotes que conversaban. Al ver a Luis, que entraba con el padre Zaninetti, alguien no pudo menos de preguntarle:

—Pero... ¿usted es sacerdote?

—Sí, Padre; por la gracia de Dios...

—¿Cuánto tiempo hace?...

—Cuatro meses.

—¡Qué pronto se ordenan ustedes!...

—No tanto... Hace catorce años que estoy estudiando.

—¡Catorce años!...

—Sí; comencé a estudiar en San Carlos a los nueve años...

Y pasaron a los pabellones de la prisión. Pedemonte no las tenía todas consigo. Iba rezando a Don Bosco y a Don Cafasso...

Se sentó en un banquito. A su lado, a falta de reclinatorio, había una manta doblada en ocho. El primero que se le presentó a confesarse, fue un abogado. ¡Nada menos!...

Entre otros pecados de grueso calibre, manifestó a Luis que había seducido a una joven...

El flamante confesor le preguntó:

—¿Es usted soltero?...

—Sí, Padre...

—Entonces, usted tiene obligación de casarse con esa joven —le dijo tímida, pero firmemente, el padre Pedemonte.

—Usted me manda lo imposible... Fíjese bien, Padre...

Este titubeó...

—Bueno; como mañana, domingo, debemos volver, voy a consultar y le traeré la respuesta definitiva.

Fue al padre Pagliere, y éste le dijo:

—No debías haberlo obligado...

Fue al padre Macchi, y él contestó:

—Tú, con tu *Moral* en la mano, le has dicho eso; pero en la práctica es distinto... No puedes obligarlo...

Y Luis volvió al otro día a la cárcel a tranquilizar a aquel pobre hombre, con una lección práctica en su haber. ¡La primera!... (2)

Pero no obstante la multiplicidad de sus nuevos trabajos, el padre Luis no descuidó un punto a sus artesanitos. Antes bien, con la experiencia adquirida y su prestigio de sacerdote, se entregó a su bien espiritual en forma intensiva. Quiso que sus muchachos celebraran la novena de María Auxiliadora del año 99 con excepcional devoción; y así, activó las Compañías, dio conferencias, estimuló las *floreccillas* y sembró entusiasmo por doquiera. Él aprovechaba de todo para cultivar las vocaciones, porque ya entonces las vocaciones constituían su obsesión...

Al día siguiente de la fiesta, 25 de Mayo, fueron estudiantes y artesanos a Bernal. Día de asueto, de esparcimiento. A respirar aire puro a pleno pulmón, a correr sobre la grama y a retozar por la quinta... Al mediodía, asado y hasta un poco de vino, previamente *bautizado* por las manos no consagradas de don Silvestre Chiappini...

Alegría a granel para los alumnos; pero doble trabajo de los asistentes, que debían abrir los ojos, a fin de que el regocijo no se desbordara... Luis andaba en todo y atendía a todo. Ahora se preocupaba más que nada por enseñar *in situ* a los acólitos el arte y la ciencia de educar.

(2) Hace algunos años, con la perspectiva de escribir este libro, durante varios días importuné al padre Pedemonte para que me narrara su vida. Esta es una de las páginas que entonces escribí.

Monseñor Cagliero pasaba algunos días en San Carlos varias veces al año. En 1899 estuvo en tres ocasiones. Pedemonte aprovechaba para confesarse con él, y para consultarle muchas cosas que bullían en su cerebro, siempre dispuesto a elaborar proyectos.

A fin de año, nuevos Ejercicios Espirituales en el Pío IX. Sus propósitos: "Erradicar la desobediencia y el modo de obrar con los niños: unas veces, con demasiada blandura, y otras, con severidad. Reformar la caridad con los hermanos. Conformar la modestia con mi modelo Don Bosco. Releer los propósitos del presbiterado. Estudiar mi teología, y aplicarla lo mejor posible. Amar a los niños *in Domino tamen...*" . Y termina: "*Vide, ne cadas!*"

El joven sacerdote se desvivía para que sus obreritos aprendieran bien todas las ciencias; pero, sobre todo, la ciencia de Dios: el Catecismo. Precisamente, ese año 99 comenzaron los Certámenes Inspectoriales, con una magnificencia digna de los juegos florales de Provenza. ¿Fue idea del padre Vespignani eso de coronar al *emperador*, eso de llevarlo al templo con su séquito, esos acordes de la banda, eso de rodearlo de tanta pompa y majestad, o anduvo en todo ello el corazón y el entusiasmo del joven catequista? No sabría definirlo...

El año 99 tuvo la Inspectoría argentina su primer *emperador*. Fue el niño Honorio Calveria, aquel sacerdote que pasará luego la bohemia de sus versos por la Patagonia. Su nombre está escrito con letras góticas en la primera plana del elenco de premios de ese año. Y hace resaltar su mérito, cuando dice: "EMPERADOR: Honorio Calveria, del taller de Zapatería..." Y sigue: "Primer príncipe: Manuel Sanguinetti, del taller de Carpintería". Sólo el segundo príncipe pertenece a los encopetados estudiantes: "Carlos Carlini, del segundo año de Bachillerato".

Al año siguiente, también los artesanitos del padre Pede-

monte se llevaron los laureles y la corona: "Emperador: Juan Perazzo, del taller de Carpintería".

Quiere decir que nuestro Catequista —ahora, *pleno iure*— los preparaba tan bien, que podían competir con los estudiantes, y ganarles la ansiada corona... (3)

El año 1900 comenzó con una solemnísima misa de medianoche. ¡Empezaba el Siglo XXI! Y la Iglesia quiso que al aparecer esta centuria, que traía tantos interrogantes en su seno, el mundo se consagrara al Redentor.

En San Carlos hubo adoración todo el día 1º de enero, en la parroquia anexa.

El 31 de enero —luego del funeral por el Santo Fundador Don Bosco—, el arzobispo, monseñor Castellano, bendijo los proyectos de la nueva iglesia parroquial, monumento al Redentor y homenaje nacional a la independencia argentina. Es la actual basílica de María Auxiliadora y San Carlos.

El 6 de febrero falleció el Prelado. Grandes funerales. "Asistieron cuarenta artesanos escogidos entre los mejores", narra la crónica.

Los días 25, 26 y 27 de febrero, carnaval. Ahí el padre Pedemonte estaba en su elemento: disfraces, teatro, juegos y cantos. Y como no había cine todavía, "linterna mágica", reza la crónica; y añade: "corso con carro". Se ve que el Catequista echaba la casa por la ventana para mantener la alegría..., en esas frívolas jornadas, sobre todo.

Ya el padre Luis iba siendo conocido fuera del colegio. El 10 de mayo de 1900 recibió del Arzobispado la siguiente nota:

Al Sr. Pbro. Luis Pedemonte

Tengo el honor de comunicar a usted que, atendiendo a la solicitud del Sr. Presidente del Círculo de Obreros de la pa-

(3) Presidieron ese primer Certamen Inspectorial, el internuncio apostólico, monseñor Sabatucci, y el vicario apostólico de la Patagonia, monseñor Cagliero.

requia de San Carlos, el Ilmo. Señor Vicario Capitular y Gobernador del Arzobispado, en sede vacante, Can. D. Luis Duprat, ha designado a usted segundo director espiritual de dicho Círculo.

Saluda a usted...

MANUEL ELZAURDÍA

Secretario

Los obreros sabían lo que pedían...

En mayo de ese año visitó el colegio el vicepresidente de la República, doctor Norberto Quirno Costa. Los artesanitos se lucieron soplando a más no poder en la magnífica banda de entonces.

El 17 de junio trae la crónica: "Por voluntad del Señor Internuncio, el padre Pedemonte dirige las ceremonias de la ordenación de su secretario". Se ve que monseñor Sabatucci apreciaba las condiciones y la ciencia litúrgica del padre Luis...

En 1900, la misa de la fiesta de San Luis se cantó en San Ignacio. Allá fueron los alumnos de San Carlos, con su coro y banda...

Y el 24 de junio, el gran acontecimiento. ¡Se ponía la piedra fundamental de la actual basílica! Ofició el Internuncio. Asistieron el general Roca, presidente de la Nación, y el ministro Magnasco. Pontificó monseñor Cagliero, y se cantó la *Misa* de Capocci...

Ese año visitó la Argentina el padre Pablo Álbera, enviado por los Superiores Mayores para las celebraciones de las bodas de plata de la Obra de Don Bosco en el país. El 11 de setiembre llegaba a Buenos Aires. Entre los días 19 y 21 de noviembre, se celebró el Primer Congreso de Cooperadores Salesianos de América. Nueve obispos presidían los actos. Grandes oradores. El 23, cena de 1200 cubiertos... El padre Pedemonte no se dormía...

Es allá por el 1900 cuando conoce a un jovencito que más tarde, en el ocaso de su vida, será su obsesión y su sueño.

Me refiero a Ceferino Namuncurá. Este pequeño gran cacique vorogano hacía tercer grado. Ese año, el talentoso indiecito sacó primer premio de conducta y aplicación, segundo premio de canto —en pos de él vienen más de veinte— y tercer premio en el examen final. En 1901, Ceferino saca primer premio de canto, y tiene diecisiete alumnos que lo siguen en orden de mérito. En 1902, el aborigen consigue sacar el primer premio de conducta y aplicación. Lo que significa que se destacaba. No era uno del montón. Por eso, al cumplir sus bodas de diamante sacerdotales, en un interesante reportaje que le hicieron, el padre Luis respondería:

—¿Por qué me preocupo tanto por Ceferino? Porque lo he conocido...

Efectivamente, ambos vivieron un año bajo el mismo techo, frecuentaron la misma iglesia, rezaron las mismas oraciones, y quizá, en los designios de Dios, estaban ambos ligados por quién sabe qué vínculos de arcana espiritualidad...

Y así pasó el padre Luis su segundo año de sacerdocio: lleno de actividad y de vida. En febrero de 1901, el padre José le comunica que ha sido nombrado director del colegio de San Nicolás de los Arroyos. Nuevos sobresaltos para el pobre muchacho... Digo *muchacho*, porque aún no había cumplido veinticinco años... y ya debía afrontar las muy serias responsabilidades que emanan de la dirección de un importante instituto de educación.

El que era director de San Nicolás pasó a ocupar su puesto de catequista. Otro Luis: el padre Castiglia, tan excelente maestro, que la ciudad de San Isidro le dedicará una plaza y una estatua.

Cuando el padre Pedemonte viajaba hacia San Nicolás, ya jugaba alegremente en el patio y cantaba en el coro del maestro Belmonte —aquel tenor que había mandado Don Bosco en 1875, para que enseñara a cantar a los argentinos...— un fran-

cesito huérfano de padre que se llamaba Carlos Gardez. Fue primero artesano, y después, estudiante. Cuando salió del colegio y comenzó a cantar en público, cambió su apellido por otro más eufónico, y fue conocido como *Carlos Gardel*...

El padre Luis, a marcha forzada se iba a San Nicolás. Ya no volverá a ser catequista. Pero la pasión por los niños pobres y por las vocaciones lo acompañará toda la vida. Tengo para mí que si Pedemonte hubiera quedado un año más en San Carlos, en lugar de un cantor Carlos Gardel hubiéramos tenido un sacerdote Carlos Gardez.

CAPÍTULO VIII

A LA VERA DEL PARANÁ

El padre Pedemonte asumía la dirección de un colegio histórico. Para regentar ese colegio habían venido de Italia los primeros salesianos, hacía veinticinco años. Pero ahora se había trasladado de la margen del Paraná al lugar donde en la actualidad se halla. El 26 de noviembre de 1900, los carros de los quineros vecinos, en fila india, en medio de la algarabía de los alumnos dirigidos por los padres Albertinazzi y Buodo, trasladaron al nuevo edificio cuanto trasto, cacharro y baratija había en el viejo edificio, que ahora sería cuartel.

El 2 de febrero de 1901, fiesta de la Candelaria, canta su primera misa el padre Santiago MacDermott. Era de Baradero. Con él se habían ordenado otros hijos de irlandeses: los padres Nicolás MacCabe y Santiago Doyle. El nuevo Director dejó al padre Castiglia la satisfacción de presidir las fiestas en honor de los levitas. Dice la crónica que el Director estaba al frente del colegio *ratione solemnitatis*...

El 11 de febrero vuelven a la Capital los ordenados, y llega el flamante Director. No tenía prefecto. Consejero: escolar era el padre Albertinazzi, y catequista, el padre Antonio Mascheroni. Dos sacerdotes: los padres Longo y MacDermott; tres acólitos: Morini, Scasso y Gola, y un coadjutor, Miglietta: he ahí todo su personal.

El 15 de febrero comienzan a llegar los alumnos. Y el Director, a falta de prefecto, debe sentarse al escritorio para la inscripción.

El padre Pedemonte preparó esmeradamente la Semana Santa. Predicó el sermón de Pasión en la parroquia. El sábado de Gloria fue solemnizado con disparos de bombas, morteros y escopetas.

Terminada la Semana Mayor, el Director en persona se encarga de preparar a los alumnos a la primera comunión. Y el 16 de mayo les da por vez primera el Pan de los ángeles. Luego desayuna con ellos en el refectorio, bellamente ornado de flores blancas, y atendido por un mozo todo vestido de blanco. "Recuerdos imborrables", narra la crónica.

Después de la fiesta patria, en que los alumnos se lucieron en una función teatral pública, vino la prueba —el hermano dolor— a golpear a la puerta del nuevo colegio: ¡la escarlatinal! Hubo que mandar los alumnos a casa. El clérigo Scasso también cayó enfermo, y debió pasar un mes y medio en cama.

En julio ya las clases funcionan regularmente. El 9 de julio, gran paseo general a Ramallo. Nuestro joven Director tuvo que beber sorbos muy amargos. Si, por un lado, en agosto se llenó de satisfacción bautizando a un joven protestante, por otro lado, en setiembre ayudaba a bien morir a uno de los alumnos internos.

Monseñor Cagliero visitó el colegio el mes de octubre, y al mes siguiente llega el padre Grote, fundador de los Círculos

Católicos de Obreros. Pedemonte lo había llamado para que instalara entre los quinteros uno, que resultó excelente.

En noviembre manda varios alumnos a Buenos Aires, para que tomen parte en el Certamen Catequístico.

El 15 de diciembre tuvo lugar la distribución de premios. El padre Pedemonte pronunció un discurso de campanillas.

El año 1902 tuvo más trabajo aún el Director, pues el padre Albertinazzi pasó a Santa Catalina. Vino, en cambio, un cleriguillo muy débil y enfermizo, que más tarde ocupará altos cargos en la Congregación: el acólito Jorge Serié.

En 1902 se consolida definitivamente el Círculo de Obre-ros. Es nombrado presidente el doctor Benjamín Castellano, hermano del Arzobispo de Buenos Aires. Ese año, internos y externos empiezan las clases el 15 de febrero.

San Nicolás tiene una fisonomía propia. Allá, el colegio es el centro de esa gran zona rural donde moran y trabajan gran cantidad de genoveses que han conservado sus tradiciones religiosas. De modo que el Director, a la vez que regentar el colegio, debe dirigir también las familias de los quinteros, que acuden a él como al natural consejero y mentor, con toda suerte de problemas y complicaciones. El padre Pedemonte debió, en esos dos años que pasó en San Nicolás, no obstante su menguada experiencia, aconsejar y orientar a ancianos y ancianas que acudían a él como al padre de sus almas.

Ese año, el padre Luis nos muestra hasta dónde llegaba su buen corazón y su gratitud a los que habían sido sus maestros. El padre Cavagliá estaba en Mendoza. Cuando llegó su día onomástico, el 29 de setiembre, San Miguel, el padre Pedemonte, que a la sazón se hallaba en Rosario predicando Ejercicios Espirituales, halla tiempo para enviarle una cariñosa cartita, en que le dice:

¡Con qué placer saludaría hoy personalmente al que tanto se afanó por mí! Sí, estamparía en la mano de mi siempre

recordado y querido maestro, el beso de mi cariño y gratitud... Lo sabe, Padre, que si siempre rezó por mí y me aconsejó, más debe hacerlo ahora que tanto peso cargo sobre mis hombros...

La fiesta de San José revistió esos años especial solemnidad, porque era el patrono del Círculo de Obreros. Pedemonte llevó al padre Milano a predicar su triduo.

Para celebrar la fiesta del 25 de Mayo, el joven Director no encuentra mejor expediente que organizar un certamen literario entre los alumnos, y ese día se distribuyen los premios en acto público.

Y con estas manifestaciones de cultura, el padre Luis cultivaba la piedad en el colegio y en las quintas.

Para el día onomástico del Director, el 21 de junio, los alumnos, que ya habían medido el calibre de su virtud y santidad, echaron la casa por la ventana. Y a mediodía, un bien servido banquete reunió a gran cantidad de amigos en torno a la mesa del festejado. A la tarde, juegos, y por la noche, fuegos artificiales y suelta de globos.

El mes del Sagrado Corazón de Jesús fue solemnizado, no solamente en el colegio, sino entre las familias campesinas. Preparó la consagración de las familias al Señor, y al fin del mes la realizó con unción y devoción conmovedoras.

Y mientras cultivaba de este modo el espíritu, no se olvidaba de lo material. Aquellos labriegos seguían métodos primitivos en el laboreo de sus granjas. Entonces, Pedemonte escribe a Buenos Aires, y en agosto va el ingeniero agrónomo Huergo para dar conferencias de vitivinicultura a los quinteros. Poco después llegaban semillas pedidas por el padre Pedemonte al Ministerio de Agricultura, para sus amigos genoveses.

A fines de año ya se atrevió a organizar una Exposición Vitivinícola. Cuando los quinteros se dieron cuenta de la pericia del Director para organizar exposiciones, quisieron proclamarlo presidente de la comisión; pero él prefirió ser secretario,

llini de Canessa, y luego las otras partes estaban loteadas, se encargó de todos los trámites el coadjutor Enrique Botta, que luego, *pro forma*, revendía al Inspector.

Había una vieja casona. De ella hicieron dormitorios y clases. Y levantaron enseguida unos galpones —algunos, todavía desafían al tiempo—, y el 25 de diciembre de 1900 se dio por inaugurada la Escuela de Jesús Redentor para los Huerfanitos de Don Bosco en Palermo..., que tan kilométrico nombre tuvo al principio el actual León XIII. Luego se llamará Escuela de Artes y Oficios y de Agricultura; después, Colegio del Sagrado Corazón; más tarde, Huerfanitos de Don Bosco, y finalmente le quedó el de León XIII. Al principio decían “en Palermo”, y más tarde, “en Maldonado - Belgrano”.

Comenzó a funcionar en 1901, con gran éxito. Era gratuito. Estaba en una zona de quintas; pero ya las calles habían sido delimitadas. El instituto quedaba en las arterias Dorrigo, Amenábar, Estados (hoy, Concepción Arenal) y Costa Rica (luego, Moldes, y ahora, Crámer).

Como director, el padre Vespignani puso al dinámico padre Domingo Perazzo. Con él colaboraban el padre Pedro Ferrino, dos coadjutores, cuatro clérigos y dos novicios. Era el centésimo colegio salesiano que se fundaba en América.

Como el instituto era gratuito, necesitaba una muy activa sociedad cooperadora. La presidía el señor Alfredo de Vecchi, y alma de ella era el doctor Jorge Argerich. Al mismo tiempo, algunas damas de alcurnia —Alvear, Elortondo, Figueroa Alcorta, García Fernández, Iriondo, Vivot, etc.— se hicieron cargo de una o dos becas cada una (contribuían con quince a treinta pesos mensuales). Se formó también una comisión de suscriptoras, que contribuían con cuotas de uno a diez pesos.

Los primeros alumnos internos fueron de las familias de damnificados por la inundación de Viedma.

La verdadera inauguración tuvo lugar el 24 de junio de 1902. Ese día echaron la casa por la ventana.

El número de los alumnos, por falta de local, era limitado: treinta alumnos externos, de cuarto y quinto grados; algunos artesanos internos, y un floreciente y nutrido Oratorio Festivo.

Ese mismo año, el 25 de mayo, se fundó el periódico del colegio, que al principio se llamó *La Familia*. En diciembre se constituyó el Círculo de Obreros, y se instaló un observatorio meteorológico de segundo orden.

Como el año 1903 el padre Perazzo debió pasar a regentar el gran Colegio San José, de Rosario, el padre Pedemonte fue designado director de Huerfanitos de Don Bosco. Al joven sacerdote le supo a gloria eso de dedicar su vida a los huérfanos, porque así entraba de lleno en el plan y la porción predilecta de Don Bosco: "Niñez pobre y abandonada".

Huelga decir que el santo salesiano de entrada no más se dedicó totalmente a su obra. ¡Qué tiempos, aquéllos! En el periódico del colegio no se menciona siquiera el cambio de director: ¡Un soldado deja la guardia, y otro lo releval...

Pedemonte aparece sólo en febrero asesorando a la Comisión de Cooperadores. Los alumnos del colegio conocieron al flamante Director en su aspecto más típico: en las diversiones de carnaval, en medio de las carreras de embolsados, las obras teatrales, pesca de caramelos, rompeollas y hasta fútbol...

Ese año ya pudo el padre Luis admitir a veinticinco artesanitos internos, y los externos cubrieron cinco grados elementales. Recibía frecuentes donaciones, que publicaba en la revista escolar, a la que él cambió de nombre: se llamará en adelante, no *La Familia*, sino *Familia y Escuela*. Así, en abril se lee que el párroco de San Fernando ha donado \$ 4; la estancia de Villanueva, una buena remesa de membrillos; el capitán Manrique, un capote militar, y la señora de Pacheco, un rico postre de durazno...

El Director no era ajeno a las inquietudes del pueblo. Forma parte de una comisión que se presenta al intendente de la Capital, señor Alberto Casares, para hacerle presente las necesidades del barrio, "llamado a ser muy principal"...

Los alumnos del padre Luis estaban en plenos exámenes bimestrales, cuando se les apareció el inspector del Gobierno. Tenía el resonante nombre de Bismarck Lagos. Como vio que los pequeños sabían, en una espontánea alocución final los felicitó a ellos y a la Dirección del instituto. También las alumnas del colegio de María Auxiliadora, que estaba ya funcionando en Soler y Segunda, "dieron muestras de su desparpajo y notable adelanto", dice la crónica.

En junio se inscriben en la escuela de horticultura y agricultura nueve alumnos de tercero y cuarto grados. Cuatro más no pudieron ser aceptados. (Sin duda, por falta de espacio, porque la quinta, actual cancha de fútbol, era reducida.)

El Director daba cuenta de la marcha del colegio por medio de su semanario: "El taller de carpintería recibió 25 encargos; el de encuadernación, 25; el de sastrería, 93; el de imprenta es sin duda el que tiene más vida: despachó 87 encargos, algunos de importancia"...

En junio, el colegio recibe del Ministerio de Agricultura, abundante semilla para su escuela agrícola.

Tenía muy buenos amigos la escuela: el padre Grote le mandó cien pesos en julio, y el padre Monteverde figura siempre en primera fila.

Cuando enfermó gravemente León XIII, *Familia y Escuela* editaba boletines para informar del estado del paciente. Y cuando falleció el Padre Santo, la revista se presentó a todo luto, y avalorada con una hermosa elegía de Calixto Oyuela.

Pedemonte buscaba la forma de sostener su escuela gratuita, y también de llegar a los de la vereda de enfrente. Así, en agosto del año 1903 publica un anuncio que abarcaba dos



La familia Pedemonte en pleno. De pie, Rosa, R. P. Pedemonte, don Agustín, Palmiro y Catalina. Sentados, Arturo, doña María y Gotardo. (Fotografía obtenida el año 1900.)



En 1901 enseñó a tomar mate al padre
Gusmano, secretario de don Álbera.

páginas: "Búsquenos un suscriptor pagador como usted, y si es anticlerical, mejor". Se hacía leer. A fines de agosto comienza la sección "Diccionario de Disparates", en que estudia la verdadera semántica de los vocablos.

El Círculo de Obreros marchaba viento en popa: la peregrinación en que tomó parte el de Maldonado, llevó 3.000 obreros a Luján. El movimiento de caja oscilaba ya en \$ 1.500.

En 1904, como los gastos de los huerfanitos aumentaban, el padre Pedemonte debió recurrir a todos los expedientes. Le dio buen resultado una gran rifa de ocho objetos de valor, que hizo en el mes de marzo.

El periódico le venía de perillas para pedir le dieran una mano. Así, en octubre avisa: "Nuestro carrito ya prestó suficientes servicios; hay que jubilarlo; hacemos votos para que un alma generosa nos saque de apuros..."

La fiesta de distribución de premios de 1904 tuvo lugar el 16 de diciembre. Hubo premios para todos: de conducta, para los de las escuelas nocturnas; para los de las escuelas profesionales: tipógrafos, zapateros, herreros, carpinteros, sastres, encuadernadores; luego, los externos, de primero a quinto grado; y hay premios de italiano, de declamación, de música y de horticultura. Y en 1905 premia a dos alumnos por su pericia en el juego del fútbol: Luis Corbella y Benjamín Videla.

El padre Luis no descansaba. A medida que pasaba el tiempo, él iba planeando nuevos medios de llegar al pueblo, nuevos proyectos para interesar a los alumnos, nuevos expedientes para obtener la cooperación que necesitaba...

Al cerrar el segundo año de directorado en Huerfanitos de Don Bosco, el padre Pedemonte se sentía feliz. Como el pez en el agua. Con "huerfanitos" y "de Don Bosco", su padre y modelo, ese dechado de mansedumbre y de bondad, cuya biografía él iba pergeñando número a número en su periódico *Familia y Escuela...*

Se sentía feliz, sobre todo, porque estaba cumpliendo aquel propósito que había formulado cuando se presentó para recibir el orden del diaconado: "He prometido delante de Dios elegir los más abyectos y despreciables..."

Se sentía feliz, porque estaba con la porción predilecta de su modelo y espejo, San Juan Bosco: la niñez desvalida.

Él trabajó siempre con los ojos puestos en Don Bosco; pero quizá nunca, como cuando fue padre de todos los *huerfanitos de Don Bosco*, estuvo más cerca del padre y maestro...

CAPÍTULO X

SEÑÁLANLE OTRA CUMBRE...

El padre Pedemonte no quería comisiones cooperadoras estáticas y de relumbrón. Las quería dinámicas y activas. Ya el 15 de mayo de 1903, la Comisión Auxiliar de Damas de Maldonado organizó una velada en pleno centro: en Talcahuano y Mitre, donde estaba el salón del Club Católico. Colaboró en ella, no solamente la banda del Colegio Pío IX, sino también los alumnos, que interpretaron *Il piccolo Haydn*, melodrama de Soffredini. El discurso de fondo estuvo a cargo del doctor Francisco Durá. Uno de los alumnos del Colegio León XIII cantó la romanza *L'orfanello*, de Cagliero.

La escuela de agricultura se redujo el año 1904 a la de horticultura. A fines de año hizo en el Colegio Pío IX una exposición, que le dio excelente resultado.

Pedemonte lo abarcaba todo; no descuidaba nada... En mayo de 1905 comienzan los cursos de la *huerta escolar*.

Ese año, ya el colegio admite alumnos para sexto grado.

Las Compañías de San José, para los artesanos; de San Luis, para los externos, y del Santo Ángel, para los pequeños, funcionaban con gran actividad.

La fiesta del Director, el 21 de junio, se caracterizaba por el número elevado de primeras comuniones. Y el padre Luis, como ya no le era posible prepararlos personalmente, les daba los últimos retoques.

La fiesta del titular, Sagrado Corazón de Jesús, se celebraba con gran solemnidad. "Se escuchan confesiones desde las cinco", dice el programa...

En 1905, el Apostolado de la Oración de señoras tenía ya su estandarte, y la procesión que se realizaba por el barrio era muy concurrida. Ahora el colegio tiene ya banda propia. Y de primer orden...

Las familias del barrio se consagraban al Sagrado Corazón, y luego firmaban la consagración: en julio de 1905 firmaron 102 personas.

Ese año, la procesión se postergó, por el mal estado de las calles. Era un problema hacer procesiones por entre aquellos pozos, zanjas y baches de antaño..., pero no se suprimían: se postergaban.

La *huerta escolar* marchaba. Cada alumno hortelano tenía un cantero, que llevaba el nombre de un cooperador o prócer: así estaban mezclados los nombres de Anchorena, Vivot, Bullrich, Lacroze con los de San Martín y Dorrego.

Las observaciones que se realizaban en el gabinete meteorológico del colegio, fundado en 1903, fueron declaradas oficiales en 1904.

La comisión directiva de las damas cooperadoras estaba integrada por seis señoras, y las vocales eran treinta.

A unos pasos del Colegio León XIII estaba la escuela de mister William Morris. En su semanario, el padre Pedemonte publicaba siempre tal cual artículo ilustrativo de la posición

católica frente a los disidentes. Pero, como me lo confesaba el padre Luis no hace mucho, él fue siempre amigo del célebre educador. Y no podía ser de otro modo: ambos estaban trabajando en buena fe por el bien de la niñez popular; ¿cómo podría haber fricciones, cuando los dos marchaban paralelamente? ¡Cuán hermosa es esa convergencia, esa tolerancia, cuando son fruto del amor!...

El 6 de agosto de 1905, el padre Luis puso una pica en Flandes. Ese día fundó lo que él llamó *El Obrero Argentino*, con este aditamento: Banco de préstamos para los alumnos del Colegio León XIII. Reunió a los alumnos mayores, les habló del ahorro, les aclaró su idea, y quedó fundado el Banco... Se hizo enseguida una suscripción de acciones, y los chicos alcanzaron la extraordinaria suma de \$ 284.47. En octubre, el Banco tenía en caja \$ 400.

Ese mes, el padre Luis escribe el estatuto del Banco. Decía el artículo 1º:

Se constituye una sociedad anónima cooperativa, bajo la denominación de El Obrero Argentino —Banco de préstamos y depósitos—, para fomentar entre los aprendices artesanos, como entre los demás colegiales, el hábito del ahorro entre los asociados, y para proporcionar crédito a los mismos.

Constaba de once títulos. Los mayores colaboraban con el Banco comprando acciones *protectoras*. La comisión era frondosa. El primer presidente fue José Giorgetti, y secretario, Francisco Bartau, después coadjutor salesiano.

A fin de año, en un hermoso discurso que hizo el director del colegio, dijo: "Este Banco escolar es quizá el primero en su género en la República". Entonces pasaban de \$ 1.300 los ahorros. De ese modo, el padre Pedemonte se adelantaba a los tiempos...

No todas eran flores. Una noche, ladrones desconocidos serrucharon las rejas, forzaron la caja y le robaron \$ 600 que

tenía listos para pagar sus deudas. Es de imaginar la pena del padre Luis; pero enseguida bendijo la mano del Señor que lo probaba. Y alegre y resignado siguió solicitando que redoblaran la cooperación. Y los amigos no lo defraudaron.

El padre Grote, fundador de los Círculos de Obreros, había creado una escuela de aprendices. El 20 de agosto de 1905 llevó sus setenta alumnos a visitar el colegio del padre Pedemonte. Éste los recibió al són de la banda, los agasajó lo mejor que pudo, y les mostró la forma en que él encaraba la escuela de artes y oficios.

En el discurso de la distribución de premios, el padre Luis no se perdió en divagaciones líricas: fue al grano. Primero, una semblanza de Don Bosco como maestro de educadores. Luego habló de las diferencias entre la escuela confesional y la atea, y de la necesidad de una base religiosa para la firmeza de la moral de los obreros. Después habló de su banco El Obrero Argentino. Y luego continuó:

“La Obra de Don Bosco en Maldonado, señores, está en sus principios. Esta casa bien puede llamarse rudimental; pero, en mi concepto, el porvenir que le espera es halagüeño. (1)

”Empero, vivimos en estrechez. ¿No lo veis, acaso? ¿Qué dicen esos galpones? ¿Qué indican esos edificios añosos, que luchan por tenerse en pie...

”Esperando en la caridad de la metrópoli, vamos a poner manos a un brazo de edificio y a reparar el existente. El presupuesto oscila en los 10.000 nacionales...” (2)

En abril de 1906, Maldonado recibió la visita del prelado metropolitano, monseñor Espinosa. El Círculo de Obreros celebraba la fiesta de San José, y el Arzobispo quiso mezclarse con los trabajadores del padre Pedemonte. Ello dio oportuni-

(1) Hoy tiene una inscripción de 1.200 alumnos, que cursan Industrial.

(2) Más de 1.000.000 de pesos, en la actualidad.

dad para que tanto el Colegio León XIII como el María Auxiliadora preparasen una recepción digna del ilustre visitante.

Desfiló una nutrida procesión por las calles Dorrego, Costa Rica, Arévalo y Nicaragua, con la efigie del Santo en andas. El Prelado quedó maravillado de los progresos de ese barrio, que hacía cuatro años era considerado abandonado y desierto...

Esa manifestación no pasó inadvertida a los de la vereda de enfrente. Trataron de combatir a los católicos. En la calle Guatemala apareció un Círculo de Obreros Liberales, que pretendía oscurecer al del Colegio León XIII. Pero el padre Pedemonte arrojaba haces de luz desde su semanario...

El brazo de edificio que el dinámico Director quería comenzar, es el actual de la calle Dorrego. Como solía él, su proyecto no quedó en agua de borrajas; porque inmediatamente se puso a adquirir materiales y a coleccionar dinero. Así, el 2 de marzo de 1906 recibe la siguiente nota:

Chacarita, 2 de marzo de 1906.

Rdo. Padre Luis J. Pedemonte

Muy señor mío:

Me es sumamente grato comunicar a usted que el Dr. Teófilo Lacroze ha resuelto transportar libre de flete, desde Pilar a Chacarita, los 200.000 ladrillos, contribuyendo con el importe del flete en memoria del malogrado D. Federico Lacroze, para que la obra se lleve a cabo.

J. TISCORNIA
Jefe de Tráfico

El hombre no descansaba. Pedía a medio mundo. En junio lanza una nueva idea: "Veinte centavos por una sola vez"... Era un nuevo tipo de óbolo, para que los niños pudientes ayudaran a levantar el edificio para noventa huerfanitos. El 24 de junio ya están los planos aprobados. Ese edificio que hoy desafía los tiempos, de 54.60 por 14.70 metros, es un alarde de la fe inquebrantable del gran salesiano.

Y como para que Dios escuchara las súplicas, erige, en la capilla anexa al colegio, la Cofradía del Santísimo Sacramento. El Vicario General aprobó su reglamento el 16 de junio de 1906.

Y llegó el día solemne de la colocación de la primera piedra. Fue el 22 de julio de 1906. Se colocó a 10.50 metros de Dorrego y a 15 de la calle Moldes. Firmaron el acta monseñor Espinosa; la señora María L. de Bellocq; el doctor Teófilo Lacroze; monseñor Lugones; el padre Vespignani; el padre Torres, teniente cura de Belgrano, y muchos más. La firma del alma de todo ese movimiento inmenso no aparece. Así era él..., humilde y santo, violeta que perfuma el ambiente desde el follaje que la oculta...

El orador del día fue el ingeniero Juan A. Briano, ex-alumno de Don Bosco que aún pasea su venerable ancianidad por nuestras calles.

"¡Templo, escuela, taller! —dijo Briano.— He ahí la síntesis más augusta de los ideales del salesiano..."

Ese día no bastó la banda de los huerfanitos; se añadió la del Colegio Pío IX. La concurrencia visitó los talleres. Monseñor Raynerio Lugones se entusiasmó tanto, que improvisó un sentido discurso.

Al cumplirse el primer aniversario del banco El Obrero Argentino, los depósitos ascienden a \$ 5.423, y a fines del año, a \$ 6.725...

El padre Luis se valió de toda clase de expedientes, a fin de conseguir recursos para el edificio; y uno de ellos fue el denominado *las siete columnas*; otro, las placas con los nombres de los donantes; etc.

Y llegó el fin del 1906. El domingo 16 de diciembre tuvo lugar la distribución de premios. Habló el padre Pedemonte. Bosquejó la obra realizada por el colegio durante el año. La banda había progresado: tocó en esa ocasión "Sonata" de la

ópera *Tosca*, de Puccini, y "Scena ed aria" de *Atila*, de Verdi. No podía pedirse más a los huerfanitos...

Ese año hubo exhibición gimnástica, que agradó mucho, por la novedad que ello significaba en aquellos tiempos. Se dio el diploma a los primeros oficiales: entre ellos figuran Pascual Cingolani y Eliseo Malco.

El padre Pedemonte estaba con las manos en la masa, ocupadísimo en levantar el nuevo edificio, cuando le indicaron otra nueva y empinada cumbre. El humilde religioso, sin decir palabra, bajó la cabeza y se alejó de Palermo. A sus espaldas, los andamios apenas dejaban ver un imponente edificio de dos plantas, que dirá a los venideros tiempos de lo que era capaz Luis J. Pedemonte, cuando se empeñaba en obras de aliento...

CAPÍTULO XI

FRENTE A DOS COLOSOS

En el semanario *El Nuevo Templo de San Carlos* (1) se anuncia el nombramiento del padre Valentín Bonetti, hasta entonces director del Colegio Pío IX, como teniente de la Boca. Comunica que el nuevo director de Almagro será el padre Luis J. Pedemonte, y añade:

El nuevo Director del Colegio Pío IX, hombre amante del progreso como el que más, fundó el periódico *Hoja Volante*, que más tarde tomó el nombre de *Escuela y Familia*, y dirigió con gran acierto los colegios de San Nicolás de los Arroyos y León XIII... (2)

(1) Año V, Nº 251, del 22 de febrero de 1907.

(2) Ignoro qué sea esa *Hoja Volante*. Ya hemos visto el origen del semanario de León XIII.

El nombramiento del padre Luis está firmado por el Rector Mayor, Don Rúa, el 7 de mayo de 1907. Presumo que, estando el padre Pedemonte dedicado con alma y vida a la construcción del nuevo Colegio León XIII, los Superiores no quisieron removerlo hasta que hubieran llegado a buen punto los trabajos.

El 30 de mayo solicita *Familia y Escuela* treinta cabriadas, que valen \$ 120 cada una. Y el 16 de junio ya habla de que “está techándose” el nuevo edificio...

El padre Luis iba a San Carlos a encarar problemas peliagudos. Tenía dos colosos ante sí: por un lado, un colegio con cuarenta y cinco salesianos de personal y seiscientos alumnos internos, y por otro, una colosal iglesia en construcción. Y a todo eso debían hacer frente sus treinta y un años escasos...

Tenía a sus órdenes sacerdotes de prestigio, como los padres Vaula, Moret, Blanco, Pedotti, Montaldo, Fuchs, Ussher, etc., y clérigos que serán ilustres, como Picabea, Vicari, Monticelli, Ortega, etc.

La circunstancia de que el padre Bonetti no fue como párroco a la Boca, sino como vicepárroco —pues el padre Bourlot seguía siendo director y párroco de aquella casa—, y el título del artículo en el semanario de San Carlos: “Sensible separación”, cuando hacía sólo cuatro años que regentaba la casa madre de Almagro, nos induce a pensar que el buen padre Valentín no pudo solucionar las enormes dificultades que se le presentaban, y los Superiores optaron por cambiarlo.

Y el padre Pedemonte tuvo que dejar en Palermo sus “Veinte centavos por una sola vez” y *Familia y Escuela*, para dedicar sus afanes al célebre metro cúbico y a las lápidas. Trabajaban para el metro cúbico Salesianos e Hijas de María Auxiliadora, niños y niñas de ambos colegios. El 29 de marzo de 1907, el semanario trae la noticia de que en los colegios

de María Auxiliadora han conseguido llenar treinta y dos metros cúbicos...

Cuando llegó el padre Luis a Almagro, ya estaba construida la cripta.

Con gran alegría del padre José y del padre Galo Moret, que eran las columnas del nuevo templo, el 31 de marzo de 1907 se bendijo y puso en marcha el reloj de la torre monumental. Era el día de Pascua. El carillón carolino inundó ese día de melodías el entero barrio de Almagro. Es de fabricación francesa (Prost Frères); pero lo colocó el mecánico Francisco Mariotti, de esta Capital. Lo dejó en manos del coadjutor José Torretti, que seguiría dándole cuerda hasta 1962, año de su fallecimiento...

En mayo, el padre Pedemonte tuvo la satisfacción de dar lectura, en el salón de actos del colegio, al veredicto del Jurado (español, pues los trabajos se enviaron a Barcelona) que discernió los premios del segundo concurso de Música Sagrada. Obtuvo el primer premio el ingeniero José Medina. Fueron premiados también el padre Pedro Rota y un señor llamado Casildo Thompson.

El domingo 23 de junio se inauguró el nuevo bautisterio de San Carlos. Después de seis años de bautizarse en las *catacumbas*, ahora los fieles de la parroquia contaban con un artístico y amplio bautisterio...

Pero a este punto, la obra del templo peligraba. No hay más dinero. Se han invertido 500.000 pesos, (3) y pareciera como si las fuentes estuvieran secas... Entonces los padres Vespignani, Pedemonte y Moret ensayan un nuevo plan de cooperación. El semanario clama: "Sería una lástima y una vergüenza para los que emprendimos esta obra con tan segura confianza..., rendirnos después de una lucha titánica de siete años..."

(3) Más de 50.000.000 de pesos de hoy.

El buen Director no descuidaba nada. En junio invitó al padre Gustavo J. Franceschi para que diera a los exalumnos una conferencia sobre el tema "Apostolado en el campo obrero".

Al mismo tiempo debía atender a los alumnos internos. En julio forma parte del jurado de un Concurso Literario entre las Compañías del colegio. Lo completaban los padres Pagliere y Desiré.

El semanario lanza una proclama: "¡Única tabla de salvación, el metro cúbico!" Y hierve el entusiasmo: planillas, volantes, celadores, Obra del Perpetuo Sufragio, lápidas, red de suscripciones, cédulas, contribuciones... Todo eso y mucho más se puso en marcha para que la construcción del monumental edificio no se detuviera...

También los chiquillos oratorianos de San Francisco —que, dicho sea de paso, alcanzan en 1907 a 1.400— se constituyen en ángeles que van encendiendo entusiasmo hasta en lugares remotos de la ciudad...

Se acercaba el año 1910, centenario de la Emancipación argentina, y había que recalcar el subtítulo: *Homenaje Popular en el Centenario Patrio*...

El 26 de julio llegó a Buenos Aires un telegrama electrizante: "¡Don Bosco, Venerable!..." Ya el Fundador entraba con pie firme en el proceso de canonización. El padre Pedemonte exulta. Sus *buenas noches* son fogosas arengas a los alumnos. Don Bosco es su sueño y su alimento, su estímulo y su meta...

Para el 18 de agosto, el director de San Carlos preparó una fiesta sin precedentes, en acción de gracias al Señor por el decreto suspirado. Se reúnen todos los colegios de la Capital en la plaza de Mayo. Tremolan banderas. Las bandas de música confunden sus sonos. Celebra la misa el padre Grote. Asiste el Arzobispo, escoltado por el cabildo eclesiástico. Los coros de nuestros colegios inundan de armonías el sagrado recinto. Por la tarde, juegos, concursos, música, academia. Hablan en

ella monseñor Raynerio Lugones y el padre Félix Guerra, de Bahía Blanca.

La parroquia tenía por titular al padre Vespignani. Pero como inspector que era, tan pronto estaba en Salta como en Mendoza. La Patagonia era un vicariato apostólico cuyo titular residía en Costa Rica, y tenía como provicario al padre Esteban Pagliere, quien solía pedir intervención al padre José, que hizo así algunas visitas canónicas también al Sur. De modo que la parroquia quedaba en manos de ese director mártir que era el padre Pedemonte. Sobre todo, debía asesorar al Círculo de Obreros, que contaba hasta con bien afinado coro y un importante cuadro dramático.

Ese año 1907 se habilitó provisionalmente el nuevo templo superior, para que las quinientas primeras comuniones del día de la Inmaculada tuvieran un marco apropiado. ¡Es de imaginar el cuadro de albura y de vida que presentaba el gran recinto todavía en construcción, inundado de velos, vestidos y moños blancos!...

Antes de fines de año se realizó una función teatral a beneficio del templo.

El año 1907 terminó a toda orquesta. El 22 de diciembre tuvo lugar la clásica distribución de premios, y al mismo tiempo, la inauguración del cuerpo de edificio que acababa de construirse para los talleres de zapatería, plástica y escultura en mármol. Bendijo los ambientes monseñor Lugones; y el padre Pedemonte, en una breve y conceptuosa improvisación, ofreció al Padre Inspector la doble fiesta.

Al día siguiente se abría una interesante exposición didáctico-profesional, en que intervinieron los diversos colegios de la Capital. Los porteños pudieron admirar cómo se trabajaba en los colegios de Don Bosco, tanto en las escuelas profesionales como en los colegios que tenían cursos elementales y de segunda enseñanza.

El historiador se imagina cómo terminaría el padre Pedemonte ese año: literalmente deshecho por el ingente trabajo a que sometió su organismo. Porque es de saberse que el formidable salesiano, no solamente tenía que atender a los alumnos de su colegio, sino que era confesor de los 1.400 oratorianos de San Francisco, y lo era también de varias comunidades de Religiosas de la Capital.

El hecho es que el dinámico religioso, en ese primer año de director del Colegio Pío IX, pudo agradecer al Señor que le permitió llegar a fin de año con arrestos para predicar Ejercicios Espirituales, y luego de breves días de vacaciones, volver otra vez a su dirección, a su confesonario, a las aulas...

Podía el padre Luis estar contento. Había tenido que afrontar dos colosos: el Colegio Pío IX, con sus setecientos moradores (contando a los empleados), que a su lado veía elevarse el otro coloso, el santuario de María Auxiliadora y San Carlos, cuya construcción era una constante pesadilla de todos los Superiores: el padre José, su hermano el arquitecto, el padre Moret y el padre Pedemonte, que, por ser el director y estar siempre firme en su puesto, era como la torre que debe resistir a todos los vientos...

Porque hoy admiramos la magnífica basílica de María Auxiliadora y San Carlos; pero pocos pensamos cuánto ha costado eso. Las mil y una viejecitas que traían semanalmente su óbolo atado en un pañuelo..., la constante actividad del padre Moret y de don Enrique..., las preocupaciones del padre José, que no quería que su sueño se desvaneciera..., las largas vigiliass del padre Ernesto Vespignani, el arquitecto, que se dormía sobre planos y números..., y la paciencia del padre Pedemonte, que debía pagar las cuentas que le presentaba a diario el padre Ernesto. A veces no tenía dinero: ¡era mucho gastar! Al cabo escribe al arquitecto un papelito. (El padre Ernesto *hacía*,

pero no *hablaba*; había que escribirle.) Le dice, en italiano: "*Non è possibile andare avanti così...*" Y le expone sus quejas.

El Padre Inspector le había dejado escrito: "Un papelito del padre Ernesto se debe atender como si fuera mío", al partir para Salta. Y el pobre padre Luis, acicateado por su prefecto, el padre Sorasio, que aguantaba pocas pulgas, estaba entre la espada y la pared...

El padre José, que, con su enorme ascendiente, hubiera podido remediar los entredichos, le escribe desde Salta: "Yo no puedo, a pesar mío, servir de intermediario en este caso". El padre Ernesto era su hermano, según la sangre...

El constructor era el coadjutor Enrique Botta, muy bueno, muy santo; pero con puntos de vista distintos de los que sustentaba el arquitecto. El Director tenía que limar asperezas, acortar distancias, apagar nacientes incendios... Todo iba a él. Lo golpeaban desde los cuatro vientos.

En el frontis del templo hay lápidas que recuerdan a los principales artífices de este monumento: el padre José sonríe desde el mármol que está a su vera; pero nada hace mención del padre Pedemonte...; aunque él fue durante cuatro años la torre contra la que se estrellaban todas las borrascas.

Un día, extenuado de luchas, escribe al padre Vespignani:

Y si, como arreglo, necesita usted acudir al expediente de cambios, aquí me tiene usted en sus manos, y feliz de poderme prestar a quitarle una pena. Yo deseo de veras que usted vea pronto terminado el nuevo templo; y siendo rémora y estorbo para tan noble fin, ¿qué más puedo desear, sino ser removido? (4)

Pero, siempre ejemplar religioso, continuó en la brecha, porque el Superior se lo indicó...

Al mirar el padre Luis la enhiesta torre del santuario, con su flamante reloj, sin duda habrá exclamado: "Todos los soles

(4) Carta del 20 de setiembre de 1908.

la hieren, todos los vientos la fustigan, todos los aguaceros la empapan... ¡Qué bella es nuestra torre!..., pero ¡cuánto cuesta ser torre!...”

CAPÍTULO XII

EL COLEGIO, ENTONADO

El año 1908 fue denso de trabajo y de preocupaciones para el padre Luis. Quiso la Providencia aliviarlo en parte, y así le envió un espíritu selecto, semejante al suyo, que lo acompañase un trecho de su espinosa senda.

Ese año llegó a Buenos Aires el padre Pedro Ricaldone. Era italiano, pero había sido enviado a España muy jovencito. Se había formado en Sevilla, y había asimilado admirablemente la gracia andaluza. Hizo, pues, muy buenas migas con el padre Pedemonte.

Los chascarrillos y salidas del padre Ricaldone, a quien de inspector de la Bética lo habían elevado a visitador extraordinario de América, le hacían harta gracia al Director del Pío IX. Y que habían intimado lo demuestra una carta que el padre Ricaldone le dirigió desde Roca, Río Negro, meses después, en la que el hombre de letras se da el lujo de describirle, un poco en broma y otro poco de veras, los paisajes que ha visto en nuestro Sur. Y para ello le escribe cuatro páginas que abarcan un solo kilométrico período.

El Visitador, con su salero andaluz, no sólo lo mantuvo alegre en los meses que anduvieron juntos, sino que le enseñó muchas cosas que el humilde padre Luis atesoraba.

Mucho lamentaron todos en 1908, que aún no se pudiera celebrar la fiesta de María Auxiliadora en el templo superior.

No fue posible terminar el piso. Hubo que celebrarla una vez más en la cripta.

La fiesta de San Luis pasó casi inadvertida ese año. Todo se reservó para San Juan. Se trataba de solemnizar el aniversario de la declaración de Don Bosco venerable. Y para eso el padre Pedemonte se pintaba solo: echó las campanas a vuelo... Academias, funciones teatrales, Te Deum, funciones de iglesia, concurso literario, etc.: todo contribuyó a dar esplendor a las piadosas celebraciones.

Entre tanto, el padre Luis seguía cultivando a sus exalumnos. Había formado un Centro de Estudios Sociales, que semanalmente tenía conferencias sobre temas de carácter social. Los principales oradores del campo católico desfilaron por la modesta sala de conferencias de San Carlos, para iluminar con su saber a tantos jóvenes ávidos de cultura.

Quería el padre Pedemonte que sus muchachos estuvieran al día. Llegó al país Ferri, pensador muy capaz, pero de extrema izquierda. Y bien; el Centro de Estudios Sociales comenta y refuta las conferencias del profesor italiano.

En Almagro, todo era vida. Se conmemoran la elección y la coronación del papa Pío X con gran solemnidad. Tanto el Círculo de Obreros como los exalumnos y alumnos, batieron palmas en esos inolvidables días de agosto.

Y como el nuevo templo devoraba cuanto peso entraba en la prefectura del padre Sorasio, había que estar constantemente dando funciones teatrales, organizando rifas, pidiendo *metros cúbicos*, activando las listas de benefactores, colocando lápidas funerarias...

En la solemnidad de San Carlos, el Padre Director quiso ese año hermanar la religión con el patriotismo. Por eso, el 5 de noviembre organizó un homenaje a los próceres argentinos. Reunió los niños de todos los colegios salesianos de la Capital y alrededores; bendijo las banderas de cada colegio; can-

taron el Himno Nacional, acompañado por la banda de policía, coreado por más de dos mil alumnos enardecidos antes por la vibrante palabra del padre Luis, que habló en esa ocasión con una elocuencia que los muchachos del Pío IX no le conocían...

Terminó el año con la ordenación sacerdotal de tres clérigos: Picabea, Muras y Héduvan. El padre Pedemonte aprovechaba esas ocasiones para sembrar en el corazón de sus alumnos la semilla de la vocación religiosa y sacerdotal.

Y para entusiasmarlos con el estudio, les ponía ante los ojos los triunfos de los dos primeros Hijos de Don Bosco argentinos que llegaban a conseguir el título de profesores normales: los padres Vicari y Pedotti.

El padre Luis no había podido graduarse. No era profesor, ni siquiera maestro; pero celebraba como propios los triunfos de sus hermanos.

Hoy por hoy, las exposiciones están a la orden del día. Antes, no; pero el padre Pedemonte, hombre de vanguardia, dio impulso a las exposiciones, tanto en San Nicolás como en Maldonado y en Almagro. Y ya veremos lo que supo hacer en la Patagonia. Para él, la exposición no es, como para los industriales de hoy, un medio de propaganda: para él, que vivía de Dios, y todo lo enderezaba a Él, la muestra didáctico-profesional no era otra cosa que el cumplimiento de aquello de San Mateo (V, 16): "Que vean vuestras obras buenas y glorifiquen al Padre..." Él, a todo le daba un sentido netamente evangélico.

Desde ese año, y luego, al siguiente, y mientras estuvo al frente del Colegio Pío IX, se realizó la jura de la bandera por los alumnos de todos los colegios salesianos de la Capital reunidos. La alocución estaba siempre a cargo del padre Pedemonte. El chiquillo boquense de ayer, que como pocos conocía a su pueblo, trataba por todos los medios de defender el solar argentino en esa época aciaga del asesinato del

coronel Falcón en Buenos Aires, y del fusilamiento de Ferrer en España.

En 1909 recibió la jura de la bandera el doctor Ramos Mejía, que a la sazón era presidente del Consejo Nacional de Educación.

A la academia patriótica del 9 de Julio asistió el doctor Ruiz de los Llanos.

Fue el padre Pedemonte quien formó a los dirigentes de los exalumnos que más se destacaron. En 1909, era presidente del Centro de San Carlos el señor José Ferreccio, y vice, el señor Pedro Tiesi, médico famoso después, y exalumno de vanguardia.

El 12 de octubre de ese año, la peregrinación a Luján congregó a más de dos mil niños de nuestros colegios. Era precedida por un triduo predicado.

Se acercaba el centenario patrio. No solamente hervía el entusiasmo por terminar el templo, que era un homenaje a ese acontecimiento, sino que se preparaba a los alumnos para el año 10...

A fines del curso escolar de 1909, la Dirección General de Tiro y Gimnasia organizó un concurso escolar entre colegios oficiales e incorporados. El acto se llevó a cabo en el local de la Sociedad Sportiva. (1) Miles y miles de alumnos, con vistosos uniformes, compitieron ese 30 de noviembre memorable. Dirigía el certamen el coronel Eduardo Munilla. Y cuando se discernieron los premios de conjunto, el Colegio Pío IX obtuvo el primer premio: medalla de oro y diploma; segundo premio, el Colegio de Huérfanos de Militares, y tercero, la Escuela N° 1 de Lomas de Zamora.

En el concurso libre por escuadras, primer premio del Co-

(1) Situada en las inmediaciones del Hipódromo Argentino y la estación 3 de Febrero (F. N. G. B. M.); con mayor precisión, en los terrenos ocupados actualmente por las canchas de la Asociación Argentina de Polo.

legio Pío IX: medalla de oro y diploma donados por el diario *La Prensa*. Además, el colegio que dirigía el padre Pedemonte obtuvo: 1) Medalla de oro, diploma de honor y veinticinco argentinos oro; 2) Gran premio de honor, donado por la Sociedad Sportiva. Y el instructor del colegio, don Eduardo Castagneto, exalumno del Pío IX, ganó una medalla de oro, un diploma de honor y dos objetos de arte.

Cuando los alumnos regresaron a su viejo caserón de Almagro, al entrar en los patios, rompieron con la disciplina, y arrojando al aire sus sombreros de Gath y Chaves, vivaban al Padre Director... Él no podía hablar. Estaba emocionado, y todo lo refería a Dios y a la bondad de María Auxiliadora.

Y si a esto se añade que en el concurso de tiro al blanco, también el Colegio Pío IX resultó primero, con medalla de oro y diploma de honor, se comprenderá por qué el padre Luis parecía revivir. Era como si el Señor, en medio de tanta lucha y tantas preocupaciones como tenía en el huerto de los Olivos, le hubiera entreabierto una misteriosa cortina para que viera el Tabor...

La distribución de premios, por eso, fue apoteótica. Tuvo lugar el 23 de diciembre. El padre Pedemonte quiso que se dedicara al doctor Luis Orlandini, que desde 1884 (hacía veinticinco años) venía curando heridas y calmando dolores al personal y alumnos del Colegio. El Director, que entre sus muchas virtudes poseía la de la gratitud, hizo grabar una placa alegórica, que ofreció el padre José.

El coronel Munilla quiso tomar parte en el acto, no solamente presenciándolo, sino pronunciando una encendida arenga en loor de la Obra Salesiana.

El día de Navidad, los alumnos estaban en sus casas la mar de contentos.

El padre Pedemonte también se dispuso a repesar los brevísimos días que le permitían las vacaciones de entonces. Pero

su principal descanso era la satisfacción de que el Colegio marchaba bien. Había piedad sincera, amor al trabajo, confianza con los Superiores. Y los alumnos, esa compleja locomotora juvenil, ya habían levantado presión para, en el nuevo año, participar de las grandes celebraciones del centenario patrio.

En una palabra, el Director del Pío IX, luego de haberle dado el "la" que pretendía para las futuras solemnidades, había conseguido que su Colegio estuviera a tono con el diapasón del año centenario de la emancipación argentina...

CAPÍTULO XIII

SE LE ABRE UNA PUERTA GRANDE...

Durante los años 1907, 8 y 9, el padre Pedemonte fue director del Colegio Pío IX. Párroco, como desde muchos años atrás, era el padre Vespignani. Pero el año 1910, habiéndose hecho cargo el padre José también del vicariato apostólico de la Patagonia, con el título de inspector —porque el padre Pagliere había sido llamado a Turín, a esperar una mitra imposible—, le tocó al padre Pedemonte cargar sobre sus ya recargados hombros, asimismo, la responsabilidad de la parroquia de San Carlos. Ese año era, pues, director y párroco.

En 1910, el Colegio Pío IX tenía un personal de cincuenta y un salesianos. Y los alumnos internos excedían los seiscientos. El joven Director debía, pues, multiplicarse para atender a todos. Y como, a medida que pasaba el tiempo, las obras se iban reduplicando, llegó un momento en que el trabajo del gran salesiano era sencillamente agobiador.

Pero él atendía el centro de estudios sociales, sin descui-

dar que sus artesanitos estuvieran alegres. El carnaval de 1910 fue tan espectacular, que el orador de más fuste con que contaba entonces Buenos Aires, el padre Gustavo J. Franceschi, no desdén de ir a hablarles sobre el tema "*Dios, causa nostrae laetitiae*".

Ese año, el padre Luis puso una pica en Flandes: hizo una excursión a Montevideo, de la que participaron más de doscientos exalumnos.

Los trabajos del templo marchaban viento en popa. En marzo se había terminado la decoración de la cúpula, y se trabajaba en el ábside. Las escaleras que conducen al camarín estaban en construcción, y se estaba colocando el órgano. ¡Días de fiebre de trabajo y de actividad, aquéllos! ¡Debía inaugurarse el 24 de mayo!...

El Sábado Santo de 1899, el padre Vespignani lanzó la idea de construirlo, y el 24 de junio de 1900 se bendijo la piedra fundamental.

En 1901 se reforma el plano —el frente sobre Victoria, no sobre Artes y Oficios—, y comienzan a circular *cédulas* y *metros cúbicos*.

En 1902, excavaciones (a fuerza de carros, no topadoras). En setiembre se derriba parte del antiguo templo, y en noviembre se habilita un sector de la cripta.

En junio de 1903 se termina la cripta, y en noviembre la bendice monseñor Espinosa.

En 1904 comienzan las *lápidas*, y se ensaya el órgano de la cripta.

En 1905 aparecen los *bonos* de \$ 100, y el 8 de diciembre se celebra la fiesta de la Inmaculada en el templo superior, sin revoque todavía.

En 1906 se bendice y coloca la estatua de María Auxiliadora en la cúpula.

En 1907 se inauguran reloj y bautisterio.

En 1908 se ensancha el despacho parroquial, y se prepara el lugar para el órgano.

En 1909 se coloca el órgano, y empieza la decoración.

Y finalmente, en 1910, solemne inauguración del magnífico templo...

Todo esto se dice pronto; pero ¡cuánto costó cada una de esas obras, ya de por sí monumentales!...

Antes de las alegrías del estreno, vino la tristeza de un luto: el 6 de abril fallecía en Turín el sucesor de Don Bosco, padre Miguel Rúa...

Huelga decir que el padre Pedemonte echó la casa por la ventana, cuando se trató de inaugurar el santuario. El inter-nuncio, monseñor Locatelli; otros Prelados, comunidades religiosas, amigos todos de la Obra Salesiana, participaron en esas solemnísimas festividades. Dejaron la consagración del altar del camarín para el 24. El panegírico estuvo a cargo del ilustre orador salesiano padre Dufrechou, sacerdote uruguayo que vino expresamente de la capital cisplatina.

Al mismo tiempo se celebraba el centenario de la emancipación argentina. No se daba abasto... Concurso gimnástico otra vez. De nuevo a la Sportiva..., y nuevas medallas de oro y diplomas para el Colegio Pío IX, y lo mismo para el teniente Castagneto, el instructor.

En esos días llegaba a su apogeo la Liga Don Bosco de fútbol. Fue otra de las felices iniciativas del padre Pedemonte. Tomaban parte los exalumnos de los colegios Pío IX (Víndex), San Francisco (Centenario), San Antonio (San Lorenzo), Santa Catalina (sin seudónimo) y Don Bosco (Pueyrredón). Ese entusiasmo del padre Luis que vimos asomar en Maldonado, lo pudo desplegar en Almagro. Y ¡lo que son las cosas! ¡Aquí también, en esa Liga Don Bosco, los últimos serán los primeros!...

¿Quién iba a pensar que de todos esos clubes, el único

que iba a sobrevivir sería el del colegio más humilde, el del Oratorio San Antonio, donde hacía prodigios la abnegación del padre Lorenzo Massa? Y fue así. Los hermanos Monti figuran en esos días jugando en nuestros patios...

Con motivo del deceso del Rector Mayor, vino, naturalmente, el Capítulo General. El padre Valentín Bonetti acompañó a Turín al Inspector; y como representante de la Pata-gonia iba el padre Pedro Bonacina.

Y en Buenos Aires quedaba el padre Luis con más trabajo que antes... Para el cumpleaños de Don Bosco, trajo al célebre sociólogo doctor Serralunga Langhi, para que hablara a los exalumnos. Fue un acontecimiento.

El 17 de agosto le llega un telegrama: Don Álbera, Rector Mayor. Y entre los vocales del Capítulo Superior, el padre Vespignani. Pero las raíces que el padre José había echado en la Argentina, eran demasiado profundas para que se lo arrancara a dos tirones. Hubo que reconsiderar la elección. Más tarde se puso en su lugar al padre Pedro Ricaldone. El padre Vespignani se vino muy contento a su Argentina...

Al regreso se encontró con una grata sorpresa. El padre Pedemonte había formado entre los exalumnos un Grupo de Estudios Literarios, y, con motivo del Centenario, este equipo de escritores en ciernes había promovido entre los alumnos del Pío IX un Certamen Literario.

El lema general era "1810-1910". Y se había dividido al alumnado en tres categorías: Curso Superior, Curso Medio y Curso Inferior. Para la primera categoría formaban parte del jurado tres profesores normales, uno de los cuales era el doctor Delfín Jijena, vocal del Consejo Nacional de Educación.

Entre los premiados enumeraremos a Luis Cámpora, de San Nicolás; a Carmelo Lorda, de La Pampa, y a José Sanguinetti, de la Capital.

Cupo al padre José la satisfacción de entregar los premios (que eran valiosos: donados por el Consejo Nacional de Educación) a los agraciados. Y no fue menudo el gozo del mentor y maestro del padre Pedemonte el distribuir los galardones.

El número de 650 primeras comuniones que hubo ese año (y contando las capillas del barrio, más de 1.200), denota el movimiento de la parroquia de San Carlos. Aunque conviene no olvidar que entonces los límites parroquiales llegaban hasta Nueva Pompeya...

En febrero de 1911, el padre Sorasio, viejo prefecto del Pío IX, partía para Rosario. Y la separación del Prefecto era como el preludio de la del Director... Efectivamente, al regreso del padre Pagliere de Italia, se le dio la dirección del Colegio Pío IX. Al padre Pedemonte le ofrecieron la prefectura, que, como buen religioso, aceptó sin pestañear.

El doctor Emilio Lamarca, que pertenecía al escaso número de "almas primaverales" —como decía *El Pueblo*—, había fundado la Liga Social Argentina.

Los tiempos eran malos. Ráfagas de doctrinas deletéreas azotaban la Capital. Había que unirse. El padre Luis, con sus muchachos del Centro de Estudios Sociales, abrió a la Liga las puertas del Colegio y del corazón.

El 18 de junio de 1911 ocurrió en Almagro algo nunca visto. Un millar de hombres llenaban el salón de actos del Colegio. Monseñor Locatelli, internuncio, presidía. El señor Fernando Segovia explicó lo que era la Liga Social, y el padre Franceschi, feliz de tener un auditorio tan nutrido, se explayó a sus anchas sobre el tema "La Iglesia y la civilización".

El melodrama del padre Pedrolini, *Fe y heroísmo*, era el caballo de batalla de esos años. Con él quiso el padre Pedemonte que se clausurara el año escolar.

El padre Vespignani quería fusionar las dos Inspectorías argentinas en una. Desde Turín escribe al padre Pedemonte:

... escribo, pues, la presente para prevenirte sobre las ideas de mi delegado, el buen padre Bonacina. El, con mucha sencillez, pero con igual tenacidad, muestra su gran descontento sobre lo que él supone resuelto en el Capítulo Superior... Hoy manifestaba esa oposición, paseando con el Revmo. Rector Mayor, sin darse cuenta de que le causaba disgusto con su insistencia. Después estuvo largo rato conmigo cuestionando...

El padre Bonacina era, pues, el líder del mantenimiento de la Patagonia como ente *a se*. Sus veinticuatro años de recorrerla a lomo de caballo, y su clara visión de las cosas, le daban suficiente autoridad para defender su tesis.

El padre José creía que la fusión era cosa resuelta. Tanto, que le escribe al padre Luis que "prepare un acto de acatamiento o una reunión de directores..., y que escriban una linda adhesión..." En realidad, triunfó la tesis del padre Bonacina. Un solo inspector no podía atender una Provincia que llegaba de Salta a Santa Cruz y de Buenos Aires a San Carlos de Bariloche.

El Vicariato Apostólico de la Patagonia, desde la partida de monseñor Cagliero, estaba regentado por el padre Esteban Pagliere en carácter de provicario. En 1909, el padre Pagliere viajó a Italia. El Inspector de Buenos Aires asume entonces el gobierno de la Obra Salesiana en todo el país, menos la parte austral (Santa Cruz y Tierra del Fuego), que dependía de monseñor Fagnano.

Para solucionar el problema del Vicariato sin vicario, los Prelados argentinos, monseñor Espinosa y monseñor Terrero, de acuerdo con los Superiores salesianos, crearon cinco vicarías foráneas, que dependerían del Arzobispado de Buenos Aires y del Obispado de La Plata. Esto favoreció la creación de una

rraba, ese brillo parecía más intenso: era un faro que se perdía en lontananza. Y cuando los abría, eran de una viveza fascinadora. En su predicación, lo mismo que en sus pláticas particulares y en la conversación, sus ojos *hablaban*. Y no es que él hiciera gala del brillo de sus ojos pardos. Era natural en él. Le salía así.

Aquel cabello negro de 1915 fue tornándose gris con los años. Educado en un ambiente de austeridad en casa, y más aún en el Pío IX, nunca cultivó el cabello. Por muchos años se lo cortaba al rape. Más tarde, sobre todo cuando debió vestir de civil y ser un *comerciante* postizo, en Cuba, México y Estados Unidos, dejó crecer la cabellera un poco más; pero nunca ninguna raya mundana surcó su superficie craneal. El cabello iba hacia donde le indicaba la naturaleza. El peine para él era superfluo.

Bien proporcionado, tenía un cuerpo esbelto en su madurez. Más tarde se inclinó un poco hacia la obesidad, nunca excesiva. La ancianidad le devolvió muchos kilos. En sus mocedades había jugado mucho con los artesanos en el patio. Tenía agilidad y destreza. Todo esto, naturalmente, lo fue dejando en el camino. Llegó a arrastrar los pies. Lo que jamás perdió, fue su afable sonrisa. Y esa mirada sumamente expresiva.

Moderado en el comer, para él todos los platos eran buenos y sabrosos. Como gozó, en general, de buena salud por muchos años, el organismo le pedía. Tenía excelente apetito. Pero el padre Pedemonte sabía moderarse. Había asimilado el lema de Don Bosco: "Trabajo y templanza". Ya veremos cómo trabajó a través de toda su larga existencia. En cuanto a la templanza, era un modelo. Bebía por complacer al que ofrecía, nunca por deleite. Y comía lo que le ponían delante, para tener fuerzas para trabajar, nada más.

Era exquisitamente amable. Antes que la palabra, le brotaba la sonrisa, y antes que su mano, llegaba al que lo visitaba la mirada dulce y atractiva. Por sí, nunca hubiera sido más que sonrisa; por culpa de otros, a veces, debía ser severo.

Es de imaginar con qué instintiva y profunda repugnancia habrá tenido que tomar medidas disciplinarias extremas: "Querido Padre Director: o usted acepta esto, o deja la Congregación..." No es difícil barruntar cómo le sangraría ese corazón hecho a la ternura y a la bondad, al ver que alguien optaba por lo segundo...

Pero no obstante su buen corazón, en la eterna lucha entre éste y la cabeza, nunca permitió que triunfara el corazón. Dios lo ha puesto más bajo que la cabeza. Ésta debe triunfar siempre que hay conflictos entre el deber y el cariño, entre la razón y el sentimiento.

Un párroco había hablado mal, calumniando al padre Luis, que entonces estaba en el llano. Él debe salir por los fueros de su buen nombre. No se calla. Y como eso no basta, el padre Pedemonte entabla un juicio por calumnias ante la autoridad eclesiástica.

Un súbdito de prestigio le envía una carta en la que le enrostra actitudes que él cree indignas. Pedemonte le contesta en seis páginas llenas de mansedumbre y de luz. Y saca copia, y hace firmar ambas por dos testigos. La bondad no está reñida con la firmeza.

Su estatura moral sobrepasaba de mucho la física. Moralmente, el padre Luis era un gigante. "*In hoc cognoscent omnes...* En esto conocerán todos que sois mis discípulos —dijo Jesús—, si os amáis los unos a los otros..." (1)

Para mí, ahí está la grandeza del padre Pedemonte. En el cumplimiento estricto del *mandamiento nuevo* que nos vino a

(1) San Juan, XIII, 35.

traer Jesús de Nazaret. Porque se dice pronto: "Ámense como hermanos"; pero, luego, cuando de llevar a la práctica ese precepto se trata, ¡cuánto cuesta! Y ¡qué de dificultades afloran!...

Cuando alguien hablaba mal de otro en su presencia, era de ver la habilidad del padre Luis para llevar la conversación a otro terreno, para salir de ese ambiente de maledicencia que a él lo asfixiaba.

Cuando alguno había cometido una falta, ¡de qué recursos no echaba mano para excusarlo, defenderlo, justificarlo!...

Si había altercados en su presencia, él sufría agonías de muerte. Bajaba los ojos, sin duda elevaba su oración a Dios, y la infinita tristeza de su semblante era el mejor reproche para quienes, en el calor de la discusión, se atrevieran a rasgar el velo inconsútil de la caridad frente a este heroico caballero del amor y la tolerancia.

El padre Pedemonte será, sí, grande por las muchas obras que ha realizado en sus fecundos ochenta y seis años de vida; será grande por la forma con que supo resolver los muchos y arduos problemas que la obediencia le confió... Pero, a mi modo de ver, es mucho más grande por la forma constante y habitual con que echaba a buena parte los defectos ajenos; con que callaba apenas veía que se entraba en el terreno de la murmuración; con que recibía, no a los ricos y bien trajeados, sino a los pobres y harapientos... La caridad es el verdadero pedestal de su gloria. El amor fue la estrella que llevó en su frente como un signo de predestinado a la santidad.

Creo que para ser realmente bueno —caritativo, condescendiente, afable...— hay que tener una dosis de humildad que no siempre se encuentra, aun entre los hombres que han hecho de la ascética una profesión.

Era el 25 de Mayo. Celebrábamos en tierra extranjera nuestra emancipación política. Academia, música, discursos.

Además de los estudiantes argentinos, estaban también otros sacerdotes; entre ellos, un ingeniero que había ingresado en la Sociedad Salesiana. Cuando éste habló, dijo que su vocación había nacido en la Patagonia, y que debía al padre Pedemonte la dicha de ser sacerdote. Luego habló un Superior, y afirmó que él había sido quien había encauzado esa vocación. Cuando le tocó hablar al padre Luis, subrayó esas palabras, diciendo que el mérito era todo del Superior. Así era él: una violeta que perfumaba el ambiente, pero oculta entre el follaje. Eso es humildad: lo demás..., *verba, verba, praeterque nihil!*

Para él, lo mismo da estar sobre el pedestal que en el suelo. Prefiere ser cimienta a ser cornisa. Un año es director, y al año siguiente, prefecto, en la misma casa. Inspector, primero; luego, nada, soldado raso; después, párroco; más tarde, director de un asilo; luego, nada, clase o recluta... Y él siempre feliz, contento. Más contento cuanto menos responsabilidad tenía, cuanto más bajo estaba en el escalafón de las miras humanas...

Por él, siempre hubiera sido encargado del Oratorio Festivo de la isla Maciel: los Superiores lo pusieron sobre el candelero; pero aun estando en el candelero, él no se olvidaba de la isla Maciel. Había nacido para los pobres, y a los pobres no se llega —de veras...— sino por el camino difícil, pantanoso, lleno de abrojos, de la humildad.

En 1936, el primer Obispo de la Patagonia hacía la visita pastoral a Tierra del Fuego. Entre la comitiva se contaba el padre Pedemonte. Un día caminaban solos con el autor por la hermosa playa de la bahía de Ushuaia. De repente, con esa confianza que su bondad nos inspiraba, el que esto escribe se atrevió a preguntarle:

—Dígame, Padre: ¿por qué nos ha defraudado? Todos esperábamos que usted fuera el obispo de la Patagonia...

El santo varón titubeó un poco, y luego contestó:

—Hijo, ¿y para qué está la oración?...

Y le narró como los Superiores de Turín deseaban que fuera él, y creían a pies juntillas que él sería el elegido; tanto, que le habían regalado algunos ornamentos... Pero cuando Pedemonte se percató del riesgo de la mitra, cuando vio relucir en lontananza un pectoral, una amatista..., como un náufrago se agarró al salvavidas de la oración... Y se pasó la noche entera rezando delante del prodigioso cuadro del Lorenzoni, en las sombras del Santuario de María Auxiliadora...

Al otro día, los diarios anunciaban el nombre del primer obispo de la Patagonia, el padre Nicolás Esandi.

¿Por qué no lo eligieron? Porque —dijeron— era muy anciano... Pero tenía la misma edad del preconizado, y le sobrevivió de casi tres lustros... ¡Cosas de Dios!

Cuando acabó su relato, el autor no sabía qué admirar más: si su estupenda humildad, o su piedad caudalosa. Se emocionó: levantó los ojos empañados, para dirigirlos a las gaviotas y petreles que revoloteaban sobre ambos... Y un largo silencio selló ese diálogo...

Un día del año 1955 venía de Bernal a Buenos Aires. Arreciaba la persecución religiosa. El padre Pedemonte dejó los hábitos solamente por obediencia. Mientras tanto, él venía a ésta con sotana y capa. Saliendo de la estación, lo detienen dos obreros. Lo toman por ambos brazos, y le dicen, a boca de jarro:

—Gritá ¡Viva Perón!...

Y el anciano, sin inmutarse e incontinenti, dijo:

—¡Viva Perón... en gracia de Dios!

Como los dos ilusos no sabían qué era eso de *gracia de Dios*, se dieron por satisfechos y lo dejaron.

Él andaba siempre en la presencia de Dios. Vivía de Dios como el árbol del oxígeno, vivía en Dios como el pez en el agua.



Amigo de los indios, el padre Pedemonte trató siempre de hacerlos buenos cristianos y óptimos argentinos. Por eso, las banderas.



En el colegio salesiano de Viedma, la capital rionegrina (marzo de 1958), el padre Pedemonte aparece tocando la armónica entre los sobrinos de Ceferino Namuncurá.

De ahí que cualquier conversación, por frívola que fuese, era para él motivo para remontarse al Altísimo. Toda persona que conversara con él, salía mejor: había oído hablar de Dios. Y esto lo hacía él con naturalidad, con sencillez, sin alharacas. Hay enfermos que siempre nos hablan de sus males, y nos atiborran de términos técnicos de medicina: el padre Luis estaba enfermo de Dios; hablaba siempre de ese mal de corazón que no lo dejaba ni a sol ni a sombra. De la abundancia del corazón habla la boca...

Como buen salesiano, era alegre. Cuando viajaba, solía llevar una ocarina o una armónica. Ambos instrumentos le servían para entretener a los chiquillos en el tren, o para romper el hielo y tender un puente con esa familia copetuda que viajaba junto a él. Y lo hermoso es que estaba alegre cuando le iban bien las cosas, y también cuando le iban mal.

Cuando lo echaron del Asilo de Huérfanos, todos los demás que formaban el personal estaban irritados: era una injusticia... Y bien; cuando llegaron al Colegio Pío IX, como desterrados, como extraños deportados, todos vieron al Director que caminaba muy tranquilo por la calle Yapeyú... tocando la armónica. En medio de los rostros preocupados de los otros, su armónica resonaba mucho más bellamente que la lira de Orfeo, el violín de Paganini o la guitarra de Segovia.

Estar alegre un día de sol y de primavera, cuando todo nos sonríe, es fácil. Pero estarlo siempre, cuando hay sol y cuando no lo hay, cuando arrecia la persecución y cuando vivimos en medio de la bienandanza: entonces la sonrisa deja de ser un símbolo de júbilo, para trasformarse en emblema de virtud.

“El ave canta, aunque la rama cruja, porque bien sabe lo que son sus alas”: así era el padre Pedemonte, el jilguero de Dios, que cantaba siempre, porque vivía en gracia y sabía que estaba siempre al seguro en los brazos del Señor...

CAPÍTULO XV

HUESO QUE TE CUPO EN PARTE...

El 15 de diciembre de 1911 firmaba Don Álbera la carta de obediencia, y el 29 ya estaba el padre Luis de cara al Sur. Salió de Constitución en el tren de las 18.35. Lo acompañaron el padre Santolini, director del Colegio León XIII, y el padre Borghino, director del Don Bosco de Bahía Blanca. Fueron a despedirlo a la estación monseñor Costamagna, el padre Vespignani, varios salesianos, don Agustín y los hijos, y gran número de exalumnos, que, como dice la crónica, "le tributaron una calurosa despedida en Constitución".

Pedemonte iba preocupado. En su Diario dice: "Papá y mis hermanos tuvieron la amabilidad y gentileza exquisita de borrar con su presencia la amargura que acarrea la separación de personas queridas. Dios les recompense tal caridad..."

Y como la nostalgia y el temor lo persiguieran, Dios le mandó un ángel que lo consolara. Dice en su Diario: "Don Borghino es edificante y alegre, y me anima..."

Llegaron a Bahía Blanca. Se ve que la recepción lo impresionó agradablemente, pues él, en su humildad, escribe: "La acogida de los hermanos de Bahía Blanca fue la expresión de la fe con que se acepta lo que Dios manda: eso me animó más..." Y asoma el hombre de Dios: "...y me llevó a un serio examen de conciencia de mis deberes y de mi vida pasada".

En la ciudad atlántica se quedó algunos días. De Viedma, el director de la casa inspectorial y los salesianos escriben una expresiva carta al que llaman "enviado de Dios". Lo hacen "con el corazón lleno de alegría y de esperanzas", y le pre-

sentan "el humilde homenaje de su filial adhesión y obediencia". Firma el director, padre Ángel Veneroni, y siguen las firmas de dieciséis salesianos más.

De Bahía a Viedma. El tren llegaba sólo hasta Ascasubi. Trabajaban en los terraplenes de Pedro Luro. Le tocó, pues, viajar en aquellos autos primitivos de Mora. El puente sobre el río Colorado se terminaba en esos días. El padre Pedemonte fue uno de los primeros que pasaron por él.

En Viedma conoció a los buenos hermanos misioneros. Algunos, como Vicente Martini, Luis Lanza, Carlos Sessa y Antonio Patriarca, eran de la primera hora.

En Fortín Mercedes pudo admirar la maravillosa obra del padre Bonacina. Vio la quinta que sus callosas manos habían hecho brotar en medio del desierto, y la nueva rueda que su ingenio había instalado para robarle al río "más de 20.000 litros por hora".

A principios de febrero de 1912 ya tenía distribuido el personal. En eso le ayudó mucho el padre Borghino. El 5 de febrero, escribiendo al padre Vespignani, le dice: "Aquí espero a los acólitos para encaminar el esbozo de estudiantado que Dios nos concede iniciar, y El protegerá y guardará para bien de estas Misiones". He ahí su sueño dorado, su obsesión. Quería formar a sus muchachos en la propia salsa. Prefería que los jóvenes patagónicos plasmaran su mente y corazón en la Patagonia. No hay mejor remiendo que el del mismo paño.

Una semana después escribe al padre José: "Mi primer empeño es organizar el estudiantado". Tenía ocho clérigos, entre teólogos y filósofos. Y la pasión de toda su vida, los aspirantes, ya asoman en esa carta del 10 de febrero: "tenemos en vista unos cuatro o cinco aspirantitos"...

El flamante Inspector se encontró con dificultades de todo género: en Junín de los Andes estaba el padre Félix Ortiz muy grave, y solo en la casa: los padres Genghini y Milanésio an-

daban de misión, y en Junín no había médico... El hospital y la farmacia salesianos de Viedma eran perseguidos enconadamente por sus enemigos: "Han salido de aquí uno de los médicos y otros dos señores diciendo que aun cuando fuera menester empeñar toda su fortuna, habían de hacer y decir tanto, que la botica y el hospital *de los curas* dejasen de ser".

Afortunadamente, el gobernador, ingeniero Gallardo, era todo un caballero, y le aseguró que eso no sucedería... Pero el padre Pedemonte ya planea una visita al Ministro "para recomendarle al doctor Spurr", joven médico que acababa de llegar, y ocupaba la dirección del hospital.

Apenas iba adentrándose en los asuntos de la Congregación, se daba cuenta de que la maleza había crecido mucho más de lo conveniente en ese predio poco menos que en barbecho... Dispone el traslado de uno de Bahía a Viedma: se niega rotundamente.

Había coadjutores sin votos: terminados los trienales, quedaron en blanco.

Necesitaba dinero: no había. El padre Perazzo tenía poder general de monseñor Cagliero, y el que ocupaba su lugar, no lo tenía...

Sin salir de Viedma, encontraba espinas punzantes. "¿Qué me aconseja —le dice al padre Vespignani— hacer con este sacerdote, cuya sordera aumenta sensiblemente y cuya vida enteramente irregular salta mucho a la vista?"

El mismo monseñor Cagliero no vio con buenos ojos la designación del padre Luis como Inspector de la Patagonia. Él hubiera preferido al padre Vacchina, experimentado hombre del Sur. Que los Superiores de Turín estuvieron acertadísimos, lo dirá esta historia. Cagliero, allá en Costa Rica, como delegado apostólico, ausente desde 1904, había perdido contacto con la realidad patagónica de 1912. Más tarde, él será el primero en reconocer que "el porteñito de la Boca" era

el hombre para el Sur. Pero entre tanto, Pedemonte debía sentir todo el dolor que experimenta el hueso fuera de lugar...

Las Hijas de María Auxiliadora vivían en el viejo caserón de Álvaro Barros y Rivadavia, anejo al colegio salesiano. Era necesario que salieran de ahí. Se requería dinero para edificar otro colegio, y dinero no había... Por otra parte, esa separación de las Religiosas no era del agrado de monseñor Cagliero...

Las deudas que tenía la Inspección sureña con San Carlos eran enormes, y el padre Pedemonte se echa la culpa de eso: "Si hubiera dedicado yo más atención al desempeño de mi oficio (era prefecto), no habrían alcanzado el nivel a que subieron..."

Uno de Bahía Blanca, cuando el nuevo Superior comenzó a apretar las clavijas para templar el instrumento que debía pulsar, cortó por lo sano y se fue... "La desgracia del pobre es grande —escribe el padre Pedemonte.— ¡A qué extremos lleva el amor propio! Ruegue, Padre, para que el que escribe escarmiente en cabeza ajena..." (16 - II - 1912).

Echando una mirada panorámica sobre su campo de labor, piensa en las diócesis (que vendrán sólo veintidós años más tarde): "La Santa Sede y los Obispos deben pensar en el bien espiritual de estas poblaciones, mientras la Congregación se esmera en sostener los colegios y obras que ha puesto en pie..." (16 - II - 1912).

El 12 de marzo está de nuevo en Bahía Blanca. El 14 sale para Choele Choel, con el padre Borghino. En la *isla grande* encontró también bastante maleza.

El 17 llega a Roca. Se detuvo hasta el 25 de marzo. El panorama es sombrío. Tanto, que le escribe en latín al padre Pagliere... (¿para que sufra menos la moral?)

Recorre Allen, Cipolletti y Neuquén, y vuelve a Viedma por Bahía Blanca.

"Tengo la cabeza algo fatigada y no alcanzo a más por

el momento", le escribe al padre José. No era para menos: por un lado, los fastidios lo acosaban, y por otro, el trabajo excesivo a que sometía su organismo, era como para dar por tierra con el más robusto de los atletas...

A fines de abril ya lo tenemos en Buenos Aires. Estuvo diligenciando los mil y un asuntos que la Inspectoría tenía en la Capital Federal y en La Plata.

El 23 de mayo fue a la capital platense con los padres Vespignani y Borghino, para resolver el problema de la parroquia de Carmen de Patagones, que venía a quedar fuera del vicariato de la Patagonia y dentro de la diócesis de La Plata.

Monseñor Ferrero les prometió crear una vicaría foránea con jurisdicción en todo el partido, y que daría a la Sociedad Salesiana la parroquia de Nuestra Señora de la Piedad, también a crearse, previa consulta con el Cabildo, mientras que confiaría la antigua parroquia, Nuestra Señora de la Merced, a un sacerdote del clero secular. (1)

Al ir a Viedma, se detuvo en Fortín Mercedes. Ahí estaba el padre Bonacina. Había conseguido que los señores Luro le cedieran el terreno que ocupaba la granja de los Salesianos. Fue a presentarle sus albricias; pero también a pedirle su parecer. "Necesito exponerle mis apuros y oír sus consejos...", le escribe desde Buenos Aires.

El nuevo Inspector no paraba. En barco tuvo que ir al Chubut. Allá tenía sólo dos casas: Rawson y Trelew. En todas partes encontraba dolores de cabeza. Abrojos y cizaña habían crecido allí donde se esperaban violetas, girasoles y lirios...

El padre José Vespignani quiso darle un gusto: le sacó

(1) La parroquia de San Juan Bosco (barrio de la Piedad) se creó sólo en 1935, por monseñor Astelarra, y la de la Merced pasó, sí, en 1913 al clero secular, con gran pena de quienes tanto trabajaron para levantar ese templo monumental. Pero el padre Pedemonte, contrariando opiniones muy respetables, accedió sin lamentos estériles a lo que disponía el Prelado diocesano.

una copia mecanografiada de los *sueños de Don Bosco*. Fue la que por tantos años lo acompañó en sus giras misioneras.

Dios quiso probar a su siervo. “Éstas no son flores”, parecía decirle con ese cúmulo de dificultades con que tropezó de entrada no más. Si a esto se añade que su mentor y maestro, el padre Vespignani, tomó a mal alguna expresión del discípulo y se disgustó, tendremos un cuadro harto sombrío del *debut* del padre Luis en el Sur. “Usted ha tomado a mal alguna palabra de mis anteriores —le dice en una carta al padre José— y el contenido de un telegrama. Siento mucho que haya usted pasado un mal rato, cuando no me parece ni siquiera que haya asomado a mi mente causarle pena o calificarlo de incoherente, como dice su carta...”

No se oculta al observador que, dado el aislamiento en que las Misiones salesianas habían estado por la ausencia de monseñor Cagliero, el organismo religioso se había resentido. Había mucho de feudal en ellas.

Por otra parte, el joven Inspector, que llegaba lleno de bríos y de santos entusiasmos, no alcanzó entonces a comprender cabalmente esta situación. Quiso aplicar cánones de vida religiosa inaplicables por el momento. Unos cuantos años más hubieran ahorrado al ardoroso Superior muchos sinsabores, y el éxodo producido hubiera sido mucho menor.

En los designios de Dios entraba también eso: que este nuevo paladín que salía a la arena, tuviera que emplear toda su virtud desde el principio, para que luego todo le pareciera más dulce, cuando ya había debido sorber los tragos más amargos.

El padre Luis no decayó de ánimo en ningún momento. Confiaba en Dios. Sus cartas están llenas de ese sentimiento. El Señor, que lo había puesto ahí, le daría las fuerzas para proseguir. No confió nunca en sí mismo, sino en el buen Dios, que todo lo ordena y dirige.

En sus largas y jugosas meditaciones, sin duda el padre Pedemonte habrá pensado en que le había tocado un hueso duro de roer; pero enseguida habrá recordado lo que dice la sabiduría popular: "Hueso que te cupo en parte, róelo con arte"...

Ya veremos con qué arte supo roerlo.

CAPÍTULO XVI

A TODA MÁQUINA...

"¡Cómo distraen los viajes!", escribe al padre José el 6 de setiembre de 1912. El hombre de Dios, que quería vivir en santo recogimiento, se verá obligado a viajar siempre... Ésa será su cruz... ¡y su gloria! Recorrer el país de punta a cabo, ir a otros climas, dormir bajo otros cielos, andar siempre, cruzar mares y montañas, siempre en movimiento: fue el peregrino de Dios...

En pleno invierno viajó al Chubut. Allá había solamente dos casas: Rawson y Trelew. Fue en barco, y comenzó así a probar los zamarreos de los mares del Sur. Regresó a Buenos Aires; de ahí, a Bahía Blanca, y luego, a Viedma. En setiembre puso en posesión de su cargo de director al padre Luis Costamagna.

De ahí enderezó hacia el Alto Valle. Había dejado instrucciones precisas en mayo. No se habían cumplido. Entonces tuvo que cortar por lo sano: vender buena parte de las tierras. "... Aunque no sea mucha —escribe al padre José—, da demasiado en los ojos y nos absorbe mucha de la atención que debemos a nuestra alma y a las de los pobres y niños" (16-X-

1912). Al Superior lo llevó a Bahía Blanca, en disponibilidad. “¿Dónde lo pondremos?”, le pregunta al padre Vespignani. “Rezo, no duermo, hago rezar”, termina diciendo el joven y valiente Inspector.

En todo aparece el santo varón. Le pide al padre José que le permita pasar tres o cuatro días en Bernal “pensando sólo en mi alma”. “Necesito de sosiego y reflexión”, le dice apenado...

No pudo llegar a las Cordilleras, como hubiera deseado. Volvió a Bahía Blanca. Manda a Roca a los padres Borghino y Bonacina, para que arreglen lo que se pueda arreglar.

En Bahía Blanca da con otro que ha sacudido el yugo. Se le abren las puertas. Vuelve. “No es sincero”, dice el Superior. Y se va...

En Viedma, también el coadjutor encargado de la farmacia, alucinado por fuegos fatuos, se aleja de la Congregación e instala su botica: otra espina... “¡Qué difícil resulta arreglar las cosas en paz y caridad!”, añade dolorido el buen padre Luis.

En medio de un cúmulo de dificultades y cruces, el santo varón instituye una obrita muy simple y sencilla; pero que para el hombre de fe era de fundamental importancia: el *Apostolado de la Inocencia*. Eran unas hojitas impresas que su secretario repartía para que los niños (cuanto más pequeños, mejor) señalaran las oraciones y sacrificios que ofrecieran a Dios según la intención del Inspector. Sólo Dios sabe cuánto fomentó el padre Pedemonte la piedad cristiana entre los jóvenes con ese expediente, y qué de gracias no habrá obtenido por la intercesión de los ángeles de la tierra que son los niños.

A principios del año 13 manda a Bernal sus primeros novicios. Eran seis: Domingo Aguerre, un vasco que, cansado de contrabandear en Francia, se vino a las Cordilleras, y ahí lo esperaba la gracia (fue un santazo, y murió en Tierra del Fuego); Emigdio Cinciripini, otro coadjutor, tan corto de vista

como largo de generosidad; Antonio Currás, que llegó a sacerdote (era gallego ciento por ciento; duro para el trabajo y firme en la virtud); Manuel Vargas, otro coadjutor, chileno; Miguel Urrutia, una cabeza privilegiada y una voz de barítono de primer orden, y Raúl Zanabria, un alma angelical, que muy pronto emprendió el vuelo de los ángeles hacia el cielo.

Entre tanto, en Fortín Mercedes el padre Luis cultivaba sus aspirantitos. Ya el año 1913 llega a tener diecisiete: "pequeños, pero de buena voluntad", escribe contento.

Don Bosco, al narrar su sueño sobre América, había escrito: "Todos los esfuerzos de los Salesianos e Hijas de María Auxiliadora deben dirigirse a cultivar las vocaciones..." Ésa será para el padre Pedemonte la palabra de orden, el mandamiento por excelencia, la obsesión de toda su vida: ¡las vocaciones!

En los elencos figura como su secretario el padre Crispín Guerra, joven e inteligente sacerdote. En 1915 y 1916 fue su secretario el padre Luis Galli. El padre Guerra, fue director de Carmen de Patagones en 1914 y 1915, y regresó a Italia.

En enero de 1913 llegó el nuevo párroco secular a Bahía Blanca, el presbítero Albino Formaíni. El padre Luis le entregó la parroquia, y todos los salesianos concentraron sus energías para construir otra iglesia, la actual del Sagrado Corazón de Jesús, en la calle Güemes.

Otro sacerdote español no se sentía más de vivir en la Patagonia: tuvo que mandarlo al Uruguay.

"¡Pobre Patagonia, ya tan zarandeada!", escribe al padre José. Y sin lamentarse, el religioso humilde reflexiona: "Es bien que yo pruebe algo de lo que un tiempo probaban por mi rusticidad los Superiores. ¡Cuánto siento, sin embargo, la ruina de algunos de los nuestros, o provocada o por lo menos precipitada por ese modo de arremeter contra castillos aéreos...", escribe al padre Vespignani, sin fecha.

También el padre Borghino se fue cuando más lo necesitaba. Fue a Italia, y de ahí al Brasil. De Turín le prometió personal. Pero el hombre de fe, aun cuando no tenía suficiente personal para atender su Patagonia, ya comienza a hilar un proyecto propio de su gran corazón. Cuando en el invierno de 1913 estuvo en Buenos Aires, se hizo una escapada a Marcos Paz, donde funciona una colonia de menores. Fue una de las corazonadas más estupendas del padre Pedemonte.

“Estuve en Marcos Paz —dice—; visité aquello, y fue de bien espiritual para mí, porque aprendí a apreciar mejor la obra de nuestro venerable P. Don Bosco. ¡Pobres niños! Elegí los catorce más pequeños (11-14 años) y más buenos, al parecer, y según el pliego de comportamiento que lleva la Dirección...”

Cuando con más dificultades tropezaba para atender a sus chiquillos de la Patagonia, él encuentra tiempo y lugar para dedicar a los pobrecitos que crecían como plantas malditas en las sombras de un reformatorio. Eligió catorce; pero ya irán otros y otros. El Director había sido alcaide del presidio de Ushuaia. El padre Luis no solamente sacó a esos catorce pequeños, sino que escribe al padre José: “No deje usted de ir: siquiera que vean alguna vez al sacerdote. Y si otro año es posible, desde ya me ofrezco a dar a esos desventurados un curso de instrucciones a manera de ejercicios: alguno siquiera se podrá salvar...” (2-X-1913).

Ahí está el padre Pedemonte de cuerpo entero: ¡todo caridad, un apasionado de los pobres y abandonados, un dechado de apóstol, Don Bosco redivivo!

Y como si Marcos Paz fuera poco, quería ir al Depósito de Menores de la Capital Federal. No le alcanzó el tiempo. Dice: “En el Depósito de Buenos Aires no estuve”.

Por los huérfanos que tenía en La Piedad de Bahía Blanca y por algunos menores que había en otros colegios, el Gobierno

pasaba a los Salesianos de la Patagonia un pequeño subsidio. A La Piedad le daba mil pesos. Y éstos, frecuentemente se le evaporaban... Se cobraban en Buenos Aires, y el primer prefecto que los veía pasar, los mandaba a la caja: ¡tenía tantas deudas el Inspector del Sur, que *tuta conscientia* le desviaban, al vuelo, los pocos patacones que, como migajas, le caían de la mesa del presupuesto...

“¿Dónde han ido esos \$ 1.000? Averigüe, Padre; las circunstancias precarias en que me encuentro me obligan a insistir... Las casas de esta misión se deben tener en primera línea, según lo que yo le oí decir cuando tenía la dicha de vivir a su lado”, escribe al padre José, el 2 de octubre de 1913.

Para defender los bienes de la Inspectoría, había ya fundado la sociedad anónima Rádix. Pero como un nuevo estatuto de la Sociedad de Beneficencia amenazaba con suspender los magros subsidios que percibían los colegios del Sur; entonces, debiendo acreditar personería jurídica la Inspectoría —y como no convenía que Rádix apareciera en ese carácter—, estudia con el doctor Ramírez la constitución de una sociedad de cooperadores con personería jurídica.

En esos días cambia al padre Veneroni: lo pone como director de la Escuela Agrícola San Isidro, en Viedma, a la cual por primera vez se le da carácter de tal.

Y otro problema más agudo: por múltiples razones había que adquirir el teatro Colón en Bahía Blanca, que funcionaba frente al Colegio Don Bosco. Pensaba el padre Luis vender una chacra en Choele Choel, y con la venta de las dos casas del clérigo Anduaga, hacer frente a la compra; o bien, tomar dinero en hipoteca al seis por ciento anual y uno por ciento de amortización del Banco Hipotecario Nacional. En ese sentido escribe a Don Rinaldi, en Turín. Después de muchos vaivenes, el teatro se compró. Hoy es un orgullo para la Congregación.

Hemos pasado volando sobre las mil y una actividades del padre Pedemonte en esa época. Su celo ardoroso, su pasión por el bien, lo impulsaban a dedicarse con alma y vida a su misión. De no haber tenido sus floridos treinta y seis años, y buena salud, su organismo no hubiera resistido la tremenda presión de su actividad; porque el hombre marchaba a toda máquina...

CAPÍTULO XVII

BUENA TERAPÉUTICA: COMODORO RIVADAVIA

Los misioneros salesianos habían visitado esporádicamente a Comodoro Rivadavia. El 13 de diciembre de 1907, el padre Ludovico Dabroski bendijo el pozo número 2. Humberto Beghin, que era buen cristiano, le pidió que bendijera esa dichosa perforación..., a ver si lograban la ansiada agua que estaban reclamando los *boers* que habían llegado de África. El padre Ludovico bendijo, y... llegó al Presidente de la República aquel famoso telegrama: "... salió kerosén".

Desde entonces, casi no habían llegado misioneros a la futura ciudad del petróleo. El padre Dabroski fue trasladado al Sur, a las órdenes de monseñor Fagnano. Y como no todos tenían el aguante del polaco para pasarse meses enteros viajando en sulqui por esos desiertos, y el personal no abundaba, de ahí que la gente del sur del Chubut se lamentara.

Cuando en 1944 preparaba la biografía de monseñor Fagnano, tuve que investigar en los archivos de la Curia Eclesiástica de esta Capital. Compulsando distintos legajos, encontré no pocos documentos interesantes. Copié algunos. ¡Quién hubiera sido profeta! Debí haberlos copiado todos... ¿Quién

habría dicho que once años después, la noche del 16 de junio, a las veintiuna, iba yo a presenciar el incendio de todos esos preciosos documentos, desde la histórica plaza de Mayo y bajo la lluvia también histórica...

Entre esos documentos está la prehistoria de Comodoro Rivadavia salesiano. Algunos apuntes he tomado. El 25 de diciembre de 1910, "los del pueblo y Colonia Sarmiento" se dirigen al Arzobispo, para pedirle un sacerdote. La solicitud contiene cuarenta firmas. La encabeza aquel valiente y emprendedor pionero que fue Casimiro Slapeliz.

En ese legajo había también diversas cartas de una señorita polaca, Constancia Zukas, que en Sarmiento y en Comodoro Rivadavia había desarrollado una importante acción en favor de los fieles cristianos. Había en la Curia una Memoria impresa de la obra piadosa realizada por esa dinámica mujer. Había conseguido donaciones importantes para levantar templos y asilos. Monseñor Espinosa, el arzobispo, le había dado \$ 1.000, y el Congreso de la Nación, \$ 10.000.

El padre Pedemonte, apenas se hizo cargo del gobierno religioso de la Patagonia, hubiera deseado enviar misioneros a aquellas desamparadas tierras; pero... no tenía.

Entonces el Arzobispo consiguió que fueran dos pasionistas: los padres Luis Hachendoner y Eusebio Marchione. Visitaron aquellos lugares a fines de 1912 y principios de 1913. Y el 24 de enero elevaron el siguiente informe, datado en Comodoro Rivadavia:

*Al Excmo. Sr. Arzobispo,
Dr. Mariano Antonio Espinosa*

Ya hemos visto algo de los dos pueblos, Comodoro Rivadavia y Colonia Sarmiento. Como no hubo ningún culto divino, por algún tiempo atrás, no pudimos esperar gran cosa. Sin embargo, hemos improvisado una capilla y predicado por quince días. Hubo bastante tiempo bueno, y por eso vino la gente y caballeros. Comuniones, muy pocas; de hombres,

ninguna: *usum non habent...* Bautismos, unos 150. Tuvi-mos que contentarnos.

Afortunadamente, no nos apedrearon, como lo hicieron a un misionero tres años atrás. Por remate vino (1911, marzo 26) un tercer farsante como fraile. Bautizaba con aceite en los pies y en la espina dorsal. No echaba agua, pues más que le gustaba el vino. Lo embriagaron, lo llevaron a las casas *non sanctas...* El escándalo era mayúsculo, y parece que llenó el bolsillo con 2.000 pesos.

Ninguno protestaba. Eso era más que suficiente para ale-jar el pueblo de la religión. Con efecto, hemos comproba-do que cunde la impiedad en una manera bárbara. Si no fuera por la actitud y firmeza de un sargento de Sarmiento, (1) ¡quién sabe qué bochorno nos hubieran hecho algunos mal-vados! Esto demuestra con toda claridad la suma urgencia que vengan cuanto antes los defensores de la religión y moral, los RR. PP. Salesianos, y hagan aquí lo que han efectuado en Rawson, Santa Cruz, Ushuaia y Punta Arenas.

Todo Comodoro y tal vez toda la Patagonia (2) está flo-tando sobre un mar de petróleo. Por eso vienen extranjeros de toda clase, de poca o ninguna religión, y arrancan la poca fe que hay en los buenos. Por la fuerza hay que con-trarrestar esa corriente avasalladora que quisiera acabar con todo.

Ahora bien; los PP. Salesianos son los encargados y los más competentes. Se apoderan de los corazones de los ni-ños, y enseguida sus padres se rinden. Ahora más que nun-ca les conviene obrar con toda energía y ver cómo se van a gastar los fondos votados por el Congreso para que se funde una iglesia y asilo en cada pueblo. A ellos les toca, por derecho, regentar esas iglesias y colegios, y así levantar cuanto antes el espíritu de los dos pueblos del letargo fatal.

He enviado telegrama al P. Pedemonte y a Ruiz More-no (3) que venga el P. Vacchina de Rawson para bendecir la piedra fundamental el 21 del corriente como Cura Vicario del Chubut. Nosotros hemos acabado la misión y no queremos

- (1) ¡Cuánto me hubiera gustado saber el nombre de ese sargento!...
- (2) Estos buenos religiosos, sin pensarlo, han sido profetas...
- (3) Isidoro Ruiz Moreno era entonces director general de territorios.

meternos en camisa de 40 varas. Con toda verdad, a él le corresponde ser el presidente de ambas comisiones, para evitar equivocaciones y porque en ambos pueblos hay caballeros de alta cultura que no quieren ser gobernados por una mujer (4) y piden un personaje y *de influencia*.

Ahora bien; S. S. Excma. sabrá decir una palabra a quien más convenga. El estado de los dos pueblos respecto a la religión pide un remedio inmediato y eficaz.

Saludamos con todo cariño a Su Señoría Excma. deseándole un año muy feliz.

Suplico me crea en los SS. CC. afmo. S. y C.

Poco después, la señorita Zukas consiguió que el Congreso votara la considerable suma de \$ 50.000 para iglesias y asilos.

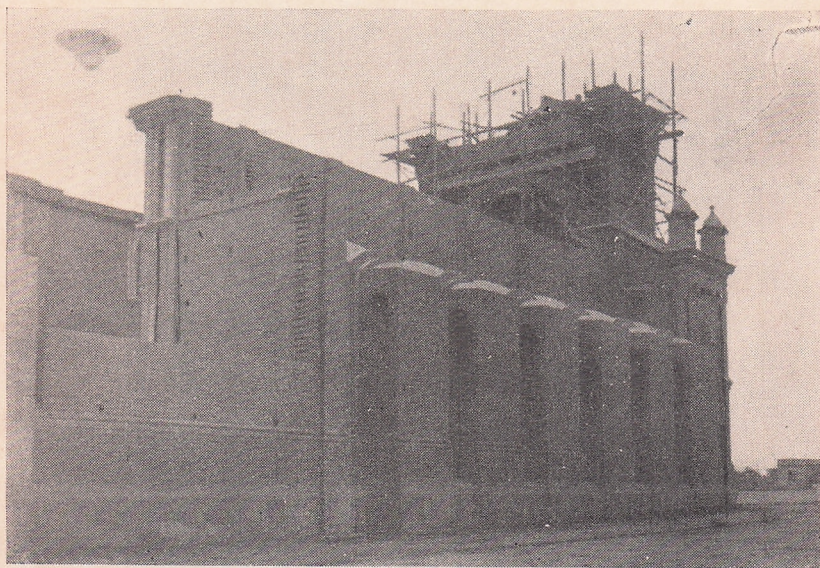
Cuando el Arzobispo pidió al padre Pedemonte que procurara acceder a la solicitud de los pueblos de Sarmiento y de Comodoro, el celoso Inspector comenzó a hilar mil proyectos, a hacer cálculos, a mover las pocas piezas del menguado ajedrez de su personal... Y cuando, hacia fines del año 13, recibió una indicación de Turín en que le decían que era *necesario* ir a Comodoro, ya el padre Luis dejó todo a un lado; se encomendó, como solía, a María Auxiliadora, y designó director al padre Augusto Crestanello, a la sazón, prefecto de Viedma. (5)

Necesitaba otro sacerdote. Uno solo no podía irse a aquellas soledades... Entonces, viendo al padre Arsenio Guerra, un joven y virtuosísimo sacerdote que estaba enfermo nada menos que de tuberculosis —echaba cuajarones de sangre por la boca a cada triquitraque...—, se atrevió a decirle:

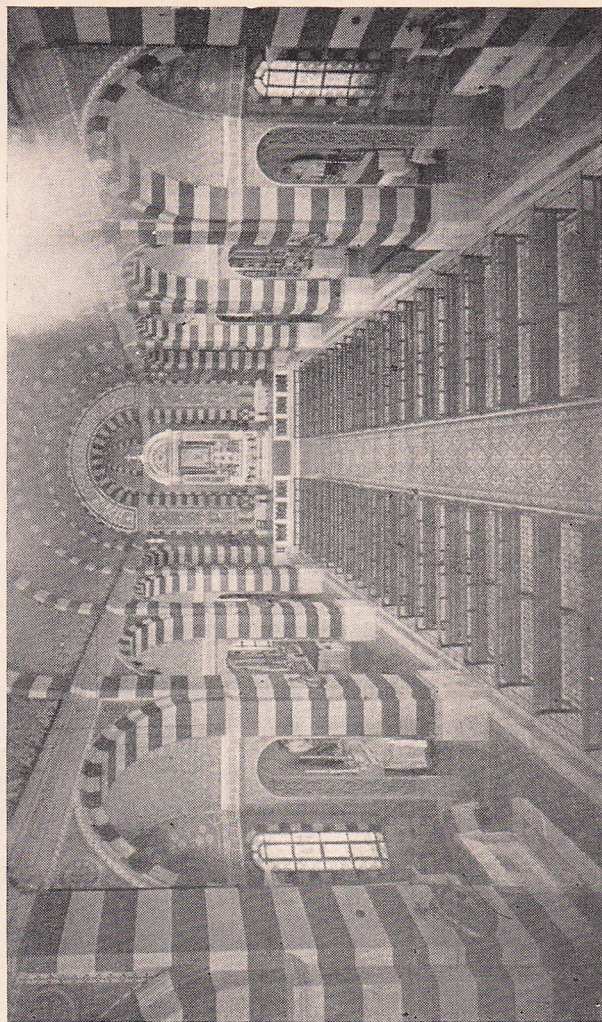
—Querido padre Arsenio... Necesito un sacerdote que vaya con el padre Augusto a Comodoro Rivadavia. Ya sé que su salud no es buena; pero... no tenemos otro...

(4) Se refiere a la mencionada señorita Zukas, que pareciera ser muy apostólica..., pero no del todo centrada.

(5) Para conocer la maciza estampa del padre Crestanello, véase el capítulo XV de *La azucena de los Andes*, del autor.



El actual magnífico templo de Magdalena del Mar, en el Perú,
tal como lo dejó el padre Pedemonte.



Santuario de María Auxiliadora, en Fortín Mercedes (Buenos Aires, Argentina).

Y esperó ansioso la respuesta, que no se hizo aguardar:

—Padre Inspector, si usted cree que puedo servir, aquí estoy. Disponga...

—¡Gracias, padre Guerra! Ya sabía que usted no me iba a defraudar...

A esos dos salesianos añadió el coadjutor Domingo Zago, aquel enfermizo hermano que ceceaba y rezaba tan dulcemente...

Y dispuso el viaje. Irían, naturalmente, por Buenos Aires. Escribió al padre José la siguiente presentación:

El Inspector de las Misiones de la Patagonia besa la mano del querido P. José, y se complace en presentarle al P. Augusto y acompañantes, que se dirigen a una misión en Comodoro Rivadavia. Agradeceré, con ellos, la caridad de algún consejo práctico.

Bendiga a este su afmo. hijo en J. C.

Viedma, 7 de octubre de 1913.

LUIS J. PEDEMONTE.

Llegaron a Buenos Aires. El padre José seguramente les habrá dado los sabios y luminosos consejos prácticos que el padre Luis le pedía.

El Padre Inspector les dio también el dinero necesario para el viaje. Pero a último momento —¡también a los santos les flaquea la fe a veces!— hurgó en sus bolsillos hasta hallar otros \$ 500. Se los dio al padre Augusto, mientras le decía al oído:

—Vea, Padre... Usted sabe..., el padre Arsenio no está bien... Es posible que allá... el aire de mar y el clima fuerte... no le hagan bien... Y si debiera tener que darle sepultura, no quisiera que se vea en apuros, de entrada, no más...

El padre Augusto, que estaba acostumbrado a tratar con santos, aceptó el dinero como la cosa más natural del mundo.

Y ellos tomaron un barco de cabotaje, y emprendieron el

viaje al Sur. Me imagino lo que habrán sufrido en esos barquichuelos de antaño, y con el bramido de las olas en las costas patagónicas...

Llegaron a aquella aldea grisácea que se comenzaba a tender junto al Chenque. Fueron a la fonda La Vascongada. El dueño no les quiso dar alojamiento. Temía que los clérigos le llevaran *jetta*... Entonces se encaminaron a un hotelito de don Roque González, donde fueron recibidos cortésmente.

Que los humildes salesianos no acarreaban *jetta* lo prueba la fortuna de los buenos hijos de don Roque González en la actualidad...

Primero alquilaron una casita de familia, en San Martín y Bartolomé Mitre. Ahí se abrió el primitivo Colegio Miguel Rúa. Al poco tiempo debieron trasladarse a otra casa: San Martín al 200 (hoy, Argensud). Ahí estuvo el Miguel Rúa hasta que en 1918 se trasladó a Rivadavia y Bartolomé Mitre, donde funcionó hasta que, en 1926, se abrió el Colegio Deán Funes, en Kilómetro 3.

Así comenzaron a ganar a los niños, subiendo de las ramas al tronco, como pedía el pasionista.

En noviembre, el padre Pedemonte estuvo en Buenos Aires. No pudo ver al padre José. Por eso le escribe:

Revmo. P. José,

Buenos Aires, Nov. 29 de 1913.

Salgo con el sentimiento de no haberle podido hablar. Con la Zukas y Mons. Perazo convinimos en esto: que la Comisión se encargará de recolectar fondos y rendir cuentas; que el Padre hará la obra con los fondos que la Comisión u otros le entregaren a la manera que se estila con los Cooperatorios Salesianos; que antes de comenzar yo me llegaré al sitio, para ver lo que sea más conveniente hacer. Esto se convino para llegar a un acuerdo.

Monseñor se inclinaba porque el P. Franceschi fuera al sitio. Hablé con él después, pues tuvo la gentileza de lle-

varme en auto, y me convencí de que está persuadido de la recta intención y celo de la joven a quien, por otra parte, dijo que su celo era *demasiado*.

Cómo seguirá la cosa, lo veremos. No dudo que N. S. nos guiará.

Recibo telegrama de grave enfermedad del P. Aceto. Lo recomiendo a sus oraciones y a las de los niños.

Besa su mano y pide su bendición con filial afecto,

LUIS J. PEDEMONTE.

Cuando recibió ese telegrama, sin duda el Inspector habrá pensado: "La muerte del padre Guerra..." Pero no. Como les había prometido, el Inspector viajó en febrero de 1914 a Rawson y Trelew. De ahí, el 15 de ese mes, en el vapor *Camarones*, siguió viaje a Comodoro Rivadavia. Encontró a los tres heraldos en medio de mucha pobreza, pero con santa alegría.

"Experimentan las estrecheces de las casas incipientes, y tienen hartito que sufrir...", le escribe a Don Álbera.

Y prosigue: "Acá no tenemos casa. Alquilamos una de madera y cinc, pagando mensualmente \$ 70. Esto, unido a los gastos de manutención y a la mínima correspondencia de los habitantes de este pueblo, hace que esta Misión resulte muy gravosa, aunque absolutamente necesaria si se quiere responder y proveer a las necesidades espirituales de esta ya importantísima región..."

Y narra que se ven doce pozos en actividad, y que "son el principio de una industria que algún día será una maravilla para la Patagonia y para la Argentina".

Y se conmueve recordando que San Juan Bosco había visto en sueños esos lagos de petróleo que ahora él contemplaba en la realidad.

De Comodoro siguió a Deseado, donde pasó quince días misionando. Se encontró con el ingeniero Juan Briano, su

alumno del Colegio Pío IX, que tendía los rieles hacia las Cordilleras. Nueva emoción: ¡Don Bosco había visto ese tren!... (6)

Entre tanto, los tres heraldos habían adaptado para escuela la casita de madera y cinc. Construyeron bancos de clase y pizarrones; compraron mapas..., y ahí tenemos el Colegio Miguel Rúa, que fue vanguardia de la hoy pujante Obra Salesiana en la ciudad del oro negro. (7)

¿Y el padre Arsenio? No sólo no murió tísico, sino que vivió otros cuarenta y cinco años, de los cuales, cuarenta y tres en la Patagonia. La bendición que le diera el Padre Inspector venció los fuertes aires del mar, los recios vientos sureños y hasta el bacilo de Koch. Falleció hace cinco años en San Isidro.

Y no se quedó en Comodoro. Cuando más al Sur necesitaron personal, el padre Arsenio, completamente sano, emprendió viaje hacia regiones más australes. Y anduvo recorriendo todos los pueblos patagónicos de Santa Cruz y Tierra del Fuego. Al fin de sus días, los Superiores lo trajeron al asfalto. Aquí vivió dos años. Una mañana lo fueron a llamar para la misa..., y no respondía: se había dormido para siempre... Era el 29 de mayo de 1958...

Los mil alumnos del colegio salesiano Santa Isabel hicieron silencio ese día. ¡Era el homenaje de la juventud al hombre del milagro!...

¿Luego el tremendo clima de Comodoro Rivadavia es una buena terapéutica para la tuberculosis? Parece que sí..., con tal que a ella se añada la fe del padre Pedemonte.

(6) *Bollettino Salesiano*, cartas de a bordo del *Asturiano* y el *Mendoza*, 1º y 22 de marzo de 1914.

(7) Convendría repristinar ese histórico nombre en alguna nueva fundación salesiana.

CAPÍTULO XVIII

EN BUENAS MANOS ESTÁ EL PANDERO

Lo scolaretto del padre Vacchina era un señor maestro. Maestro de energía: había que limpiar, y limpió. Maestro de organización: trazó un plan ambicioso, que, ya veremos, realizó plenamente. Maestro de ascética: pone como base las palabras del sueño de Don Bosco de 1883: "Con la dulzura de San Francisco de Sales, los Salesianos acercarán a Jesucristo muchos pueblos de América..." (1)

Ésa fue la base de su ascética: el amor, la bondad, la condescendencia. Dice muy bien el padre Feliciano López: "La caridad del padre Pedemonte, en sus formas organizadas, tuvo dos orientaciones principales: la atención de los enfermos y la de la niñez desvalida". (2)

El 15 de abril de 1914 escribe al padre Milanesio: "Ruégole no deje faltar nada a los enfermos. No le asusten gastos cuando hay que proveer de lo necesario. La Divina Providencia no nos abandonará, si somos caritativos con los que sufren". Ahí está el padre Luis en cuerpo y alma.

Él fue un médico que dedicó su vida a restañar heridas y calmar dolores. Nada extraño, pues, si cuando entró en la Patagonia y se encontró con que los Salesianos tenían dos hospitales —los únicos de todo el Sur argentino—, los atendiera con maternal cuidado.

El 8 de febrero de 1913 se ponía la piedra fundamental

(1) Interesante esa relación del padre Pedemonte, donde él hace la exégesis de los sueños de Don Bosco (*Bollettino Salesiano*, XI-1914, pág. 335).

(2) *Boletín Eclesiástico de la Diócesis de Viedma*, N° 238, pág. 14.

del nuevo Hospital San José, de Viedma. Fue también un homenaje al padre Evasio Garrone, que hasta dos años antes había sido el alma de ese nosocomio. (3) El padre Luis quiso imprimir a ese acto una solemnidad inusitada: invitó al Presidente de la República, el cual se hizo representar por el gobernador, ingeniero Carlos R. Gallardo. Invitó al presidente del Departamento Nacional de Higiene, doctor Penna, que estuvo representado por el doctor Hildeman.

La comisión promotora estaba constituida por el mayor Otto Huber, jefe del Distrito Militar; el doctor Emilio De Rege; el subprefecto, don Alejandro Contal; don Eduardo Pardo, gerente del Banco de la Nación; don Pedro Inda, don Juan Lanza, don Cecilio Lucero y don Emilio Franke. El Inspector Salesiano figura también como uno de los miembros de la comisión; pero, en realidad, él era el motor de la misma. En la colocación de la primera piedra hablaron el padre Pedemonte, el doctor De Rege, el ingeniero Gallardo y el doctor Spurr, que era el director del hospital salesiano.

Inmediatamente pusieron manos a la obra. Y en poco tiempo, aquel gran coadjutor que fue Artémides Zatti pudo ver un macizo cuerpo de edificio que se erguía frente a la plaza Alsina. Cuando, treinta años después, tuvo que demolerse para levantar ahí la Curia Eclesiástica, se vio cuán sólidamente había sido edificado.

El padre Pedemonte tenía suma caridad para con los enfermos, porque sabía lo que era el dolor...

No es para contado lo mucho que sufrió el padre Pedemonte en la Patagonia. Por eso la amó tanto. Por eso fue ciento por ciento patagónico. ¡Es que estaba bautizado con bautismo de sangre!...

Hubiera deseado tener un lugarteniente en Viedma, para

(3) Para conocer al padre Garrone, ver *El Padre Dotor*, del autor.

cuando él emprendía esos interminables viajes por el Sur. No pudo conseguirlo.

El 1º de febrero de 1914, a bordo del vapor *Mitre*, de una compañía alemana, escribe al padre Borghino, que acaba de llegar de Italia, y en quien él cifrara esperanzas. Le dice:

Creí bien y de mayor gloria de Dios, poner como director del Colegio Don Bosco al P. Costamagna, para que así usted, libre de todo empeño particular, pueda cooperar más eficazmente, si cabe, al desenvolvimiento de la misión que está tan a pecho a nuestro venerado superior, D. Albera.

Como se aviene con las ideas del Reglamento, usted fijará su domicilio en Viedma y atenderá al trabajo de *Procurador de la Misión*, en su calidad de primer consejero y representante del que suscribe, que deposita en usted su confianza...

Al padre Borghino no le agradó el cambio, y se alejó definitivamente de las Misiones de la Patagonia. Trabajó hasta el fin de sus días (1929) en el Brasil.

El padre Luis no podía conseguir secretario. Según el catálogo, era el padre Guerra, director de Carmen de Patagones. No fue nunca secretario. Luego lo puso al padre Beraldi; pero bien pronto debió confiarle la dirección de Fortín Mercedes.

Al año siguiente figura como secretario el padre Galli; mas al otro año ya debe nombrarlo maestro de novicios.

Entonces tuvo que echar mano del director del Colegio San Francisco, casa inspectorial.

El Inspector escribía cartas angustiosas a Turín. Eran verdaderos S.O.S. *Argue, obsecra, increpa...*, como quiere San Pablo. Así consiguió buenos elementos para su Inspectoría; pero ¡cuánta tinta le costó!

El 2 de octubre de 1913 escribe al padre José: "El Sr. D. Albera y D. Gusmano prometen personal, aunque no dicen la fecha de la partida del mismo. Sin embargo, lo esperamos

para antes de fin de año. Le ruego, desde ya, que al llegar, disponga que conozcan nuestra obra allá: Col. Pío IX, Huerfanitos y Bernal. Y luego, que vengan todos a Bahía, desde donde serán enviados a Fortín, hasta que se les pueda dar destino”.

Efectivamente, antes que finara el año 13, llegaban tres hombres selectos. El 28 de diciembre, el padre Luis abrazaba al padre Gaudencio Manachino, doctor en ambos derechos; al padre Luis Vasta, doctor en teología y en ciencias biológicas, y al padre Santiago Ressico, doctor en filosofía.

El primero será el brazo derecho del padre Pedemonte, y su sucesor en el cargo. Era alto, magro, ascético, de cabello ensortijado. Nunca aprendió bien el castellano; pero quiso entañablemente a la juventud argentina y a “su” Fortín Mercedes.

El padre Vasta era un coloso de inteligencia. Entró en la Congregación huyendo de la mitra. Rezaba el breviario del domingo todo de memoria. No hablaba castellano; pero le gustaban los clásicos, que saboreaba con fruición. Había leído todas las obras del insigne José María de Pereda, y a nosotros, en el último curso, nos hacía traducir al latín *Don Gonzalo González de la Gonzalera...*

El padre Ressico era bueno como el pan: músico de alma, hizo prodigios con las voces blancas que encontró en Carmen de Patagones.

“¿Para qué tanto doctor?”, pudo haberse preguntado al Padre Inspector. Es que él tenía sus planes. Él miraba lejos. De entrada, no más, pensó en poner un instituto secundario, donde sus muchachos se formaran bien. Él, que nunca había podido seguir un curso regular de estudios; él, que siendo director del Pío IX, en 1910, se había sentado en los bancos de una clase para dar examen de habilitación ante un inspector fiscal, a fin de obtener el menguado título de idóneo o de pre-

ceptor normal; él quería que sus jóvenes tuvieran el máximo de comodidades para estudiar, y llegaran lo más alto posible en el vuelo aguilero de las ciencias.

Ahora, con esos profesores, podía afrontar la organización del estudiantado filosófico y teológico. Ya podía soñar despierto. Y tanto soñó este hombre prodigioso, que por ahí anda, entre sus papeles, un plan de universidad. Hoy que en Río Negro se piensa seriamente en fundar una universidad, bueno es recordar que fue el padre Pedemonte quien por primero trazó el plan de una universidad patagónica... hace casi cincuenta años. ¡Evidentemente, era un optimista sempiterno!

Comenzó por reunir a los pocos clérigos que tenía su Inspectoría —sobraban los dedos de las manos para contarlos...— en Viedma, y ahí empezó el padre Luis a formar su personal patagónico.

El primer viaje a las Cordilleras lo hizo en 1913. No le fue posible viajar el año anterior: había demasiado trabajo en Viedma, Fortín, Bahía, Buenos Aires...

Terminada la Semana Santa, en la que “los clérigos de nuestra escuela teológica —le dice con orgullo a Don Álbera— tuvieron oportunidad de practicar sagradas ceremonias y canto gregoriano”, emprendió viaje a Junín de los Andes.

En auto hasta Pedro Luro: cinco horas, todo un récord... De ahí a Bahía, en tren, empleó doce horas (línea recién inaugurada). De Bahía Blanca, en tren, a Roca. Ahí el Colegio San Miguel le tenía preparado un sulqui, y la Escuela de Agricultura San José, los caballos para ir a las Cordilleras. Lo acompañaban el clérigo Máximo Tognetti, enfermo de los pulmones, que aún pasea su ancianidad por Suiza, su patria..., y un muchacho de Chosmalal, baquiano de la expedición.

Salió el 2 de abril. El pobre sulqui no podía cargar tanta cosa como el celoso sacerdote quería llevar consigo. Tuvo que dejar toda suerte de impedimenta.

Llegó a Neuquén. Ahí no había sacerdote. Iba todos los domingos desde Roca.

De Neuquén siguió, en días interminables, por Laguna del Toro, Arroyitos, Chocón, Cabo Alarcón, Picún Leufú, Pantanitos, Fortín Nogueiras, Piedra del Águila, Sañicó, Colloncura, Junín de los Andes...

Una vez ahí, reunió a todos los salesianos e Hijas de María Auxiliadora, y les predicó Ejercicios. Al año siguiente, cuando pida al padre Vespignani que le mande el padre Macchi para Junín, a predicar, le dirá: "Han hecho Ejercicios después de muchos años... y a medias" (24-X-1913).

Se ve que el baquiano que llevaba el padre Luis lo era de veras, pues el flamante misionero confeccionó un plano del camino, que luego sirvió a las tropas del Ejército que debieron trillar esa senda rumbo a las Cordilleras. A fuerza de tanto ir y venir, subir y bajar, el padre Pedemonte se convirtió en un perito de la geografía sureña. El hecho es que el 18 de abril de 1915, recibe una nota que pondría el sello oficial a sus méritos y sacrificios:

INSTITUTO GEOGRÁFICO ARGENTINO

Fulgentia sidera vocent

1879

Al Rev. P. Luis J. Pedemonte

Tengo el agrado de comunicar a Ud. que la Junta Directiva del I. G. A. que presido, ha tenido a bien, en su sesión de la fecha, aceptar a Ud. como Socio Activo de aquél, presentado por los señores Dr. Pascual L. Oliverio y Dr. Nicolás Sarmiento.

Al adjuntarle el diploma que lo acredita como tal, me es grato expresarle los sentimientos de distinguida consideración, con que lo saluda,

ALEJANDRO E. A. HOLMBERG (H.)

A principios del año 1914 emprendió el viaje marítimo hasta Puerto Deseado, como hemos visto. Pero es bueno saber que en el Chubut ya había estado en 1912. ¡Y en el mes de agosto!...

Para el centenario del nacimiento de Don Bosco (1915), se preparaban grandes fiestas en Turín y en todas las ciudades donde trabajaban los Salesianos. Se recibieron circulares: se levantaría un monumento a Don Bosco en una plaza de Turín; habría una grandiosa Exposición que fuera el reflejo de la Obra Salesiana en el mundo; etc.

El padre Pedemonte, accediendo al deseo de los Superiores, organiza una exposición para enero de 1915, en Bahía Blanca. Y distribuye el trabajo: el Director del Colegio Don Bosco presidiría la comisión ejecutiva, y coadyuvarían los padres Bernardo Bottino, Crispín Guerra y Juan Tosi.

Como secretarios, designó: para las Misiones, el padre Juan Beraldi; para el Culto, el padre Manachino; para la Didáctica, el padre Carlos Pesce, y para la propaganda, el padre Félix Stevenne.

La guerra europea malogró gran parte de los programas confeccionados. Pero acá el padre Pedemonte encendía fuego de entusiasmo en todo el Sur argentino. La vida de Don Bosco, sus *sueños*, sus cartas a los misioneros: todo le servía al padre Luis para hacer revivir en América el espíritu del gran apóstol piamontés.

Cuando monseñor Cagliero, allá en Costa Rica, y el padre Vacchina, en el Chubut, leían las crónicas en que se describían las proezas de ese coloso de actividad, tanto el próximo cardenal como el maestro de *lo scolareto* habrán exclamado con toda justicia:

—Puede estar contenta la Patagonia. En buenas manos está el pandero...

CAPÍTULO XIX

DE ORUGA A MARIPOSA...

El único ente —si así puede decirse— que tiene derecho de ser totalitario, es el Creador. Y todos los que se parecen, por filiación directa, a El: Don Bosco, que trató de cumplir el precepto evangélico: “Sed perfectos como vuestro Padre Celestial lo es” (Mateo, V, 48), puede, por eso, tener derecho de ser totalitario. Y lo fue.

Don Bosco lo abarcaba todo, lo invadía todo, el campo de su apostolado no tenía fronteras. La epístola de la misa de San Juan Bosco reitera, con insistencia machacona, aquello de San Pablo a los Filipenses: “Todo lo que es santo, todo lo que es justo, todo lo que es verdadero, todo lo que es limpio, etc.” Es una epístola totalitaria. Está muy bien en la misa de un Santo ecuménico como Don Bosco.

El padre Pedemonte, como buen Hijo del Santo piamontés, es, quizá, su mejor imitador en tierras del Nuevo Mundo.

Cuando el padre Luis, con aquella su sencilla elocuencia tan propia de él, hablaba a sus aspirantes de Don Bosco, siempre acudía a nuestras mientes: “Este hombre está trazando su propio retrato”. Y cuando él nos pedía que imitáramos al Santo Fundador, en el fondo de nuestra conciencia de niño repetíamos: “¿Para qué ir tan lejos a buscar un modelo? Ya lo tenemos a la vista...”

Cuando después el autor de estas páginas, ya hombre, recorrió buena parte de Europa y casi todos los países de América, y conoció muchos centenares, quizá miles, de salesianos de diversa jerarquía, desde rectores mayores a novicios, ha po-

dido hacer comparaciones. Y siempre se confirmaba en su aserto: "Otro que espeje mejor a Don Bosco, no hay..."

¿En qué se parecía al Santo? Principalmente, en su caridad. Pedemonte no podía seguir a Juan Bosco en su obra genial. Éste era un talento excepcional, un genio: el padre Luis no lo era. Pero en lo que más vale, en el amor al prójimo, en el sacrificio por lo demás, en la abnegación oculta: en eso fue su imitador perfecto.

Don Bosco encuentra un rapaz acurrucado en el hueco de una puerta. Hace frío. Llueve. Tiritita el chiquillo. Se lo lleva a su casa. Mamá Margarita le hace una cama en la cocina. El rapaz se le escapa esa noche con las cobijas...

A los pocos días encuentra a otro en análogas condiciones. Lo conduce a su casa. Su madre recela. Él insiste:

—No, mamá; verás que éste es distinto...

Así nacieron los internados salesianos.

El padre Pedemonte, apenas tuvo la sartén por el mango, se vino a la Capital, fue a Marcos Paz, y se llevó catorce pobres chiquillos, menores de catorce años, que estaban ahí por *delincuentes*. Poco más tarde irá al Depósito de Menores de la calle Tacuarí, y llevará nuevos contingentes: "El aire de la Patagonia y el cariño de hogar de los colegios de Don Bosco los van a transformar", decía él. Y tuvo razón.

Desde entonces, el gran salesiano —optimista impenitente, porque obraba por amor, como todos los grandes...— no cesó de *acarrear* gente para la Patagonia. Algunos eran desechos de la sociedad; otros, esperanzas en ciernes; otros, un tizón que se apagaba. Y como el buen clérigo sabía lo del Evangelio: "No apagar el tizón que aún humea...", se los llevaba...

Llevó clérigos que por estar enfermos, *no servían* para Buenos Aires. Otros tenían conflictos con sus Superiores: el padre Luis los llevaba. Allá no tendrán conflictos: allá había hartos que hacer, para pensar en choques. Allá no hay tiempo para

conflictos... Hoy, algunos de esos clérigos son excelentes sacerdotes, que han hecho mucho bien, y siguen trabajando en la viña del Señor.

El padre Pedemonte tenía algo de don Primo Capraro: este buen italiano, cuando vio lo que era San Carlos de Bariloche, el radioso porvenir que le esperaba, comenzó a llevar turistas a los lagos. Los llevaba poco menos que a empujones hasta las Cordilleras. El tren llegaba sólo hasta Jacobacci, hasta Pilcaniyeu... Y Capraro se encargaba de llevar turistas en auto, en aquellos autos abiertos de antaño, hasta los lagos... Al fin, cansado de *acarrear* turistas, construyó, de su bolsillo, el tren que ahora llega a Parques Nacionales... Hoy no es necesario empujar a la gente, para que vaya a aquellas regiones de ensueño: pero ¡cuánto costó abrir la brecha!

El Inspector del Sur, como Primo Capraro, llevaba gente a las regiones sureñas. No se cansaba de invitar, de pagar el pasaje, de dar hospitalidad a los que quisieran saber lo que era la Patagonia...

Una vez llevó un porteño a Fortín Mercedes. El hombrecito de ciudad, apenas lo dejaron libre, enderezó para los médanos. Ahí encontró una laguna. En ella, gran cantidad de patos. El mocito creyó que era fácil cazarlos. Y entró en el agua, los corrió, los persiguió. Los patos volaron, y él quedó empapado. ¿Cómo volver al colegio en ese estado? Se sacó la ropa, la puso sobre un chañar, hizo fuego debajo, y esperó que se secara. Pero he ahí que el voraz elemento se extiende por el pastizal, llega a las parvas, sigue devorando pasto seco. El viento sopla del sudoeste, y media hora después, nubes inmensas de humo se levantan a los cielos. Las haciendas huyen despavoridas, hasta encontrar el alambrado. Los peludos, zorros, liebres y charitas corren desesperadamente. Las martinetas, teros y perdices elevan el vuelo en un ansia loca de salvarse. Los estancieros de los alrededores juntan la

peonada, para arar la consabida lonja salvadora, y cortan los alambrados para que las haciendas no mueran achicharradas... Todo Fortín Mercedes: sacerdotes, clérigos, coadjutores, aspirantes, estudiantes y peones, corren también a prestar la poca ayuda posible contra el incendio devastador...

Al día siguiente, el porteño viajaba de vuelta a Buenos Aires, muy mohíno, en el rincón de un coche del antiguo ferrocarril Gran Sur...

Otra vez se apareció en Viedma con otro joven. Lo enviaba su madre, cooperadora del padre Pedemonte, para que hiciera un poco de saludable vida religiosa con los Salesianos. El mancebo iba pelado al rape. Creyó que ir al Río Negro era ir a la selva, al desierto, donde sólo había indios..., y entonces, ¿para qué llevar peine?

El muchacho participó lo más posible de la vida religiosa. Lo más posible..., porque a poco andar, ya con el cabello algo crecido, comenzó a hacer visitas a las familias y a frecuentar fiestas y tertulias...

Tuvo que volver a la Capital. Siguió estudiando, se recibió, se dedicó a la política. Y llegó a ser ministro. Hoy, María Auxiliadora es Patrona del Agro Argentino por decreto del Poder Ejecutivo. A él se debe ese regalo...

En otra ocasión llegó a Viedma con un hombre alto, magro, de gruesos anteojos, calvo, nariz aguileña y mirar cansino. ¿Quién era? Era un conde. De la nobleza romana. El padre Luis lo encontró lavando frascos en la rebotica de una farmacia porteña..., y lo llevó: "Para algo va a servir en la Patagonia"...

El hombre tenía el complejo del apellido. Él era el último vástago. Muerto él, se extinguía su apellido. Por eso, no obstante su edad superadulta, quería, a toda costa, casarse. Cuantos supieron de su complejo, se encargaron de buscarle

alguna dulcinea más o menos peregrina, con tal de seguir la chacota...

El conde acabó siendo canillita del periódico *Flores del Campo*. Falleció en el hospital salesiano, y le tocó al autor de estas líneas confesarlo en dos largas jornadas —porque él quiso prepararse a bien morir como Dios manda...—, y, justo es decirlo, el sacerdote envidiaba (y sigue envidiando...) la nobleza de alma y la serena valentía con que el fracasado conde romano afrontó la muerte...

Un buen día, el padre Pedemonte encontró a un jovencito que trabajaba como cadete de una tienda, en Viedma. Como viera que el muchacho tenía condiciones y que estaba maglizando su porvenir en un empleo subalterno, le consiguió uno de auxiliar en el Banco de la Nación. Al poco tiempo, el joven fue llamado a la casa central de la institución bancaria. Ahí progresó. Puesto a la vera del gerente general, fue su brazo derecho, y cuando se fundó la Junta Reguladora de Granos, él fue quien más trabajó en su organización. Los aciagos episodios que van del 1943 al 1955 no le permitieron ascender: su rectitud no consentía la obsecuencia, que era el pasaporte para los ascensos. Pero, así y todo, pudo jubilarse en 1960 como subgerente general de sucursales.

Hoy prosigue su carrera bancaria. Y allá en Viedma, donde el padre Luis lo endilgara por la senda de su vocación, es actualmente gerente ejecutivo del Banco del Río Negro, como si dijéramos presidente del directorio.

Una vez vio el padre Pedemonte a un muchacho en el Colegio Pío IX. Estaba flaco y enfermizo.

—Vénte a la Patagonia —le dijo—; allá vas a engordar... Y, se lo llevó.

Llegado a Fortín Mercedes, se dedicó a trabajos manuales y a comer bien. A poco andar se descubrió en Ricardo Pérez una hermosa voz de barítono. Pasó varios años felices en va-

rias casas salesianas. Hoy es el chantre laico de San Nicolás y de otras iglesias de la Capital Federal. Pesa noventa y cinco kilos, y recuerda emocionadamente al padre Pedemonte.

Cierto día recibió una carta del padre José. Le hablaba de un muchacho español que quería trabajar como maestro en algún colegio. El Inspector le dijo que se lo mandara. Y el vasquito fue a parar a Trelew. Allá estaba comenzando la Obra Salesiana ese santo varón que fuera el padre Juan Muzio, y que al filo de los cien años seguía trabajando en el Sur amado. Lo recibió. Dio clase en el incipiente Colegio Santo Domingo. Al mismo tiempo, llevado de su vocación, hacía excursiones, investigaba en cementerios indígenas, recogía huesos, piedras y artefactos antiguos, y se relacionaba con los pobladores. Bien pronto fue nombrado maestro fiscal. Se fue de Trelew. Anduvo por las Cordilleras, siempre con su pasión por la arqueología, la paleontología y la etnografía. A la postre resultó un especialista en esas ciencias; dio conferencias; asistió a diversos congresos científicos, y presidió algunos de ellos: me refiero a Teodoro Aramendia, fallecido el 18 de junio de 1955 en la Capital Federal.

En 1917 aparecen en Carmen de Patagones dos jóvenes que el Inspector enviaba al padre Bonacina. Uno era español, y el otro, argentino. El padre Pedro los ayudó en todo lo que pudo. Ese año fueron maestros del Colegio San José. Luego, las sendas de sus destinos se bifurcaron: uno fue maestro fiscal en el Sur; hizo positiva obra de educación en los confines del Chubut; se especializó en tejidos indígenas; fue enviado por el Gobierno al Perú, para estudios de extensión de su especialidad; se jubiló, compró una finca en Río Negro, y hoy sonríe feliz en medio de los hijos de sus hijos: es don José Codón.

El otro *maestrito* de 1917 se fue a Mendoza. Trabajó, se cultivó, escribió prosa y verso, actuó en política, fue sena-

dor provincial, y hoy que las canas orlan su frente, recuerda con afecto a los buenos padres Pedemonte y Bonacina, que le dieron vía libre... Nombro a Julio Fernández Peláez.

El padre Pedemonte encontró en la Capital a una joven de muy buena familia, con anhelos de perfección espiritual. Como necesitaba brazos, le dijo al punto:

—Véngase conmigo. Allá en la Patagonia, usted podrá colaborar admirablemente con nosotros.

Y así fue. María Luisa Picarel llegó cuando comenzaba a funcionar la Escuela Normal Popular; fue profesora de caligrafía y dibujo, y sirvió como secretaria, pues tenía una letra de una perfección tan portentosa, que el autor no ha visto jamás otra semejante. Y cuando parecía que ya el padre Pedemonte no tenía más necesidad de su cooperación, se vino a Buenos Aires. Pero no a descansar. Se había contagiado de la laboriosidad del gran salesiano: no sabía lo que era el reposo. Entró, pues, en una congregación religiosa, la de la Sagrada Familia, donde vivió trabajando durante sus últimos treinta y cinco años, pues llegó a una rara ancianidad.

Éstos son botones para muestra. Y como los que acabo de enunciar, ¡cuántos!...

Pues, el padre Luis, que amaba de veras a Dios, parecía que había alcanzado a realizar los prodigios que obra el Señor. El Creador toma una oruga, y a la mañana siguiente la ha convertido en mariposa; toma el dolor, y lo convierte en mérito; toma un contrato, y lo eleva a la categoría de sacramento del matrimonio; toma el pan, y lo transustancia en su propio Cuerpo...

Así el buen padre Pedemonte, andando por esos mundos, hallaba un sér cualquiera, y lo metamorfoseaba. Quizá ni él mismo se daba cuenta del prodigio. Mucho menos el paciente; pero el hecho era real...

Y si no, ahí están esos pobres muchachos que sacó de

Marcos Paz y del Depósito de Menores de la calle Tacuarí. Algunos se han perdido en los meandros de la vida. Pero otros, no pocos, son hombres de bien, han medrado, son buenos cristianos y excelentes ciudadanos.

Ahí están tantos y tantos sacerdotes que merced a la alquimia del padre Pedemonte, han escalado posiciones en la Iglesia y en la sociedad. Muchos de ellos fueron gusano u oruga. El arte incomparable del padre Luis los trasformó en crisálida, y, al cabo, en la aurora sonrosada de un día feliz, echaron a volar: eran mariposas...

CAPÍTULO XX

RABDOMANTE DE VOCACIONES

Don Ceria, el gran biógrafo de Don Bosco, era enemigo de la publicación, por separado, de los *sueños* del taumaturgo de Turín. Por varias razones; entre otras, porque no todos los *sueños* son visiones, sino simples apólogos que el Santo elaboraba para impresionar la imaginación juvenil. Tal lo que dijo al autor, en un coloquio memorable, el año 1957. Y añadió:

—Por lo menos, mientras yo viva, los sueños no se publicarán separados. Después de mi muerte...

Don Ceria falleció, y el año pasado ha salido de la Editorial Don Bosco, de Madrid, un grueso volumen con todos los *sueños*..., reales o figurados.

El padre Pedemonte fue un estudioso y un exegeta de los sueños. Cuando viajaba, en sus valijas ponía siempre dos cosas. Una de ellas era un cilindro de hojalata, que encerraba una cantidad de láminas catequísticas. El dibujo, los colores,

impresionaban a chicos y grandes. ¡Era de ver al padre Luis en las escuelas, en las cárceles, en las casas de familia, desplegando sus láminas!...

Hay entre sus papeles una carta de cierto chiquillo de Comodoro Rivadavia, del 10 de noviembre de 1915, (1) en que le dice, textualmente:

Todos nosotros deseamos se llegue por estas tierras; así podré ver las hermosas estampas que mostraba en el catecismo. Yo quisiera tenerlas, pero no tengo plata.

Me he escrito en la *Postolado* de la Inocencia. He entrado en la *compañía* de San Luis...

JOSÉ FARRANDO.

Junto a ese cilindro iba siempre, en sus maletas, un libro de tapas negras y hojas de papel de seda, escritas a máquina. Son relatos que cautivan: algunos, espeluznantes; otros, proféticos; pero todos interesantes. El padre Pedemonte les daba tal vida y se los sabía tan al pelo, que en 1926, una vez que fui a conversar con él, de la Crocetta (Instituto Internacional) a Valdocco (casa madre salesiana), lo encontré nada menos que en la sala capitular, ante un gran mapa de América, explicando al Rector Mayor, Don Rinaldi, y a todo el Capítulo Superior, los sueños de Don Bosco...

De los sueños de Don Bosco él había extraído, como la lección más luminosa, lo siguiente: "La Sociedad Salesiana tendrá vida y expansión, mientras tenga vocaciones". Y como él amaba entrañablemente a la Congregación, toda su vida la puso al servicio de las vocaciones. Ya desde clérigo, en San Carlos, era un cultor delicado de las vocaciones entre sus artesanitos. Más tarde echará las redes en todo océano, lago o arroyo que encuentre al paso.

Las vocaciones fueron su pasión dominante. Él sostenía

(1) Archivo de Bahía Blanca.

que Dios siembra vocaciones en todas partes —sobre todo, en nuestros colegios—, y que es nuestra miopía la que nos impide *verlas*. Era un rabadomante. Sólo que éste encuentra agua y otros minerales en las capas subterráneas, cuando avanza con su varita arqueada. El padre Pedemonte buscaba vocaciones a toda hora y dondequiera. Así encontró vocaciones en los lugares más inverosímiles, y sacó sacerdotes y religiosos de donde *era follia sperar*, como dice Manzoni. Él echaba las redes. En la red salían a veces buenas truchas o exquisitos pejerreyes, y mezclados con ellos, tal cual bagre o tiburón... Dice muy bien el Señor: “El reino de los cielos es también semejante a una red que ha sido echada al mar. Recoge toda suerte de peces. Una vez que está llena, los pescadores la retiran, y, sentados en la playa, eligen los pescados buenos y arrojan los inservibles...” (Mateo, XIII, 47-48).

Tal lo que hizo siempre este gran pescador de vocaciones que fue Pedemonte. Él era optimista. Encontraba un chiquillo, y lo invitaba a seguirlo. Si el pequeño, luego, tenía condiciones para ser sacerdote o religioso, bien. Si no, sería un cristiano que había recibido en el aspirantado una formación religiosa superior a los demás: sería quizá un dirigente, un hombre de avanzada. Y así, él no perdía ni tiempo, ni dinero. Iba a pura ganancia.

El padre Luis no había estudiado sicología especializada. En su época, ni se conocía la sicotécnica. En sus tiempos no se usaban los *tests*... Pero él daba ciento y raya a los más pintados sicólogos, en punto a esta rabadomancia de captar vocaciones. ¿Cómo se arreglaba él para conocer si un chico o una joven estaban llamados a servir a Dios? Él rezaba, y luego echaba las redes. Dios le daba lo que la ciencia no le había proporcionado.

El hecho es que, en materia de vocaciones, el padre Pedemonte ha sido un campeón.

Visitando un viejo santuario del Perú, me encontré con el Rector del mismo. Nos atendió muy amablemente, y, sabiendo que era argentino, me preguntó por el padre Luis.

—A él le debo mi vocación... —me dijo, cuando lo informé.

Y como ése, ¡cuántos! Frases como ésa he oído en México y en Cuba. Dondequiera que él llegase, dejaría una preocupación. Si debía pasar la noche en casa de una familia, cuando él partía, la hija o el muchacho quedaban pensativos: “¿Tendré yo realmente vocación?...” Él sembraba inquietudes como otros siembran remordimientos.

Tenía urgente necesidad de colaboradores, es cierto. Pero no era eso lo que producía tal sed de vocaciones. Lo que lo llevaba a hurgar en las conciencias, para ver si en esa mina había algún diamante, era su pasión por el bien de todos. Él era feliz, felicísimo, en la viña del Señor. Y hubiera querido que todos fueran viñadores.

Dice la teología mística, que todos tenemos nuestra pasión dominante. Creo que la pasión dominante del padre Pedemonte fueron las vocaciones. Pero, como a todas sus pasiones, sabía moderarla. Veamos una muestra:

Era en mayo de 1914. Un día llegó al colegio de Viedma un ingeniero de veinticinco años, millonario e hijo de banquero. Quería ser sacerdote, y había decidido ir a conocer a los Salesianos en el lugar donde más se destacaban: en la Patagonia. El padre Manachino, director, lo recibió muy bien, lo agasajó de mil maneras, y —cosa que él siempre recuerda...— le permitió dar las *buenas noches* a los aspirantes.

Cuando llegó el Padre Inspector, el joven ingeniero le abrió el corazón. Le gustaba —dice él— “cómo se trabajaba por las almas, y le encantaba la perpetua alegría que reinaba en la casa”.

Preguntó, pues, al padre Pedemonte, si podría ser salesia-

no. El Inspector le pidió unos días, para implorar luces del Espíritu Santo. Y al cabo, le dijo:

—Vea, ingeniero; usted podrá hacer más bien estando afuera...

(¡Y qué bien le hubiera venido entonces, que él andaba de la cuarta al pértigo, tener un *hermano* millonario!...)

El ingeniero fue luego a Fortín Mercedes, donde el padre Pedro Bonacina lo colmó de atenciones. El hombre quedó prendado de todo aquello, y se vino a Buenos Aires. Se dedicó a recorrer el mundo. En 1921, se vio con el cardenal Cagliero en Roma. El ingeniero reiteró su pregunta. El Cardenal pidió a los Superiores que lo aceptaran. E hizo el noviciado...

Hoy, el padre Adolfo Tornquist, luego de haber sido secretario del cardenal Cagliero, director en la India y confesor en varias casas del país, reside en la casa salesiana de Alta Gracia. Él piensa que quizá el padre Pedemonte le dijo que no, para que no lo creyera interesado. Probablemente, en la respuesta del Inspector había mucha miga de sicología intuitiva, casi diría de picardía criolla...

Era un pescador que echaba las redes dondequiera. Quizá, donde Dios le inspiraba...

Cierta vez volvía de la Escuela Agrícola San Isidro. Iba abstraído en interesante conversación con el padre Manachino. Cuando llegaron a la calle Mitre, de Viedma, vieron que dos chiquillos estaban jugando al choclón, con los bolsillos llenos de bolitas. Habían hecho el hoyo junto al cordón de la acera, y, tras una raya, a dos metros de distancia, arrojaban alternativamente la apuesta. Si entraban en número par en el hoyo, ganaba el que tiraba. Si no, el contrincante.

Apenas los vio el padre Luis, dejó a su compañero y se adelantó hacia donde jugaban los rapaces. Uno de ellos, como jugaban frente al zaguán de su casa, se escapó y entró en su domicilio. El otro esperó al sacerdote. Éste saludó cor-

tés y amablemente, le hizo algunas preguntas, y terminó invitándolo a ir al Oratorio salesiano. Al cabo insistió:

—Pero ¿vendrás de veras?

—Se lo he prometido...

—Bueno; entonces, hasta el domingo...

—Hasta el domingo...

El domingo siguiente, el patio salesiano tenía un nuevo jugador. Y como en la escuela del Estado que frecuentaba no había cuarto grado, decidió —también por indicación del director, señor Ghiglia, que se jubiló ese año— seguir sus estudios en el colegio salesiano.

El padre Pedemonte había dado el primer paso. En pos de él vinieron ciento. Lo confesó, lo aconsejó, lo hizo su amigo.

Un día lo invitó a ser aspirante. Al chico le costó decirse: la carrera militar lo seducía. Pero, al fin, dijo que sí. Y entró como aspirante. Era el 11 de marzo de 1916. Cuando, a la semana, vio el chiquillo que el peluquero estaba rapando a los aspirantes, tuvo la primera lucha. Paseaban bajo los pórticos el Inspector y el Director. Se presentó a ellos, y a boca de jarro les dijo:

—¿No sería posible que me eximieran de la obligación de raparme?...

Los dos clérigos se miraron. Hubo dos sonrisas, mezcla de extrañeza y de sorna. Luego el padre Luis lo tomó del brazo, y llevó al chico aparte. Ahí le explicó que no era conveniente hacer excepciones. Y le dio las razones. Lo convenció.

Después vinieron otras dificultades: ese café servido ya mixturado con la leche y medio amargo, esos guisos desabridos, esas horas de estudio interminables, esa fila, ese silencio desde las veintiuna hasta las nueve del día siguiente..., todo eso y otras cosas hicieron tambalear muchas veces esa vocación.

Pero siempre aparecía oportunamente el padre Pedemonte, y ponía una nueva inyección de optimismo.

Ese año lo llevó a Bahía Blanca, a dar examen de primer año nacional. Precisamente en esos días falleció uno de los pocos clérigos que tenía la Inspectoría del Sur: Raúl Sanabria. El padre Pedemonte —que no había estudiado sicología— llevó al aspirante a rezar junto al ataúd. Y fue ahí donde el chico echó definitivamente la suerte de su vida, cuando el Inspector le dijo:

—Ha muerto un Raúl: Dios quiere que lo supla otro Raúl...

El mancebo miró el rostro marfileño del cadáver, y luego miró al padre Pedemonte: no necesitó hablar. En esa mirada estaba dicho todo.

“Aunque todos te nieguen, yo no”, dijo San Pedro. Y antes que el gallo cantara dos veces, ya él había negado tres a Cristo... Lo mismo le pasó al mocito de mi cuento.

Poco después fue a vacaciones: campo, caballos, carreras, hacienda, rodeos, etcétera. El hecho es que una tarde que habían bajado hacienda de la cuchilla al valle con los demás muchachos, para divertirse a sus anchas, el mancebo, ya olvidado de su vocación y de la palabra empeñada, vio que llegaba un sulqui al alambrado. Bajó un hombre, cruzó los hilos, se adelantó y le dijo:

—Me manda el padre Pedemonte. Dice que vaya inmediatamente, porque mañana comienzan los Ejercicios para entrar en el noviciado...

¡Qué momento! El joven miró la hacienda que mugía a diez pasos de ahí; miró a sus primos, que estaban con el lazo en la mano; bajó los ojos, reflexionó un segundo, y dijo:

—Muchachos, me voy...

—¿Adónde vas?

—Tengo que ir al pueblo... ¡Adiós! —y les dio la mano a todos...

Al otro día estaba haciendo Ejercicios Espirituales. Diez días después entraba en el noviciado.

El padre Luis no sólo arrojaba la semilla: carpía la plantita recién brotada, la regaba, la cuidaba, la seguía en su crecimiento, enderezaba las ramas torcidas...

Una prueba es el caso citado. Vio a dos chiquillos jugando en la calle. Uno de ellos escapó. Ahora es jefe de policía del Río Negro. El otro se quedó. Habló con el padre Pedemonte. Escuchó su invitación..., y ahora está repiqueteando su biografía en la vieja Royal...

CAPÍTULO XXI

CULTOR DE ALMAS

Sí; el padre Luis no sólo sembraba, sino que cultivaba la plantita hasta que diera fruto. Sembraba con esperanza, y cultivaba con amor. Sembrar es fácil: basta arrojar, a veces al voleo, la simiente en el campo. Pero el cultivo de las delicadísimas plantas que son las vocaciones, reclama una copia de condiciones que no las tiene cualquiera.

Si fuéramos a reducir a la unidad esas condiciones, podríamos hacer lo que hizo Jesús cuando le preguntaron cuál era el principal mandamiento. Él redujo todo a un mandamiento: *el amor*. "El que cumple esto, ha cumplido toda la ley..." Así, para ser un verdadero cultor de vocaciones, hay que amar. Aquí no basta la cabeza: hay que poner también corazón.

¡Qué impresionante era ver llegar a Viedma al padre Pedemonte en aquel primitivo Ford *de bigotes* cargado de as-

pirantes!... Venían del sur: del Chubut, de San Carlos de Bariloche, de Junín de los Andes... Llegaban envueltos en ponchos, pues el frío se hacía sentir en aquellos autos abiertos de antaño.

Lo primero, ir a la iglesia a dar gracias a Dios. Todos los demás aspirantes batían palmas a la llegada del Inspector y de nuevos compañeros. Y todos en tropel iban al templo. Eso, cuando él llegaba sano. Porque se dio el caso de arribar en tal estado de postración y con tanta fiebre, que hubo que llevarlo en vilo a la cama.

La llegada del Inspector era una fiesta para el colegio. Y apenas sus tareas le concedían tregua, se daba sin prisa y sin pausa a la gratisima faena de hablar con los aspirantes. "Hablar con el Padre Inspector" no era esa obligación que imponen los reglamentos o la costumbre. "Hablar con el Padre Inspector" era para nosotros una necesidad casi biológica. Era un desahogo necesario. Era, muchas veces, un deleite espiritual.

Como no tenía tiempo para atendernos durante el día, soíamos ir a hablar con él después de las oraciones de la noche. Formábamos fila ante la puerta de su despacho, dentro de la altísima galería del antiguo edificio. Él, casi siempre usaba capa. Sentía el frío patagónico. Nos recibía de pie, para hacer rápido: unas palabritas, y... a dormir. Cuando había que manifestar algo difícil, él nos envolvía con su capa, y allí, en las sombras y al calor del amplio manto, se hablaba con una libertad y una tan sincera espontaneidad, que asombra. ¡Y el padre Luis no había estudiado sicología!...

Los aspirantes no íbamos llamados por él. Íbamos espontáneamente. Y cada noche se renovaban las filas que esperaban a la puerta de su despacho.

Cuando fuimos clérigos y ya no nos envolvía con su capa, nos hablaba con la misma familiaridad, pero de distintos temas.

Y para inspirarnos confianza, a veces parecía como si estuviera volcando intimidades de su alma en la nuestra.

Siendo el autor de estas líneas ya un joven de dieciocho años, y recordando los no remotos días de su niñez, el padre Luis le preguntó si por ventura había recibido entonces alguna impresión no buena por esa forma con que él solía tratarlos, y al punto contestó:

—No, Padre; nunca...

Sorprendió la salida. Pero el clérigo quedó admirado de la pureza de conciencia del santo varón.

En otra ocasión en que nos hablaba de la delicadeza con que debíamos tratar a los alumnos, dijo:

—Miren... Siendo director de San Carlos, yo debí llegar a un extremo inconcebible. Había un muchacho al cual no podía convencer del mal que hacía, y de la necesidad de abandonar la senda errada. Luego de haber empleado todos los recursos, lo atraje a mí y le di un beso... Con un beso conseguí lo que deseaba... Única vez que he hecho eso en mi vida...

Así como antes habíamos admirado su delicadeza de conciencia, ahora admiramos su ternura casi materna, su gran corazón puesto al servicio del bien.

Cuando escribía a los directores, les pedía le mandaran aspirantes. A veces los animaba con lo que ya le habían enviado, como cuando escribe al padre Brentana: "Mándeme algún otro aspirantito como Garnica..."

Es de imaginar la alegría con que puede escribir al padre Juan Muzio, que misionaba en el Chubut:

Yo pido al buen Jesús que suscite entre esos queridos niños y niñas numerosas vocaciones. Los de Fortín están bien. Aquí [en Viedma] son dieciocho los aspirantes, y con los diecisiete de Fortín y unos pocos de Bernal, llegamos a cuarenta. Empero, necesitamos tener pronto cien aspirantes, para poder contar con personal siquiera de aquí a cinco años. No sonría y no juzgue imposible lo que ha de ser fruto de

nuestra fe en la palabra de Dios y en las predicciones del Santo del cual nos llamamos hijos... (1)

Decía San Pablo a los de Tesalónica: "Pruébenlo todo, y quédense con lo bueno" (I Tes. V, 21). El padre Pedemonte seguía esa norma. Después, cuando de *formar* su personal se trataba, a tenor del Evangelio, "no apagaba nunca el tizón que todavía ardía".

Y no es que fuera laxo ni de manga ancha. De los pocos clérigos que tenía, vimos cierta vez alejarse a uno de ellos. Contemplamos su partida con profunda pena. Ese joven, que, siendo asistente nuestro, era nuestro mejor camarada, por sus dotes de inteligencia y corazón, por su rectitud y nobleza de alma, nunca debiera haber dejado la Sociedad Salesiana. Además de lo que nosotros conocemos, quizás haya algo que ignoramos, y por eso respetamos la drástica medida del Padre Inspector.

Nuestro noviciado fue pintoresco. Entró en él un chiquillo que recibió la sotana con pantalones cortos... Y andando el tiempo, el *botija* de entonces llegaría a inspector salesiano...

Había uno de los muchachos que el padre Pedemonte sacara del Depósito de Menores.

Teníamos a un vasco adulto. Era un santo..., pero vasco.

Alegraba nuestro noviciado un catalán, también adulto. Había sido empleado de correos y actor de teatro. Fue un buen sacerdote.

El padre Galli se estrenó con nosotros como maestro de novicios. Formado en Italia, fue el eslabón que nos unió a la cadena de oro de la tradición salesiana.

El padre Pedemonte nos visitaba con toda la frecuencia que podía, y su palabra levantaba nuestro ánimo, y nos daba la tónica de la vida religiosa.

Ese noviciado en Carmen de Patagones, con una decena

(1) Carta del 17 de junio de 1914.

de muchachos formados por él a su imagen y semejanza, era su orgullo y su gloria. Por otra parte, teníamos como director de la casa a un sacerdote estupendo. (2) Misionero de la primera hora, el padre Bonacina era todo un señor director. Al fin del año, el Padre Maestro nos envió a hablar con el Superior. Nos dijo palabras orientadoras, socráticas...

El hecho es que a los cuatro años de su rudo trabajar en la Patagonia, el padre Luis ya tenía su Noviciado propio, y un Estudiantado filosófico y teológico en marcha.

Los primeros novicios del padre Pedemonte lamentábamos sólo una cosa... Había fallecido el año anterior monseñor Fagnano, prefecto apostólico de Santa Cruz y la Tierra del Fuego, y al joven Inspector la cayó la ganga de los territorios fueguino y santacruceño, que se acoplaban a su ya inmensa Inspectoría. El pobre misionero debía viajar desde Chosmalal, cerca de la frontera de Mendoza, hasta Ushuaia, y de San Carlos de Bariloche a Bahía Blanca. Y entonces no había aviones...

Por eso, cuando emprendía uno de esos viajes interminables, lo perdíamos por varios meses... Pero era más grande nuestro gozo cuando tornábamos a besarle la mano, al regreso de su odisea...

¡Cuántos de los que fueron sus aspirantes bendicen hoy su nombre!... Mientras escribía estas palabras, el autor fue llamado a la sala de espera. Era uno de aquellos aspirantitos que el padre Pedemonte había acarreado en su Ford *de bigotes* desde el Chubut. Hijo de un obrero italiano, ahora ha comprado un departamento en la calle Santa Fe, y viene a vivir de rentas.

Y como él, ¡cuántos!... ¿Quién los hizo hombres? ¿Quién les abrió nuevos horizontes? ¿Quién suscitó inquietudes en su alma?... El padre Pedemonte, auténtico apóstol de la Patagonia.

(2) Ver *El Angel del Colorado*, del autor.

No todos los que él iba apilando en el autito serían sacerdotes..., ya lo sabía. Pero el padre Luis, como Don Bosco, no trabajaba para la Congregación, sino para la Iglesia.

El jardín de las almas es el más bello y más delicado de todos los jardines. La distancia entre un jardinero de plaza y un asceta, es la distancia que hay entre una flor y un alma.

El padre Pedemonte fue un eximio cultor de las almas. Había nacido con ese dón. El poeta nace, no se hace... Y el cultor de almas, como el poeta, también nace con esa copia de condiciones que otros no tienen. Aquí no bastan libros. El arte y la ciencia de forjar almas es un carisma *gratis datus*, que Dios otorga a quien quiere.

No cualquiera es cultor de almas. Lo es el que "*vocatur a Deo tanquam Aaron*"; el que es llamado por Dios para eso, como Aarón" (Hebreos, V, 4).

Y ésa es quizá una de las características salientes de este admirable Hijo de Don Bosco... Fue un cultor de almas.

CAPÍTULO XXII

ENTRE DOS SONRISAS, UNA LÁGRIMA...

El padre Pedemonte quería hombres completos para su Inspectoría. Y hombre completo es el que armoniza bellamente cabeza y corazón.

Él trataba de que sus muchachos crecieran santos y sabios. Alma humilde, piadosa, pura, y mente lúcida, ágil, cristalina. Por ese ideal bregó toda su vida. No pudo, naturalmente, alcanzar el ideal; pero realizó un buen porcentaje de él.

Mientras el buen jardinero cultivaba en el jardín patagó-

nico el alma de esos muchachitos que él había recogido en doscientas leguas a la redonda, no descuidaba su mente. Fue su primera preocupación, cuando en 1911 llegó a Viedma, la formación cultural de sus clérigos. El capítulo siguiente nos dirá algo de esto. Ahora veamos otro aspecto de sus desvelos por la elevación intelectual de los suyos.

El hubiera querido establecer de entrada, no más, una escuela normal. Pero veía que si los padres Vespignani y Ussher —la Inspectoría de Buenos Aires está en deuda con este humilde y esforzado luchador...— encontraban serias dificultades para la incorporación de la escuela de Bernal, él, que no contaba con tantos elementos, no podría vencerlas. Entonces optó por el bachillerato. Lo importante era que sus chicos no quedaran ayunos de ciencia.

En 1916 se inaugura, pues, el primer bachillerato patagónico. A principios de ese año, el director de la Escuela Nº 2, señor Benicio R. Silva, tomó examen de sexto grado a los candidatos al futuro curso medio.

El padre Domingo Pérez Duggan creyó que, con un buen entrenamiento, podría preparar su plantel. Y en pocas semanas de *escuela de fuego*, el admirable maestro nos puso en condiciones. Dimos examen, y estuvimos listos para iniciar cursos de enseñanza media.

¡Simpático bachillerato, aquéll! El vasco Urrutia nos hacía estudiar historia nada menos que por Cantú...

Profesor de francés era el pintoresco padre Calveria. Texto: Ardit, y enseñado por el método mudo de *pautas*, que, para un idioma hablado, es la negación de la pedagogía. El francés era la clase que matizaba la vida estudiantil. Siempre tiene que haber una hora que sea válvula de escape a la natural alegría juvenil que parece estallar por todos los poros.

Además de los estudiantes que aspiraban a salesianos, había otros. Entre ellos, el hoy farmacéutico Atilio Guidi.



Los primeros novicios cubanos rodean al padre Pedemonte,
dichoso y optimista.



En Puebla, México (año 1931). Comienzan a retoñar los primeros aspirantes.

Y habrían sido más, si todos hubiesen captado la idea del padre Pedemonte.

A fin de año nos embarcamos en la aventura de ir a Bahía Blanca, a trescientos kilómetros, a dar exámenes libres en el Colegio Nacional, cuyo rector era entonces el señor Segovia.

Y un buen día salimos hacia el norte, en varios automóviles de aquellos primitivos, abiertos, y por camino de huella.

Primera aventura: uno de los autos se perdió. En vez de seguir para Stroeder, tomó por una huella que lo llevaba a Bahía San Blas. Vuelta atrás; ejercicio de rastreo, para dar con el Buick extraviado... Varias horas perdidas... Al fin lo vimos regresar. Otra vez en la huella, abriendo y cerrando tranqueras, con la consigna de no alejarse demasiado, y de que el último que pasaba debía cerrar la tranquera.

Llegamos a Stroeder. Punta de rieles. Fuimos al hotel Emporio, de un alemán gordo y simpático. Noche de alegría. ¡Imaginarse! Ya no estábamos en aquel dormitorio largo y de camas enfiladas. Ahora éramos señores que nos alojábamos en un hotel. Podíamos charlar y jaranear un poco... Un poco, porque el padre Pedemonte, amable, pero asiduamente, vigilaba a sus pollos.

Al día siguiente llegó el tren. Nuevas emociones. Era la primera vez que subíamos a ese monstruo que corre sobre rieles de acero... Alegría y estudio. Algunos sacaban a relucir los resúmenes de Cantú y de Boero. Otros repasaban los verbos: "*Jai, tu es...*"

El tren corría como podía sobre los terraplenes nuevos. A nosotros nos parecía velocísimo.

Llegamos a Bahía Blanca. Ahí nos esperaban los que habían estudiado en el Colegio Don Bosco su primer año, como nosotros, y, como nosotros, tenían que correr el albur del examen en el colegio oficial. Hicimos buenas migas. No

olvidaré los juegos de después de la cena: la *piedra libre* y el *rescate*...

Ahí nació una amistad nunca interrumpida con algunos de los primeros bachilleres del Don Bosco; sobre todo, los que teníamos comunes aficiones literarias. Nos seguimos escribiendo con López Moyano y con Alejandro Marchino..., hasta que los vaivenes de la vida nos desdibujaron en el tiempo y en el espacio.

El director de estudios del Colegio Don Bosco, antes de salir para el examen, nos llevó al altar de San José a rezar. Yo pensaba: "Nos lleva a un carpintero para que nos ayude en matemáticas e idiomas... Bueno, él sabrá por qué..."

Rezamos los "Siete gozos" de *La juventud instruida*, y salimos rumbo a la calle Sarmiento, donde estaba y está el Colegio Nacional. Había chicos y chicas de todas partes: de Tres Arroyos, de Pringles, de La Pampa y... de Viedma.

Comenzamos con geografía. Éramos cincuenta estudiantes libres. Aprobamos trece... Casi todos los aprobados eran del Colegio Don Bosco y de Viedma.

La feroz *barrida* no dejó de impresionarnos. Y así seguimos, entre sustos y sobresaltos, hasta terminar.

Tanto los del Don Bosco como nosotros, quedamos satisfechos: el único diez lo obtuvo Marchino en matemáticas —acababa de dar una conferencia sobre cálculo rápido en el teatro Colón (hoy, Don Bosco)—, y los únicos nueve de historia, uno de Viedma y otro del Don Bosco. "Los del Sur vienen muy bien preparados", dijo el rector Segovia.

La mayoría de los de Viedma aprobamos todas las materias. Pero esos triunfos de sus muchachos de Bahía y de Viedma, que tanto alegraron al padre Pedemonte, vinieron a nublarse por una verdadera tragedia.

El Inspector había debido viajar urgentemente a Bernal. Su padre, don Agustín, agonizaba. Mientras estaba en esos

momentos de angustia, le llega un telegrama de Bahía Blanca. Era el 13 de diciembre. El cable era del Director del Colegio Don Bosco: Raúl Sanabria, ese clérigo en quien él cifrara tantas esperanzas, también estaba en trance de muerte...

¿Qué hará el padre Luis?... Se entabló una verdadera lucha entre el corazón y la cabeza, entre el amor natural y el sobrenatural, entre el hogar y Don Bosco.

Rezó, meditó..., y esa noche tomó el tren para Bahía Blanca... Cuando llegó a la ciudad atlántica, ya lo esperaba una noticia tremenda: "Raúl ha muerto...", y un telegrama: "Falló papá. — *Palmiro*".

Las cosas que vemos cuando niños, muchas veces se nos desvanecen como el penacho blanco de las locomotoras en la pampa. Pero la actitud del padre Pedemonte en esa ocasión no la olvidaré jamás. Me parece verlo... Fue a la iglesia del Colegio Don Bosco; se arrodilló en la balaustrada, cerca del altar de San José; puso la cabeza entre las manos..., y lloró..., y rezó..., y tornó a llorar.

Nosotros entramos con él en el templo. Lo acompañamos un rato, y luego lo dejamos a solas con su dolor. Había que respetar, por encima de todo, esa agonía del huerto de los Olivos en que él estaba. Pasó así una hora, dos... No sé...

Después me llevó a ver el féretro del tocayo, como hemos visto. Entonces él no sabía que ese muchachito se llamaba Raúl Agustín. Si no, quizá hubiera reforzado su argumento...

Pasado esto, volvimos a Viedma.

Íbamos la mar de contentos. La mayoría habíamos aprobado totalmente el primer año nacional...

En Viedma nos recibieron con aplausos. No era para menos. Nuestro viaje, nuestros exámenes —*periculum*, los llamaban los romanos...—, nuestros pequeños triunfos, eran como para elevar el júbilo a la categoría de euforia.

El profesor de francés, apenas llegados, nos preguntó:

—Y ¿cómo anduvieron en francés?

—De diez, aprobamos seis... —respondió alguien de nosotros.

—La mitad más uno... La mitad más uno... ¡Se salvó el honor del profesor! —decía el buen padre Calveria, riendo a todo trapo por el pórtico interno del colegio...

Fue entonces cuando aprendimos que “la vida es una sonrisa entre dos lágrimas”. O bien, cuando así place a Dios, como aquí: “Entre dos sonrisas, una lágrima...”

CAPÍTULO XXIII

LA ESCUELA NORMAL POPULAR

El padre Pedemonte quería una escuela normal. Había que formar maestros. Los Salesianos son docentes por antonomasia.

Cuando entró en la Patagonia, llevaba *in mente* el proyecto de resucitar el extinto Noviciado, y de implantar un Aspirantado numeroso y un Estudiantado Teológico en forma. Proyecto ambicioso, propio de su optimismo... y de sus treinta y cinco años.

El bachillerato que hicimos el año 16, fue sólo un estudio de emergencia. Entre tanto, él seguía con su plan.

Hay en el *Boletín Salesiano* —ediciones italiana y española— un documento que prueba cómo elaboró el padre Pedemonte la idea de una escuela normal y popular. Es una carta que el padre Manachino escribe en diciembre de 1915 al director del *Boletín*. La púrpura cardenalicia con que había sido honrado monseñor Cagliero llenó de júbilo a la Patagonia

salesiana. Se festejó en toda forma. Y a eso se refiere el Director del colegio salesiano de Viedma, cuando dice:

... mientras el P. Inspector, D. Luis Pedemonte, en el día de la Inmaculada (8 de diciembre) desde el púlpito invitó a los fieles a elevar un himno de agradecimiento a Dios y particularmente oraciones según la intención del Sumo Pontífice y del nuevo Purpurado. Y al mismo tiempo anunciaba que, gracias a las fatigas y sacrificios soportados por el Card. Juan Cagliero, en el nuevo año 1916 Viedma vería funcionar, precisamente en los mismos ambientes del edificio levantado por él, una ESCUELA NORMAL POPULAR [sic] en la cual los hijos del pueblo, tan caro al Card. Cagliero, podrían continuar su cultura intelectual y moral... (1)

Como se ve, el padre Luis habla de una *escuela normal popular* ya el 8 de diciembre de 1915. No pudo cumplirse su anhelo de verla funcionando al año siguiente. Para volar se necesitan dos alas. Así también el primer instituto de segunda enseñanza de la Patagonia, para elevarse necesitó dos alas.

Un día, el Inspector llamó al autor de estas páginas para que lo acompañara a visitar el Colegio San José, de Patagones. El chico pidió permiso, lleno de gozo, y nos encaminamos a pie rumbo al muelle, para tomar un bote que nos condujera allende el río.

Cuando dejamos la calle Buenos Aires para tomar la avenida del muelle, dimos de manos a boca con el ingeniero Eliseo I. Schieroni. El padre Pedemonte le pidió que lo acompañara, porque tenía que conversar con él. (Lamenta el autor no recordar la fecha del encuentro y los términos cabales de la conversación; pero sí, que el Inspector propuso a don Eliseo, que acariciaba la misma idea de una escuela normal para el Sur, de hacerla en colaboración, lo que Schieroni aceptó complacido.) Seguimos caminando: ellos, despacio, platicando

(1) *Bollettino Salesiano*, del 1º de abril de 1916, pág. 109. La guerra mundial impidió, sin duda, que la carta se publicara antes.

muy seriamente, y el niño adelante, dando puntapiés a cualquier bulto, fruta seca o cascote que encontraba.

Cuando llegamos al muelle, ellos continuaron conversando largamente, mientras el chico observaba las límpidas aguas del Negro, que parecían invitarlo a viajar...

Se dieron luego un apretón de manos. El padre Luis no dijo nada de lo tratado; pero estaba muy alegre. Cruzamos el río en el bote del *viejo Mateo*, y a la vuelta el padre Pedemonte habló con el padre Manachino: la escuela normal popular era un hecho...

El 10 de febrero de 1917 aparece en los diarios la noticia de que "un grupo de caballeros de Viedma está gestionando la forma de instalar una escuela normal popular".

El 17 de febrero se abre la inscripción. Schierononi era un hombre emprendedor y dinámico. Una vez en tren de organizar la escuela, puso al servicio de ella todo su entusiasmo. El instituto de enseñanza media tuvo la virtud de unir a los dos pueblos. Siempre hubo rivalidades de campanario entre Viedma y Carmen de Patagones. Pero en esta ocasión mancomunaron sus miras y esfuerzos.

Se redactó una nota dirigida al ministro Salinas, presidencia Yrigoyen, firmada por 230 personas, para pedir la creación de la escuela. Pero, como acostumbramos en la Patagonia, no esperaron que lloviera la escuela del cielo.

El 22 de febrero de 1917 se reunió en la Municipalidad de Viedma lo más granado de la sociedad rionegrina. Estaban presentes el ingeniero Schierononi; los doctores Juan J. Lastra, Luis Cuñado y Luis B. Ortiz, del foro local; los padres Luis J. Pedemonte y Gaudencio Manachino, por la Obra Salesiana, y el doctor Emilio De Rege, Jorge Humble, Cesáreo López, Víctor N. Aubone y Gerardo Gasquet, como vecinos caracterizados.

Presidió la asamblea el ingeniero Schierononi, y se desem-

peñó como secretario el doctor Cuñado. Se aprueba la nota dirigida al Ministro para pedir la incorporación. Se determina que el instituto se denominará Escuela Normal Popular de Viedma. Una comisión de cinco vecinos administrará los fondos del establecimiento.

No cualquiera podía ser socio, sino el que contribuyera con \$ 500, o bien diera clase gratuitamente durante dos años. Y esto, siempre que el Consejo Académico lo aprobara (por sufragio secreto).

La discusión giró acerca de la forma de encarar la creación de una escuela mixta, para que los varones —la mayoría, aspirantes salesianos— tuvieran clase aparte. Se obvió, al fin, la dificultad, porque los Salesianos contaban con suficientes profesores (catorce, dice el acta).

Antes de terminar la histórica asamblea, el padre Pedemonte pidió un voto de aplauso para el ingeniero Schieroní, “por su empeño convertido en obra”. Con esto se levantó la sesión, al sonar la primera media hora del 23 de febrero.

Y se comenzó a dictar cátedras. Casi todos los profesionales de Viedma colaboraron en forma asaz laudable. Las clases a las niñas se daban en el edificio que había sido hasta entonces Gobernación, y a los varones, en el Colegio San Francisco de Sales.

Como un núcleo discreto de alumnos habíamos aprobado primer año nacional en Bahía Blanca, pudimos hacer el noviciado, mientras las alumnas y otros, que serían luego nuestros compañeros, cursaban el primero normal.

Todos los vecinos contribuían según sus posibilidades. El padre Pedemonte se anotó con \$ 100 (cien pesos de entonces...). Firma los recibos don Arturo Castello, como tesorero. En esos recibos se lee: “Escuela Normal Popular de Viedma, incorporada a la Normal Nacional de Bahía Blanca”. Pareció fácil al principio la incorporación; pero ¡cuánto costó!...

Cuando nos incorporamos a la masa de los estudiantes los novicios del año 17, debimos esperar meses y meses para que los profesores de Bahía Blanca recibieran orden de ir a Viedma a tomar exámenes. La burocracia de la Capital Federal nunca fue más tediosa.

Las relaciones del padre Pedemonte, y la generosa colaboración de los padres Pagliere y Ussher, no fueron pequeña parte para conseguir la incorporación. En aquella época, incorporar una escuela era poner una pica en Flandes...

Al cabo llegaron los de la comisión examinadora. La presidía el inspector Celso Latorre, y la integraban el director de la Normal de Bahía Blanca, profesor Isauro Robles Madariaga, y los profesores Rigamonti, Kiernan, Taboada Mora y Perret. Iban envueltos en ponchos y bufandas, para defenderse del frío y el viento que se colaban en aquellos autos abiertos.

Sólo en abril de 1918 pudimos dar examen. (Los del Noviciado tuvimos que repasar rápidamente nuestras materias, y hacer de tripas, corazón...) Los profesores quedaron muy satisfechos. Rendíamos hasta las veinticuatro horas, a veces. Los examinados éramos dieciocho: siete niñas y once alumnos. Todos aprobados. No hubo cuatros: todos de cinco para arriba, hasta diez, que fueron varios...

Y seguimos estudiando... Segundo año, tercero... Y dando exámenes cuando... en Bahía Blanca habían terminado de tomar a los alumnos regulares, y los profesores se decidían a salir de cara al Sur...

No faltaron tropiezos. Algunos profesores de la Normal Popular no quisieron partir peras con gente de sotana. Hay en los archivos la renuncia de un abogado: "...en la nómina de profesores aparezco con personas de quienes vivo separado por temperamento y por tendencias en extremo divergentes, y con las cuales no podría asociarme para llevar una obra en común". El ingeniero Schieroni, el mismo día 15 de marzo

de 1917, le escribe: "La Comisión... ha resuelto la aceptación simple de su renuncia". Y firma.

Como el padre Pedemonte estaba ya engolosinado con su santuario de Fortín Mercedes, y quería poner ahí, a las márgenes del río Colorado, el núcleo principal de su estudiantado; y una vez que sus muchachos aprobaron el tercer año normal en Viedma, decidió llevar la Escuela Normal a ese lugar.

Entre tanto, ya la Normal Popular estaba incorporada, gracias a la obra tesonera del ingeniero J. M. Diego Contín y del padre Pagliere. Y muy pronto vino la oficialización.

Y de ese modo se bifurcó la Escuela Normal Popular: una oficial, en Viedma, y otra incorporada, en Fortín Mercedes. Ambas han progresado. Ambas han tachonado de maestros el firmamento de todo el Sur argentino: del Colorado a Ushuaia.

A ellas se debe que la Patagonia haya tenido maestros cultos y esforzados, que han arrojado haces de luz hasta los últimos lindes de la Patria. Y ambas reconocen por madre común a aquella humilde escuelita *normal popular* que, amén del bien que produjo, ha dejado una enseñanza que los siglos por venir no deben echar en saco roto: *lo que hace la unión* de dos hombres de tan diversa ideología como Schieroní y Pedemonte, cuando ambos son capaces de poner de lado las divergencias, para sólo mirar al bien común...

CAPÍTULO XXIV

CON POCO DINERO Y MUCHA FE

El padre Pedemonte tenía un alma exquisita. Y uno de los caracteres de esta fineza es la gratitud. Cuando, ya trocado en misionero, recorrió toda la Patagonia, y se dio cuenta

de la obra monumental que habían realizado sus antecesores, y comprobó la forma como la Providencia los había guiado y protegido; brotó en su corazón un salmo inefable de agradecimiento.

Como Don Bosco en las postrimerías de su existencia, en 1887, allá en Roma, se deshizo en lágrimas de gratitud, repitiendo: "Todo se lo debemos a María Auxiliadora"; así su émulo en América, cuando se hizo cargo de la obra de sus hermanos en el Sur, repitió: "¡Qué buena es María Auxiliadora!..."

Y fue entonces cuando nació —como brota, naturalmente, la margarita allá en las Cordilleras— un deseo de levantar un santuario a la Virgen de Don Bosco, como expresión física y palpable de la gratitud de los misioneros hacia la que había sido el instrumento de la Providencia para guiarlos y protegerlos.

¿El lugar? Lo pensó largamente. Al fin se decidió: en el histórico Fortín de las Mercedes, no lejos de donde Juan Manuel de Rosas había sentado sus reales en 1833, y donde todavía se veían los restos de la ermita que habían edificado los soldados. Ahí, a orillas del río Colorado, a las puertas de la Patagonia, como avizorando la inmensa región soñada por Don Bosco, y que fue coso de las bizarrías apostólicas de sus hijos.

Había en Fortín Mercedes un cuadro de María Auxiliadora bendecido por San Juan Bosco y pintado por el ex-alumno Rollini, que reproducía la imagen de Lorenzoni. El Santo solía colocarlo en el frontispicio de la basílica de María Auxiliadora, los 24 de mayo, cuando regresaba la procesión, para que los fieles que no cabían en el templo, vieran la imagen de la Virgen desde la plaza. Lo había traído monseñor Cagliero cuando entró en la Patagonia, en 1885. Ese cuadro sería el centro de la devoción a la Madre de Dios. El santuario sería su trono...

Y el hombre de fe que era el padre Pedemonte, comenzó. Había que hacer ambiente. Había que organizar peregrinaciones. No tenía más que el cuadro de dos metros de alto por uno y veinte de ancho. Ese cuadro traído por un carrero en 1911 desde Patagones, por equivocación; porque le habían ordenado trasladara el altar del extinguido Noviciado a Fortín, y él cargó también con el cuadro y lo llevó al Colorado. Cuando los patagonenses se percataron, ya era tarde. Y ahí quedó.

En 1917 llega la primera peregrinación. Los que no tenían la fe del Inspector, sonreían diciendo:

—Lleva peregrinos a rezar a la sombra del futuro santuario...

Las viejecitas italianas de las chacras de Bahía Blanca fueron las que mejor le respondieron. Recordaban *i pellegrinaggi* de su tierra, y querían reproducirlos.

Se detuvo el tren frente al Fortín. Era el 20 de mayo. De los estribos del vagón había más de medio metro hasta el suelo. Los jóvenes y niños saltaban, y los mayores eran ayudados a bajar.

Se cortaron los hilos del alambrado, para dejar expedito el tránsito, y se organizó una *peregrina* procesión encabezada por la banda del Colegio de la Piedad. La gente rezaba y cantaba dirigiéndose, por entre paja vizcachera, chañares y uña de gato, hacia la alameda, que era lo único que se veía.

A mediodía, después de la misa en el patio del colegio —el viejo colegio del padre Pedro—, rezada frente al cuadro milagroso que campeaba en la pared, el padre Pedemonte hizo servir un almuerzo para todos los amigos en la alameda junto al río. Los demás peregrinos se dispersaron por la quinta, a “echar un parche a la vida”.

A los postres, el Padre Inspector —que no había estudiado psicología— renovó el *slogan* que ya había propuesto en el ser-

món de la misa: "La Virgen lo quiere..." Enardeció a los comensales.

Después, una nota inesperada. Ahí, junto al río, la señorita Pía Esandi, soprano de mérito, se puso de pie y entonó la *Vidalita* de Williams. Llegó al alma. La gente, que se había aglomerado para ver y escuchar, aplaudió emocionadamente. Y un gaucho —los gauchos del pago nunca faltaron desde esa primera peregrinación, en sus bien enjaezados pingos—, apenas terminó la joven y cesaron los aplausos, gritó:

—¡Lindo, no más! Aquí tiene, doña; esto pa'l santuario...

Y le ofreció una moneda. ¡Eran veinte centavos!...

Pía los agradeció, y eso le dio pie para iniciar una colecta pro santuario. Recolectó cien pesos... Y se los dio al padre Pedemonte, que sonreía, cerrando los ojos, para ver mejor la realización de sus sueños en la infinita dimensión del tiempo...

Estaba presente don Carlos Luro. Y todos creían que el santuario se levantaría pronto con la palanca de esas fortunas. No fue así. Los santuarios se levantan siempre con las promesas de los ricos y el dinero de los pobres... Por eso, la Virgen quiso que el primer óbolo fuera el de un gaucho pobre. Tan pobre, que cuando notó que se dibujaba tal cual sonrisa burlona en algún rostro, se excusó:

—Y güeno... Cada uno da lo que tiene... Si tuviera más...

Pero le cabe el mérito de haber sido el primero, el que dio vía libre a las limosnas de los otros.

El 4 de noviembre, el padre Pedemonte, en una segunda peregrinación, bendijo la piedra fundamental del santuario. Los peregrinos alcanzaron la considerable cifra de 1.500...

Las gracias y los favores no se hicieron esperar. Ya comenzaron a venir con exvotos, que se iban hilvanando junto al cuadro.

El tiempo, en las primeras peregrinaciones, solía ser malo.

Cuando no llovía, soplaba un viento que enneguecía con la arena que levantaba. Pero la gente no se acobardaba.

Una viejecita italiana llegó a inclinarse a la superstición, creyendo que la causa del mal tiempo era un sacerdote, porque siempre que participó él en la peregrinación, había llovido más o menos copiosamente. Así, la *vecchina* llegó a decirle al padre Luis:

—*Questa volta, che non vada quel prete degli occhiali...*
—lo que causó suma hilaridad en el Padre Inspector.

Al principio había decidido el Padre levantarlo al norte del colegio. Y ahí se acumularon montañas de ladrillos que se compraban y que regalaban. Ahí se puso también la piedra fundamental. Luego se cambió. Se haría más cerca del histórico fuerte, al sur del colegio. Y entonces debimos transportar esos miles de ladrillos de una parte a otra del colegio.

En eso empleamos a los alumnos, aspirantes y estudiantes. Por varias semanas, durante los recreos, los chicos se dedicaron a acarrear ladrillos. Les dejábamos libertad de elegir la manera de transportarlos. Y se vio el espíritu de inventiva de los chiquillos: unos usaban carretillas; otros, tachos de kerosén en forma de árganas; otros, trineos; otros, angarillas, y otros, mochilas. Pero todo el mundo trabajaba alegremente.

Y cuando se trató de arrancar los árboles, empleamos también a los alumnos. He visto en Francia cómo arrancaban árboles con los guinches. Nosotros no teníamos esas poderosas máquinas; pero teníamos muchos muchachos de campo, con fuerza hercúlea. Atábamos del árbol, algo socavado, una gruesa cuerda, y poníamos cincuenta, sesenta muchachos, a tirar cuando el Asistente decía: “Una, dos..., ¡tres!” Y el árbol era arrancado de cuajo.

Construir un santuario en aquella época, durante la guerra europea, era casi una utopía. Cuando se trató de conseguir

arena —la enorme cantidad de arena que se requería para un santuario...—, no se encontraba por ninguna parte. Toda la que se veía, era salitrosa. El padre Luis, que todo lo solucionaba por caminos de fe, pidió a los aspirantitos que rezaran. Y sucedió lo inaudito. Esto realmente tiene algo de prodigioso. O mucho. O todo...

Para regar algunas chacras, al sur del río Colorado, se había construido un pequeño canal. Y así acaeció que un buen día vimos como el río iba bajando peligrosamente. ¿Qué había ocurrido? Pues, que el bendito río, dejando su cauce primitivo, se iba todo por el canal. Y tanto bajó y bajó, que quedó totalmente seco. Es de imaginar el terror de la gente que vivía en las márgenes del río, desde el lugar donde se apartaba del cauce hasta el mar... Y la alegría del padre Pedemonte y nuestra, cuando comprobamos que la arena que había en el lecho del río seco era excelente...

Había que poner manos a la obra. Si no, volvería el agua a correr, y ¡adiós, arena! De modo que se consiguieron algunos *decauvilles*; pusimos unos rieles del río a la loma, y comenzamos a extraer el preciado elemento.

De día, los chicos, jugando siempre, como hacen ellos, llevaban la arena por los rieles. Y de noche —¡qué tiempos, aquéllos!...—, los maestros clérigos y teólogos, dirigidos por el padre Miguel De Salvo, excavábamos en el fondo del río, y transportábamos la arena a la ribera.

Trabajábamos de noche, porque de día debíamos estudiar o dar clase. A la luz de la luna, cuando la había, y si no, a la luz de un farol *de camisa*, que iluminaba muy bien.

El padre De Salvo cebaba mate —mate con leche y tortas fritas: ¡daban fuerzas a cualquieral!...—, y nosotros cargábamos carretillas y más carretillas..., hasta que él decía basta.

Cuando ya el erigendo santuario tenía toda la arena que necesitaba, quiso la Providencia que los estancieros de ambas

márgenes se preocuparan por hacer volver el río a su antiguo cauce. Fueron ingenieros de la Capital, estudiaron, planearon, trabajaron, y... ¡nada! El río seguía muy orondo por su nuevo lecho. Abandonaron. Entonces un capataz de estancia pidió al patrón que le diera una buena cantidad de peones y bolsas de arpillera. Las llenó de arena; las fue colocando en la ribera, a favor de la corriente, poco a poco, y así, con paciencia, trabajo e ingenio, hizo que las aguas del impetuoso Colorado volvieran a su cauce...

Pero ya el padre Pedemonte tenía toda la arena que necesitaba para su santuario.

Cuando el cardenal Cagliero, en Roma, vio los planos del padre Ernesto Vespignani, escribió al padre Luis: "Hombre de poca fe... ¿Por qué lo has hecho tan chico?..." Pero ya estaba en marcha.

Después fue Patriarca, el gran salesiano que levantó la catedral de Viedma, a trabajar en Fortín Mercedes. El padre Manachino hizo suya la iniciativa del padre Pedemonte, y la terminó felicísimamente.

Después llegaron artistas contratados en Italia para decorarlo. Luego arribaron de Roma los restos de Ceferino Namuncurá, y entonces no sólo ese lugar fue centro de la devoción a María Auxiliadora, sino también de la atracción y la gloria del indiecito santo...

Hoy día prosiguen las peregrinaciones. Frente al santuario se extiende una avenida que va a Luro. Llegan peregrinos a diario, y de los cuatro vientos.

Si le hubiésemos preguntado al padre Pedemonte: "¿Cómo hizo usted para levantar ese santuario?", él habría contestado: "Con veinte centavos: los que dio aquel gaucho..." Y nosotros hubiéramos añadido: "Sí, con esos veinte..., más la fe del padre Pedemonte".

CAPITULO XXV

LIBROS Y ALPARGATAS

El colegio salesiano de Fortín Mercedes fue fundado en 1895 por el padre Pedro Bonacina, misionero enciclopédico, que lo mismo inventaba una rueda hidráulica, que curaba una fractura; lo mismo alternaba con los indios que vivían en toldos, como con Spegazzini, que le dio su nombre a un hongo por él descubierto: *Fungus bonacinae*.

Al padre Pedemonte le pareció ideal ese lugar, a la vera del Colorado, bajo esas enhiestas alamedas que había plantado el padre Pedro, para instalar su Estudiantado. La paz bucólica del lugar, la amenidad del paisaje, la agreste soledad que ahí reinaba, le parecieron de perlas para que sus muchachos estudiaran.

En esto, nuestro Padre Inspector no estuvo del todo acertado. Porque un instituto de formación para clérigos que mañana serán directores de conciencia, maestros de un pueblo cristiano descristianizado, agentes primordiales en la solución de los intrincados problemas morales que nos acarrea la sociedad en que vivimos; ese instituto no puede estar alejado de ésta. Los que estudian para orientar almas, no deben formarse entre vacas.

Hoy, después de una sabia instrucción de la Sagrada Congregación de Estudios y Universidades de los últimos años, esto resulta irrefutable. Pero hace cincuenta años, parecía que la eglógica serenidad campestre era el lugar ideal para esta clase de estudios. Por eso, él fue trasladando poco a poco biblioteca, laboratorio y enseres escolares de Viedma y Patagones a Fortín Mercedes. Y ahí se implantó la escuela nor-



Guanabacoa era la Betania del padre Pedemonte.
Aquí lo vemos rodeado de novicios y aspirantes mexicanos y cubanos



El año 1932, en México, con los socios de la Compañía del Santísimo Sacramento.

mal, y ahí nos regaló sus luminosas lecciones de filosofía y teología el padre Luis Vasta. Pronto el Estudiantado Teológico volvió a Viedma. Hoy día ha vuelto también la escuela normal.

Aquello era muy pobre. No había luz eléctrica. Usábamos faroles de petróleo y lámparas de kerosén. Y, por supuesto, gran cantidad de candelas de estearina y hasta de sebo.

Hacíamos de tripas, corazón. Habíamos dejado el tercer año normal de Viedma, para seguir el cuarto en Fortín. Pero ante la imposibilidad de tener un curso completo, el padre Pedemonte optó por inscribirnos como alumnos *libres* en la Normal de Bahía Blanca. De modo que mis compañeros, que estaban en Bahía, y el autor de este boceto, que gozaba de la paz bucólica y el sosiego olímpico del campo, debieron cursar como *libres* el último año normal, y dar clase. El que esto escribe, era profesor de primero, y cursaba el último normal. Además, estudiaba filosofía; y, como la tranquilidad del Colorado lo inclinaba al gay saber, comenzó a dedicar algún tiempo robado al sueño, un poco a Clío y otro poco a Euterpe. Para eso, sí, Fortín era un lugar ideal.

Y aquí vaya nuestro reconocimiento al buen padre Luis, porque nunca nos cortó las alas. Es peligroso poner ciertas obras literarias en manos de los jóvenes. Pero si no se alterna con los clásicos y no se conocen los maestros de la literatura castellana, nunca se sabrá escribir.

Nadie más delicado que el padre Pedemonte. No nos permitía emplear vocablos vulgares. Él nunca consintió que sus clérigos usaran el verbo *macanear*, por ejemplo. Pero cuando veía que un muchacho tenía vocación literaria, no le quitaba el libro magistral de las manos, sino que, si era menester, se lo daba.

Estudiábamos robando tiempo al sueño. Como debíamos estudiar y dar clase, había que buscar el tiempo de cualquier

modo. Lo mejor era levantarse temprano. A las cuatro. Dejábamos la celda, echábamos un vistazo sobre la hilera de camas donde reposaban a pierna suelta los alumnos, y envueltos en un poncho gris, con un farolito de kerosén en la mano, cruzábamos el patio terroso e íbamos a la clase. Ahí, a la luz mortecina del farolito, entrábamos en comunicación con la filosofía, la historia o la literatura. Dos horas deliciosas, de una paz incomparable. A las seis volvíamos al dormitorio grande, a despertar a los chiquillos.

El padre Pedemonte, que ya en 1904 otorgaba premios de fútbol a sus alumnos del Colegio León XIII, no nos prohibía practicar deportes. Y se solazaba cuando nuestro cuadro de fútbol El Fortín, con sotana y todo, les ganaba por tres a uno al poderoso Pedro Luro y al no menos formidable Buratovich, formados por hombres macizos, pero que no tenían el entrenamiento diario que teníamos nosotros. Nuestro equipo de balompié, en aquellos tiempos, nunca fue vencido.

Hoy, los campos de los señores Luro están llenos de charcas. Entonces eran campo abierto. Periódicamente había paseos generales. Se indicaba previamente la estancia, y salíamos en brigadas. Todos con boleadoras, hondas o alambres. Era una excursión cinegética, a la vez que paseo. Liebres, charitas, perdices, vizcachas, mulitas y chulengos, eran la caza preferida.

Tanto a estos paseos como a la pesca que se solía hacer en la laguna La Salada y otras, el padre Pedemonte, en un sulki del colegio, concurría con placer, cuando sus muchas ocupaciones le daban tregua.

Sucedía a veces que algún cazador demasiado entusiasta se perdía entre los médanos. Había entonces que enviar brigadas de exploración, que desde la cumbre de las colinas gritaban a voz en cuello durante la noche. Pero indefectiblemente el perdido aparecía.

Siempre hacíamos los paseos a pie. Había estancias que distaban quince, veinte y veinticinco kilómetros. No nos arredaba esa distancia. Todos a pie. Las provisiones y la impedimenta, eso sí, en carro.

La alegría era general en aquel ambiente juvenil; la perfecta alegría, la que es fruto de la buena salud, de la buena conciencia y de la buena compañía. Hasta banda de música teníamos. El que esto escribe tocaba el trombón de canto. Había teatro periódicamente. Y éste tenía la virtud, no sólo de alegrar la vida con comedias sencillas y reideras (aunque con frecuencia estrenábamos dramas...), sino también (y aquí está la ventaja del teatro) nos acostumbraba a expresarnos en público.

Por darle gusto al padre Pedemonte, alguna vez se formó un conjunto de ocarinas. Era su instrumento predilecto.

Para aumentar la alegría, la Providencia nos regaló una serie de tipos pintorescos. Los colegios salesianos son la playa adonde el mar de la vida arroja los desechos de la sociedad.

Ahí estaba don Nai: decían que era hijo natural de Víctor Manuel II, y cuidaba los cerdos de la piara doméstica.

Ahí estaba el vasco Celestino Jáuregui: él afirmaba que había luchado en la guerra carlista. Era bueno como el pan, y cascarrabias incorregible.

Ahí estaba el andaluz Rafael, zapatero del colegio, eterno contrincante del vasco.

—¡Si habré matado vascos, yo!... —decía, cuando Celestino pasaba para el monte con el hacha al hombro..., y era incapaz de matar una mosca.

También en la viña del Señor se daban los tipos pintorescos. Don Gallí, santo varón, que había llevado la economía hasta afeitarse con un cuchillo y a oscuras, para no gastar velas. Los sábados llegaba con la cara sangrando a la meditación.

Y estaba también un coadjutor ropero que, amén de gus-

tarle sobremanera el *alpiste*, daba unos pellizcones de órdago a los alumnos.

Hasta los animales eran nuestros amigos. Hubo un guanaco doméstico que tiraba de un carrito, y el cóndor *Martín*, que trajimos del Chubut, comprado por doce pesos, y que era la alegría de los chicos.

Dudo que en el Fortín de hogaño, con su luz eléctrica, su lavadero mecánico, su templo grandioso, sus patios embaldosados, sus modernos laboratorios y bibliotecas, y su edificio monumental, haya más alegría que en el Fortín de antaño, con su pobreza franciscana...

Nuestra indumentaria, viviendo en pleno campo, era asaz modesta. La sotana, siempre de color de ratón..., porque la buena la reservábamos para las fiestas. Sobre el viejo hábito, cualquier cosa: un guardapolvo en verano, y en invierno, un poncho, una campera o un sobretodo..., según lo que mandaban las cooperadoras del padre Pedemonte desde Buenos Aires. Los zapatos solíamos reservarlos para los domingos; y entre semana, si no todos, muchos usábamos la democrática alpargata.

Una vez fueron a visitar nuestra casa de formación dos sacerdotes de Buenos Aires. Vieron la pobreza en que nos debatíamos, y en vez de admirarnos, se escandalizaron. Volvieron diciendo que los clérigos del padre Pedemonte andaban descalzos, y que si no los llevaba a Bernal, sería el caso de informar a Turín, para que los Superiores tomaran cartas en el asunto.

Esto se supo en Fortín, y temblamos. No porque le tuviéramos temor a la humedad de las riberas del Plata, ni porque nos amilanaran los estudios, ni porque fuéramos tan zafios, cerriles y patanes, que nos espantara el asfalto. Temblamos, por el peligro de dejar aquella casa que amábamos como a nuestro hogar, y ante la amenaza de abandonar al padre Pedemonte, que lo era todo para nosotros.

¡Descalzos! No era cierto que anduviéramos así. Calzábamos, sí, la plebeya alpargata; pero el padre Luis demostró así que el yute no encadena las ideas, y que se pueden compadecer las alpargatas con los libros... (Y hete ahí cómo venía él a destruir anticipadamente la conocida antítesis: *alpargatas, sí; libros, no...*)

Y digo *demostró*, porque de esa escuela donde los alumnos usábamos alpargatas, han salido dos obispos: el de Neuquén y el de Comodoro Rivadavia. Y allá en Roma está el Procurador General de la Sociedad Salesiana, formado en ese humilde colegio. Y en Turín, el Decano de la Pontificia Facultad de Filosofía, que estudió también en Fortín Mercedes. Y en la Capital Federal, tanto el Director de la revista *Cruz del Sur* como el del *Boletín Salesiano* son antiguos alumnos de esa inolvidable casa de estudios. Y hay varios textos escolares que andan en manos de estudiantes de todo el país, escritos por exalumnos de Fortín Mercedes.

Esto demuestra que la alpargata, cuando se lleva en los pies y no en la cabeza, no empaña la inteligencia. Y demuestra, también, que ese humilde calzado es perfectamente compatible con los más abstrusos tratados de metafísica.

CAPÍTULO XXVI

"CHE ANAI... AMIGO DEL INDIO"

El padre Pedemonte amaba todo lo que ama Dios. El cura Brochero, con una frase audaz como todas las suyas, decía que Dios es como los piojos, que andan siempre con los pobres.

El padre Luis, con los ojos siempre puestos en su dechado y espejo, Don Bosco, amaba a los pobres, a los desheredados,

a los huérfanos. Y como el Santo Fundador, amó entrañablemente a los indios, los más pobres y desheredados de la tierra. Don Bosco envió sus Salesianos principalmente para los indios de la Patagonia. Y como los misioneros se demoraran en ir al Sur, él los acucia: "Ustedes no me entienden: los he mandado para la Patagonia, no para que hagan Capua en Buenos Aires".

Pedemonte heredó esa pasión por el indio. Y podríamos decir que la sublimó; porque fue también su amor al indio lo que le hizo levantar a Ceferino Namuncurá hasta la altura en que hoy se encuentra; y esperamos que pronto llegue a la cima más empinada a que pueden aspirar los hombres sobre la tierra: el honor de los altares.

Por eso, cuando le tocó en suerte ser inspector de la Patagonia, junto a su explicable temor, llenaba su corazón un gozo muy íntimo: ¡iba a trabajar por los indios!..., como lo quería Don Bosco.

No veía la hora en que sus ocupaciones le permitieran dejar la casa inspectorial, para ir a las Cordilleras o a las frías regiones del Sur, donde podría alternar con sus hermanos los indios.

Cuando en 1917 eleva un informe al Arzobispo de Buenos Aires, dice el padre Pedemonte:

Al recorrer los interminables itinerarios que en tiempos pasados y peores siguieron V. E. y el Card. Cagliero, a través de la Cordillera, tuve la oportunidad de ver de cerca el grado de civilización alcanzado por nuestros indígenas. Hay mucho que hacer, Señor, si se quiere definitivamente arrebatar al vicio y a la ignorancia esa raza altiva que incorporada de veras a nuestra vida civil, aportará un valioso contingente, que hoy, siguiendo rutinas incalificables, no se valora. No cabe dudar de la capacidad intelectual de los niños indígenas, que en no raros casos, puestos al lado de los hijos de europeos que frecuentan las escuelas de la Misión, los siguen, los igualan y los superan en los progresos escolares.

Empero, ¿qué ventaja estable puede aportar a esos des-

heredados el simple paso del misionero? ¿Y con qué medios contamos para establecer las reducciones que harían efectiva la civilización del paisano, que a menudo repite, en su odio contra el blanco, que él *viviendo paisano no más?*... Y odio al blanco, Señor, porque, efectivamente, es víctima de continuos atropellos que implican un ultraje a nuestras leyes y una burla al cristianismo civilizador. La dedicación del P. Domingo Milanésio, hoy alejado del campo de labor por su avanzada edad, y por la implacable obra de una tenaz parálisis, ha obtenido para el indígena cordillerano notables ventajas, y la bondad de los hombres que rigen los altos destinos de la Nación cautiva los corazones de los hijos del desierto. Pero ¿qué es todo ello, con ser mucho, más que una gota de agua arrojada en una poción de acíbar?...

Monseñor Espinosa, que conocía como pocos la Patagonia, escribió al fin del informe:

Bendecimos afectuosamente al R. P. Luis J. Pedemonte, Vicario Foráneo e Inspector de las Misiones, y a sus compañeros de tareas, alabando su celo que ha trasformado aquellos estériles territorios en hermosos planteles donde, junto al progreso moral, se admira también el temporal.

Recomendamos su acción a cuantos amen la civilización cristiana de los pueblos.

† MARIANO ANTONIO
Arzobispo de Buenos Aires

Cuando luego fue al extremo sur del país, y vio con sus propios ojos la extinción a que iban en derechura los pobres aborígenes, subió de punto su pena, su desolación moral y su amargura. Allá, en la Tierra del Fuego, pudo ver lo mucho que había trabajado monseñor Fagnano por los onas, yaganes y alacufes, y la forma vertiginosa en que los infelices iban desapareciendo..., no por el plomo del blanco, como con harta ligereza y mal conocimiento de la verdad se suele afirmar también en letras de molde, sino por la incapacidad de su organismo virgen de defenderse contra los virus que necesariamente acarrea la civilización.

¡Qué no hubiera dado el padre Pedemonte por tener suficientes recursos para implantar reducciones de indígenas, a fin de salvar esas razas que él llama *altivas e inteligentes!*...

Tanto lo impresionó la vida simple de los indios de la Tierra del Fuego, que copió una copla con palabras en lengua ona y cantada por ellos con música del *Ave Maris Stella*.

¡Viva el padre Crema!
¡Viva el padre *olchen!*
¡Viva el padre *alisol!*
¡Viva el padre *tamen!* (1)

Y anotó también en su libreta que al padre Zenone lo llamaban *cucus* (dos caras), por ser calvo, y al padre Zanchetta, *alitamiten* (cabeza chata)...

Gozaba cuando podía reunir, en el invierno, a todos los misioneros en Viedma; predicarles Ejercicios Espirituales, y platicar con ellos de los indios.

Por sus indios se jugó entero. Tuvo que enfrentarse con los latifundistas; muchos de ellos, señores de horca y cuchillo. Pero no temió, pues él tenía por aliada la justicia.

Fue en 1917. Promovió un congreso de indígenas en la Capital Federal. Asistieron caciques representantes de Santa Cruz, Chubut, Río Negro, Neuquén y La Pampa. Primera sesión, el 4 de julio, en el salón de actos del diario *La Argentina*. Presidía Cayetano Mellao, del Neuquén. Secretarios, José Colón y Manuel Cotaro, del Chubut y del Río Negro.

Se estudiaron los problemas del aborígen como nunca se había hecho, porque ahí dialogaban indígenas genuinos. Para seguir defendiendo sus derechos, se dejó constituida una entidad jurídica llamada Comisión pro Fomento de las Colonias Aborígenes. Y estaba así integrada:

Presidente: Cayetano Mellao.

Secretario 1º: José Colón.

(1) *Olchen*, lindo; *alisol*, blanco; *tamen*, bueno.

Secretario 2º: Manuel Cotaro.

Secretario 3º: Domingo Coñuel (Río Negro).

Vocales: José Mellao, Pedro González, Julio Cotaro, Hermenegildo Colón, José Millán, José Fraga Nahuel, Ramón Lienan, José Limonao, Mariano Limonao, José Luis Millaqueo y Luis Millán.

Terminadas las sesiones, José Colón propuso visitar a Yrigoyen. El caudillo radical, apenas supo de este deseo de los indios, dio orden al capitán Lynch, su edecán, que los hiciera pasar. Les ofreció sillas, y él personalmente quiso ir a traerlas. Y como Colón se ofreciera para ayudarlo, el Presidente le dijo, con democrática llaneza:

—Déjeme hacer. Yo soy el dueño de casa...

Ellos le expusieron, con la confianza que inspira la sencillez, todos sus problemas. Yrigoyen comenzó por decirles que los envidiaba, porque ellos vivían libremente, mientras “este pobre diablo está prisionero entre estas cuatro paredes, sin saber por dónde salir...” (¿Presagiaba lo que le sucedería en la segunda presidencia...?) Luego les dijo que tanto Pueyrredón (ministro de Agricultura) como Gómez (del Interior) se ocuparían en resolverles favorablemente sus problemas. El padre Pedemonte gozaba la mar...

Y se hizo: primero, Yrigoyen firma un decreto por el que “deja sin efecto en todas sus partes el decreto del 8 de mayo de 1915, sin perjuicio de los derechos legítimamente adquiridos”; “fija el canon de arrendamiento de hasta \$ 200 las 2.500 hectáreas”, y “en los territorios del Sur, la extensión máxima que podrá arrendarse a una sola persona o sociedad, será de 10.000 hectáreas, y de 20.000 en Chubut y Santa Cruz”.

El ministro Ramón Gómez, por su parte, resolvió “hacer saber a las Gobernaciones Nacionales que deben evitar todo acto que modifique la situación actual de los pobladores de campos fiscales, absteniéndose en absoluto de intervenir en

asuntos que se refieren a la ocupación de tierras, hasta tanto se realice una amplia investigación que se efectuará próximamente por personal dependiente del Ministerio de Agricultura”.

El buen salesiano exultaba. Pero debió hacer frente a las iras de los terratenientes. Estos hicieron publicar en algunos diarios que “en la Patagonia no hay caciques; que los venidos son chilenos, y que no tienen razón al pedir a los Poderes Públicos lo que piden, porque ellos tienen campos y hacienda, y nadie los molesta”.

Los indígenas, entonces, firmaron un manifiesto para poner las cosas en su lugar.

El padre Pedemonte, alma de todo el Congreso, no quiso aparecer, para que no se creyera que todo se reducía a instigación de los misioneros. Pero se ve que no pudo sustraerse al afecto de los indios, pues en el folleto que se publicó, el padre Luis aparece en medio de todos los congresistas, sentado entre Mellao, a su derecha, y José Colón, a su izquierda.

En 1920 tuvo lugar otro congreso, y ahí el padre Pedemonte tomó parte activa y abiertamente. Habló; y luego añadió el presidente de la asamblea:

—Lo que acaba de expresar el padre Pedemonte es autorizado, porque él, como ya lo dije a esta asamblea, él y los Padres Misioneros Salesianos son los únicos y verdaderos *compañeros nuestros de infortunio*. Ellos viven con el aborigen en las pampas y entre las nieves, buscando nuestro bien. Sea cualquiera la idea que se profese, cualquiera el credo político de quien oye, la verdad es la verdad, y por eso la vociferamos, con altivez y gratitud, para que todos aprecien nuestro sentimiento...

Nuevamente fueron a la Casa Rosada. Al pasar por la plaza de Mayo, se dieron vivas a la Argentina, al Arzobispo, al ejército, a Don Bosco, a sus hijos y al padre Pedemonte... En ese momento, y excepcionalmente —en Buenos Aires, casi nunca

nieva—, un nutrido cendal de copos inmaculados se cernía sobre la plaza. Entraron en la presidencia. Adelante iba el padre Pedemonte, acompañado por los padres Pagliere y Stevenne. Era el 13 de julio de 1920. Desde entonces, ése es el *Día del Aborigen*.

Tanto se preocupó por sus queridos indios, que determinó que se hiciera una gran reunión de ellos en el Neuquén, junto al cerro Michacheo. Como las ocupaciones —era en el verano 1918-19— no le permitieron ir personalmente, mandó a los padres Pedro T. Ortiz y Carlos Pesce para que lo representaran.

Fue una asamblea impresionante. Centenares de mapuches de a caballo. Caciques, capitanejos e indios, entre los que no faltaban las chinás, se hicieron presentes. Expusieron, en un gran *parlamento*, sus quejas al gobernador y a los misioneros: los blancos les estaban hurtando las tierras y las ovejitas que ellos cultivaban y cuidaban desde muchos años atrás...

Los misioneros les hablaron, y les pidieron que tuvieran fe en la palabra del Presidente. Los indios asintieron, algo escépticos. Y sin embargo, hicieron flamear banderas argentinas, en un desfile fantástico de jinetes y amazonas.

Luego vino el *camarujó*, que los misioneros presenciaron con curiosidad y admiración.

Les habló el gobernador interino, señor Juan Molinero, y los pobres indígenas quedaron, por lo menos, tranquilos.

El padre Pedemonte quería a los indios. Ellos lo veneraban. Si hubieran sido capaces de poner un epitafio sobre su tumba, le hubieran escrito: "Aquí yace el padre Pedemonte, el amigo del indio".

Lo que ellos no pudieron, lo hace uno que siente correr sangre aborigen por sus venas. Y le dice devotamente, en mapuche: "¡Padre Pedemonte, *che anai*, amigo del indio!..."

CAPÍTULO XXVII

COMO EL ARCO IRIS

*El dolor purifica como el fuego:
echa tu corazón sobre la brasa,
y mirarás el sol sin quedar ciego...*

dice bellamente José Santos Chocano. Tiene razón: los santos, que son los más *purificados* de los hombres, han pasado, todos, por el crisol del sufrimiento.

El padre Pedemonte, a fuer de santo de buena ley, no podía ser una excepción. A él le tocó soportar el dolor físico y el moral. Tenía una complexión sana; pero el trabajo a que se hallaba sometido su organismo, lo redujo a achaques cada vez más frecuentes y agudos.

Ya en su segunda dirección, la del Colegio León XIII, tuvo que tomarse algunas semanas de reposo: su físico estaba averiado. En 1910 debió trabajar enormemente. Su salud no resistió: debilidad, vahídos, *surmenage*..., lo obligaron, no solamente a tomarse un prolongado descanso, sino a abandonar la dirección del colegio. También por eso pasó a ser prefecto.

El cargo de inspector de la Patagonia y Tierra del Fuego, luego, le acarreó una plétora tal de trabajos, preocupaciones y fastidios, que dieron por tierra con su salud. En 1914, durante el mes de marzo, lo encontramos en La Cuchilla, lugar muy ameno entonces, cuando ante él se extendía la enorme laguna del Juncal. Había una capilla construida por el piadoso vecino Cecilio Lucero, recostada en la colina que bordea el valle del río Negro, a veinte kilómetros de Viedma. Ahí pasó el padre Pedemonte unas semanas reponiéndose de un

surmenage peligroso. De allá escribe al padre José que está “leyendo el Evangelio y meditando”. Su recia fibra genovesa se reponía inmediatamente. Y el titán de la actividad, siguiendo las huellas de Don Bosco, cuyas postreras palabras fueron: “Trabajo, trabajo”, apenas recobraba la salud, recomenzaba su intensa labor.

Pero sus dolores físicos no fueron nada, en comparación con los morales. Algo de su viacrucis en San Carlos, hemos visto. Pero ésas fueron tortas y pan pintado, comparadas con la enorme tarea que lo esperaba en la Patagonia. El ver alejarse, uno tras otro, a dos, cuatro, seis de aquellos mismos que debieron haber sido sus mejores colaboradores, y cuando más los necesitaba, era para él una agonía sin muerte.

“Dios mío, ¿seré yo el culpable?... ¿Seré yo quien no los sabe guiar? ¿Hasta dónde debo exigir disciplina? ¿Dónde termina la barrera del perdón?...” Nunca más cierto que aquí lo de Fernán Caballero: “El dolor es una agonía sin muerte”.

La primera vez que fue a la Tierra del Fuego, casi deja los huesos en el camino. Monseñor Fagnano lo llamó un día a Buenos Aires. Ahí, en una de las piezas del viejo edificio que da a la calle Yapeyú, le ofreció una silla. El padre Pedemonte no quería sentarse —era la única silla—; pero el Prelado lo obligó. Él se sentó sobre la cama, y comenzó:

—Te he mandado llamar, hijo, porque me siento mal. Ya mis fuerzas no soportan el peso de la Prefectura. Iré a Santiago a curarme. Si me repongo, volveré; y si no..., dejo todo en tus manos. De la parte chilena se encargarán Don Nai y el padre Sallaberry. Y tú atenderás la parte argentina.

El padre Luis se quedó mirando a aquel patriarca que, con el birrete en la mano, hablaba en esa forma. Ante ese tremendo testamento, el joven Inspector no tuvo nada que observar, sino pedir al Prefecto Apostólico que rezara para que Dios no le dejara faltar su auxilio.

El 18 de setiembre de 1916, el anciano misionero entregaba su alma a Dios, y el padre Pedemonte se hacía cargo de toda la Patagonia y Tierra del Fuego. Tuvo que hacer un viaje en automóvil. Entonces no había las picadas que hay ahora, ni esa interminable Ruta 3 que une a Buenos Aires con Ushuaia. Él tuvo que ir en un Ford de cuatro cilindros (el *Don Rúa*), por caminos de huella, donde las había, y donde no, a campo traviesa.

Huelga decir que en esos meses y meses que pasó sobre el fermentido vehículo, casi se muere. Lo sorprendió el invierno. La nieve borraba las huellas. Las pocas que se distinguían, estaban intransitables. Los pobladores del Sur veían pasar ese auto primitivo, y se quedaban con la boca abierta.

—Éste tiene ganas de morir helado... —decían.

Recuerdo cuando llegó a Viedma. El coche todo maltrecho: arañado por toda suerte de arbustos espinosos, atado con alambres el parabrisas, la endeble capota agujereada, el motor tartamudeando... Venía con varios chicos que el padre Pedemonte había agenciado para aspirantes. Todos envueltos en ponchos, y con hambre de días...

Se detuvo frente al portón. Le abrieron. Entró. Y vimos entonces al buen Padre Inspector, con el rostro cadavérico, con muchos kilos menos de los que pesaba al partir, y con los dientes que le castañeteaban... ¡Fiebre de cuarenta grados!...

Envuelto en su famosa capa negra, lo tomaron cuatro coadjutores, y así, en vilo, lo condujeron a su aposento.

Allí los médicos del hospital salesiano lo colmaron de atenciones, y todos los aspirantes nos desvivíamos por cuidarlo con solícito amor filial. Así, a los pocos días, era otro. La robusta fibra ancestral revivió. Y pudo escribir al padre José que había llegado del Sur muy contento, y que ahora estaba mucho más ágil, porque había perdido unos cuantos kilos...

En Viedma, el padre Pedemonte había procurado ser el amigo de todos. No comprendía que un salesiano pudiera tener adversarios. Respetaba todas las ideas, para que hubiera armonía y paz en el pueblo. Pero cierto día de fiesta patria, un magistrado, delante de los alumnos de toda la capital rionegrina, incluidos los de los Salesianos e Hijas de María Auxiliadora, prorrumpió en un discurso incendiario, de neto corte volteriano, lleno de injurias para la Iglesia y cuanto ella representa. ¡Qué pena para el corazón sensible del padre Luis! ¡Tener que romper lanzas y entrar en polémica, bajar a la arena, asumir actitudes belicosas!...

A las pruebas morales se unieron, a veces, las físicas. En 1923 celebró en Bahía Blanca el Congreso del Sagrado Corazón de Jesús. El Señor, que suele premiar a sus siervos, no con halagos, sino con algo muy distinto, regaló al padre Pedemonte una enfermedad mortal. Fue conducido al Sanatorio Barriónuevo (actual Ferroviario), y ahí entró en agonía... Estuvo varios días entre la vida y la muerte. Clérigos y aspirantes en Viedma, en Fortín y en toda la Patagonia, rezábamos... Al cabo reaccionó.

Cuando, luego de larga convalecencia, pudimos verlo, él, derrochando felicidad, nos habló. Nunca olvidaremos lo que nos dijo:

—Estuve al borde del sepulcro. Vi la muerte cara a cara. Cuando me sentí morir, me invadió un gran temor. No era miedo al castigo de mis pecados, sino temor de no haber hecho todo el bien que debí hacer y no hice... Para eso Dios me enfrentó con la muerte: para que viera el peligro en que se encontraba mi pobre alma...

Nosotros escuchábamos absortos esas palabras, que nos parecían venir de ultratumba...

Ya veremos lo mucho que debió sufrir en otras tierras. Su corazón sintió el desgarrón del trasplante. En 1925 debió

trasladarse a otros países. Bien sabía él que allá sería un extranjero. Es inútil. Somos religiosos; pero, ante todo, somos hombres. Y en América, donde suele cultivarse un nacionalismo a ultranza, irremediable, hay que tener un tacto finísimo, difícil de alcanzar. ¡Cuántas veces hay que tragar amargo y escupir dulce, *pro bono pacis!*...

A México debió entrar disfrazado de comerciante. Ya el dejar el hábito fue para él dejar parte de su vida. Luego, las humillaciones a que debió someterse el Superior ante autoridades que habían hecho tabla rasa con toda suerte de jerarquía religiosa, era un motivo constante de angustia y de dolor para su alma sensible y delicada. En los Estados Unidos era un extraño; en México, por la persecución, un enemigo; en Cuba solamente era uno de la familia. Cuba fue para él su Betsaida...

Cuando volvió a su Argentina, en 1935, lo esperaban muchas espinas. Achaques físicos y sinsabores morales. Ya no era el joven de antes. Ahora los años habían consumido su organismo y sus fuerzas. Várices, prostatitis, caries, neuralgias, cardialgias, taquicardia..., fueron otros tantos cauterios con que Dios purificó a su siervo. Y él, con esa inefable sonrisa de santo, todo lo soportaba con una entereza moral maravillosa. Era de verlo en el Hospital Italiano: sonriente, con el rosario en la mano, con el libro de meditación sobre la mesa de luz, con los ojos entrecerrados, ofreciendo minuto a minuto el sacrificio que su Señor le pedía...

Hasta que llegaron los postreros achaques de su gloriosa ancianidad. Dos veces pidió y obtuvo que le dieran la extremaunción. Ese acercarse al borde tremendo, esa vecindad con la tumba, a él lo tonificaba. El padre Luis salía de la penumbra con la faz más radiante. Realmente es cierto lo de Chocano: "El dolor purifica..."

Cuando regresó a la Patria, fue director y párroco. Eso

era —para los que miran de tejas abajo...— una *diminutio capitis*. Para él, eso no significó ni sorpresa, ni amargura. Pero la complejidad de la parroquia, acoplada al colegio, y la heterogeneidad de los que integraban la acción parroquial, le dieron muchísimos dolores de cabeza.

Entonces fundó el Instituto Laical María Mazzarello. Quizá esa fundación fue lo que más le costó. Lo que más humillaciones le acarreó. No se funda sin dolor, como no se nace sin gemidos...

Más tarde, cuando la Congregación aceptó el Asilo de Huérfanos de la calle México, le confiaron a él la dirección. Si la estatua moral del padre Pedemonte necesitaba todavía un golpe de cincel, ése se lo dio el Asilo. No es para descrito lo que el santo salesiano soportó en esa casa. Hasta que llegó la hora en que una política absorbente, propia de las dictaduras, lo echó a la calle... Y volvió con una pesada losa de penas en el alma, pero con el rostro alegre, a la vieja casona de Almagro. Volvió tocando la armónica por la calle Yapeyú... He ahí el santo.

Ante el tremendo panorama de su viacrucis, el narrador no puede menos que exclamar: Sí, el alma del padre Pedemonte fue pura como el arco iris; pero, para ser arco iris, debió purificarse en muchas tempestades...

CAPÍTULO XXVIII

COMO EL REY MIDAS...

Era en los tiempos en que el tren llegaba solamente hasta Stroeder, a cien kilómetros de Carmen de Patagones. El trayecto entre ambas poblaciones había que hacerlo en autos de

compañías particulares; y así, en el tren que iba de Bahía Blanca viajaba siempre un representante de la empresa de trasportes.

Era popularísimo Taboada, bajo, magro, de constante sonrisa en los labios. Por más de un cuarto de siglo anduvo Taboada viviendo sobre los trenes. Porque cuando llegó el ferrocarril a Patagones, él siguió viajando para contratar pasajeros que iban a Comodoro Rivadavia.

En uno de sus habituales viajes hacia Patagones, se presentó a un señor que muy orondamente iba leyendo el diario en el vagón restaurante. Con la cortesía de siempre, preguntó Taboada:

—¿Para dónde viaja el señor?

El otro, o porque creyó que era una impertinencia de un vulgar pasajero, o porque tendría un geniecito de esos que aguantan pocas pulgas; el caso es que miró al contratista de arriba abajo, y le contestó con el peor de los tonos:

—Yo voy para... —y profirió un grave insulto para el modesto empleado, que aguantó el chubasco con rara serenidad.

—Está bien, señor —prosiguió Taboada, con una leve sonrisa.— Siga, no más, para... donde va.

Llegaron a Stroeder, punta de rieles. Cada uno de los que viajaban hacia el Sur ocupó, lo más rápidamente posible, el auto que le correspondía. Comenzaron a roncar los motores de escape libre de 1916, que producían más ruido que un regimiento de artillería...

Los autos salían en caravana, y los de las diversas empresas se ayudaban cristianamente. En la Patagonia se aprende hasta a ser buen cristiano. Los coches de antaño no tenían la seguridad de los de ahora. Y para hacer esas veinte leguas, ¡sabe Dios cuántas paradas, *pannes*, pinchazos, accidentes y roturas había que soportar!...

Cuando estaban por partir, he ahí que un señor elegante-

mente vestido, con flamante valija de cuero en la mano, corría de una parte a otra buscando un lugar en algún auto. Pero inútilmente, porque todos los asientos estaban ocupados.

El hombre se desesperaba. Debía llegar ese día a Viedma. Debía llegar indefectiblemente. Pedía a los viajeros que le cedieran un lugar. Pero todos, envueltos en sendos ponchos —los coches eran abiertos, y el viento sureño distaba mucho del *céfiro blando* literario...—, maldito si tenían ganas de abandonar el lugarcito en que estaban arrellanados, y que ya habían comenzado a calentar.

El hombre que pedía humildemente lugar en cualquier coche, ya lo habrán adivinado los lectores, era el soberbio burgués de marras. Y como todos se negaban a hacerle un lugar —que algunos sabían que no lo merecía, por mal educado—, un sacerdote joven, de ojos vivarachos y rostro amable, bajó de su coche y le dijo:

—Suba, señor; aquí tiene lugar.

—¿Y usted? —preguntaron los compañeros de viaje.

—¡Yo me arreglo! —dijo el buen salesiano.— Los de la Patagonia estamos hechos a todo... —y subiendo al estribo del auto, se abrazó fuertemente a las varillas de la capota.

Y así, cuerpeando chañares y chilcas del camino, recorrió el abnegado religioso los cien kilómetros que separan a Stroeder de Carmen de Patagones, siempre de pie, siempre sacudido por los vaivenes del auto, y mudando de estribo a cada parada, en las tranqueras, para no cansar tanto el brazo...

Cuando llegaron a destino, aquel mal educado supo, para su vergüenza, que ese sacerdote no era un pobre misionero de las pampas, sino el mismísimo padre Luis J. Pedemonte, inspector de la Patagonia y Tierra del Fuego.

En este episodio, narrado por el propio Taboada, está retratado el padre Luis, todo bondad, todo abnegación. Él no amaba a su prójimo de lengua y de palabra, sino de obra

y de verdad, como quiere el profeta del Apocalipsis (I Juan, III, 18).

Nosotros lo queríamos como difícilmente, fuera de Don Bosco, haya sido venerado otro Superior salesiano. Y por su parte, el cariño del padre Pedemonte hacia nosotros no era teórico, sino práctico.

Un compañero nuestro, por ejemplo, necesitaba dormir mucho. Era así su temperamento. A esa edad —dieciséis años, en la época del crecimiento—, le era un martirio levantarse con la comunidad. No se despertaba. Si el asistente tomaba el colchón por abajo y lo volcaba, luego de no haber podido despertarlo de ningún modo, el muchacho seguía durmiendo en el suelo. Pues bien; cuando el Padre Inspector supo que el alumno necesitaba más reposo, dio orden de que lo dejaran dormir hasta que se saciara. Y desde entonces, cuando nosotros volvíamos de la misa, a las ocho y cuarto, nuestro buen compañero bajaba pausadamente las escaleras y se unía a nosotros en el desayuno. Hoy día se levanta antes que la comunidad, para rezar la primera misa. No tiene, ¡ay!, los floridos dieciséis años de antes...

Y no era este compañero una excepción: todos experimentamos los desvelos casi maternos del padre Pedemonte; y también los del padre Manachino, que tan admirablemente asimiló el espíritu de su Superior: ahí están sus mil y una cartas escritas para consultarle sobre todos estos pormenores, que no me dejarán mentir...

Todos los que estábamos en esa edad del crecimiento, tomábamos a cierta hora emulsión de Scott o cualquier otro tónico con aceite de hígado de bacalao. Y cuando esto no era suficiente, a las diez, en el recreo intermedio, íbamos a la cocina, y el cocinero ya nos tenía preparado un buen bife humeante, apetitoso, tentador... El padre Pedemonte no quería tuberculosos. Pero para esto hay que dejar de lado la mal

entendida economía, que a la larga, en vez de virtud de la pobreza, se transforma en vicio de la tacañería.

Cuando viajamos a Europa con mi compañero —el del sueño pesado—, para estudiar teología en el Instituto Internacional Don Bosco, de Turín, no pensábamos que el padre Luis dejaría la Patagonia. No podíamos ni concebirlo: tan connaturalizado estaba él con nuestro Sur. De modo que cuando supimos que había ido al Perú como inspector, el autor de estos apuntes le escribió una carta que ahora encuentra entre los papeles del padre Pedemonte, donde le dice que lo único que le dolerá en su primera misa, será el no tener al autor y consumidor de su vocación al lado.

Pasaron los años de estudio. Y cuando llegó el tiempo de las ordenaciones, supimos que el padre Pedemonte asistiría a nuestra ordenación.

Así fue. En la basílica de María Auxiliadora, oculto entre la turbamulta, estaba el padre Luis, emocionado, mirando cómo el Cardenal de Turín nos ungía las manos. Y luego avanzó, radiante y feliz, a poner sus santas manos sobre nuestras cabezas, como confirmando la consagración.

Quiso ser él quien nos asistiera, no sólo en la primera misa, sino en todas las misas de la primera semana. Porque él hizo con sus muchachos de la Patagonia lo que no he visto hacer a Superior alguno. Después de la primera misa en Turín, nos llevó, en *viaje de luna de miel*, a conocer a Italia. ¡Qué regalo! Su caridad era realmente exquisita. Los Superiores del Instituto sacudieron un poco la cabeza: *il raccoglimento*... Pero como el que nos llevaba, si no era nuestro Inspector, era algo más que eso, nos dejaron partir...

Al pasar por un pueblo de la provincia de Alejandría, nos detuvimos: el padre Pedemonte debía cumplir una misión difícil. Uno de esos rasgos tan suyos. Había prometido a la madre del asistente de los novicios del Perú, que acababa de

ser deshecho por las ruedas de un convoy, que iría a almorzar con ella. Y allá fuimos. La amabilidad de nuestro nuevo Don Bosco pudo tanto, que aquella buena señora que había perdido su hijo —una joya de muchacho—, no sólo se resignó ante la tremenda desgracia, sino que se sentía feliz de besar la mano que había bendecido la tumba de su malogrado *bambino*...

Quiso nuestra buena estrella que llegáramos a Venecia el día de la fiesta del Redentor. ¡Un regalo del cielo!...

Después de la cena, salimos en góndola por el canal grande. Miles de góndolas empavesadas, ornadas con farolitos venecianos y dotada cada una de su orquesta, avanzaban rumbo al Lido. Noche magnífica de verano. Miles de instrumentos musicales llenaban el aire de armonías y de júbilo. Los dos jóvenes patagónicos no se cansaban de mirar aquel espectáculo de ensueño. El padre Pedemonte levantaba, como siempre, la mira, para bendecir a Dios, alabar al Creador, rezar al Redentor por la salvación de todo aquel mundo de seres humanos que reían, gozaban, soñaban...

Llegados al Lido, comenzaron los fuegos artificiales. No eran los fuegos artificiales a que estábamos acostumbrados en nuestros pueblos. Aquello era una fantasmagoría estupenda. Eran castillos que crepitaban, barcos que se disparaban proyectiles, magníficos juegos de luces que subían y bajaban en un irisado abanico de colores...

En las primeras horas de la madrugada regresábamos en nuestra góndola, rumbo al colegio salesiano.

No creo que el que escribe ni mi compañero hayamos perdido el *raccoglimento* con todo esto. Quizá se pueda asegurar que volvimos al Instituto Internacional para proseguir con la preparación a la láurea, confirmados en nuestra vocación.

No cualquiera entiende a los santos. Ese rasgo del padre Pedemonte de llevarnos en auténtica *luna de miel*, todavía con

el perfume del santo cáliz en los labios, hubiera desconcertado al más avisado. Para nosotros fue la cosa más natural. Y por eso no perjudicó nuestra vida interior, ni profanó en lo más mínimo el augusto recogimiento de esos días inefables.

Es que él todo lo hacía con una caridad tan exquisita, con un criterio tan genuinamente salesiano —tan del Santo de Sales—, que reducía a sagrado todo lo que pudiera ser profano, y purificaba, como el fuego, todo lo que pudiera tener resabios de impureza.

Viajando con él, anduvimos envueltos en un ambiente tal de cristiana exquisitez, que era como un halo de luz que todo lo iluminaba con fulgores divinos.

Así era él. Como aquel rey Midas de la antigua Frigia, que transformaba en oro todo lo que tocaba, el padre Pedemonte lo reducía todo a amor y caridad: un viaje sobre la pampa sureña, la vulgar debilidad de los muchachos que crecen, las condolencias o el regalo de una excursión por la bella Italia: todo lo transformaba en oro...

CAPÍTULO XXIX

HERMANO Y MAESTRO

El padre Pedemonte, a fuer de hombre cabal, amaba entrañablemente a los suyos. Para ser santo, hay que ser buen hombre. Para ser buen religioso, hay que comenzar por ser buen cristiano. ¡Ay de los religiosos que se creen que aquello del Evangelio: "Deja que los muertos entierren a sus muertos", significa desentenderse de sus padres!... Hay que comenzar por ser un hombre honrado. Sobre esa base de la honradez

natural se edifica al religioso, y sobre la base del buen religioso se puede estructurar al santo.

Uno de los espectáculos más impresionantes de la vida del padre Luis fue el del sepelio de su madre. Fui a darle un responso. Y vi una cosa nueva. Completamente nueva. Otros estarán, quizás, acostumbrados a eso. Era la primera vez que se me presentaba un cuadro así.

El hijo sacerdote, sentado junto al ataúd, rezaba. Pero había tal placidez en su semblante, que trasuntaba felicidad. Uno miraba el rostro de cera de la ancianita, y podría jurar que sonreía.

Llegaban los alumnos del colegio salesiano en tandas diversas a rezar el Rosario junto al féretro. Los chicos suelen tener miedo a los muertos. En aquella ocasión, no. Todos se acercaban para ver la faz nacarada de la viejecita, que parecía sonreír. La placidez del rostro frío, la felicidad que trasuntaba el semblante del hijo, la abundancia de chiquillos que entraban y salían: todo daba a aquellas exequias no sé qué carácter de fiesta. La fiesta del tránsito a la gloria.

Él había llorado mucho a su padre. Lo hemos visto. A su madre, no. No la lloró. Porque su amor a la madre estaba más allá de la muerte, del dolor y de las lágrimas. Cuando hay fe, más allá del dolor está la felicidad, así como más allá de las tinieblas está el alba...

Quería a los suyos. Se preocupó siempre por todos, sin descuidar sus obligaciones de Superior religioso. No les daba dinero, porque era pobre por profesión y por virtud. Siempre *recibió* de sus hermanos. En cambio, les daba lo que vale más que el dinero: los consejos.

En 1934 regresó de Europa. Venía con el cardenal Hlond. Cualquiera diría que codeándose con cardenales, el padre Pedemonte volvía hecho un potentado. Y era todo al revés. Apenas desembarca, una recepción. Él tuvo que asistir. Su

hermano lo llevó en el auto. Al bajar frente a la residencia cardenalicia, le dijo:

—Mira, vas a tener que prestarme unos pesos. No tengo para volver.

—¡Cómo! ¿Has venido sin dinero desde Italia?...

—Tenía unas pocas liras, que gasté en caramelos para entretener a los chicos en el barco..., y ahora no tengo para el tranvía... La Providencia provee a todo; en el vapor no necesité. Aquí... estás tú en forma de Providencia... ¡Ya ves!

Su hermano Gotardo tenía veintitrés años. Le fue ofrecida la dirección de una importante revista técnico - financiera, en condiciones tentadoras. El joven tenía sus temores. Como el padre Luis estaba de paso por Buenos Aires, acudió a él. Paseando por las galerías del Colegio Pío IX, el hermano menor le expuso sus dudas. El sacerdote le hizo algunas preguntas, pesó el pro y el contra, y terminó:

—Debes aceptar; pero lo harás siempre que seas capaz, primero, de estudiar mucho y trabajar duro; segundo, de tener fe y perseverancia: ir siempre por la senda de la rectitud, sin que te asusten las contrariedades; y tercero, de rezar mucho y ofrecer a María Auxiliadora un pequeño porcentaje de las utilidades que obtengas, destinado a las obras salesianas. Así creo que triunfarás...

El joven aceptó. Adquirió cuanto libro de la especialidad había en plaza; trabajó diez, doce y hasta quince horas diarias; cumplió su promesa a María Auxiliadora; venció todas las dificultades que se le presentaron, y triunfó...

La dirección de la revista le abrió nuevas puertas, y ocupó sucesivamente cargos de responsabilidad, en treinta y cinco largos años de lucha tenaz. A eso hay que añadir una serie de misiones técnicas y comerciales a Europa y a varios países de América. Todo lo cual culminó con el cargo de experto en seguros de las Naciones Unidas. Hoy, acogido a los bene-

ficios de la jubilación, recuerda el pasado en medio del bullicio de sus nietos, feliz y contento, en la calle Campichuelo...

Antes de iniciar su carrera, el padre Luis llevó alguna vez a su hermano a la Patagonia, para que se hiciera hombre. Fue famoso el viaje que hicieron juntos en 1914, en aquel primitivo Ford *de bigotes*, hasta el mismísimo San Carlos de Bariloche, por entre chilcas, jarillas, uñas de gato y chañares...

Cuando estaban ya cerca de las Cordilleras, se les acabaron las provisiones. Habían alzado unas latas de sardinas, un queso, galletas y una caramañola de agua. Llegaron a una casa que era, por el aspecto, algo más que un *puesto*. A los viajeros les pareció un paraíso, aquello, luego de tanta monotonía de desierto. Tenían un apetito superlativo. Bajaron confiados. La boca se les hacía agua; y nunca pensaron que la proverbial hospitalidad campera los iba a defraudar. Pero fue así: los recibió, de muy mal talante, un inglés que se acababa de levantar de la siesta con la luna...

El Padre pidió de comer, de acuerdo con nuestras costumbres.

—Aquí no se da de comer... —replicó el británico mordiendo las letras.

Los viajeros no se habían repuesto aún de su asombro, cuando el hombre dio media vuelta y se fue...

El padre Luis apenas tuvo tiempo de decirle:

—Gracias, lo mismo, señor...

El joven, al lado, quiso contestar una cosa muy diversa de la de su santo hermano; pero éste le puso la diestra sobre el pecho y lo contuvo.

Siguieron. Comentaban el hecho. Hicieron la comparación entre este chalé y aquel rancho donde, el día anterior, un matrimonio criollo cargado de hijos, no sólo los invitó a cenar, sino que les proporcionó comodidades —las posibles...— para que durmieran.

A lo-lejos relampagueaba. Se venía una tormenta. El horizonte se fue cerrando. Quisieron acelerar. Imposible. Comenzó a llover. Los senderos, ya malos, se tornaron pésimos. Viento y lluvia. Los faros del coche no alumbraban: estaban descompuestos. Y había que llegar...

Aprietan el acelerador. Exigen el máximo al pobre carri-coche. La lluvia cavaba las huellas. Al fin, el Ford, como cansado del trajín, quedó quieto, paralizado... Las ruedas traseras giraban vertiginosamente, pero el vehículo no avanzaba. Había quedado a la jineta sobre la huella...

No era posible, ni con la pala, sacarlo de la embarazosa posición. Hubo que envolverse en los ponchos y esperar el día siguiente. El viento silbaba y ululaba entre la fronda; la lluvia entraba por entre las rendijas de la capota como Pedro por su casa... Y a esto se añadían el hambre y el frío...

El misionero sacó su rosario, y les hizo rezar a sus compañeros casi toda la noche uno tras otro...

La tormenta pasó. Amaneció el día con sol radiante. Pero el frío... Se fue poco a poco, cuando todos con pico y pala comenzaron la operación de desatascar el auto, que estaba cabalgando sobre un montículo.

Antes de mediodía consiguieron librar el Ford de su atoladero. Pero entonces se les presentó otra dificultad: ¿Alcanzaría la nafta hasta Bariloche?... Por suerte, fue suficiente. Llegaron al lago al caer la tarde, en un estado de postración terrible.

Grande fue la sorpresa del padre Luis Marchiori, que estaba allá comenzando su obra parroquial, cuando vio al Inspector y a sus dos compañeros llegar con un hambre colosal y un cansancio tremendo. Enseguida se dispuso a prepararles alojamiento. Sentados en las dos únicas sillas, conversaban los dos hermanos.

A Gotardo le llamaba la atención que el misionero entraba,

salía y volvía a entrar con un envoltorio que parecía querer ocultar.

Cenaron lo poco que había. Lo suficiente como para que el hambre no les impidiera dormir. Al ir a acostarse, el joven preguntó a su hermano:

—¿Qué le pasa al Padre, que parece preocupado?

—¡Es que me esperaba a mí solo, y hemos llegado tres! No tenía ni qué comer, ni menos cómo darnos cama. Ha ido pidiendo a varias familias, y así hemos podido cenar esto... Ahora anda buscando mantas para todos...

—Pero, Luis, ¿no hay acaso un hotelito acá? ¿No podríamos ir a él? —dijo Gotardo, temeroso de resultar molesto al buen misionero.

—No te aflijas: Dios proveerá... Ésta es la vida de los misioneros de Don Bosco, ¿sabes?... —y sonreía feliz de poder dar una lección objetiva a su hermano menor.

—Ya ves lo que come el padre Marchiori: un poco de loco a la mañana, y otro poco de loco a la noche...

—Y ¿el padre Buodo? Allá en la Pampa come ensalada de alfalfa..., y a eso atribuye su buena salud.

El futuro experto de las Naciones Unidas abría tamaños ojos. Insistió en ir a un hotel, fonda o lo que hubiera... (Entonces no estaba el Tres Reyes, ni el Cristal, ni el Bella Vista, ni tantos otros.) Cuando comía, a veces, en casa del misionero, lo hacía con remordimiento: le parecía que le estaba sisando el menguado alimento al pobre Padre...

Cuando se despidió, vació sus bolsillos en las manos generosas del misionero.

Ahí Gotardo pudo aprender muchas cosas. Si no la ciencia del seguro social y económico, por lo menos cómo los misioneros de la Patagonia se *aseguraban* el cielo.

Cierto día llegaron a la capillita un hombre y una mujer, a bautizar una criatura. Ambos, aborígenes. Como no había

más hombres, el padre Marchiori invitó al huésped a salir de padrino. Después de la ceremonia, el paisano, que no quería gravar el bolsillo del forastero, se adelantó a pagar los derechos de estola. Y dejó caer en la mano del párroco... *treinta centavos*: una moneda de veinte y otra de diez...

El padrino del indiecito, ante esa elocuente pobreza y humildad del compadre, casi se echa a llorar... No podía hablar. Parecía que un dogal le ceñía la garganta...

Prepararon luego el Ford lo mejor posible, para el regreso. El viaje fue discreto. De paso por Guardia Mitre, en las riberas del río Negro, se encontraron con el padre Francisco Pasquale, anciano misionero que trabajaba también solo en ese lugar. El pobre estaba amargado. Para volver a su misión desde Carmen de Patagones, como no tenía vehículo, había debido pedir a unos troperos que lo llevaran en una de sus carretas. Se lo permitieron; pero durante el viaje había sido objeto de bromas y pullas de mal gusto todo el tiempo. De yapa, una vez en la pampa, le dijeron que había que aligerar la carga, que las mulas se cansaban... Y el pobre anciano tuvo que tomar sus enseres, echarlos al hombro, y andar a pie los veinte kilómetros que le faltaban...

Cuando el padre Pasquale terminó su narración, el Inspector miraba complacido a su hermano. Éste apreciaba ahora mejor que antes el *lujo* de haber viajado en aquel desvencijado Ford de cuatro cilindros...

El padre Luis sacudía la cabeza satisfecho... Su hermano había recibido unas lecciones tan magníficas, que era como si pinceles de fuego hubiesen grabado en su alma esa abnegada heroicidad de los misioneros.

El gran Inspector, con los ojos entrecerrados, como era su costumbre, sonreía feliz. Ahora su hermano estaba en condiciones de recibir, como una tierra bien abonada, la semilla de los consejos que él le diera...

Luego vendrán la revista, los libros, la carrera en la técnica del seguro... Vendrán París, Roma y Madrid... Vendrán Caracas, México y Nueva York... Allá en el palacio de las Naciones Unidas, un experto argentino... Era el fruto... Pero la semilla que produjo ese fruto la había arrojado un verdadero maestro, un conductor de almas, en un viaje memorable por la Patagonia...

CAPÍTULO XXX

“LO QUE DIOS QUIERE, SE HARÁ...”

Entre el santo y el temerario media un abismo. El hombre justo —que practica las tres virtudes teologales: fe, esperanza y amor— es esencialmente intrépido. Cuando se mortifica, es admirable. Cultiva la esperanza, y por eso tiene derecho de ser brutal con la vida. El que sufre por estoicismo, es digno de compasión.

El padre Pedemonte fue un optimista de una audacia soberana. Sin la virtud de la fe, el audaz resulta temerario. Con ella, es un héroe.

Una de las características del padre Pedemonte fue su inveterado optimismo. Puesto ante una empresa, él la examinaba. Si veía que era voluntad de Dios que se realizara, era capaz de jugarse la vida por llevarla a cabo. No reparaba en los obstáculos que se le oponían. Arremetía, sin ostentaciones ni baladronadas, contra todo y contra todos. Era entonces un campeón. Las dificultades, en vez de amilanarlo, lo agigantaban.

Así se explica su acarreo de menores delincuentes al Sur; la implantación del estudiantado filosófico y teológico en la

Patagonia; la construcción del santuario de María Auxiliadora, en Fortín Mercedes; la compra del teatro Colón para salón de actos del Colegio Don Bosco, en Bahía Blanca; la fundación de la Escuela Normal Popular, en Viedma; las exposiciones didáctico - profesionales que realizó en Buenos Aires y en Bahía Blanca; el Congreso del Sagrado Corazón de Jesús que organizó en esta última ciudad; la fundación del Instituto Laical María Mazzarello; el Oratorio de la isla Maciel; la corazonada del monumental santuario de Nuestra Señora de la Guardia, en Bernal; la aventura del santuario homónimo en El Volcán (San Luis); la cruzada en favor del Asilo de Huérfanos; la residencia para madres de sacerdotes...

Y todo esto realizado sin aspavientos, como la cosa más natural del mundo. Nadie vio jamás al padre Luis tomar actitudes de prócer. Con sus manos juntas, su cabeza levemente inclinada, su sonrisa perenne en los labios, sus ojos vivísimos semicerrados, parecía un sér vulgar. Y sin embargo, bajo esa capa arratonada por los años, se ocultaba todo un hombre de empresa, un caballero de la esperanza, un optimista a lo divino, un santo.

Siempre recordaremos cuando volvió el padre Domingo N. Pérez de Buenos Aires a Viedma. Nos dio las *buenas noches*, y dijo, asombrado de lo que había visto:

—Este Padre Inspector tiene una fe de beduino: es capaz de hacer una exposición con un cuaderno de primer grado y una botella de vino del Río Negro...

Él había ayudado al padre Pedemonte en esa aventura, y volvía admirado del éxito.

En 1919, el Padre Inspector organizó una famosa exposición de los colegios salesianos del Sur en Bahía Blanca. Para ello movió lo que hoy se llamaría las *fuerzas vivas* salesianas: cooperadores y cooperadoras, exalumnas y exalumnos.

Y no se contentó con hacer una exposición en la calle

Rondeau, donde están los colegios salesianos. Nada de eso. Él alquiló un salón en lo más céntrico de la ciudad —intersección de las calles San Martín y Alsina—, y en él puso los trabajos de los artesanitos de los colegios de la Piedad y de Viedma; las tareas escolares de los alumnos desde Junín de los Andes y Río Grande, en la Tierra del Fuego, hasta Bahía Blanca; los productos de la Escuela Agrícola San Isidro, de Viedma; las labores de las alumnas de las Hijas de María Auxiliadora, y sus primorosos trabajos didácticos... La muestra se prolongó del 11 al 19 de octubre de 1919.

Primero, inundó la ciudad de carteles y volantes, en los cuales se leía:

**EXPOSICIÓN ESCOLAR
Y PROFESIONAL SUD-ARGENTINA**

PATROCINADA POR LAS
EXALUMNAS DE MARÍA AUXILIADORA
Y EL CONSEJO REGIONAL
DE LOS EXALUMNOS DE DON BOSCO

Hasta cobró la entrada: veinte centavos debía pagar todo el mundo. Porque, además de la exposición, había todos los días actos académicos. Así, el día 12 estaba dedicado a España, la Madre Patria; el 16, a la colectividad italiana... Se sucedían las exhibiciones gimnásticas de los colegios salesianos —masculinos y femeninos— de Bahía Blanca; y el último día hubo un remate - feria de los productos que se habían expuesto. Además, para ilustrar al auditorio sobre la obra de los Salesianos en el Sur, todos los días había conferencias alusivas.

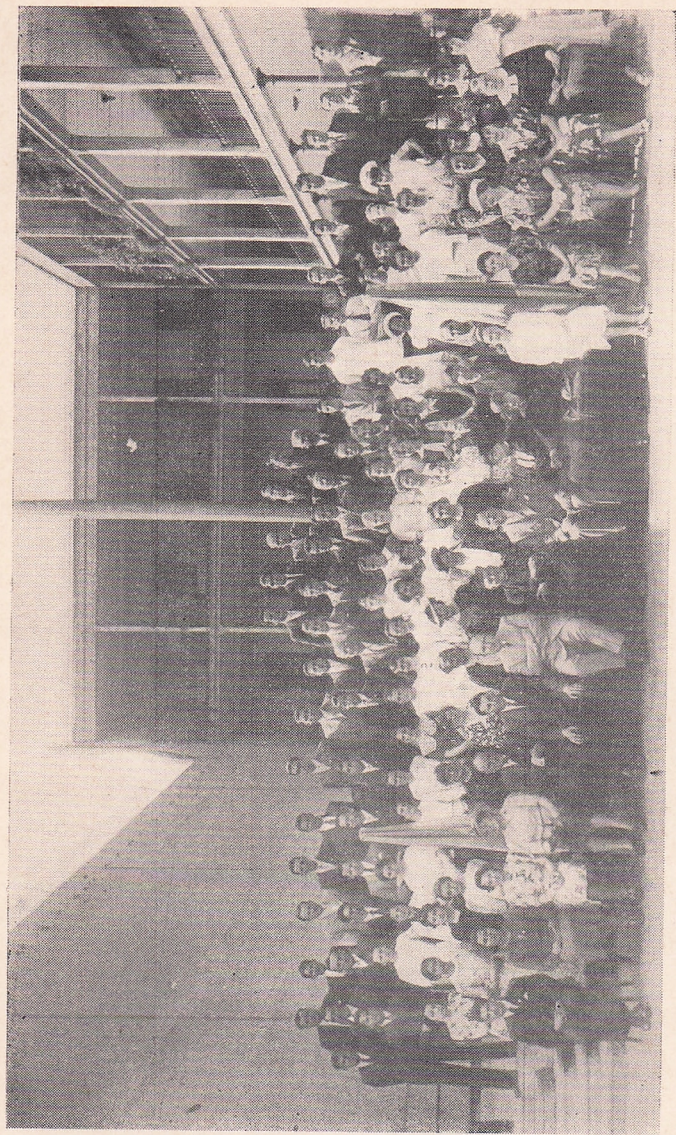
Hablaron el vicario foráneo, padre Barreiro; la señora Elisa C. de Pronsato, el padre Pedemonte, las señoritas Dorotea Gil y Zulema Estévez, el alumno Juan Aguerre y otras personas de relevante actuación en el campo católico. Y como era el momento en que asomaba el bolcheviquismo, hasta hubo con-



El año 1933, en los Estados Unidos. Y ¡sabe llevar la corbata!...



Ceferino es una estrella que el padre Pedemonte engarzó en el firmamento salesiano.



Los magníficos cuadros de la Acción Católica que el dinámico padre Pedemonte puso en marcha durante su paso por la Boca.

ferencias populares callejeras en la misma intersección de San Martín y Alsina... En fin, el padre Pedemonte había echado la casa por la ventana en esa ocasión.

Y como esto le dio buen resultado, el intrépido sacerdote pensó en llevar su mensaje de optimismo al corazón mismo de la Capital Federal. Porque cuando se trató de hacer una exposición didáctico-profesional de la Obra de Don Bosco en Buenos Aires, no eligió a Almagro ni a Palermo para hacerla. La instaló en la niña del ojo de la Capital: la puso en plena calle Florida...

Y la multitud que llena esa aristocrática arteria porteña a toda hora, pudo ver un letrero escrito sobre tela y atravesado en la calle de balcón a balcón, con la leyenda anunciadora de que ahí estaban "el cuaderno y la botella de vino" con que el eterno optimista realizaba su muestra sureña.

Desde luego, no le fue fácil convencer a los salesianos de la Capital de que era posible hacer una exposición sureña en la calle Florida. Aquí hasta le dijeron que no expusiera el nombre salesiano al ridículo... Consiguió que el padre José *no le prohibiera* hacerla, porque estaba en su jurisdicción. De lo demás se encargó él...

Como acá no tenía exalumnos y exalumnas que colaboraran, se valió de los cooperadores. Y aquí deshojamos la siempreviva de la gratitud ante aquellos buenos amigos de cuando él era director en Buenos Aires, y que ahora *creyeron* en el Padre Inspector y en la viabilidad de su proyecto. Teófilo Lacroze, Luis J. Rocca, Jorge Casares, Alfredo Beláustegui, Miguel Mihánovich, Alfredo Vivot..., son caballeros de distinguidas familias porteñas que colaboraron con el padre Luis en esa *aventura* de la exposición en la calle Florida.

Y con ellos nació en el corazón siempre fértil del padre Pedemonte, la idea de formar una comisión de cooperadoras, para que colaborasen en su obra patagónica.

Cuando el 6 de abril de 1918 está con un pie en el estribo para salir, en su Ford *de bigotes*, rumbo a la Tierra del Fuego, escribe una carta al padre Vespignani. Se manifiesta contento. Feliz. Sus muchachos han dado exámenes normales. ¡Ya tiene un primer año de doce alumnos y un segundo de trece en marcha!...

Luego, refiriéndose a las dificultades con que tropieza Bernal para la incorporación, que eran similares a las que trataba él de capear, le dice:

Los votos [propósitos] se han de realizar con tanto mayor éxito, cuanto mayores sean las dificultades que el curso natural y humano de los acontecimientos ha de echar en su camino. *Lo que Dios quiere, será*; aun estorbándolo los cálculos humanos mejor inspirados... (1)

He ahí el pensamiento vivo del padre Pedemonte. He ahí la radiografía de su alma, en la que su fe aparece viva y palpitante. La fe fue el pivote sobre el cual descansaron siempre su optimismo y sus santas audacias.

Podría traer a colación muchas de esas santas audacias tuyas. Por ahora vaya solamente ésta: en 1920 viajó a Europa. ¿Qué tendría que hacer él en el Viejo Continente? Pues, buscar obreros para su viña... Acá había contratado operarios de toda hora. Y como su impaciencia no se satisfacía, tomó un barco y se fue a Italia.

Llegó a Turín, expuso al Rector Mayor la necesidad urgente que tenía de vocaciones, y obtuvo permiso de los Superiores locales para hablar a los alumnos. Comenzó por ellos: conferencias, charlas, juegos, entretenimientos, invitaciones... Pudo así conseguir un buen número.

Luego empezó a alternar con exalumnos y cooperadores. Necesitaba ganar tiempo, *bruciare tappe*... Los niños deben

(1) El subrayado es del autor.

comer mucho pan antes de cantar misa. Entonces la *scuola di fuoco* de Don Bosco era ideal. Y habló con hombres que habían dejado las armas, y hartos de oír cañonazos, ansiaban oír el suave susurro de la oración. Conversó con jóvenes que actuaban en política, y les hizo levantar la mira. Alternó con muchachos intrépidos, con juveniles ansias de aventura: el padre Luis encauzó esas ansias, y los acopló a su avanzada misionera.

Sacó boleto de tercera, y se vino a su Patagonia con dos docenas de jóvenes dispuestos a trabajar en la viña del Señor.

Dos años después está de nuevo en Europa. Hay que elegir el tercer sucesor de Don Bosco. De paso, cañazo: el Padre Inspector, con la experiencia que tenía, hizo furor en el Oratorio. Todos querían venir a la Patagonia...

El padre Vespignani, con sensible dejo de ironía, escribe: "Aquí anda el padre Pedemonte juntando gente para su Patagonia... Los Superiores lo dejan hacer..."

El padre Luis había prometido al padre José que conseguiría vocaciones, no solamente para el Sur, sino también para Buenos Aires...

Si la cosecha fue buena la primera vez, la segunda fue mejor. En esa oportunidad echó las redes más bien en los colegios. Trajo unos treinta muchachos. Algunos vinieron solos, después. No era fácil conseguir permiso de sus padres *per andare all'altro mondo*...

Llegados a la Argentina, luna de miel: paseos, asado con cuero, mate, fotografías, viajes... Pero luego, a estudiar.

Fortín Mercedes es testigo de cómo estudiaron esos abnegados italianitos. No todos perseveraron. Pero los que dejaron la manquera del arado, pasaron a trabajar afuera. La Patagonia siempre está ávida de brazos. Y así contribuyó el padre Pedemonte al progreso, también material, de nuestro Sur.

Los más siguieron: son profesores, maestros, coadjutores,

directores. Y mucho más: el actual Procurador General de los Salesianos, con sede en Roma, es uno de aquellos muchachitos que trajo el padre Luis. Y también el que fuera decano de la Facultad Salesiana de Filosofía.

Llegaron ambos de pantalón corto. Hoy, merced a las santas audacias del padre Pedemonte, son honra y prez de la Sociedad Salesiana.

Así era el padre Pedemonte: lo que había escrito a su mentor y maestro, el padre Vespignani, lo cumplía: "Lo que Dios quiere, será..."

Cuando el observador lee estas palabras, se pregunta:

—Pero ¿estamos en el siglo xii escuchando la voz de Pedro el Ermitaño?...

No: son palabras escritas en pleno siglo xx por un hombre realmente intrépido, que, por eso mismo, era un cruzado de la fe.

CAPÍTULO XXXI

COMO DON BOSCO

Para forjar en sí al hombre completo, hay que prefijarse un modelo. Para crear ese hermoso cuadro del Crucificado que está en Fortín Mercedes, Numa Ayrinhac colgaba de un madero a su hijo... El padre Pedemonte puso ante sus ojos al fundador de la Congregación Salesiana, San Juan Bosco.

El dechado era sublime. Difícil de imitar. Pero él, durante esa larga ruta que va de su niñez a su ancianidad, estuvo con el alma tensa como un arco listo para disparar la flecha, fija la mirada en el Padre y Maestro, siguiendo paso a paso sus huellas luminosas.

Nihil volitum quin praecognitum, (1) nos dice la filosofía. El padre Luis se propuso amar al Santo Fundador, hacerlo vivir en él, asimilarlo, revestirse del Santo. Para ello había que conocerlo; y para conocerlo había que estudiarlo.

La biografía de San Juan Bosco consta de diecinueve volúmenes, de más de mil páginas cada uno. Algunos de ellos salieron cuando ya Pedemonte era anciano. Pero él encontró tiempo para leerlos, gustarlos, paladearlos... Porque cuando el padre Luis, muy excepcionalmente, disponía de tiempo para leer algo de Don Bosco, se enfrascaba en la lectura, y gozaba entonces con la fruición del lactante que saborea el tibio néctar de la madre.

Por otra parte, él había tenido la suerte de vivir y crecer al lado de los primeros salesianos enviados por el Santo piamontés. Los conoció, y alternó con casi todos ellos. Y con esa pasión que él tenía por conocer al modelo, preguntaba, inquiría, no se saciaba de admirarlo.

Además, Pedemonte tuvo la dicha de ser enviado a Turín en los albores de su vida religiosa, nueve años después del tránsito del Santo. Valdocco conservaba todavía el perfume de sus virtudes. Los Superiores —especialmente, su sucesor— llevaban todavía en la retina su imagen amada. Nuestro salesiano conoció a fondo a Don Bosco.

Una vez conocido, lo amó. Como hombre equilibrado, el padre Luis era enemigo de las actitudes teatrales. Él nunca demostró su afecto al Padre y Fundador con gestos grandilocuentes. No hubiera podido. No entraba en su idiosincrasia. Pero de sus obras y de sus palabras trasuntaba ese amor suyo todo particular, tan límpido como el agua del arroyo cordillerano, y tan profundo como el lago Lácar.

En sus cartas siempre aparece alguna frase en piamontés.

(1) No se puede amar lo que no se conoce.

Eran resabios de su trato con los primeros salesianos, que solían platicar en el dialecto vernáculo. Usaba frecuentemente del italiano. Lo escribía bien. Hay muy pocos errores sintácticos en sus circulares. Y no solamente escribía sus circulares —no todas— en el idioma oficial de la Congregación en la Argentina, sino también en el Perú y Bolivia, en México y Cuba...

Ignoro lo que pensarían los salesianos de otros países, cuando recibían esas cartas. Quizás alguien haya pensado en cierta afectación en el uso de esa lengua extranjera. No había tal. Él lo hacía con toda naturalidad. Le parecía estar más cerca de Don Bosco escribiendo en italiano, así como escribió siempre su libreta de conciencia en latín, porque le parecía más eclesiástico, más expresivo, más ascético.

Sobre todo en los primeros tiempos de su inspectorado, prefería usar el "Don" en vez de "Padre". No queda bien eso de "Don Pérez", "Don Gómez" —en España dicen don Juan y don Pedro: nunca con el apellido—; pero el padre Luis tenía tan dentro del alma todo lo salesiano, que le parecía de perlas el empleo del *Don* como signo de salesianidad.

Como estudioso de Don Bosco, se internó en la exégesis de sus sueños. *Rem difficilem...*, ardua labor la del padre Pedemonte en ese campo. Pero que le dio buenos resultados, lo prueba el hecho de que ese santo rector mayor que fue Don Rinaldi reunió en 1926 al Capítulo Superior, para escuchar las explicaciones de los sueños del Fundador que, puntero en mano y ante un planisferio, daba ese americano que tenía la chifladura de los sueños...

(Y después de haber visitado a Brasilia, esa octava maravilla del siglo xx, no tengo empacho en proclamar que no andaría muy errado el padre Pedemonte al dar la importancia que daba a esos sueños, cuando a uno de ellos se debe la actual ubicación de la nueva capital del Brasil...)

Todo lo que era salesiano tenía para él sabor de ambrosía. El año 1921 escribe en su *liber conscientiae* la lista de los patrones espirituales para el año siguiente. Entre ellos enumera a un prelado salesiano que distaba mucho del ideal de mansedumbre de Don Bosco; pero era discípulo del Santo, y eso le bastó...

Los que observan a Don Bosco desde afuera —a veces, a los santos, como a los paisajes, hay que verlos de lejos para apreciar mejor su belleza total...—, suelen verlo como el Santo de la alegría. Antes de hacer la película *Tierra del Fuego*, Ulises Petit de Murat tenía planeada otra de ambiente salesiano, y la había denominado *La perfecta alegría*. Excelente título. La vida de los colegios de Don Bosco está saturada de esa perfecta alegría, la alegría interior, fruto de la buena conciencia. La perfecta alegría es el mayor encanto de la pedagogía del Santo piemontés. Es lo que cautiva. No olviden los lectores que eso fue lo que conquistó al ingeniero Tornquist, según sus palabras.

En este punto, el padre Pedemonte fue, sin lugar a dudas, el Don Bosco de América.

Es humano que alguna vez estuviera triste. Sufría porque Dios era ofendido, y porque en alguna casa no se veía suficiente espíritu salesiano.

En su Diario —en los últimos años lo llevaba— hay una página que destila amargura. En una casa de formación, los clérigos no abren su corazón... “Mientras siga allí X [la incógnita es suya], muy difícilmente cambiará la modalidad...”, escribe.

No se decidía a decírselo al Padre Inspector. Al fin se resuelve: “Puedo estar equivocado; pero es lo que dicen y sienten otros...” Y terminó su exposición al Superior, diciéndole: “Dirijamos nuestras fervientes súplicas al Divino Corazón”. Y en su Diario añade: “Se lo dije con emoción y pena interna”.

Si no, él siempre era la imagen de la felicidad: alegre, feliz, contento. Era un niño cuando estaba entre los niños: ¿y cuándo no estaba en medio de sus jóvenes?...

Si tenía su famosa ocarina, los entretenía tañendo como un juglar de nuevo cuño. Si no tenía ocarina ni armónica, los entretenía cerrando la mano y ofreciéndoles el meñique. Los pequeños intentaban asírselo, y él rápidamente se lo cambiaba por el índice.

—No —les decía—; hay que agarrar éste...

Y vuelta a querer el chico asirse del dedo menor, y vuelta a quedarse con el índice...

Su alegría no era un torrente. Era un lago: calmo y profundo. Nunca reía a carcajadas. En esto había imitado lo que él mismo dice, en su Diario, de Ceferino. Dice ahí que los romanos aseguraban que Ceferino *sorrideva cogli occhi*; y ¿acaso eso de sonreír con los ojos no era una de las peculiaridades del padre Luis?...

En los viajes, apenas ponía pie en la cubierta del barco, como llevado por un instinto y una fuerza nativa, se acercaba a los niños, los reunía, los hacía jugar, los tenía alegres.

Cuando volvió de Italia en compañía del cardenal Hlond, era de verlo. Mientras los prelados y sacerdotes se entretenían en amena conversación, él estaba siempre con sus chiquillos. Los hacía reír, les regalaba medallitas y caramelos, y acababa siempre dando lecciones de catecismo.

¿No está Don Bosco redivivo en esa pasión por ir en busca de los niños, y en esa alegría cristalina que irradiaba su alma diáfana?...

Impresionaba el ver cómo los pequeñitos entraban en confianza con él, cómo se sentían cómodos a su lado... Ellos preferían jugar al *burro vuela* o a la *mano caliente* con el padre niño cadete de tienda lo vio pasar por la acera, y salió correr trencitos eléctricos.

“Si no os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos”, dijo Jesús. El padre Pedemonte había llegado a esa cumbre de la ascética. Él, como la Santa de Lisieux, había entrado de lleno en la infancia espiritual.

Los chiquitos no entienden ni quieren sino a los que son como ellos. ¿Se puede llegar a asimilarse al niño? Ciertamente; pero eso no es para todos. Para intentar tamaña aventura, hay que comenzar por tener la base de un alma angelical..., así como para pintar un cuadro, hay que empezar por dar a la tela una imprimación de albayalde.

Don Bosco tenía un misterioso atractivo. Cierta vez, un niño, cadete de tienda lo vio pasar por la acera, y salió corriendo a besarle la mano, sin percatarse del cristal de la puerta, que quedó hecho añicos... Y el padre Pedemonte participaba de esa atracción arcana que sólo tienen los héroes y los santos, llámense Tom Mix o Don Bosco.

En todo, el buen salesiano siguió las huellas del Padre y Fundador. Y logró asimilar su espíritu y su manera de ser. Por eso, cuando mañana el tiempo haya desdibujado muchas fisonomías y desvanecido muchos colores, creo que cuando alguien pregunte: “¿Cómo era el padre Pedemonte?”, se le podrá contestar incontinenti: “Como Don Bosco”.

CAPÍTULO XXXII

LA IGLESIA SELLA SU OBRA

Muchas veces, el observador debe preguntarse: “¿Qué poder tiene este hombre, que agiganta todo lo pequeño y sublima todo lo vulgar?...” Probablemente, la respuesta cabal es que

él obraba con fines sobrenaturales. Obraba con una rectitud de intención maravillosa. Y Dios, infinito, ponía levadura a esa masa humana del padre Luis...

Antes de partir para Europa, en 1920, anduvo planeando la creación de una Comisión de Señoras Cooperadoras de la Patagonia. ¿Qué cosa más simple que formar una comisión de señoras que le ayudaran a recolectar fondos para sostener sus pobres obras del Sur argentino?... Y sin embargo, el padre Pedemonte no pensó tanto en el interés que le reportaría económicamente, sino que, primero, pensó en hacer bien a esas damas, plasmando sus almas en el crisol del Evangelio. Pensó antes en santificarlas; y sólo después de logrado ese primerísimo objetivo, recibir de sus manos el óbolo recolectado.

Eso es poner bases sólidas. Por eso, la mencionada Comisión vive tan floreciente como hace cuarenta y dos años.

La Providencia puso en su camino a doña Isabel Casares de Nevares, dama que une a su ilustre abolengo un caudal de arraigadas virtudes cristianas.

A ella encomendó el padre Pedemonte la formación de la Comisión Cooperadora. Y en octubre, mientras el Inspector estaba en Europa, se constituyó la entidad, que resultó integrada de la siguiente manera:

Presidenta: Isabel Casares de Nevares.

Vicepresidenta: Mercedes S. P. de Lacroze.

Tesorera: María E. M. de Beláustegui.

Secretaria: Josefina de Nevares.

Vocales: Ana B. de Lacroze, Celia L. de Emery, Celia L. de Luro, Elisa R. de Blaquier, Susana C. de Vivot, Elena G. de Lanús, Jovita G. P. de Oyuela, Matilde A. de Frías, Micaela C. P. de Sánchez Sorondo, Lola C. U. de Bunge, Agustina R. de Uriburu, Agustina C. P. de Paz, Leonor C. de Vivot, María Sánchez Elía de Lamarca, María del Carmen Victorica,

Mariana Vivot, Sara L. de Martínez de Hoz y Ernestina M. de Lanús.

Como se ve, lo más granado de la Capital argentina.

El padre Pedemonte consiguió que el Rector Mayor, Don Albera, aprobara la Comisión, y enviara a sus componentes una expresiva nota de gratitud y encomio.

Apenas regresado de Italia el Padre Inspector, puso a las damas en actividad. Enviaron a las Gobernaciones del Sur 3.000 circulares, en las cuales pedían que se suscribieran con alguna cuota mensual o anual. Contestó una sola persona, para suscribirse con treinta pesos anuales.

El padre Luis sonreía.

—Ustedes han contado con recursos humanos, con el apellido..., y eso falla. Hay que contar con Dios...

Al año siguiente, las damas no querían repetir el fracaso; pero el padre Pedemonte les dijo:

—Manden las tres mil circulares. Verán...

Obedecieron..., y las suscripciones abundaron. Con ellas y las limosnas recogidas en los templos, pronto tuvieron \$ 16.000 en caja, suma considerable en 1921.

Y llegaron ofertas anónimas de miles de pesos. Y las señoras se entusiasmaron. Y aprendieron a tender la mano en favor de los huérfanos de Marcos Paz y de la calle Tacuarí que el padre Pedemonte llevaba al Sur, y de los aborígenes que tenían hambre en la Tierra del Fuego.

El Padre Inspector iba forjando sus almas. Siempre que estaba en la Capital —especialmente, los 24 de cada mes—, les hacía luminosas conferencias, les indicaba prácticas formativas, les daba libros de ascética...

Cuando en 1922 fue elegido Rector Mayor el padre Felipe Rinaldi, les envió una calurosa felicitación.

La primera parroquia que les abrió las puertas para que pudieran solicitar el óbolo de los fieles, fue la de San Miguel.

Monseñor De Andrea, no sólo les permitió la cuestación, sino que él mismo subió al púlpito para solicitar el óbolo.

En 1923, el padre Pedemonte establece en Viedma una Subcomisión de Cooperadoras, dependiente de la Central. La presidía la señora Carmen V. S. de Inda.

Y fue también ese año cuando el buen salesiano entusiasmó a las damas con su genial Apostolado de la Inocencia. Las señoras recibieron las hojitas y las explicaciones del padre Luis, y bien pronto tenían treinta niñitos que harían pequeños sacrificios por las obras misionales de la Patagonia. Entre ellos estaba el hijo de la presidenta, Jaime, un pequeñín muy vivaracho, y tan angelical, que bien podía ser considerado como el presidente del Apostolado de la Inocencia.

Así el religioso iba plasmando el alma de sus cooperadoras, mientras ellas ayudaban a las Misiones. Hoy, una se desprende de un anillo de oro con brillantes; mañana, otra dona un prendedor precioso; luego, otra regala una joya para rifar...

Durante la histórica exposición de la calle Florida, la Comisión trabajó a trancas y a barrancas; y no levantaron cabeza hasta ver coronada con un éxito inesperado esa muestra que tal cual pusilánime temió fuera a poner en ridículo a la Congregación...

La presidenta de la Comisión fue recibida en audiencia especial por el doctor Marcelo T. de Alvear, presidente de la Nación en aquel entonces. La señora de Nevares le entregó un hermoso álbum que le enviara el Padre Inspector del Sur, y lo invitó a visitar la modesta exposición patagónica.

Durante la misma, no faltaron pruebas. El alfiler con esmeraldas y brillantes que se exponía en una vitrina, y cuyos números de rifa ya se habían vendido, fue robado de la exposición. Tuvieron que reemplazarlo por otro que una conocida joyería les confeccionó a precio de costo. Así y todo, las

señoras quedaron satisfechísimas del éxito. Reunieron casi \$ 7.000.

El día de la inauguración, el padre Pedemonte agonizaba en Bahía Blanca. Imposible contar con él. Y como debía ser el Inspector quien pronunciara el discurso de apertura, lo suplió el padre Esteban Pagliere.

Acudieron a visitar la muestra el ministro de Relaciones Exteriores y Culto, doctor Ángel Gallardo; el ministro de Guerra, general Agustín P. Justo; la esposa del Presidente de la República, señora Paccini de Alvear; el nuncio apostólico, monseñor Beda Cardinale.

Y que la exposición no fue sólo de relumbrón, sino que elevó el termómetro de la beneficencia, lo demuestra el monto de las cuotas, que en agosto llegó a \$ 9.000, y a \$ 17.000 en setiembre. Estas cifras, en 1923, representaban cifras poco menos que fabulosas.

Desde esa época comenzó a coadyuvar otra Subcomisión de Cooperadoras en Bahía Blanca. La presidió por muchos años doña Sara Olivera de Huergo, dama que, como la señora de Nevares en la Capital Federal, había asimilado admirablemente el espíritu evangélico que el padre Luis les transmitía.

Cuando el padre Pedemonte, luego de su enfermedad, vino tambaleante a Buenos Aires, se reunieron todas las damas de la Comisión para dar gracias a Dios, y celebrar el primer aniversario del Apostolado de la Inocencia.

A mediados de 1924 se organizó un taller de costura, a fin de confeccionar ropa para las Misiones del Sur. La señora de Beláustegui ofreció su casa, y las señoras de Lanús y de Casares se comprometieron a correr con los trabajos de instalación.

Así, bien pronto estuvieron en situación de comenzar sus filantrópicas labores. En la primera reunión, prestaron su

concurso quince señoritas de la sociedad porteña. En la segunda, dieciocho...

Para cubrir los gastos del taller, las damas recurrían a toda suerte de beneficios. Unas veces era el teatro Odeón, que les cedía las entradas de una función o de un día entero; otras, el famoso trasformista Frégoli, que con igual finalidad donaba la taquilla de una tarde o de una noche...

Desde 1923 comenzaron las peregrinaciones anuales de las señoras de la Comisión al santuario de María Auxiliadora, en Fortín Mercedes, monumento que había levantado la piedad filial del padre Luis a la Virgen de Don Bosco.

Allá, junto al río Colorado, las piadosas damas hacían retiro espiritual; se empapaban cada vez más de la inspiración del Santo Fundador, y regresaban a la Capital con renovados bríos para trabajar por Dios y sus criaturas más desamparadas.

Cierto día de febrero de 1925 cundió entre los cooperadores de Buenos Aires la tremenda noticia: ¡El padre Pedemonte ha sido trasladado!... Apenas si tuvieron tiempo para organizar una misa común en la iglesia de Máter Misericordiae, tomar juntos el desayuno y despedirse. El *Don Bosco americano* se iría bajo otros cielos...

Los padres Manachino y Cencio seguirán siendo lo que fue el fundador de la Comisión de Damas.

Las señoras cambiarán; otras damas sucederán a las primeras... Pero la señora de Nevares, como si fuera la espina dorsal de esta obra, aún se mantiene al frente del glorioso enjambre de abejas laboriosas...

Después..., después vendrá el Colegio Deán Funes, de Comodoro Rivadavia; vendrá la casa propia en la Capital Federal; vendrán algunas gotas de acíbar... Son la sal con que la Providencia suele sazonar sus obras.

Y muy cerca de nosotros, vendrá la coronación de la labor estupenda del padre Pedemonte. Aquel parvulillo Jaime de

Nevares, que fuera como el alferez del Apostolado de la Inocencia; aquel niño a quien el padre Luis cultivó como a la flor más preciada de su jardín, es ahora el obispo de la flamante diócesis de Neuquén...

Ya el padre Pedemonte puede cerrar los ojos tranquilo. La Santa Madre Iglesia, con el anillo pastoral del primer obispo de Neuquén, ha puesto el sello a su obra y a la Junta de Cooperadoras que fundara su corazón de apóstol...

CAPÍTULO XXXIII

COMO LAS ABEJAS

"Posside sapientiam, quia auro melior est" (Prov. XVI, 16), dice Salomón, el sabio por antonomasia. "Adquiere la sabiduría, porque es superior al oro..."

Aquí llamamos *sabiduría*, no a la posesión de las ciencias, sino al dón del Espíritu Santo, el primero de los siete, por el cual el hombre percibe lo bueno y rechaza automáticamente lo malo. *Sabiduría* tiene la misma raíz que *sabor*. Gusta lo bueno, solamente el sabio.

Estudiando al padre Pedemonte —desde pequeño ha sido para el autor, objeto de curiosidad este hombre extraordinario...—, le llamaba la atención cómo él parecía tener un sexto sentido para captar ciertas cosas que para otros pasan inadvertidas, y para percibir el gusto de otras que para los demás son insípidas.

Esas ceremonias prolongadas, que suelen parecer aburridoras, eran para él motivo de verdadera fruición.

Tal cual revés de fortuna, que se acostumbra considerar infortunio, para él era motivo de alegría, porque tras ese golpe venía la enmienda, la conversión.

¡Cómo saboreaba él los libros edificantes!... La literatura frívola jamás le robó un minuto de su precioso tiempo.

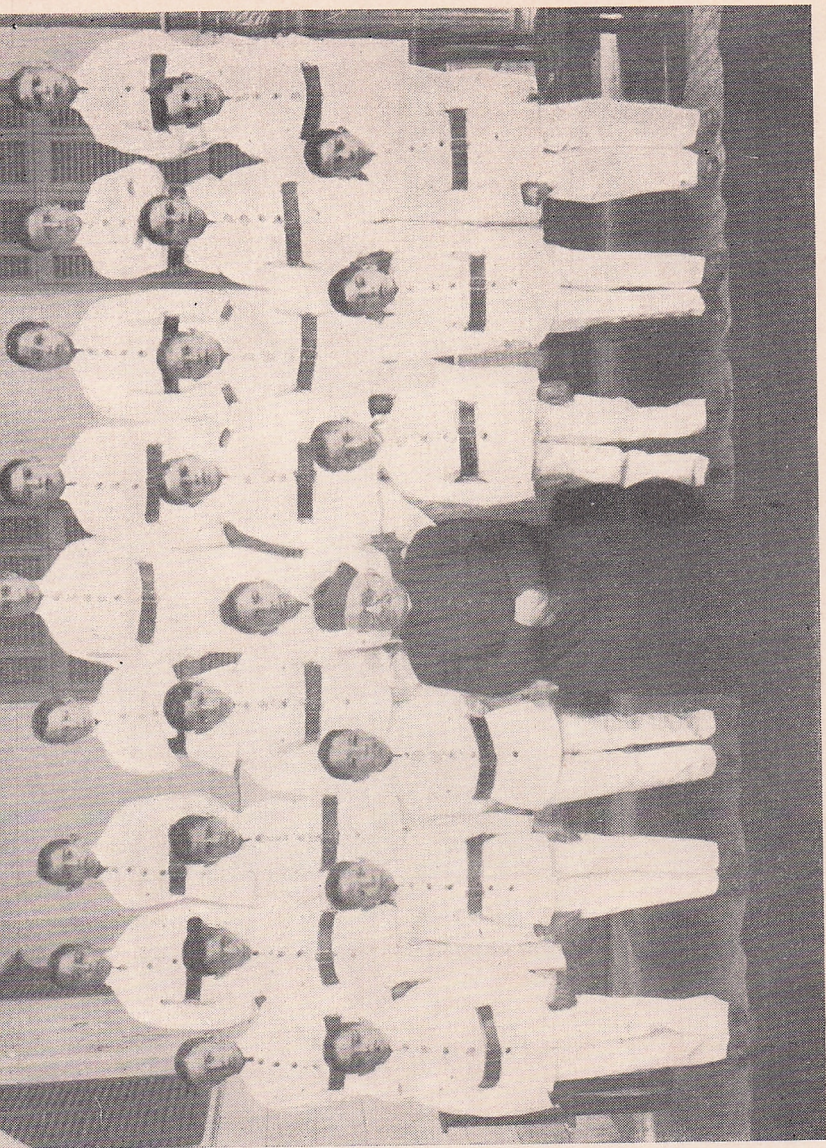
En cambio, vemos hoy día a tanta gente que se dice católica... y que se va de rondón a *gustar* las películas "prohibidas para menores de dieciocho años"... Pero cuando se exhibe un filme aleccionador y edificante, las salas permanecen casi vacías... Y casi vacías de católicos, que es lo más lamentable.

Porque tenía el padre Luis el dón de la sabiduría, gozaba con la compañía de los niños, amaba a los abandonados, se preocupaba por los pobres indígenas...

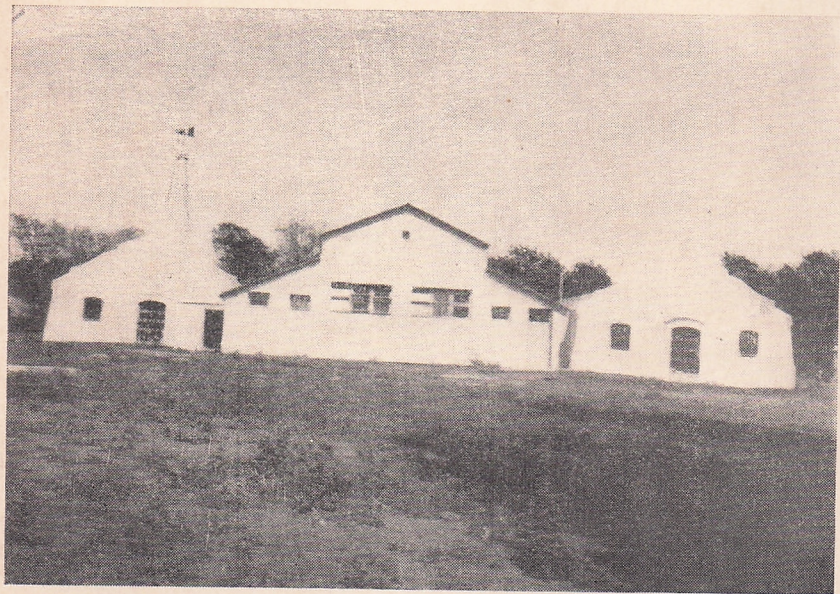
Hay muchas personas de las cuales solía él hacerse lenguas. Todos los prelados eran para él, no sólo objeto del mayor respeto, sino de profunda veneración. Pero hay dos obispos de los cuales oímos, cuando niños, que el padre Pedemonte los ponía en el candelero; y lo hacía con tan íntimo regocijo, que admiraba.

Así, cuando volvió a la Tierra del Fuego, todos nos quedamos asombrados oyendo cómo hablaba de monseñor Abrahán Aguilera, vicario apostólico de Punta Arenas. Volvió eufórico. Otros habrían hecho lo propio, si hubieran hallado una mina de oro, o si hubieran sacado la lotería. Él volvía exaltado hasta el frenesí, porque había alternado con un santo varón. Nos narraba, con deleite visible, cómo habían trabajado juntos en traducir del francés un librito de San Francisco de Sales; librito que luego editó en la imprenta de Viedma. Era un muy sabroso método del Santo de Ginebra, para prepararse a la recepción del sacramento eucarístico.

A la luz de todo lo que él nos hablaba del Prelado chileno, comenzamos a admirarlo. Más tarde, estudiando nos-



El padre Pedemonte, rodeado de sus queridos muchachitos del Hogar de Huérfanos de Buenos Aires, Argentina (año 1945).



La casa de vacaciones de Las Armas (Buenos Aires, Argentina),
para el personal y los asilados del Hogar de Huérfanos.

otros a monseñor Fagnano, creció de punto nuestra admiración por el Obispo chileno. Por eso es lamentable que no haya habido ninguna pluma trasandina que pergeñara la biografía de su primer obispo salesiano. De cuanto nos narró el padre Pedemonte, deducimos que se merece eso y mucho más...

Y así como había regresado de Chile haciéndose lenguas de monseñor Aguilera, de la misma manera, en su tierra dio con otro prelado con quien hizo muy buenas migas, y del cual conservó un recuerdo imborrable. Me refiero a monseñor José Américo Orzali, a la sazón obispo de San Juan de Cuyo, y más tarde arzobispo de esa provincia. (1)

"Desgracias y caminos hacen buenos amigos", reza el refrán. Y como ambos debieron recorrer juntos la común jurisdicción del Neuquén, labraron una amistad imperecedera. También, porque eran tal para cual.

Cuando Orzali se ordenó de sacerdote en Roma, se fue luego a Turín, a conocer a Don Bosco y pedirle consejos. El Santo grabó a fuego en el alma del joven sacerdote argentino unas palabras que, como sucede con las incisiones que se hacen en el árbol, se fueron agrandando con el tiempo. El Santo Fundador le habló de *trabajo, optimismo, generosidad...* Y de ahí sacó el cura de Santa Lucía sus palabras simbólicas: "Hay que borrar del diccionario eclesiástico los vocablos *cansancio, no, imposible*". Todo un estupendo programa, que este hombre extraordinario cumplió al pie de la letra.

Como se ve, Orzali y Pedemonte congeniaban.

De modo que apenas la Providencia los puso en contacto, compartieron el pan de una amistad que se hizo cada vez más estrecha con los años, así como el nudo que se echa a una cuerda es tanto más fuerte cuanto más se alejan los que tienen sus cabos.

(1) Para conocer a este gran prelado argentino, ver *El Buen Pastor de Cuyo*, del autor.

En 1920 dieron ambos una Misión por esa región sureña. Huelga decir que gozaron la mar. Ambos estaban en su elemento: la Misión, la pobreza, los humildes...

Llegaron en tren hasta Zapala. En ese lugar oficiaron en el salón de un inmigrante sirio, que los trató con especial amistad y cortesía.

De ahí, como no había caminos, aun cuando hubieran tenido automóvil no habrían podido utilizarlo; de modo que se valieron de un robusto camión. Y allá van, el Obispo de Cuyo y el Inspector salesiano, por esas colinas y valles, por esos ríos y arroyos, en busca de almas... Van de cara a las Cordilleras, a dialogar con los indios puelches, que todavía abundaban.

Llegaron a la estancia de don Nicolás Zingoni, hombre laborioso, que había labrado su fortuna con tesón y perseverancia. Acogió al Obispo y a sus acompañantes —los padres Pedemonte y Brizuela— con toda cordialidad. Y sabiendo que intentaban llegar a Junín de los Andes, ofreció su camión, hecho a esos caminos de montaña, para que prosiguieran la marcha.

Se les hizo la noche. Perdieron el sendero. Allá lejos parpadeaba una luz. Es Catanlil. Un oasis. El padre Genghini estaba construyendo una capilla en ese lugar. Bautismos, confirmaciones, catecismo a toda hora. Los dos colosos de actividad parecía que pujaban por no ceder la primacía. Trabajaban por cuatro.

Otra vez sobre el camión. Subir y bajar. Siempre sopor-tando el molesto traqueteo.

Llegan a La Blanca. El vehículo se descompone. Sólo a las quince pueden llegar, con un apetito mayúsculo, a Aluminé, frente a San Ignacio. Cruzan el río, y se refocilan en casa de Francisco Lavalle, exalumno de los Salesianos de Viedma.

En Junín de los Andes los esperaba todo el pueblo. El Obispo se emocionó, al pensar que los habían estado esperando cinco largas horas. El sol se ponía tras las montañas. Había arcos triunfales, adornados con telas de los más variados colores. Las bombas crepitaban en el aire en són de júbilo. El padre Juan Beraldi había preparado el ambiente. Se cantó el Te Deum. Monseñor anunció la Misión, y no dejó, como siempre, de sembrar buenos consejos.

La Misión fue de cuatro días. Junín correspondió a la expectativa de los misioneros. Las Hijas de María Auxiliadora colaboraron en todo.

Llegaron indios de las tolдерías aledañas. El padre Pedemonte gozaba alternando con ellos. Monseñor Orzali los estudiaba con tanta curiosidad como cariño. Los aborígenes le pidieron hablara al Gobierno para que no los despojaran de sus tierras. El Prelado prometió hacerlo. Entre los caciques estaban *Painefilu*, facundo y diserto; *Huenuquir*, educado en el colegio salesiano...

De Junín, a San Martín de los Andes. El lago Lácar reflejó la silueta de los dos santos varones en el espejo de sus aguas. La Vega de Maipú parecía tenderles una alfombra de césped. Los buenos chilenos aplaudían. La Misión fue fructífera. Monseñor "hizo hasta de sacristán, en todo el sentido del vocablo", narra el padre Luis. De las montañas bajaron unas treinta familias de la tribu de *Curruhuinca*. También pedían protección para conservar un pedazo de tierra y algunas cabritas...

Era el 28 de abril. El cielo amenazaba nieve. Los misioneros aparejan sus enseres. Con efecto, al día siguiente una tormenta de nieve puso un cendal de lino sobre valles y montañas. Hubo que emprender el regreso, ahora en un automóvil hecho a prueba de barquinazos. Dos días para llegar a Zapala. Una etapa: Sañicó.

A principios de mayo estaban en General Roca. Nueva Misión, y derroche de energías por los dos misioneros. Monseñor bendijo el nuevo edificio de las Hijas de María Auxiliadora, que, haciendo de tripas corazón, habían reunido algunos pesos para levantarlo.

De Roca a Bahía Blanca. En la ciudad atlántica, el padre Pedemonte, que había podido percatarse *de visu* de los quilates de virtud que atesoraba el corazón del Obispo de Cuyo, no quería dejarlo ir. Por lo tanto, conferencias, confesiones, misas, visitas a los amigos, confirmaciones...

De Bahía Blanca, a Fortín Mercedes. Y el Prelado parecía no poderse desprender de ese sacerdote salesiano con quien había hecho tan excelentes migas.

Escribiendo a Turín, el Inspector dice que el Obispo de Cuyo, "bienhechor insigne de los Salesianos, tuvo palabras de gratitud y de animación para los misioneros de Don Bosco. Y éstos, a su vez, han quedado agradecidísimos y llenos de admiración por su celo apostólico".

Las abejas liban el néctar de las flores, y elaboran así la dulcísima miel. ¿Quién enseñó a esos animalitos cuál es la flor que contiene el jugo azucarado, y cuál la que no lo tiene? El instinto natural que Dios les ha dado.

Entre los hombres hay también abejas que saben dónde hay néctar y dónde hay polen amargo. Son los que han recibido ese dón del Espíritu Santo que se llama sabiduría. La sabiduría es el instinto de los Santos.

Estudiando la vida del padre Pedemonte, el observador llega a la conclusión de que él perteneció, no a la categoría de los abejorros o de los zánganos, sino a la privilegiada de los que tienen ese maravilloso instinto de los Santos, que saben dónde está lo bueno. ¡Felices los que, como él, han pasado por la vida dejando percibir el abejorreo casi imperceptible, suavísimo, de la abeja laboriosa!...

CAPÍTULO XXXIV
RUMBO A OTROS CIELOS

El 28 de diciembre de 1924, el padre Pedemonte firmaba en Viedma una circular que rezaba así: "Al terminar el ciclo de visitas a las casas, recibo orden de trasladarme al Perú..." Y agrega más adelante: "En los trece años pasados, hemos compartido vicisitudes y consuelos; nos hemos compadecido y animado recíprocamente; nuestros yerros no nos desalientan, como no nos envanecen los éxitos que a Dios plugo concedernos. Bajo la bandera de Don Bosco y a la sombra del manto de María Auxiliadora, siempre se vive alegre y esperanzado..."

Unas palabras más, y firmaba. Así, sin aspavientos ni estériles alharacas, el padre Luis se despedía de los suyos.

Estaba recogiendo lo que había sembrado: pronto se ordenarían los primeros sacerdotes que él había cultivado desde que cayó la simiente al surco; su espíritu, que era el genuino de Don Bosco, había arraigado en la Patagonia; el Estudiante estaba en marcha; ya la Escuela Normal de Fortín Mercedes era un hecho; tenía en el padre Manachino, su sucesor, un *alter ego* que había asimilado admirablemente sus ideas; el labriego miraba complacido el ondear rítmico de los rubios trigales en sazón: era la hora de la cosecha... Pero llega una carta de Don Rinaldi, y él no espera a la siega, sino que deja todo y se va incontinenti adonde la obediencia lo llama...

Cuando sus teólogos, en Italia, saben del traslado, no pueden menos de lamentar el cambio. Lo supieron sólo el 15 de febrero de 1925. Uno le escribió, al día siguiente, una carta que el padre Pedemonte conservó entre sus papeles. Esas palabras, leídas así, a la distancia, casi hacen sonreír al hombre

hecho y derecho; pero en la perspectiva del tiempo arrojan luz sobre la figura del biografiado. He aquí algunos párrafos:

Recordado Padre:

¿Con qué palabras he de expresar la triste y profunda impresión que me produjo su alejamiento material de nuestra querida Patria?

Fue para mí tan sentida como inesperada, y cayó sobre mi atribulado corazón como un rayo, dejándolo sumido entre cenizas de una tristeza infinita. Créame, Padre, que esa noche me fue imposible conciliar el sueño, y como si las cobijas (1) estrujaran mi dolor, rodaron sobre la almohada lágrimas muy cálidas, porque muy sentidas... ¿Sentimientos de chiquillo? ¿Debilidades? No sé; pero lo que sí sé a ciencia cierta, es quién es el hombre que pierde la Patagonia, sé cuánto mi Patria le debe, y especialmente sé cuánto le debe este hijo suyo, porque yo solo sé cuánto el P. Pedemonte ha hecho por mi bien espiritual, y medir la deuda que tengo pendiente con quien de la miseria me elevó a una altura moral que me confunde y me humilla santamente...

Y así siguen tres páginas más...

Es un pálido trasunto de lo mucho que sintieron todos su alejamiento.

El año 1925 vino como visitador el ya miembro del Capítulo Superior, padre José Vespignani, y al visitar la casa de Fortín Mercedes, dejó escrito:

Dejo aquí consignada la dulce impresión que experimento en ver los grandes progresos de esta casa de formación, que ha superado todo pronóstico y las más bellas esperanzas de los Superiores. Fruto admirable es éste de la actividad y del celo del buen P. Inspector, Don Pedemonte, y de sus fieles ayudantes. Esta casa de Fortín, con su nuevo santuario de María Auxiliadora, nos llena de entusiasmo y nos permite asegurar a la Madre Congregación, que muy pronto, al terminar el 50º aniversario de es-

(1) Todo esto trae a las mientes aquel primer invierno tremendamente frío de Turín, y todavía sin la calefacción que vino más tarde...

tas Misiones, que no sólo la Inspectoría de la Patagonia estará perfectamente organizada, sino que podrá disponer de abundante y bien formado personal para todas estas regiones del Sur...

Estas expresiones optimistas del padre Vespignani han sido superadas, a su vez, por la realidad; porque de Fortín Mercedes han salido, no sólo maestros para el Sur argentino, sino hasta misioneros para el Japón... ¡Tan sólidas eran las bases que el padre Pedemonte había echado a su obra!

Ahora el religioso obediente ya no piensa en nada que no sea cumplir su nueva empresa. Ha dejado todo atrás... Apenas hubo tiempo para dedicarle un ágape, una academia, un saludo... Era en vacaciones, y los colegios estaban desiertos. Él aprovechó para evitar discursos ditirámicos, que su humildad no consentía.

Apenas arregladas las muchas cosas en que debía entender, y de las cuales deseaba poner al tanto a su sucesor, emprendió viaje a Chile.

El 8 de febrero escribe al padre Nicolás MacCabe, desde Mendoza. Va a dejar su suelo natal quién sabe hasta cuándo..., pero él no se pierde en vanos sentimentalismos, sino que busca en todo hacer el bien, ser cortés con todos. Y como se ha olvidado de comprar un reloj de oro a un amigo dilecto, el escribano Rogelio Estévez Cambra, le pide al padre Nicolás no deje de comprarlo y dárselo en su nombre.

Antes de embarcarse para Lima, el 14 de febrero de 1925, tuvo que experimentar, a fuer de buen discípulo de Cristo, el acíbar de una pena muy honda. Reporteros del diario *El Mercurio*, de Valparaíso, le pidieron una entrevista. Accedió el viajero. Le preguntaron mil cosas sobre la Patagonia. Y él, entre otros tópicos, dijo que esa región sureña avanzaba a ojos vistas, y que no estaba lejano el día en que esos territorios nacionales serían convertidos en Estados (o provincias, según

nuestro régimen federal). De Chile vino la noticia de que el padre Pedemonte fomentaba la secesión de la Patagonia, y la formación de un Estado independiente de la Argentina...

Los periódicos de aquí publicaron artículos de asombro, unos, y de indignación, otros...

Entre tanto, el santo varón viajaba por el Pacífico en un barco inglés, completamente ajeno a lo que los diarios de Buenos Aires ventilaban...

El 24 de febrero de 1925 tomaba posesión de su cargo en Lima: era inspector del Perú y de Bolivia. Sucedió en esa delicada misión a hombres de relieve: en 1919 era inspector ahí el padre José Reyneri, cuyas benemerencias son harto conocidas en toda América; en 1920 y 21 ocupó ese cargo el padre Luis H. Sallaberry, a quien el Gobierno del Perú condecoró con la Cruz del Sol; en 1922 y 23 se desempeñó como inspector el padre José Calasanz, a quien esperamos ver pronto sobre los altares, como el protomártir salesiano de la revolución española.

Ahora entraba el padre Pedemonte. Su saludo a todos los salesianos va impregnado de una profunda humildad. "¡Que no vaya a destruir mi incapacidad e indolencia la obra magnífica que han acumulado los sacrificios de tan santos hermanos y cooperadores que ha regalado Dios a esta Inspectoría!", les dice en su primera circular. Y añade: "En nombre de todos, me han agasajado, con acendrado afecto, los salesianos y niños de estas casas vecinas. Yo me esforzaré por devolveros afecto con afecto". Y refirmando su gesto de humildad, no da nuevas normas a seguir, sino pide que se cumplan las establecidas por "el bienquerido e inolvidable D. José Calasanz".

Quince días después envía su segunda circular. Quiere que todo el mundo trabaje. Para él, como para Don Bosco, el trabajo es ascética de alto valor moral. Dice ahí: "Es bueno que el Director se obligue a dar clase en alguno de los cursos de mayores".

Y al mismo le recomienda: "Procure adivinar los deseos de los hermanos, para complacerlos". Ahí está su caridad exquisita: quiere que el Superior sea hasta adivino, para saber dónde hay una llaga que curar o una necesidad que llenar...

El buen Inspector llevaba como escudero a un salesiano argentino que andaba bailando en la cuerda floja. El corazón del padre Pedemonte no consentía que naufragara nadie, si él le podía tender una mano. Y se la tendió. No lo llevaba, por lo tanto, para que fuera su brazo derecho, sino para tenerlo a la vista, e impedir así que se desbarrancase. Hombre de excelentes cualidades, con un adarme de humildad, hubiera podido ser un apóstol. El padre Luis trató de salvarlo. No lo consiguió, en parte. Y en parte, sí; porque lo siguió hasta su muerte, hasta que "entró purificado en el Océano". Si no consiguió el padre Pedemonte todo lo que él deseaba, ahí queda su actitud para probar que él "nunca apagaba el tizón que todavía ardía", como quiere el Evangelio.

En abril escribe al padre Domingo Pérez, a la sazón director del Colegio Don Bosco, en Bahía Blanca. Le dice que "los peruanos son sumamente delicados en sus sentimientos y llenos de finura en su trato e inteligentes y bondadosos". (2)

En esa carta recomienda al joven Director: "Hemos de ser padres espirituales, ante todo, de ejemplo para todos, disponiendo siempre de una sonrisa y una buena palabra para los más afligidos y tentados..."

En una de sus cartas describe cómo ha aderezado su escritorio en Lima: ante sí tiene el crucifijo, y a sus pies, el retrato de su padre, que hace nueve años lo ha dejado, y el de su madre, que reza por el hijo ausente.

Cuando escribe a la Argentina, no denota pizca de nostalgia. Una sola cosa se revela grande como los Andes: su bon-

(2) De lo que el autor puede dar plena fe.

dad de siempre y su cortesía ejemplar: "Saludos a Don Rogelio, y a Don José Esandi, y al querido P. Nicolás Esandi..."

"A los viejos amigos querría dirigirles a cada uno un saludo: los recuerdo especialmente en las plácidas horas de oración..."

Al verlo siempre optimista, siempre alegre, el observador no puede menos que recordar las palabras del poeta latino: "*Coelum non animum mutor*. Cambio de cielo, pero no de espíritu..."

El padre Pedemonte, a orillas del Rímac tanto como a orillas del Plata o del Negro, es siempre el mismo: sólo ha cambiado de cielo...

CAPÍTULO XXXV

BAJO EL PALIO ROJO...

Al llegar a su nuevo campo de acción, lo primero fue conocerlo. Debíó recorrer el Perú y Bolivia. Tenía siete casas en la primera de estas repúblicas, y sólo dos en la segunda.

Pero la visita se hacía soberanamente difícil, debido a la altura en que se encuentran algunas de ellas. El autor, luego de haber perdido siete kilogramos de su peso normal en un mes, puede dar fe de lo que cuesta, para quien no está habituado a la altura, adecuar el organismo a soportar los 4.000 metros sobre el nivel del mar...

No es para dicho lo que el buen padre Pedemonte debió sufrir para visitar la casa de La Paz, la del Cuzco y algunas otras, que, si no llegaban a la altura de esas dos, para el padre Luis, hecho a las pampas argentinas, el clima resultaba insostenible. ¡Cuántas veces debía llegar a una casa, y, cuando

tenía que dar su primera conferencia y comenzar la visita canónica, estaba más para ir al lecho que para pláticas! Y sin embargo, él, pálido, ojeroso, sin que el estómago pudiera recibir alimento, se presentaba sonriente ante los hermanos...

Huelga decir que todo fue llegar a la nueva Inspectoría, y comenzar a pensar en *vocaciones*. Ésa fue su pasión de toda la vida. Apenas hubo conocido su campo, trazó el programa para labrarlo con operarios evangélicos capacitados, y posiblemente autóctonos. Algunos pesimistas le susurraron al oído:

—¡Sáquese de la cabeza la idea de encontrar vocaciones en estas tierras! Aquí habrá siempre que *importar* salesianos...

Él sonreía. No decía nada. Pero tenía sus planes...

Se llenó de alegría cuando encontró en el Callao un clérigo que se llamaba Atayupanqui, y llevaba en su rostro el sello indeleble del inca.

El estudiantado, con catorce clérigos, y el noviciado, con diez, estaban en Arequipa. Al padre Pedemonte le pareció muy lejos la ubicación de la casa de formación: él prefería tenerlos más cerca, para caldearlos con el calor de su afecto, y plasmarlos con sus propias manos taumatúrgicas.

Por eso pensó, *ipso facto*, en una casa cercana a la sede inspectorial. Pensó en Magdalena del Mar, ciudad que ahora forma una sola cosa con Lima, y está, como lo indica su nombre, a la vera del Pacífico.

Como en esos días estaba de visitador el padre Luis Nai, conversó largamente con él, y obtuvo que aprobara su proyecto del traslado de los aspirantes a Magdalena del Mar. El terreno había sido adquirido por el padre Sallaberry en 1922, y desde el año 23 funcionaba allí el Instituto Pablo Álbera. Tenía como director al padre Fortunato Chirichigno, que desde entonces pasó a ser secretario inspectorial. Este excelente sacerdote, que luego fue obispo, era todo el personal con que contaba la nueva casa.

Pero el 25 de diciembre de 1925, la jaula se llenó de rui-señores. Después de la misa del gallo, una treintena de aspirantes se dirigió a pie a la nueva casa de formación. Llegaron extenuados, pero felices, en la madrugada de la Navidad. Los acompañaba el virtuoso coadjutor Baltasar Ramírez.

Desde entonces, Magdalena del Mar era la obsesión del Padre Inspector. En todas sus cartas que venían a la Argentina, no hablaba de otra cosa. Siempre que sus ocupaciones se lo permitían, tomaba el tranvía que va de Breña —centro de Lima, ahora— a Magdalena del Mar, y se gozaba en mezclarse con sus esperanzas en flor. Cuando nos visitó en Italia en 1926, luego de sus conferencias, Magdalena del Mar se nos hizo tan familiar como Valdocco o Almagro.

Desde entonces acá, ¡cuántos excelentes religiosos han egresado de esa casa!... De esa casa que muy pronto resultaría pequeña para contener tantos aspirantes. Primero salieron los filósofos, que han hallado su nido apacible en Chosica, a cuarenta y tres kilómetros de Lima. Y en breve saldrán también los novicios, pues ya Magdalena del Mar no puede contener a sus casi doscientos aspirantes.

Volvamos a Arequipa. Allá estaban, como hemos visto, los filósofos y los novicios. El padre Pedemonte era un devoto de Don Rinaldi. Desde que lo conoció en 1920, como buen catador de santos que era, lo veneraba. Por eso, el 27 de mayo de ese su primer año de estancia en el Perú, el día de San Felipe, onomástico del Rector Mayor, dio asueto a todos los estudiantes.

Era asistente de los novicios un clérigo de alma angelical. Había llegado de Italia, encantado con su vocación misionera. Todos pronosticaban que sería un sacerdote de excepción. Los novicios —apenas menores que él— lo querían entrañablemente.

Ese infausto día, después del almuerzo, los muchachos se distribuyeron en brigadas para el paseo. Hermoso día otoñal.

La campiña arequipeña, hermosa como siempre, invitaba al esparcimiento. El cielo, sin una nube, nada decía de la tragedia que se avecinaba.

El grupo formado por el asistente, clérigo Víctor Bini; los novicios Eduardo Gabris y Luis Rafaidus, y los coadjutores Elías Esteban Dagani y Domingo Maffé, también novicios, tomaron la vía del tren rumbo a Tingo, lugar muy pintoresco al sur de la *Ciudad Blanca*. Todos iban alegres y despreocupados, rodeando a su querido asistente. Charlaban animadamente, mientras recorrían la vía férrea que conduce de Arequipa a Puno.

Desgraciadamente, en la estación ferroviaria, por descuido de los obreros de la empresa, se desprendió un carromato formado solamente de dos ruedas y un eje, y como ahí la pendiente es pronunciada, comenzó a correr por los carriles. La velocidad del fatídico vehículo crecía por segundos. Desde el tranvía que va a Tingo, varios pasajeros quisieron avisar a los viandantes del peligro que corrían; pero el ruido del viejo armatoste apagó sus voces.

Cuando menos lo esperaban, los desprevenidos clérigos sintieron un tremendo impacto: el eje rodante, que ya había adquirido una velocidad fantástica, los arrolló y los arrojó, mutilados, a gran distancia. Gabris y Rafaidus, jóvenes extranjeros que habían llegado al Perú con el ideal misionero como una estrella, fallecieron instantáneamente. El buen clérigo Bini murió cuarenta y tres días después: tenía una pierna fracturada, y muy graves lesiones internas. El coadjutor Dagani falleció al día siguiente, y Maffé, a consecuencia del fatal accidente, habiéndosele alterado las facultades mentales, tuvo que abandonar su vocación. (1)

La noticia conmovió a la ciudad y al país. El padre Pe-

(1) De Dagani se escribió en Italia una edificante biografía. Era el primer coadjutor del Instituto Cagliero que moría...

demonte bajó los ojos, juntó las manos e inclinó la cabeza, como diciendo un doloroso y resignado *amén* a la voluntad divina. Rezó largamente, y procuró llevar a las familias de sus clérigos y novicios el consuelo que le inspiraba su inmensa caridad.

Precisamente en esos días viajaba el padre Luis por un camino de cornisa en un ómnibus. Cuando quisieron todos acordar, en un recodo de la ruta aparece un camión... El chofer sólo atinó a lanzar el vehículo contra unos peñascos, para no chocar contra el camión o no caer en el precipicio. Al dar el ómnibus contra la roca, la frenada fue tan tremenda, que se hicieron añicos todos los cristales del parabrisas.

El padre Pedemonte, que estaba ubicado en el último lugar, sin saber cómo pasó por encima de todos los otros viajeros, salió por la ventana que le abrían los cristales desaparecidos, y materialmente voló por los aires. Narraba él que cuando iba por el aire, viendo que caería de cabeza sobre unos peñascos, trató instintivamente de proteger el cráneo, envolviendo la cabeza con la capa, que se agitaba como un ala negra sobre los hombros...

Cuando salieron del primer momento de terror, comprobaron que había varios heridos; pero ninguno de gravedad.

¿Y el padre Pedemonte? Había caído, efectivamente, de cabeza, pero en la concavidad de una roca; y como había podido poner en ella una parte de la capa, no sufrió mayormente. Quedó, eso sí, desvanecido. Todos lo creían muerto; pero al cabo abrió los ojos, hizo la señal de la cruz, y dijo:

—¡Gracias, María Auxiliadora!..

Tenía un dolor al cuello persistente; pero nada más...

Llegó a Lima, a contar como Dios y la Virgen lo habían protegido...

En la circular número 5 dice a los Salesianos: "Hemos comenzado el mes del Sagrado Corazón de Jesús oyendo una

campanada que nos llama a serias reflexiones. El triste caso de Arequipa, que nos arrebató a tres de nuestros queridos novicios, y el choque de automóviles en que hube de ser víctima, me repiten a mí y a cada uno de vosotros: *Vigilate quia nescitis diem neque horam...*"

Así era él: sabía sacar de las pruebas más angustiosas —es decir, del mal— el bien de la elevación espiritual y del progreso moral propio y de los suyos.

De ese modo plugo a la Providencia que el gran salesiano entrara en la tierra de Pizarro bajo el palio rojo de la tragedia...

CAPÍTULO XXXVI

CONFITE, NO MERENGUE

Como en la Patagonia, también en el Perú y Bolivia el padre Pedemonte luchó con una tenacidad heroica por las vocaciones. En el mes de setiembre de 1925, primer año de su inspectorado, ya puede decir en la circular número 6: "Tenemos, pues, tres Aspirantados que alienten nuestras esperanzas; empero, hay que hacer esfuerzos y disponerse a sostenerlos..." Eran Magdalena del Mar, Arequipa y Penango (Italia), donde contaba con treinta aspirantes, a quienes la Inspectoría pagaba la pensión.

Para el sostenimiento de las vocaciones, estimuló al máximo la Obra de María Auxiliadora. Estableció que cada 24 de mes hubiera misa con plática a los decuriones o celadores, se recibieran las planillas llenas y se entregaran las nuevas.

El padre Luis siempre fomentó una devoción que no entra en las prácticas salesianas: la de los *Quince sábados del*

Rosario. Tanto en Buenos Aires, como en la Patagonia, como en todos los países americanos donde le tocó actuar, siempre difundió esa devoción. Él no se fijaba en que estuviera o no en el canon de las prácticas nuestras. Se fijaba en que fuese o no provechosa. Si veía que sí, levantaba el lábaro de esa devoción y la paseaba por el mundo... Los *Quince sábados* eran para él —como el Apostolado de la Inocencia— un medio feliz para fomento y sostenimiento de las vocaciones.

En la circular número 7 (diciembre de 1925) ya el dinámico Superior puede comunicar satisfecho que tiene veinticinco Hijos de María —la famosa *scuola di fuoco* de Don Bosco, para vocaciones tardías— en Magdalena del Mar; cuarenta, entre novicios y aspirantes, en Arequipa, y treinta en Penango. “Ellos forman nuestra esperanza”, les dice a los hermanos.

Mientras fue inspector en esas tierras, casi no hay circular donde no se refiera a las vocaciones. Esta obsesión de su celo lo acompañará toda la vida.

En el Perú y en Bolivia trabajaba más, si cabe, que en su tierra natal. Cambiaba frecuentemente de secretarios. Parece como si fatigara a sus ayudantes. Como si éstos no pudieran seguir el ritmo vertiginoso de su dinámica... En 1925, el padre Chirichigno; en 1926, el padre Miguel Lasaga; en 1927, el padre Víctor Álvarez...

Es que el buen clérigo no se ceñía a las actividades estrictamente salesianas. Él era ecuménico. ¿Que se celebran en Turín las Jornadas Misioneras? Pues, él organiza las de Lima, en adhesión a las europeas. Y no se contenta con asambleítas de tres al cuarto: fueron asambleas de cooperadores en gran estilo. Convirtió el templo de los Salesianos de Lima en amplio salón, y allí, en el presbiterio, el Presidente de la nación peruana, el Arzobispo y lo más granado del clero regular y secular.

Abrió la serie de conferencias el doctor Guillermo Basom-

brío (después, famoso profesor de la Universidad de Buenos Aires). Debía cerrar el acto el padre Pedemonte; pero, interpretando el deseo de la concurrencia, pidió al presidente, señor Leguía, que hablara. Y el jefe del Estado alabó a la Obra de Don Bosco, porque "había llevado su misión evangélica, educativa y moralizadora a los campos, a las fábricas y a los más modestos hogares".

Fallece el cardenal Cagliero: pues, el activo Inspector prepara unas honras fúnebres sin precedentes: pontifical del representante del Papa; oración fúnebre a cargo del canónigo Hermosa, de la Basílica metropolitana; participación de embajadores, prelados, superiores de órdenes y congregaciones religiosas; y previo al discurso de práctica, el Arzobispo cantó el responso en las exequias.

Con motivo de los cincuenta años de la llegada de los Salesianos a América, el padre Luis organizó diversos actos; y sobre todo, la fecha le vino de perlas para activar las obras del magnífico santuario de María Auxiliadora, que hoy es el orgullo de Lima y de la Congregación Salesiana, y que entonces estaba en construcción.

Pero el padre Pedemonte no se iba por las ramas. Él iba al tronco, a la médula. Por eso, siempre alentó una sólida y práctica devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Y así como en Bahía Blanca había organizado un Congreso del Sagrado Corazón, así también hizo época el que realizó en Magdalena del Mar.

Este congreso dejó como fruto el Santuario Expiatorio del Sagrado Corazón de Jesús, precioso monumento sacro que acaba de terminarse, a la vuelta de treinta y seis años... Puso la piedra fundamental el 5 de junio de 1927. Padrinos, el Presidente de la República y su señora esposa. El sagrado rito estuvo a cargo de monseñor Lissón, arzobispo de Lima. Estaban presentes varios ministros, representantes diplomáticos y mu-

chísimo pueblo. Hizo uso de la palabra el alcalde de la ciudad, señor Bernales. No pudo menos que hablar también el Padre Inspector, y el Presidente de la nación pronunció sinceras y elocuentes frases para referirse al acontecimiento.

El padre Pedemonte era ecuménico. Se cumple ese año 1927 el primer centenario de la muerte de Alejandro Volta. Pues bien; el Superior salesiano conmemora en forma solemne la obra del célebre físico italiano, y ofrece el discurso central al doctor Vargas Lazo, y el Embajador de Italia agradece la gratísima conmemoración.

Cuando, a fines de ese año, se llevó a cabo la distribución de premios, presenciaron el acto el Arzobispo, el Embajador de los Estados Unidos de América, los Ministros de Colombia y de Venezuela, el Embajador de Italia, etc.

De vistas ampliamente católicas, el padre Luis no ceñía su acción a los patios del colegio salesiano.

El día de Santa Rosa de 1927 abría sus sesiones el Concilio Provincial de Prelados del Perú. El Padre Inspector hace celebrar una *misa de saludo* a todo el Episcopado, y les ofrece un desfile de alumnos, organizado por los cooperadores y ex-alumnos. ¿Resultado? Los señores obispos de la provincia peruana elevan una súplica a Su Santidad para pedir la beatificación de Don Bosco, que tiene lugar en 1929, dos años después.

Y como reconocimiento a los Prelados por su hermoso rasgo, el padre Pedemonte pide a todos los colegios les agradezcan, y obsequia a cada uno con un álbum de fotografías de la Obra Salesiana en el Perú y en Bolivia.

De todo se valía él para tener en constante actividad a sus salesianos. ¿Que se celebra un nuevo aniversario de la fundación de la capital del Perú? Pues, él presenta un homenaje al Presidente de la República. Los amplios patios y el porticado del enorme colegio de Breña le ofrecían un marco estupendo para actos multitudinarios.

Como en otras partes, también en la Ciudad de los Reyes el padre Luis promovió la enseñanza de la religión en forma intensiva. Al comenzar el año, enviaba una circular en la que indicaba cómo debía enseñarse el Catecismo, y ofrecía el programa de exámenes y la forma como se haría el certamen de fin de año.

Cuando se hizo cargo de la Inspectoría patagónica, mandó imprimir un opúsculo titulado *Normas y programas de los colegios de la Inspectoría*. En 1917 publica otro librito, que titula *Método y programa para los colegios*. En 1922 edita un tercer opúsculo, mucho más nutrido de páginas, y con mayores pormenores respecto de la didáctica de tan importante asignatura.

Nos consta que en la Inspectoría Peruano-Boliviana hizo imprimir algo semejante. Lo tituló *Enseñanza de la religión para la Inspectoría*, y a él se refiere en varias circulares.

Al terminar el tercer año de su inspectorado, las deudas eran grandes. Los aspirantes, novicios y teólogos, los que estudiaban en el Instituto Internacional de Turín, los treinta aspirantes de Penango, los libros que había debido comprar en Europa..., todo había elevado el pasivo de la Inspectoría a 120.000 liras. Pero liras de aquel entonces...

El hombre de Dios no se amilana. Acude a las prescripciones reglamentarias de la Sociedad Salesiana, y, a tenor de las mismas, resuelve: 1º) Solicitar un empréstito, que garantizarán todas las casas de la Inspectoría; 2º) Gravar a cada casa con una cuota, cuyo monto sería tanto más elevado, cuanto más personal tuviera la casa; 3º) No se edificará, ni se contraerán nuevas deudas, en tanto no se hayan satisfecho éstas, que él considera *privilegiadas*...

Cuando en mayo de 1928 se trató de que fueran al Perú los primeros novicios, que en número de siete terminaban ese año el período de prueba en Italia, creyó bien no gravar con nuevos desembolsos al Capítulo Superior. Acude entonces a

la buena voluntad de todos los directores de las casas de la Inspectoría, y entre todos consiguieron saldar esos ingentes gastos.

De ese modo, con la suavidad y mansedumbre propia de un fiel discípulo de San Francisco de Sales, por un lado, y con la firmeza del Superior responsable, por otro, conducía la grey a él confiada hacia la meta suspirada, que es el progreso espiritual de los socios, y la difusión del bien entre los cristianos.

Y que sabía emplear la energía y la firmeza cuando era necesario, lo demuestran algunas circulares, como la del 28 de junio de 1928, donde expresa: "Entiendo dar a las prescripciones de la circular N° 27, del 20 de febrero, el valor obligatorio que me permiten darle las Constituciones, porque no quiero ser responsable ante Dios y la Iglesia, de los perjuicios que acarrea a la causa de las almas, el extraño proceder que denuncio".

De ese modo, el padre Pedemonte demostraba que no es incompatible la dulzura y la suavidad con la tenacidad y la firmeza. Él era suave, bondadoso, dulce; pero su dulzura no era la del merengue, sino la del confite...

CAPÍTULO XXXVII

HACIA LA FOSA DE LOS LEONES

En la página 245 del *Boletín Salesiano* de 1928, se ha publicado una fotografía interesante. Está el padre Luis rodeado de veinte novicios, seis de los cuales, de evidente oriundez autóctona. Aquel selecto cuanto reducido grupito que fuera diezmado tan atrozmente tres años antes, ahora se ha duplicado, y

el Padre ha conseguido realizar su sueño dorado: vocaciones indígenas. Su trabajo, pues, no ha sido estéril, y sus sacrificios no se han hecho en vano...

Cuando dejó las tierras peruano-bolivianas, el número de novicios ascendía ya a veintidós.

Una de las preocupaciones del padre Pedemonte fue el santuario de María Auxiliadora, en Lima. Se ha dicho que es orgullo de la Congregación. Y es así. Por las dimensiones, por el estilo, por la ubicación y por los trofeos de arte que lo adornan, ese templo es uno de los más famosos del Perú, que los tiene muy buenos. El padre Luis alcanzó a ver colocado el pavimento. Es de mármol de Carrara de variados colores.

Durante este período, estuvo dos veces en Italia. Primero, en 1926. En su viejo mamotreto de conciencia —en latín, como siempre— escribe una página emocionante. Nada mejor que sus soliloquios, para conocerlo a fondo. Traduzco literalmente:

Se ordenan 178 clérigos en la iglesia madre de toda la Congregación. ¿Con qué he de pagar al Señor por los consuelos y espirituales alegrías que me concede en estos días, cuando, entre todos, hay dos de la Patagonia, hijos míos queridísimos, ya sacerdotes, y tres más ordenados, uno de subdiácono y los demás de órdenes menores? Sobre todo, cuando asistí la primera misa de Feliciano y Raúl, oía una insistente voz espiritual que me decía: "¡Con qué poca diligencia y con qué pobre fe preparaste para tan altos misterios a estos hijos!..." ¡Qué gran verdad! ¡Y cuántos otros, llamados por Dios, si mi celo hubiera sido mayor, hubiesen también ellos alcanzado esta cumbre!...

Jamás pensó ninguno de los dos neosacerdotes, abismados en el misterio, que en lo más recóndito del alma el sacerdote asistente lloraba pecados que sólo su profunda y sincera humildad presentaba ante sus ojos.

Del 18 al 24 de julio hizo Ejercicios Espirituales en Val-sálce. Allí estaba la tumba de Don Bosco. Comienza di-

ciendo: "*Domine, fac ut videam!*", como el ciego de Jericó. Terminado el santo retiro, se confesó, no con algún anciano extranjero y cegatón, sino con alguien que le era familiar desde hacía cuarenta años: con el padre Vespignani. Trascibe sus consejos. Luego, el rendimiento de cuentas, recibido por el propio Don Rinaldi. ¡Qué bien se entendían ambos! Eran tal para cual...

"Deja que los hermanos expongan, que se desahoguen..." "Siempre buen ejemplo..." "Vocaciones: busca las regiones donde hay buenas familias para escogerlas; siempre se encuentran... San Pablo encontró a San Dionisio en el Areópago..."

Hace el resumen de las pláticas de los dos predicadores —monseñor Félix Guerra y Don Tirone—, como lo haría un novicio...

Y volvió a su campo de labor, reconfortado.

En sus tiempos, el Día de los Exalumnos se llamaba *Día del Colegio*, y el buen padre Luis consiguió que en esa ocasión acudieran muchísimos antiguos alumnos a su segundo hogar.

Bolivia cuenta actualmente con una magnífica floración de casas salesianas: solamente Cochabamba tiene tres. Y sus casas de formación no tienen nada que envidiar a las similares de cualquier país. La Escuela Agrícola de La Muyurina es un modelo en su género. En 1928, el padre Pedemonte fundó un Oratorio Festivo cotidiano en Potosí, con un sacerdote y un coadjutor.

Huelga decir que las visitas al país del Altiplano eran para el hombre de la pampa un verdadero martirio. Ese desequilibrio orgánico que se experimenta al subir a cuatro mil metros de altura, es harto molesto, especialmente para personas maduras. Y sin embargo, allá iba él a cumplir con su deber, sabiendo lo que le esperaba... Y precisamente porque era la parte más necesitada de la Inspectoría, tenía las preferencias, si cabe, del Padre Inspector. Pasaba temporadas enteras en

Bolivia. Y varias de las circulares de 1928 están firmadas en La Paz o en Sucre.

El autor ha asistido, en abril de 1961, en Boston (U.S.A.), a las deliberaciones de los directores de los Estados Unidos y el Canadá para confeccionar su *Libro de usos y costumbres* de la Inspectoría. Allá meditó que muchas veces el artículo 15 de los Reglamentos suele ser letra muerta.

El padre Luis, en la circular del 1º de setiembre de 1928, al convocar el Capítulo Inspectorial, lo hace también para compilar ese famoso *Costumiere* tan llevado y traído en los Reglamentos, y tan desconocido en la realidad.

Y designó a los padres Arato, Barile y Romero para que preparasen un "bosquejo del articulado de dicho libro".

A los certámenes catequísticos inspectoriales les dio suma importancia. Ese año tuvo lugar en Lima (Breña); y se celebró en el salón de actos Miguel de Cervantes. Presidía el Arzobispo; maestro de ceremonias fue el padre Chirichigno; tres sacerdotes formaban la comisión correctora de tareas, y el jurado estaba presidido por el Inspector y los padres Afro Capelli y Jerónimo Gordini.

Terminado el certamen, escribe con evidente entusiasmo:

... El certamen catequístico general celebrado en esta Casa Inspectorial ha resultado brillante, y es un exponente del éxito con que trabajaron nuestros maestros...

Mis parabienes muy sinceros, pues esta noticia halagará mucho al digno sucesor de Don Bosco, nuestro venerado superior y padre Don Rinaldi.

Para mantener siempre en actividad a los suyos, escribía constantemente circulares. En setiembre de 1928 escribió dos, y otras dos en noviembre. Todas impresas. Escribía unas veces en castellano, y otras en italiano. A menudo no hacía más que reproducir cartas de Don Bosco. Así presentaba el pensamiento vivo del Fundador en determinadas circunstancias.

Apenas supo que la beatificación de Don Bosco tendría lugar el 2 de junio de 1929, se apresuró a hacer partícipes de tamaña alegría y tanta gloria, a los Salesianos. "Todos nos regocijamos íntimamente —les dice— mientras refrenamos las impetuosas oleadas de júbilo que quisieran desbordarse en aleluyas y cánticos de alborozo..." Y les pide que se esfuercen por ser dignos hijos de un tal Padre: un padre santo debe tener hijos semejantes a él.

No pudo asistir a la gran manifestación de Turín, cuando se trasladaron las sagradas reliquias del nuevo beato a la Basílica de María Auxiliadora. El 22 de junio estaba todavía en el Perú. Las fiestas de San Luis que se hicieron en su honor, fueron extraordinarias. Presentían que al ir a Europa, ya no volvería entre ellos.

El 26 de junio zarpó el vapor que lo llevaba hacia Nueva York. Una vez allá, desde New Rochelle escribe su última circular. Es del 9 de julio de 1929. Es una carta densa de recomendaciones y consejos. No se olvida de su devoción predilecta: anuncia que el sábado 20 comenzarán los quince sábados en honor de la Virgen del Rosario. Y que él espera mucho de esa piadosa práctica.

Luego, en el *Majestic* emprendió viaje hacia Cherburgo. De ahí, en tren, hasta Turín.

Tomó parte activa en el Capítulo General. Predicó Ejercicios. Buscó nuevas vocaciones. Confesó siempre y dondequiera, como era su norma. Siguió, en fin, siendo el apóstol de siempre.

Pero no volvió más al Perú. El 24 de noviembre, desde su predilecta Magdalena del Mar, un clérigo trienal le escribe una larga carta. Extracto estos conceptos:

Hago lo que puedo, amado Padre, y estoy seguro de que Dios no se olvidará de mí. Lo que me anima a la piedad son sus consejos. ¡Oh, si pudiera todavía tener la suer-

te de hablar con Ud.! De veras: cuando uno tiene a su lado a un buen mentor, a un buen maestro, no lo estima tanto; pero después, cuando no lo tiene más a su lado, entonces conoce lo que ha perdido... Yo he perdido a un padre amoroso, a un maestro, a un verdadero Don Bosco... (1) Ud. no puede imaginarse, Padre, la tristeza que entró en nuestra casa, cuando oímos la noticia de que el Rvmo. P. Inspector no volvería más acá... Pero *Fiat, fiat, fiat voluntas Dei...*

Hay entre sus papeles también una carta del Nuncio Apostólico en el Perú, que expresa su pena por el alejamiento del Superior salesiano. Es del actual secretario de Estado del Vaticano, cardenal Cicognani.

¿Adónde irá el Don Bosco americano?

Desde la revolución de 1910, México andaba a contramano. Leyes impías; persecución más o menos desembozada a la Iglesia; tabla rasa con los derechos humanos, especialmente el de profesar libremente su culto... Pero desde la última presidencia de Plutarco Elías Calles (1924-1928), la lucha se agudizó. Los sacerdotes y religiosos eran perseguidos, escarnecidos, fusilados... Las comunidades religiosas de más de tres individuos debían ser disueltas. Los templos pasaron a ser todos de propiedad del Estado. Los sacerdotes no pueden votar, ni llevar hábito talar, ni ser maestros...

(Y es de notar que este estado de cosas subsiste en 1962, diga lo que quiera la propaganda gubernista...)

Don Rinaldi habló durante el Capítulo con el padre Pablo Montaldo, inspector titular de México y Cuba. Éste le pintó el cuadro harto sombrío de aquel país. Él ya no podría entrar más. Era muy conocido. Había que enviar a otro que no lo fuera. Don Rinaldi puso los ojos en el padre Pedemonte. Probablemente, los capitulares ofrecieron el cargo a otros. Pero ¿quién aceptará el endoso de ese presente griego? Sola-

(1) El subrayado es del autor.

mente quien tuviera pasta de mártir. O el que, como el padre Luis, obedecía a ojos cerrados.

Y allá va el padre Pedemonte rumbo a su nuevo destino. Uno se imagina a Daniel cuando se encaminaba, tranquilo y confiado, al foso de los leones...

CAPÍTULO XXXVIII

CON DON BOSCO EN EL ALMA

Después de aquel baño de espiritualidad que recibió el buen padre Luis en Turín y Roma, con motivo de la reciente beatificación de Don Bosco, y luego del Capítulo General en que tomó parte, estaba listo para cualquier misión que se le confiara, así fuese la de encarar el martirio.

No volvió más al Perú. Ahora la liza de sus bizarrías apostólicas serían México y Cuba. Debía entrar en México. Allá no era posible llevar hábito: había que trocar la sotana por el traje civil: vistió uno de color gris, corbata negra y sombrero Orión.

Pero con sotana o sin ella, él era siempre y dondequiera el sacerdote de Don Bosco inconfundible. Hay entre sus papeles una cartita encantadora de un chiquillo norteamericano que viajó junto con el padre Pedemonte en el barco que los conducía a Nueva York. Una vez llegado a su casa, en Nueva Jersey, el pequeño escribe el 15 de diciembre de 1929: "*I am closing this letter by telling you how much I have enjoyed the trip from Italy in your company*". El chiquillo escribe encantado de haber viajado desde Italia en compañía del padre Pedemonte. Una vez más el Don Bosco americano había con-

seguido cautivar, con su bondad, a un niño extranjero. Siempre sucedía así: que aun no pudiendo entenederse con palabras, ya que el padre Luis no dominaba aún el inglés, se entendían con gestos, con el lenguaje universal del cariño...

Fue nombrado inspector de México y Cuba el 1º de agosto de 1929. Su hermano Gotardo, para ayudarlo en la delicada misión, le envió una credencial de corresponsal viajero de la revista que él dirigía: *Seguros y Bancos*. De modo que, amén del seudocargo de *comerciante argentino* que llevaba, tenía también credenciales de periodista.

La misión del padre Pedemonte era por demás difícil. La inspección salesiana de Nuestra Señora de Guadalupe contaba cinco casas en México, y cuatro en Cuba. Tenía dos fundaciones en la capital azteca, una en Guadalajara, otra en Puebla y otra en Morelia. En Cuba: La Habana, Santiago de Cuba, Camagüey y Guanabacoa (La Habana).

En Cuba tenía problemas, pero no del calibre de los de México: aquí se le hacía muy cuesta arriba entrar, debido a la obstinada persecución religiosa. El padre Pedemonte fue en derecho a La Habana.

Cuando en noviembre de 1960 debí viajar a México, me fui a despedir del padre Luis, que estaba en Bernal. Al saber que conocería aquellas tierras, se le iluminaron los ojos, y me recomendó:

—No dejes de visitar a Cubita, la bella...

¿Qué atracción misteriosa ejerció Cuba sobre él? ¿La circunstancia de estar sometida a la más cruel de las dictaduras? ¿Sus lejanos recuerdos de entonces?... No sé; pero el hecho es que sus palabras me sirvieron para convencer al cónsul cubano en Tegucigalpa de que yo no era un peligro para el régimen de Fidel Castro, y que podía visarme el pasaporte...

El padre Luis llegó a la capital cubana en noviembre de 1929. Desde allá se presentó a los Salesianos. Escribió en

italiano, el idioma oficial de nuestra Sociedad. "*Eccomi ai vostri ordini*", comienza diciendo. Y propone que, para vencer las dificultades con que se tropieza, se hagan los quince sábados a la Virgen. ¡Siempre con su devoción favorita!

Mientras tanto, estudiaba el ambiente, y observaba con gran atención los fenómenos sociales de esas dos naciones. Y oteaba desde Cuba la situación mexicana, buscando el modo de penetrar en esa república, la más fervientemente católica de todo el Continente, y ahora convertida, por obra y gracia de gobiernos absurdos, en un dominio del *poder de las tinieblas*.

Su segunda circular es del 9 de enero del 30. Rebosa optimismo. Tiene cinco teólogos en Turín, y diez en Cuba. El Aspirantado de Guanabacoa ha sido notablemente incrementado; está organizando los cooperadores...

Y se propuso dar a las solemnidades conmemorativas de la beatificación de Don Bosco, el mayor relieve posible. Para ello, creó subcomisiones al por mayor; fundó un nuevo periódico, titulado *Don Bosco en Cuba*, y planeó unas fiestas extraordinarias para mayo de ese año. Todo lo sometió al beneplácito del Arzobispo, quien bendijo el proyecto.

En abril consiguió el comerciante argentino y corresponsal viajero de *Seguros y Bancos* entrar en la *cueva de los leones*... No era un *gentleman* perfecto: su corbata pedía a gritos que le ajustaran el nudo, el cabello era harto reactivo a las imposiciones del peine, la manera de caminar denotaba que sus piernas estaban hechas a dar con faldas...

Luego de haberse encomendado a todos sus santos protectores, emprendió viaje a la capital mexicana. Quiso su buena estrella que al llegar se encontrara con el padre Adolfo Tornquist, que viajaba como simple ingeniero y en calidad de turista.

Y como ese día presentaba sus credenciales el Embajador argentino, ambos pidieron permiso para presenciar la cere-

monia. Fueron al Zócalo, entraron en el Palacio Nacional, y allá, al fondo, perdidos entre la turba, estuvieron los dos clérigos argentinos escuchando, llenos de emoción, las palabras del Presidente mexicano y del Embajador. Ambos guardaban profundo silencio, y los dos sentían latir su corazón al ritmo del mismo sentimiento. Hubieran deseado adelantarse, saludar al representante de su país, alternar con él algunos minutos... Pero eso no era posible sin delatarse.

Cuando los cascos de los corceles volvieron a sacar chispas en el pedernal de la calle, los dos salesianos se retiraron cabizbajos y pensativos. ¡Qué triste es la falta de libertad!...

El padre Pedemonte no podía permanecer de incógnito. Los innumerables sabuesos de la policía revolucionaria no le perdían paso a ningún extranjero que hubiera llegado. Podía ser un sacerdote disfrazado que entraba en la patria de Hidalgo y de Morelos, los dos héroes máximos de México, y ambos clérigos... ¡Qué ironía!...

En la nación azteca visitó minuciosamente todas las casas, y al dejar el país, escribió desde la capital mejicana, el primer viernes de mayo, una magnífica circular. En ella habla de los sueños de Don Bosco y del lema salesiano. Él va siempre a lo medular: disciplina religiosa, trabajo, vocaciones. Para resolver el problema de las muchas que podían cosecharse en esa nación tan piadosa, fundó en Puebla un Aspirantado que comenzaría a funcionar desde 1931.

Como él debía volver a Cuba para las fiestas de Don Bosco, dejó como vicario inspectorial al padre Ignacio Arias, y al padre José Sutera, como ecónomo inspectorial, le encomendó "llevar a término los trámites de transferencia de bienes de que habéis sido notificados", como dice en la circular.

Todos los bienes de la Congregación corrían riesgo de ser expropiados. Entonces se formó una sociedad anónima, titulada *Columbia Holding Corporation*, que, bajo la égida de

los Estados Unidos, amparaba las pocas propiedades que entonces tenían los Salesianos. El *señor Sutura* —recortados bigotes, impecable atuendo civil, ondulada cabellera...— logró realizar a su entera satisfacción el plan económico del padre Pedemonte.

El padre Luis La Ravoire Morrow, actual obispo en la India, hacía poco que había dejado a México. Desde Filipinas, donde era secretario de monseñor Piani, escribió al padre Pedemonte estas memorables palabras:

De las cartas que he venido recibiendo de mis buenos hermanos que todavía se acuerdan de este filipino, me entero del inmenso bien que está haciendo V. P. en esa necesitada Inspectoría, tan probada recientemente. Yo estoy convencido de que la Obra Salesiana, apenas haya paz política, llegará también en México a extenderse como se ha extendido en la Argentina y otros países de América.

Subrayamos dos cosas: primera, el "*inmenso bien* que está haciendo V. P. en esa necesitada Inspectoría". Quiere decir que la obra que nuestro salesiano estaba realizando en la nación azteca, no era vulgar. Segunda, que quien emitió ese juicio era un hombre talentoso: porque ha llegado a Obispo, y porque predice el florecimiento de la Obra Salesiana, tal cual lo puede comprobar quien visite a México en la actualidad.

Las clases terminan en Cuba a fines de junio. Al finalizar el año escolar 1929-1930, el Padre Inspector organizó un congreso pedagógico, en el que puso en movimiento a todo el personal isleño, que a la sazón era copioso, porque la mayoría de los clérigos de México habían debido refugiarse en Cuba, y los colegios quedaron en manos de los coadjutores. Ahí hicieron sus primeras armas algunos clérigos —como López, Sánchez Vargas, Menéndez, Aramendia...— que hoy figuran en la vanguardia salesiana de México.

Nuestro hombre estaba en constante actividad. Cada día,

algún nuevo proyecto. Ya en octubre de 1930 organiza en Guanabacoa el Aspirantado para coadjutores.

Dice el padre Tornquist, que lo visitó entonces, que la mayoría de los religiosos de otras congregaciones trataban de disuadirlo diciendo que buscara vocaciones en Europa, pues Cuba no era tierra que produjera sacerdotes. Exactamente lo mismo que le dijeron a Don Cagliero, cuando en 1875 llegó a la Argentina: "*Questa non è farina da far ostie*"... Pero tanto el uno como el otro, Cagliero y Pedemonte, no cesaron en su empeño, y ambos han demostrado lo contrario.

A principios del año 31 puede comunicar a los Superiores de Turín: "Entre Puebla y Guanabacoa ya tenemos unos cincuenta latinistas..."

Como se ve, el padre Pedemonte seguía siendo el mismo. Sus ideales eran los de siempre. Su fervor apostólico, el de toda la vida. Había cambiado sólo la corteza.

El hábito no hace al monje. El padre Luis, con sotana o sin ella, llevaba a Don Bosco grabado a fuego en el alma. Así, nadie se lo podría borrar...

CAPITULO XXXIX

LA SEMILLA DEL CARIBE

Tanto las autoridades eclesiásticas como las civiles de Cuba le proporcionaron las mayores facilidades. Ya cuando partió del Perú el Embajador de los Estados Unidos, amigo personal del Padre Inspector, le había dado una recomendación para todos los empleados de aduanas.

Una vez en Cuba, el agente general de pasajes del ferrocarril cubano le otorgó una orden especial, por la que podía viajar con cincuenta por ciento de reducción en primera clase y por todas las líneas.

Por su parte, el obispo de Camagüey, monseñor Enrique Pérez Serantes, le concedió todas las licencias para que pudiera ejercer ampliamente su ministerio sacerdotal y su cargo de Superior religioso. Dígase lo mismo del arzobispo de La Habana, monseñor Manuel Ruiz y Rodríguez.

Al comenzar el nuevo año escolar (30-31), abre sus puertas el Noviciado en Guanabacoa. Maestro de novicios, director y secretario inspeccional, el padre Francisco Mazzoglio, benemérito salesiano que aún pasea su gloriosa ancianidad por las calles de Lima.

Una de sus preocupaciones fueron los Oratorios Festivos: "Si quieren salvar una ciudad, rodéenla de Oratorios Festivos", había dicho Don Bosco. Y el padre Pedemonte que creía a pies juntillas en la palabra del Santo Fundador, se empeñó en salvar las ciudades cubanas y mexicanas en esa forma.

El primer año tuvo siete novicios, que el padre Luis cuidaba con el cariño de una madre, pues que en esos jovencitos, pensaría él, estaba la esperanza de la Cuba venidera.

De todo se valía el buen Superior para enfervorizar a los suyos. ¿Hay un terremoto en la isla? Pues, en el fenómeno sísmico hace él hincapié para levantar el espíritu de todos sus religiosos.

En México le habían seguido los pasos. No era posible eludir la vigilancia gubernativa. Por eso, no pudo volver a ese país tan pronto como hubiera deseado. Tuvo que contentarse con enviar constantemente circulares "a los carísimos hermanos de las casas de México", como las encabeza el santo Superior. Entre el 25 de octubre y el 18 de noviembre de



Los compañeros de ruta:
el padre Luis y don Alfredo Picca.



Don Alfredo Picca y su señora.
Humildad y grandeza...

1931, les escribió cuatro circulares. Quería que se celebraran con toda solemnidad las bodas de oro del Rector Mayor, Don Felipe Rinaldi.

Como se preparaban las fiestas del cuarto centenario de la aparición de la Virgen de Guadalupe, él vuelca en sus circulares todo el delicioso perfume de su acendrado amor a la Madre Celestial, y trata de encender en fuego de caridad a todos sus religiosos.

Prepara convenientemente las elecciones del delegado al Capítulo Superior que tendría lugar en Turín, en el verano de 1932. Suspiraba por ir a visitar a los hermanos de México; pero no le era posible. Hacen las elecciones votando algunos por correspondencia, en sobres cerrados y sellados.

En febrero de 1932, nuevo terremoto en Santiago de Cuba. El Padre Inspector se instala en esa ciudad, y dirige el auxilio. Abre las puertas de su colegio para los huérfanos del Asilo Barceló, que había sido destruido; infunde en los damnificados confianza en Dios, y nuevamente les pide que vean en tales accidentes un aviso de la bondad misericordiosa del Señor.

Antes de embarcarse para ir al Capítulo de Turín, consiguió entrar nuevamente en México. Comprobó que la *Holding Corporation* marchaba bien. Por eso encarece que todas las casas cumplan regularmente con las cuotas que les imponía el señor *Sutera*.

Como había algunos salesianos enfermos, y una buena señora ofreció una casita en San Martín Texmelucán, el Superior aceptó al punto el ofrecimiento; gravó con treinta pesos mensuales a siete de las principales casas de la Inspectoría, para que la sostuvieran, y puso al padre Carniglia para que vigilara, "a fin de que no les faltara nada a los queridos enfermitos".

Y partió hacia Turín. Lo acompañó como delegado el padre Ignacio Arias, que "hizo su parte con honor, también

para quienes lo eligieron", dice el padre Luis, en una circular que escribió en el barco, cuando ya estaban de regreso.

De Italia traía preparados algunos cambios. El Noviciado volvería a Puebla, lo mismo que el Filosofado. Y en Guanabacoa se incrementaría el Aspirantado.

A principios de 1933 le fue posible entrar otra vez a su amado México. Ignoramos de qué expedientes se valió para burlar la vigilancia. Se encontró con que algún coadjutor —a quien, dadas las circunstancias, había debido elevar a la categoría de *director*— quería tomarse demasiado en serio su directorado *titulo colorato*...

"Arrecia la tempestad...", comienza la circular del 31 de enero de 1933. Y no era solamente la tempestad que había desatado Calles, la que arreciaba. Desgraciadamente, episodios como el mencionado indicaban que había otra interna...

El pobre Inspector no podía entrar y salir cuando quería en los países de su jurisdicción. Así, para ir a los Estados Unidos a fines de 1932, tuvo que solicitar por escrito el beneplácito del director de inmigración de La Habana, y acompañar un certificado del Arzobispo, que aseveraba el contenido de la nota.

¿Qué tenía que hacer en San Antonio (Texas)? Pues, se había dado cuenta de que, no obstante la buena voluntad del personal mexicano, la obra no se podría desarrollar mientras arreciara la tempestad de la persecución. Y como las vocaciones en México abundaban, había que poner en otro país el Seminario. Así fue como, mediante la buena voluntad del arzobispo de San Antonio, monseñor Arturo J. Drossaert, adquirió una propiedad que fuera convento de las Hermanas de la Divina Providencia en Castroville, y que el Prelado le cedió a poco menos que nada. Ahí pondría el padre Pedemonte su Estudiantado Filosófico, y los últimos años de latín.

Y no eran solamente los clérigos salesianos los que habían

buscado refugio en Castroville. Había seminarios de diversas diócesis mexicanas. Sería también la sede del Inspector. Estaba a pocas horas de la capital mexicana y de La Habana. Una vez más invita a sus salesianos a hacer los *Quince sábados*, para que la Virgen bendiga esta obra.

Tanto monseñor Piani, exinspector, como el padre Montaldo, alabaron la iniciativa del padre Pedemonte: era lo que ellos habían proyectado años antes. Pero esa fundación fue resistida por los mexicanos. ¡Una casa de formación y sede inspectorial en tierra extraña!... Sí; porque a males extremos hay que aplicar remedios extremos. Por eso decía al autor un excelente sacerdote mexicano:

—No lo entendimos, entonces, al Padre Inspector...

De allí en adelante, todas las circulares las data en Castroville. Pero en agosto de 1933 lo encontramos en La Habana. Luego regresa nuevamente a los Estados Unidos.

El buen Superior sufría dolores de agonía: quería levantar esa nueva casa, y no tenía recursos... Quiso entrar a México, para acompañar a los hermanos que hacían Ejercicios en Santa Julia, y no pudo... Les envió una extensa carta. Ya se habían aprobado los milagros de Don Bosco para su canonización. Ya alboreaba en lontananza el día grande por excelencia... Hubiera deseado el celoso Inspector echar la casa por la ventana en esas circunstancias..., y se veía con las manos atadas...

Engolosinado estaba con los preparativos para la solemne canonización, cuando lo llamaron de Turín. Escribe rápidamente una circular desde Castroville para despedirse. Los Superiores deseaban que él representara a su Inspectoría en tan memorable acontecimiento.

El 18 de marzo de 1934 partió para Nueva York, y de ahí a Cherburgo y a Roma, para llegar el 29 de marzo. Dejó al padre Alberto López como sustituto.

La canonización fue el 1º de abril. El día 4, el Padre

Inspector escribe una extensa carta, en la cual narra lo que había visto y sentido. Su corazón rebosa entusiasmo. Su pluma no acierta a expresar las vibraciones de su alma.

El 13 de abril está ya en Turín. De ahí nuevamente escribe a los suyos de México, Cuba y los Estados Unidos. Y en una y otra van saludables consejos, directivas ascéticas, exhortaciones a la virtud.

Ya no volvió más ni a tierras aztecas, ni a "Cubita la bella", ni a la Castroville de sus sueños de apóstol.

Los Superiores de Turín pusieron al padre Mazzocchio en su lugar, y dijeron al padre Luis que esperara en aquella ciudadela salesiana. ¿Esperar qué?... En el capítulo XIV hemos narrado cómo la piedad caudalosa del santo varón, su oración encendida en amor, su humildad sincera y profunda, hicieron el milagro de defraudarnos, no solamente a nosotros, los patagónicos, sino a los mismísimos miembros del Capítulo Superior...

El padre Pedemonte dejó el Caribe. Pero quedó viva la presencia de Don Bosco en aquellas tierras. Cuando debí esgrimir argumentos para que los cónsules cubanos me dejaran entrar en Cuba, les solía decir:

—Mire, señor cónsul, que hay un libro mío que ha tenido seis ediciones en su país...

Eso era lo que yo creía. En realidad, al llegar a La Habana, fue grande y agradabilísima mi sorpresa cuando vi que mi *Los martes de Don Bosco* había tenido quince ediciones en la capital cubana —la última, de 20.000 ejemplares— y dos en México.

Ese modesto librito, publicado con motivo de la canonización de Don Bosco, había sido el instrumento de que se valieron los celosos salesianos de México y Cuba, para propagar admirablemente la devoción a San Juan Bosco.

Panamá lleva la palma en lo que a devoción a San Juan

Bosco se refiere. Pero después, y muy cerca, vienen México —ahí está León, que no me dejará mentir...— y Cuba. La presencia del Santo de la juventud se percibe allá muchísimo más que en nuestras tierras.

El padre Luis había arrojado la simiente. Los buenos hermanos del Caribe la cultivaron. Este librito no fue nada más que... la regadera.

CAPÍTULO XL

INTERMEZZO TRASANDINO

Los días que el padre Pedemonte pasaba en Valdocco, eran días de cielo para él. Era una *non otiosa quies*, (1) que él paladeaba con fruición de niño. No estaba en ocio. A cada triquitraque ocupaba un confesonario de la basílica; daba conferencias; conversaba con los alumnos; los invitaba a ir a México, al Perú, a la Patagonia...

Terminadas las fiestas de Don Bosco, los Superiores mandaron al padre Luis a Nizza Monferrato. Esa casa de las Hijas de María Auxiliadora fue la casa madre, hasta que las Superiores resolvieron irse a Turín. Pero Nizza conserva todavía el sello venerable de su prístino decanato.

¿Para qué lo enviaron a Nizza? Porque tenían que confiarle una misión importante entre las Hijas de María Auxiliadora. Iría a Chile como visitador extraordinario de estas Religiosas. El *Don Bosco de América* debía irradiar su espíritu también en el país trasandino.

Pero antes, el buen Dios, quizá en recompensa de aquella

(1) Descanso no ocioso (palabras de Pío XI).

noche que pasó ante el altar mayor de la basílica de María Auxiliadora, le deparó la dicha inefable de asistir al XXXII Congreso Eucarístico Internacional de Buenos Aires.

Llegó a esta Capital acompañando al cardenal Hlond, salesiano. Llegó, como hemos visto, sin dinero; y con una alegría desbordante. Sobre todo, cuando empezó el magno acontecimiento, y el cardenal Pacelli se adueñó de los corazones; cuando el padre Pedemonte, escondido allá, detrás de centenares de clérigos, sobre el inmenso escenario de Palermo, escuchaba la voz argentina de Napal; cuando vio ese campo de nieve que eran 108.000 niños vestidos de inocencia que comulgaban; cuando ayudó a confesar hombres durante casi toda la noche en la avenida y la plaza de Mayo; cuando observó con los ojos empañados de emoción al futuro papa Pío XII, extático ante el Santísimo sobre la carroza triunfal, y tras él, la enorme teoría de 200.000 Hijas de María tocadas de albura; cuando escuchó al Presidente consagrar la Nación a Dios y a la Virgen; cuando recibió de rodillas la bendición papal del Legado..., fueron momentos que su alma cristalina grabó para siempre en el recuerdo, y su corazón, fundido en la turquesa de la más severa piedad cristiana, sentía con cada una de sus fibras, y gustaba toda la ambrosía y los deliquios del enamorado de Dios, del santo...

En noviembre, el padre Pedro Ricaldone, nuevo Rector Mayor de los Salesianos, le escribió:

Querido Don Luis:

Mucho hemos gozado de los triunfos eucarísticos de Buenos Aires, y me alegra que tú hayas podido presenciar esos acontecimientos, que de seguro dejarán recuerdos indelebles en tu espíritu.

¡Ojalá en todas nuestras casas en particular, y en esa noble Nación en general, se viva siempre más intensamente la vida eucarística!

Te sigo con el pensamiento en tu peregrinación por el

Chile; pido para que esa misión sirva para bien de muchas almas.

Te escribiré antes que tú salgas de ésta, dándote instrucciones...

Por su parte, el prefecto general, Don Berruti, poco después, le escribirá lo siguiente:

Ruego al Señor que multiplique sobre Ud. las bendiciones y las gracias que necesita para su nueva misión, de menor responsabilidad, es cierto, pero no menos y quizá más eficaz para la gloria de Dios y el bien de las almas.

Mi buen P. Pedemonte: Conservo de Ud. tantos bellos recuerdos desde que lo conocí en Buenos Aires en 1909... La ausencia de hermanos tan apreciados y amados es una de las penas que siento en medio de las alegrías que se experimentan en este bendito Oratorio, y que me hace comprender por qué Don Bosco lloraba cuando partían para América sus queridos hijos...

No era la primera vez que el padre Pedemonte debía asumir la responsabilidad de visitador de Religiosas. Hombre de experiencia, por un lado, y de gran corazón para compadecer las humanas miserias, por otro, entiendo que era el indicado para el cargo.

No es fácil, por otra parte, captar la realidad del alma femenina. Pero el estudio, la observación y las luces que Dios no deja faltar a quien las pide con humildad, capacitan para dirigir conciencias, comprender los no leves problemas de estas almas, y poner el bálsamo que requieren sus heridas.

El padre Luis era dondequiera un experimentado director de almas. Díganlo, si no, estas palabras que le dirigen las Hermanas de Puerto Deseado, luego que él las visitara:

Rev. Padre:

Su llegada a esta casa, el poder reunirnos a su derredor, el gozar de su presencia, el escuchar sus paternales palabras, que evocan tantos sagrados recuerdos de heroicos mi-

sioneros y misioneras que nos han precedido, las interesantes noticias del admirable Ceferino y los sueños de nuestro santo Padre Don Bosco, referentes a estas regiones, nos han proporcionado una íntima satisfacción, comparable a la que experimenta el peregrino cuando llega a las delicias de un oasis...

El padre Pedemonte sabía llegar a las almas.

En Lima, cuando debió partir hacia el Norte, se despidió de las Hermanas. Y la Superiora le contesta:

No sé cómo agradecer su tierna y paternal carta con la cual se digna despedirse de las Hijas de María Auxiliadora de esta Inspectoría. Le aseguro que sus palabras han mitigado la pena que tenía escondida en el alma desde que X nos visitó, y que ofrecía a Dios en silencio con todas las demás que amargaron mi espíritu desde mi llegada al Perú...

En México, cuando debió ir a la beatificación de Don Bosco, visitó antes a Guadalajara. Una de las Religiosas, luego de esa visita y de una carta del Padre Inspector, escribe:

He recibido su esquela y le agradezco de corazón. En realidad, me ha confundido su bondad. Me corresponde a mí, a todas nosotras, agradecerle el bien que nos hizo durante la preciosa visita que, aunque breve, nos dejó como un perfume de flores boscanas. Muchas gracias, Padre, y buen viaje!

"Perfume de flores *boscanas*..." Le perdonamos a la Hermana el neologismo, en gracia a su perspicacia. Supo captar el perfume a Don Bosco que emanaba del padre Luis...

En Castroville, antes de viajar otra vez a Europa:

¡Cuánto gusto siento al poder enviarle estos renglones! Hace mucho que lo había querido hacer; pero por amor propio no lo había hecho. Mas hoy quiero vencerme y ser agradecida hacia quien tantos beneficios me ha prodigado. ¡Cuánto le agradezco todo el bien que me ha hecho! Que el buen Jesús se lo recompense. Ofreceré todos los días mis pobres oraciones por Ud. y por los que hacen tanto bien...

Estos ejemplos bastan para demostrar que el padre Pedemonte sabía encontrar el camino para llegar a la solución de los frecuentemente intrincados problemas femeninos. Y de ello dará pruebas constantemente, en la larga gira que hará por Chile, desde La Serena hasta Puerto Montt. Por todas partes dejó inmejorables impresiones. Y vayan otros ejemplos para demostrarlo.

En Linares, una Hija de María Auxiliadora le escribe:

¿Por qué me habrá privado el Señor de encontrarme otra vez con Ud. y recibir la absolución que Ud. sabe necesito más que todas? En fin, las satisfacciones no son para mí: haré lo que Ud. me ha dicho...

¡Cuánto me gustaría hacer, en confesión, la relación que de mi vida entera le hice, y después morir... Ud. conoce mi vida. Me ha inspirado una confianza tan grande, que le he confiado todos los secretos de mi corazón...

Le doy las gracias por la bondad que usó conmigo. Confío en sus oraciones...

Cuando partió de Linares, todas las Religiosas le expresaron su gratitud en la siguiente forma:

Como el adiós del sol, que deja fertilidad cuando se despide de la naturaleza, derramando sus rayos que parecen sonrisas del astro rey, así Vos, respetado Padre, nos disteis la despedida con la tranquilidad y bondad de una bondadosa superior, y que al retirarse, muy feliz por haber cumplido su misión, deja en cada una de sus hijas, el bálsamo del consuelo y el valor intrépido para seguir por las sendas de la observancia y de la virtud religiosa. ¡Dignaos, Padre, aceptar las más sinceras expresiones de gratitud por tal beneficio!...

De Magallanes escribe la Madre Inspectora, Sor A. Arata:

Recibí su att. carta, la que mucho agradezco, pues veo como continúa su obra paternal en bien de las Hermanas. Dios le recompense tanta generosidad, ya que su visita a la casa de Puerto Montt fue como bajada del Cielo para aque-

llas religiosas que tanto fruto espiritual han sacado de la misma...

De Turín escribe la Madre General, Sor Luisa Vaschetti:

Me escriben de Buenos Aires que estaban encantadas con la anunciada visita y han quedado apenadas cuando no se efectuó... En cambio de Chile, las casas que tuvieron la suerte de tenerla, me escriben archicontentas y me agradecen como si hubiera sido yo la que les brindó tamaña fortuna...

De Santiago, una de las Religiosas se expresa así:

Mucho agradezco su fina atención de mandarme la estampita escrita por Su Reverencia. La he leído muchas veces, tanto que sé su pensamiento de memoria. Es la pura verdad: quien más sufre en esta vida, más gozará en la otra... Desde el noviciado, siempre el Señor se ha dignado darme algún pedacito de su Cruz. Hace diez años me regaló una enfermedad. Estoy contenta con ella. Cuando una está bien, fácilmente se olvida de Dios; en la enfermedad, no se le olvida. La enfermedad es como una mina: una se enriquece y embellece su alma....

Almas así, estaban preparadas para entender la ascética del padre Luis.

De Los Andes, otra salesiana le escribe:

Con gran satisfacción he sabido que visitará, a su regreso, nuevamente esta casa. Me consideraré sumamente feliz, si en su bondad me reserva un momento para poder recibir su último consejo, que corone la obra que Ud. comenzó en mi alma...

El Obispo de Punta Arenas también es un calificado testigo de la obra magnífica que realizó el padre Pedemonte en el país hermano. Le dice monseñor Arturo Jara:

Celebro que su visita haya sido provechosa. Yo estoy de ello persuadido, y a pesar de que el P. Spriano trine, la realidad se impone, y Cristo, Caridad y Amor, sigue su camino de flores y frutos...

La Hermana Directora de X ha quedado en Y. Ha llegado muy resignada y mansita. Se ve que el Visitador es un buen amansador, bien que no creo que le haya dado muchos fastidios.

En tres escasos meses, el padre Pedemonte cumplió su misión y elevó el informe a Turín. Y volvió a la Patria. Aquí le tocaría aplicar muchos de los saludables consejos que había dado a las religiosas chilenas. Siempre hay algo que aprender. Y en aquel *intermezzo* trasandino, el padre Luis había atesorado mucha experiencia, que le serviría para otros veinticinco años de vida activa que Dios le tenía preparados.

CAPITULO XLI

“RIPOSEREMO IN PARADISO...”

El 8 de febrero de 1935, el Rector Mayor, Don Ricaldone, escribía al padre Pedemonte:

... debo comunicarte que los cambios y notables mutaciones introducidos en la Argentina, han obligado a los Superiores a disponer también de ti. Creemos que tu obra será eficaz en la casa de la Boca en Buenos Aires. Conocemos tu celo y estamos seguros que serás bendecido por Dios en esa importante misión...

Como en breve irá un visitador a la Argentina, le confiaremos a él la obra que tú debes interrumpir.

Te agradezco todo el bien que has hecho, e imploro sobre ti, sobre tu santa madre y sobre todos tus seres queridos las más copiosas bendiciones...

Volvería el padre Luis a su Boca nativa. No dijo una sola palabra. No dejaba de ser una *diminutio capitis* el nom-

mejor preparado, no sólo por su capacidad mental, sino también por su espíritu de sacrificio. Miró hacia los exalumnos de Don Bosco y las exalumnas de María Auxiliadora; buscó entre los Vicentinos; escogió lo mejor de la antigua y benemérita Sociedad Católica y del Apostolado de la Oración de hombres... Y con ellos pudo armar los cuadros de la flamante Acción Católica.

Había que formarlos. Para ello, no se contentó con darles un barniz de ilustración ascética, sino que durante los meses que precedieron a la oficialización, con inmenso sacrificio, se dedicó a la formación cabal de todas y cada una de las cuatro ramas. Fue una labor de gigante.

Con los elementos sobresalientes constituyó la Junta Parroquial. Ya tenía sus evangélicas milicias en marcha, y al frente, el estado mayor.

Al hombre de Dios se le multiplicaban las ocupaciones. En junio fue designado confesor de los teólogos que a la sazón estudiaban en Ramos Mejía. Debía viajar todos los jueves hacia aquella población.

Por otra parte, cuando de la gloria de Dios y el bien de las almas se trataba, él nunca decía que no; y así, al enterarse por la Sociedad Católica de que había muchos padres de familia desocupados, inmediatamente les aconsejó que fundaran una *bolsa de trabajo*, a fin de hallar acomodo para los empleados y obreros de la parroquia. Era el 15 de julio.

Un mes más, y ya daba el espaldarazo a los cuadros de su Acción Católica. Llamó al nuncio apostólico, monseñor Felipe Cortesi. Y el Prelado, en nombre del Pontífice, armó caballeros de la Cruz a aquellos hombres boquenses, a aquellos jóvenes vigorosos, a las damas piadosas y a las jóvenes encariñadas con el ideal cristiano. Fue un día de gloria para la boca. El Párroco vio galardonadas sus muchas vigiliás, sacrificios y humillaciones...

A principios del año siguiente, el 14 de marzo, llegaba a la Argentina el Arzobispo de Buenos Aires, decorado con la púrpura cardenalicia. Era el primer prelado hispanoamericano que alcanzaba tal honor. Y ¡era uno de los chiquillos a los que el padre Pedemonte enseñara Catecismo en el oratorio salesiano de San Isidro!...

El Párroco de la Boca hacía las cosas en grande. Antaño como hogao había en ese barrio muchos necesitados. Pues bien; el padre Luis, que para socorrer miserias estaba siempre listo, organizó repartos de víveres a los pobres, que hicieron época. Así, el sábado 28 de marzo de 1936 hubo una distribución organizada por los Vicentinos, que socorrieron a la friolera de 265 familias.

El Oratorio Festivo volvió por sus fueros. Comenzó a celebrarse el Día del Niño Boquense. Y era de ver los centenares de pilluelos que acudían. Los patios del viejo colegio resultaban chicos: había juegos, reparto de golosinas, cine, etc.

Ese año realizó una hermosa función infantil: la comunión pascual de los niños. No cupieron en la iglesia. Fue tal la afluencia de chiquillos, que la masa compacta de comulgantes se extendía hasta el patio. La obra del dinámico director y párroco iba en un *crescendo* maravilloso.

No había terminado de implantar una iniciativa, cuando ya tenía otra *ad portas*. A su Acción Católica la mantenía en constante entrenamiento. ¡Acción! Así la quería él: toda dinamismo y fuego sagrado.

Puede decirse que el padre Pedemonte había llegado a su apogeo. El caudal de experiencia acumulada, la visión cierta para resolver los problemas, el dón de gentes que le habían dado los años vividos intensamente..., todo concurría a que fuera un orador de Ejercicios solicitado. En las vacaciones, se lo disputaban la Argentina y el Uruguay. Durante el año, pa-

ra los Ejercicios de alumnos, lo reclamaban la Patagonia y esta Capital.

Sorprende, por ejemplo, pensar que no obstante las múltiples ocupaciones que tenía como director y párroco, en 1936 fuese a predicar a los aspirantes y novicios del Uruguay a principios de agosto, y el 23 ya saliera de viaje hacia Bahía Blanca, para predicar Ejercicios a los jóvenes del bachillerato. Llega de regreso, y al día siguiente, junto con el santo Don Orione, preside la peregrinación genovesa al santuario de Nuestra Señora de la Guardia, en Bernal.

En esos días, de paso para Roma, cena en la modesta casa de la Boca, con su amigo el padre Luis, monseñor Cicognani, hoy cardenal y secretario de Estado de la Santa Sede.

Ni las columnas de hierro de la avenida Alvear frenaban su celo. En esos días, yendo con su hermano Gotardo, dieron con el auto contra una de esas macizas columnas. Varios días de cama, y luego, adelante, con el optimismo de siempre.

En 1936 tuvo quinientas primeras comuniones en la parroquia, para la fiesta de la Inmaculada.

Todo esto, y lo que veremos en el capítulo siguiente, nos presentan un fenómeno de actividad poco común. Era cierto: "No hay profeta sin honor, como no sea en su tierra"; pero él, que no trabajaba para conquistar laureles y honores, se prodigaba en su querida Boca, como en sus mejores tiempos.

En enero de 1937, su hermana Rosa escribe al padre Reyneri, para pedirle que ordene al padre Luis vaya a pasar algunos días de descanso al lado de su anciana madre. El Padre Inspector, que era un hombre comprensivo, lo hizo.

Y el padre Pedemonte fue en esas vacaciones a disfrutar de un harto necesario reposo en la casa paterna, junto a doña María, que siempre suspiraba por él. Pero ¿saben mis lectores cuántos días estuvo de vacaciones en su casa? Fue el 10 de enero a Bernal, y el 14 lo vemos de vuelta en la Boca...



Con el padre inspector, D. Miguel Raspanti, observa los trabajos de la cripta del santuario de Nuestra Señora de la Guardia, en Bernal (año 1950).



El sueño del padre Pedemonte, hecho realidad.
Santuario de Nuestra Señora de la Guardia, en Bernal.

Riposeremo in Paradiso, decía Don Bosco. Y su vida entera fue un vértigo de acción. En América, su fiel retrato decía lo mismo. Y lo que es más impresionante y hermoso, lo practicaba...

CAPÍTULO XLII

LA PERFECTA ALEGRÍA

El 5 de febrero de 1936, el padre Pedemonte invita a los vecinos de la Boca a una reunión. Había visto que muchos chicos concurrían al colegio provistos de un emparedado que a duras penas su buena madre les había podido preparar. Cuando los demás niños merendaban, a las diez, ellos devoraban su *sándwich*; y a mediodía, cuando los otros se iban a casa para almorzar, ellos se quedaban sentados en el patio. ¿Para qué ir, si no había qué comer?...

El 16 de febrero, otra reunión más nutrida. Se constituye una comisión provisional, que preside el padre Luis. El 14 de marzo, asamblea general de vecinos. Ese día se funda el Asilo pro Infancia Desvalida de la Boca. Se eligen autoridades: Presidente, Antonio L. Zolezzi, y tesorero, el padre Pedemonte.

La Ribera, del 22 de marzo, trae las palabras del señor Antonio F. Molinari, que dijo: "Es un ejemplo de fecunda labor espiritual y social, que sin interrupción, desde el día en que se hizo cargo del curato, viene llevando a la práctica con beneplácito del vecindario..."

La subcomisión de damas, por medio de rifas, beneficios, almuerzos, sostenían la obra.

Todo el barrio de la Boca estaba impregnado, en esos días, del espíritu generoso del padre Luis. Él hacía banquetes con

el fin de allegar fondos, y a la vez sembraba la buena semilla. Así, *La Ribera* en mayo dijo: "Un banquete popular fue servido en el salón comedor de la casa salesiana, tras invitación del virtuoso y patriota padre Pedemonte, párroco de San Juan Evangelista".

El señor Reinaldo Elena, concejal de la Comuna, dijo en esa ocasión: "Palpita en el ambiente de la Boca la necesidad de un centro en el que se congregue la niñez abandonada o de padres menesterosos, y de ella me hice eco a veces: hoy empieza a plasmarse la idea en la magnífica iniciativa de este docto y comprensivo sacerdote..."

El 16 de julio de 1937, la asociación consigue la personería jurídica. Y el 17 de octubre de ese año se ven colmados los anhelos de todos: en una finca arrendada, en la calle Brandsen 364, se inauguraba la nueva entidad. Ya los niños boquenses tendrán hogar.

El 18, un enjambre de rapaces invadió todas sus dependencias. Tenían desayuno, almuerzo, merienda, ropa, calzado, instrucción, educación moral y religiosa, cariñosos cuidados, becas, trato familiar, premios, paseos...

La bendición del Asilo no la impartió el Párroco. Quiso que fuera el veterano padre Quaranta, que había conocido a Don Bosco, quien pronunciara la fórmula ritual.

Los vecinos recordaban que allá por el 1905, siendo jefe de policía de la Capital el coronel Rosendo Fraga, había propiciado en todas las comisarías una obra en favor de la niñez desvalida. Recordaba también que el comisario Diego Quintana, con don Roberto T. Hosking, habían tomado en serio la iniciativa, y habían colectado con ese fin una suma considerable. Averigua, y se percata de que la Comisión de marras aún subsiste, pero como letra muerta, no obstante los muchos pesos que el capital primitivo ha ido acumulando en el Banco.

Y como en 1936 fue invitado el Párroco a formar parte de la Comisión en calidad de primer vocal, esto le vino de perlas para sus fines: rescatar ese dinero, y hacer una obra positiva en favor de la niñez boquense.

Había quienes sostenían que éstos eran *fondos abandonados*. Sumaban más de cien mil pesos, que en 1936 no era moco de pavo. De modo que los que le habían echado el ojo, tenían interés en que fuera *res nullius* (cosa de nadie), para que pasara a ser *primi occupantis* (del primero que la ocupa) y fuese a parar a sus bolsillos.

No le resultó fácil al padre Pedemonte reunir antecedentes. Pero merced a su amistad con el doctor De Simone y con el escribano Castagnola —amén de la que tenía con el ministro Coll, de cuando acarreaba jóvenes contraventores a la Patagonia—, pudo al fin hacerse del dinero, antes que se volatilizara.

Si en ese momento los exalumnos de Don Bosco y las fuerzas vivas de la parroquia, secundando a su director y párroco, hubieran participado activamente en las elecciones que se realizaron con motivo de la reorganización de la entidad benéfica, habría pasado todo naturalmente, sin roces ni estridencias, a ser una magnífica obra parroquial. No le respondieron. Y entonces él debió hacer la obra, no para la parroquia, sino para la Comisión, de la que él era apenas primer vocal.

La obra se hizo. Primero, en la calle Brandsen. Y con el dinero del Banco se dio comienzo al actual edificio del Hogar de la Infancia Desvalida, de la calle Martín Rodríguez.

Como en la Comisión había mucha heterogeneidad de pensamiento, el padre Luis, no pudiendo realizar su obra social como él la entendía, inició en la calle Lamadrid otra entidad similar, que llamó Hogar Escuela del Niño Boquense, presidiendo por don Antonio L. Zolezzi y por varios vecinos de vieja cepa del barrio. Y ahí entraron a colaborar las jóvenes de Acción Católica, quienes se turnaban para cuidar, atender y dar

alimento al rumoroso enjambre de chiquillos necesitados que en número de ochenta llenaban los comedores del Hogar, amén de diez ancianos desamparados.

Es claro que no siempre las buenas jóvenes de la Acción Católica tenían tiempo suficiente para esto. Y eso fue providencial, pues el padre Pedemonte tuvo que buscar un conjunto de mujeres que consagraran su vida a la piadosa obra. Y así nació el Instituto Laical María Mazzarello, que estudiaremos en otro lugar.

Pero dos hogares paralelos eran algo así como dos gobiernos paralelos... Hubo que fusionarlos. Y ahí entra de lleno la grandeza de alma del padre Luis, que sacrificó todo, hasta su amor propio, cuando se trató del bien de la niñez desvalida.

Hoy todos pueden ver su bonito edificio, levantado en Martín Rodríguez 864. Ése es el Hogar de la Infancia de la Boca. Tal el nombre, después de la fusión. Como directora está la señorita Isabel Pinto, la misma que pusiera el padre Pedemonte hace veinticinco años. Pero... el Hogar pertenece a una comisión que responde al Rotary Club. Todos los jueves, los rotarianos tienen ahí su actual cena hebdomadaria.

Para el padre Luis no había vacaciones. En el verano era cuando más vida le daba al Oratorio. Baste decir que para Reyes de 1937 se repartieron juguetes nada menos que a seiscientos niños.

Ya veremos su obra en la isla Maciel. Por ahora, sólo debo recordar que desde el principio de su misión apostólica en la Boca, el padre Pedemonte miró casi diría con avidez a esa barriada eminentemente pobre y desamparada. Y tanto, que el 19 de febrero invitó al padre Reyneri a que viera con sus propios ojos ese desecho de la sociedad, y lo autorizara a iniciar una obra ahí. El Inspector, luego de la visita, le dio permiso para que una vez por mes fuera un sacerdote a rezar misa en una casa de familia, y atendiera a esos fieles cristianos.

El 8 de mayo de 1937. —dice la crónica— se echan las bases para la Unión de Padres de Alumnos y Oratorianos. El padre Luis los congregó con ocasión de una fiesta escolar, y luego les habló de la necesidad de agremiarse.

Al día siguiente, el padre Pedemonte asiste a las fiestas que conmemoraban el quincuagésimo aniversario de la coronación pontificia de la Virgen de Luján. Rezó, emocionado, perdido entre la turba. Recordaba que medio siglo antes había asistido como cantor al solemne rito que ofició monseñor León Federico Aneiros.

Todos los años, para las fiestas patrias, el Párroco reunía a sus feligreses, y había *Te Deum*, oración patriótica y... tal cual *bicchiere di vin bon*. Ese año (1937), la fiesta nacional adquirió relieves especiales. El Padre había conseguido de la Municipalidad un mástil de hierro (de la Dirección de Alumbrado). Ese día fue bendecido e inaugurado en el centro del patio. Los bomberos voluntarios de la Boca, que habían puesto un marco de marcialidad al acto, recibieron de manos del padre Luis, junto con la consabida *copita*, una medalla religiosa.

Ese año, el Párroco se preocupó por la formación del Consorcio de Médicos Católicos del barrio. El sábado 10 de julio de 1937 tiene lugar, en el refectorio del colegio, la primera cena de esa entidad.

Como buen pastor que era, procuraba alimentar a su grey, no sólo con pan, sino con el mejor sustento espiritual. Sabía que la felicidad de un pueblo no la da el dinero, sino la virtud. Y ésta la amasa la religión. Por eso, él se esmeraba en enseñar doctrina cristiana, no sólo a los chiquillos que acudían al oratorio parroquial y a los alumnos del colegio salesiano, sino a todos los niños del barrio, y también a los que frecuentaban las escuelas fiscales. Para ello solicitó y obtuvo la contribución de los clérigos de Bernal. De ese modo, mientras la niñez boquense recibía el alimento de la doctrina, los futuros

sacerdotes iban forjando su alma apostólica en el yunque del trabajo.

Fue necesaria la presencia de un boquense, para que en la Boca cristalizaran obras tan hermosas...

Muchos hombres parecen nacidos para hacer llorar a los niños. Los tiranos son hombres que, a la larga, siempre hacen daño a los párvulos.

¡Felices aquellos otros que parecen nacidos para hacer reír a los niños!... El padre Pedemonte era uno de ellos: toda su vida la empleó en derramar el bien; sobre todo, a los niños desamparados. Su mayor felicidad consistió en ver que tal cual sonrisa florecía en el rostro de un niño, fuera éste un detenido en el Depósito de Menores de la calle Tacuarí, o un chiquillo pobre de la Boca. Cuando el pequeño reía, feliz, el padre Luis también sonreía, tanto más feliz, cuanto más reflexiva era su alegría. Y su sonrisa de santo era como la cinta magnética que borraba todos los sinsabores, penas y sacrificios que su obra le había costado.

Y volvía a *grabar* una nueva obra social..., para que otros niños volvieran a sonreír.

Él, como Don Bosco, sonreía y hacía sonreír: ésa es la perfecta alegría...

CAPÍTULO XLIII

FUNDADOR Y PADRE

Los chicos crecen. Los que habían entrado en el Hogar de nueve y diez años, a los tres tenían ya doce y trece. Y como el instituto era mixto, ya comenzaban a asomar dificultades. El padre Luis, celoso defensor de la pureza a lo Don Bosco,

vio venir el problema, y trató de solucionarlo. Los otros miembros de la Comisión no encontraban dificultad alguna. El buen salesiano no pudo persuadirlos de que había que separar. Entonces no le quedó otro camino que separarse él, y fundar otro asilo infantil a su paladar.

Pero para eso necesitaba personal; y ¿de dónde sacarlo? Fue entonces cuando algunas jóvenes de la Boca comenzaron a escuchar de labios de su confesor y párroco, palabras enigmáticas: "Dar la vida por Dios", "Seguir a Jesús, que tiene corona de espinas"; "El fin de nuestra vida no es gozar, sino sufrir acá, para triunfar allá"; etc.

Hablaba a las jóvenes de Acción Católica, que él consideraba los mejores elementos. Ninguna de ellas sabía lo que las otras había oído. Hasta que llegó la hora de Dios: les dijo que iba a predicarles un triduo de retiro espiritual. Y así lo hizo, los días 26, 27 y 28 de julio de 1939. Era la preparación próxima.

Les habló de una organización destinada a regentar el Asilo del Niño Boquense. Durante todo el triduo habló sólo del Sermón de la Montaña. Y el 29 rompía la marcha un nuevo instituto secular.

Se llamó al principio, Pía Unión María Mazzarello de Cooperadoras Salesianas. Pero, amén de ser demasiado largo, el Padre Inspector no le permitió que usara el nombre de *cooperadoras*. Primera dificultad.

El veía claro. Le parecía que Don Bosco, al hablar de los cooperadores, ya anunciaba obras como ésa. Pero debió renunciar a su punto de vista.

El buen sacerdote sufrió no poco, en esta época de su vida. Más de una sonrisa burlona, más de una frase intencionada, más de una palabra punzante, murieron, ese año y los siguientes, como muere y se apaga el eco que da contra un muro acolchado. Su habitual mansedumbre fue el edredón de plu-

mas que embotaba los vocablos hirientes. Bajaba los ojos, callaba, sonreía, a veces amargamente, y ofrecía a Dios una nueva humillación por el éxito de su obra...

¡Debe de ser cosa tremenda ver claro donde los demás no ven nada! Por eso, Don Bosco, cuando le tocó fundar su Sociedad Salesiana, sufrió agonías de muerte.

¿Cómo llamaría a la Superiora?... En esos días, el santo varón andaba como enajenado: abstraído, parecía un sonámbulo. Y era que iba plasmando *su obra*, la obra que debería prolongar su pensamiento y sus virtudes a través de los tiempos. A la Superiora la llamó *Priora*, y a las demás integrantes del Consejo Superior les dio nombres adecuados. Pero el nombre no contaba gran cosa: lo principal era infundirles un espíritu genuinamente evangélico, y tan sólido, que, como los castillos medievales, desafiara la injuria del tiempo. Eso era lo que a él lo preocupaba, lo que lo traía al retortero.

Cuando el actual Obispo de Morón ocupó el cargo de inspector, el padre Pedemonte pudo dar algunos pasos más hacia el afianzamiento de su fundación. Dos ancianitos lo animaban: los padres Cavagliá y Quaranta.

La obra era amplia: se ocuparía en la atención de ancianos y niños, en preparar primeras comuniones, en ayudar a la parroquia, en instalar consultorios gratuitos...

¡Cosas del amor! El médico de su consultorio gratuito era hebreo. Excelente médico y excelente persona. Hoy es cristiano. Un día feliz, sobre su frente corrieron las aguas bautismales. Era el premio de Dios a los que trabajan por El.

Y las jóvenes empezaron a nuclearse en torno al padre Luis y a la Pía Unión. También ellas tuvieron su huerto de los Olivos y su Calvario. "*Sine sanguinis effusione non fit remissio*. Sin efusión de sangre no hay redención posible", dice San Pablo (Hebreos, IX, 22).

Las humillaciones que esas heroínas debieron soportar

dentro y fuera del templo, no son para dichas. Por eso, *su Padre* las había venido preparando desde tiempo atrás, con aquellas palabras misteriosas que ellas, claro, al principio no entendieron.

El padre Pedemonte escribió el reglamento. Lo estudió, lo dio a leer a profesores de derecho, lo meditó... Al cabo lo presentó al Cardenal. El buen sacerdote necesitaba una palabra oficial, que fuera el rodrión que apuntalara su obra. Si Su Eminencia la apoyaba, ya tendría la mitad del camino hecho. Por eso, aquel día de diciembre entró temblando y rezando en el edificio de la calle Rivadavia. El cardenal Cope-llo bendijo sonriente las estampitas que le presentó; le dijo que él lo dejaría obrar, que no pondría trabas a su fundación..., pero nada más.

En la calle Lamadrid 470, sede central de su obra, lo esperaban sus hijas. Sus semblantes preguntaban ansiosos. El padre Luis sonrió como siempre. Y les dijo la verdad.

Había que buscar otro camino. Ya Dios se encargaría de hacérselo hallar. Y lo encontró. Ese Sur que tantas satisfacciones le había proporcionado ya, debía darle una más. El actual Arzobispo de Bahía Blanca —entonces, obispo—, cuando llega un sacerdote a visitarlo, lo convida con mate. Mientras uno sorbe esa cálida infusión, servida por una mano en que relampaguea una perla, no puede menos de reflexionar: “¡Qué bello rasgo de cristiana fraternidad, simbolizado en un simple mate criollo! Este hombre es capaz de cualquier gauchada...” Y ése fue el hombre que le hizo al padre Pedemonte la *gau-chada* de aprobar en su diócesis la obra y las constituciones del flamante instituto. Monseñor Germiniano Esorto, hijo de italianos del nordeste de la península, le tendía la mano al vástago de padres nacidos en el noroeste itálico.

Don Bosco había andado años enteros peregrinando por Italia, para lograr que los prelados le aprobaran las constitu-

ciones salesianas; y ahora le tocaba a su sosías americano hacer lo propio. Don Bosco encontró apoyo en los obispos que él había visto chiquillos en sus oratorios, trocados en prelados de la Iglesia; y el padre Luis también encontrará más adelante, en sus discípulos, el sostén, apoyo y valimiento que tanto necesitaba.

Las obras de Dios son como las coles: hay que trasplantarlas, para que crezcan. Algunos gajos de la calle Lamadrid comenzaron a brotar en otras partes. Sobre todo, en Bahía Blanca. Allá está el padre Miguel Arocena, que une a su generosidad salesiana, una tenacidad vascongada. Él fue el instrumento de Dios para plantar, regar y podar el nuevo arbusto cuya semilla se echó en la Boca.

La isla Maciel debía ser la liza de los primeros escarceos apostólicos de las Hijas del padre Pedemonte. Un grupo de exalumnos, dirigidos por don Manuel Viacava, por indicación del padre Luis y con la anuencia del Párroco del Dock Sur, inician una obra de carácter religioso-social en ese lugar.

Existía un salón que fuera antes negocio, donde un sacerdote del Dock Sur solía rezar misa. En octubre de 1936 había suspendido toda actividad religiosa, por falta de colaboración. Los Exalumnos de Don Bosco, en marzo de 1937, establecen ahí un oratorio festivo llamado Don Bosco, y obtienen que un sacerdote les rece misa periódicamente. Formaron una comisión de cooperadores de esa obra, y consiguieron, además, una casilla de madera. La trasladaron a la isla Maciel, y fue la ermita de Nuestra Señora de la Guardia, que bendijo monseñor Solari, arzobispo de La Plata.

Las socias de la Pía Unión tomaron con cariño esa obra, porque, así como Don Bosco fundó las Hijas de María Auxiliadora sobre la base de las que reunía el padre Domingo Pestarino, así el padre Pedemonte había fundado su instituto so-

bre el cimiento de una Cofradía de Santa Teresita que funcionaba en la isla Maciel.

Ese Oratorio se convirtió en parroquia, y la ermita, en templo. Hoy funciona ahí la iglesia parroquial de Nuestra Señora de Fátima.

Las Religiosas del padre Pedemonte prosiguen irradiando la luz del Evangelio en la isla Maciel. El sufrimiento fue, también ahí, el *pampero* que sacudió el árbol boquense, para probar hasta qué punto había echado raíces...

Gajos de ese arbolito han prendido también en Bernal; en Villa Gaete; en Bahía Blanca, calle Tucumán y barrio Palihue; en Carmen de Patagones, en Viedma, en Villa Regina, en Ingeniero Huergo...

Como Don Bosco encontró cooperadores, así el padre Pedemonte no dejó de hallar almas generosas que lo ayudaron: unos, con su dinero; algunos, con su influencia, y otros, con su trabajo personal, a consolidar su obra.

Cuando la Santa Sede emanó aquella constitución titulada *Provida Mater*, el 2 de febrero de 1947, sobre organización y régimen de los institutos seculares, el buen fundador de la Boca exultó. Ahí estaba la palabra del Sumo Pontífice aprobando, implícitamente, su obra dilecta, que a partir de entonces entraba de lleno en la corriente de las instituciones de la Iglesia. Su sueño se trocaba en realidad. Pocas veces como entonces se vio al padre Pedemonte hecho unas pascuas.

Luego vino el motu proprio *Primo feliciter*, del 2 de marzo de 1948. Fue la miel sobre hojuelas del júbilo del santo fundador.

El creyó que podía entonces cantar el *Nunc dimittis*; pero Dios le reservaba todavía muchas cruces y algunas alegrías.

Es el 31 de enero de 1962. Faltan ocho días para el tránsito del padre Pedemonte a la eternidad. Ha ido arrastrándose de la casa salesiana de Bernal a la casa de sus padres,

trocada en hogar de madres de sacerdotes. Sufre. Sufre enormemente. Está de pie, pero asido fuertemente a los barrotes de una ventana. Traspira copiosamente. En eso llegan algunas de sus Hijas de la isla Maciel. Vuelven radiantes de alegría. Y le narran por qué:

—¡Hoy había cuatrocientos chicos y chicas en el Oratorio! ¡El día de Don Boscol! ¡Qué día de glorial...

Al anciano se le ilumina el rostro. Sus ojos apagados vuelven a su pristino brillo ancestral. Una gran sonrisa pareciera darle una inyección de vida. Y dice las palabras que recogieron las Religiosas del instituto presentes:

—¡Qué bueno es Dios! ¡Cómo nos bendice! ¡Bien vale la pena sufrir un poco, para cosechar tanta dichal...

Él veía en ese éxito del día de Don Bosco, el afianzamiento de su obra. Él vio en ese momento que su querido instituto secular era el hilo de oro que unía a Don Bosco con él, y a él con el futuro.

Sus sueños de apóstol no se esfumarán. Han cristalizado en una entidad jurídicamente responsable, y eclesiásticamente reconocida. Ahora sí puede cerrar los ojos tranquilo: sobre la ironía punzante de algunos, está la sonrisa del que ríe último; sobre la sorna de otros, se yergue desafiando los tiempos, cristalizado en realidad, su sueño de fundador y padre.

CAPÍTULO XLIV

FORJADOR DE SANTOS

La obra parroquial del padre Luis en la Boca fue grande. Las procesiones tradicionales se conservaron; pero a ellas se añadieron confesiones y comuniones. *Gli spari di bombe* siguieron crepitando sobre los tejados; pero los que disparaban

las bombas ahora oían misa. Las múltiples cofradías de itálico abolengo continuaron; pero los cofrades, merced a la acción paciente del Párroco, llevaron una vida ajustada a los principios cristianos.

El padre Pedemonte estaba en todo. Cuando el 18 de febrero de 1938 se dio comienzo al estadio del Club Boca Juniors, fue él quien, en presencia del presidente de la Nación, doctor Roberto M. Ortiz, bendijo la piedra fundamental. Cuando el 25 de mayo de 1940 se terminó, lo bendijo el cardenal Santiago L. Copello, primado de la Iglesia argentina; pero en la noche, el Párroco fue invitado de honor a la cena de inauguración. Y cuando el 2 de junio de ese año se rezó una misa en el estadio del popular club de la ribera, fue el padre Luis quien la ofició.

Terminado su sexenio canónico, en 1941, el buen Padre vuelve a su viejo Colegio Pío IX. Ahora será solamente consejero inspectorial; consultor de la Curia Metropolitana, designado por el Cardenal, y confesor. Poca cosa, como actividad, para quien estaba avezado a desplegar una acción muy superior a todo eso.

Y como él, no obstante sus sesenta y cinco años, tenía una energía y un dinamismo irrefrenables, de ahí que, llevado por esa incoercible actividad de Don Bosco, encontrara una vocación que hasta entonces no se había manifestado en él. Desde entonces el padre Pedemonte será forjador de santos.

Los santos los hace Dios. Sólo El, con la contribución, naturalmente, de la voluntad del predestinado. Y la Iglesia los canoniza. Mas para llegar a los altares, hay que iniciar las causas de beatificación y canonización. Y aquí es donde interviene la mano del hombre.

El padre Luis comenzó su nueva misión levantando, como una oriflama, el nombre de Ceferino Namuncurá, el hijo del cacique vorogano Manuel Namuncurá. Huelga decir que los

principios fueron duros. El padre José Vespignani había solicitado se reuniera material para una biografía del santo indiecito. Lo mejor del material lo tenía el padre Pagliere; sobre todo, el epistolario. Él había sido encargado de escribir una biografía exhaustiva del joven araucano.

Ahora bien; el padre Pagliere no estaba ya en condiciones de estructurar un libro de aliento como ése. Pero ¿quién rescataría esos documentos, cuando el anciano sacerdote tenía siempre la intención de escribir esa obra?...

Pasaron años, antes que el padre Pedemonte pudiera reunir los elementos indispensables para narrar las hazañas del caciquito. Entre tanto, el padre Luis le abría camino con la palabra viva, el verbo, que "es más penetrante que espada de doble filo", como les dice San Pablo a los hebreos. Y en conferencias, en conversaciones y en las tradicionales *buenas noches*, el padre Pedemonte comenzó a hablar de Ceferino.

Al principio se le reían en las barbas. ¿Traer como dechado de santidad a un indio del desierto, aquí, en la Capital de la Argentina? ¿No ha sido siempre el indio un sér menospreciado, casi abyecto? Pero el padre Luis, que sabía que "los últimos serán los primeros"; él, que siempre había considerado al aborígen como a su mejor amigo; él, que tenía una cordial simpatía por todos los humildes, no se arredró ni ante la sonrisa sarcástica, ni ante la frase intencionada, ni ante la burla despectiva. Y siguió hablando de Ceferino. Y luego comenzó a escribir. Y publicó varias pequeñas biografías. Y la fama del indiecito se fue adentrando en el pueblo. Y la gente consiguió favores y gracias... Y los círculos concéntricos de su irradiación se fueron ensanchando.

Hoy día, su fama ha traspasado la barrera de la ironía. Hoy es un Siervo de Dios que va orondamente camino de los altares. La Sagrada Congregación de Ritos ha tomado cartas en el asunto desde 1948. El Sumo Pontífice dio su consenti-

miento, y el 3 de marzo de 1957 se introdujo la causa de beatificación. Luego se ordenó desde el Vaticano instaurar los procesos apostólicos en Roma, Turín, Viedma y Morón. Un año dialogando con testigos.

En 1958 llegaron las actas a la Sagrada Congregación de Ritos. Se analizaron. Había que comprobar que se habían ajustado a las normas canónicas. Y el 29 de enero de 1962 se aprobó la validez de los procesos.

Falta todavía mucho camino por andar. Pero nuestro humilde compatriota ha ido hasta ahora en volandas. Las virtudes de Ceferino deberán resistir la prueba de fuego de tres asambleas (*Congregationes*): la antepreparatoria, la preparatoria y la general. En ésta estará presente el Sumo Pontífice. Y así se irán escalonando los títulos de Venerable, Beato y Santo con que nuestro Ceferino, lo esperamos confiadamente, será honrado.

Ceferino ha sido para el padre Pedemonte causa de muchos sinsabores; pero, también, de enormes satisfacciones. ¡Con qué fruición sonreía al comprobar que Ceferino era conocido en los Estados Unidos, y en Europa, y en Asia!... Y lo mismo, cuando le llegaban noticias de las gracias y favores conseguidos por su intercesión, a todas luces sobrenaturales; cuando se formaban peñas en ciudades argentinas, para difundir su devoción; cuando uno de los máximos valores literarios de nuestro país, don Manuel Gálvez, toma la pluma y escribe *El santito de la toltería*.

Y en pos de él, Laura Vicuña. Una niña chilena de ilustre abolengo, cuya madre viuda, por motivos políticos, debe emigrar a la Argentina. Y en las aulas de un pobre colegio de las Hijas de María Auxiliadora, el de Junín de los Andes, Laura crece tanto en santidad, que obtiene de Dios ser víctima y holocausto por la salvación de su madre.

Al padre Luis lo sedujo el drama nimbado de gloria

de la jovencita. Inició los trabajos para su causa de beatificación. En Italia vino a dar con la madre Genghini, que desde muchos años atrás buscaba, como el filósofo griego, al hombre que se consagrara a encauzar ese torrente de posibilidades que ofrecía *Laurita*.

Cuando el padre Pedemonte vio que se contaban por decenas las biografías escritas sobre Laura —las hay impresas hasta en chino...—, subió de punto su empeño en terminar la obra empezada. Y fue entonces cuando, a despecho de sus años y de sus achaques, emprendió viajes a las Cordilleras y a la Patagonia; compiló cuanto dato pudiera ser de valor; juntó cuanto documento pudiera arrojar luz sobre la grácil figura de su *Laurita*; consiguió interesar al Procurador General de la Congregación, para iniciar los trabajos en Roma; se empeñó y obtuvo que se escribiera una biografía exhaustiva de la niña; habló y escribió sobre la heroicidad de sus virtudes, y la difundió por todos los medios modernos; organizó una junta ejecutiva y un lugar —colegio de las salesianas de Bernal— donde se concentrara todo lo referente a Laura...

Y ya engolosinado con los éxitos obtenidos, comenzó a trabajar en otras causas de Siervos de Dios. Y creó en la parroquia de Bernal una oficina que tuviera por especial misión entender en todo lo que a las incipientes *causas* se refiriera.

Y piensa en uno de sus compañeros de aspirantado, allá en los lejanos 1885-1893 del *Colegio San Carlos*. (1) Piensa en un bondadoso coadjutor salesiano, "el primer coadjutor salesiano argentino", según reza el subtítulo de su biografía. El padre Luis quería que Enriquito Rezzónico fuera el dechado de todos los salesianos que no visten hábito.

Con ese motivo escribió en 1953 un librito, con los datos biográficos recopilados muchos años antes por el padre José

(1) Actual Colegio Industrial Pío IX, en la calle Don Bosco 4002, Capital Federal.

Vespignani, y el padre Pedemonte lo prologó. Dice en ese prefacio: "Gocé en el recuerdo de los años de mi niñez y mocedad, vividos en contacto directo con ese ejemplar de virtudes que hacía el encanto de nuestras horas escolares..."

Después, el padre Pedemonte puso los ojos en otro, si se quiere, candidato a los altares: el padre José Vespignani. Este misionero de la primera hora vivió en Buenos Aires desde 1878 hasta 1922. Él fue quien dio la tónica de la ascética salesiana en la Capital y en las provincias que de ella dependían. Su labor fue fecunda y amplísima. El padre Luis tenía por él, como lo hemos visto, verdadera veneración. Para él fue siempre su mentor y maestro. Cuando niño, lo miraba como a Superior eminente, y cuando inspector, como a un guía seguro. El padre Lorenzo Massa escribió de él una voluminosa biografía. Pero el padre Pedemonte, forjador de santos, comenzó a buscar nuevos testimonios, difundió estampas con la imagen del padre José, y compuso una oración pidiendo a Dios lo glorificara.

También tuvo tiempo para dedicarlo al coadjutor Enrique Botta, un excelente laico de la Sociedad Salesiana que trabajó en la Capital Federal por muchísimos años. Fue de los primeros jóvenes que, cuando en 1875 llegaron los primeros salesianos a Buenos Aires, dieron su nombre a la Obra de Don Bosco. Era carpintero de oficio; pero debió ser un *factótum*, por los mil menesteres en que hubo de actuar; especialmente cuando debió consagrarse en cuerpo y alma a la dirección de los obreros que trabajaron en la construcción de la actual Basílica de María Auxiliadora y San Carlos.

Era realmente un alma de Dios. Quiénes lo conocieron en las postrimerías de su vida, perdido en las sombras de su ocaso senil, con el rosario constantemente en la mano, rezando por inercia, lo recuerdan con admiración. Y en la causa de

este santo varón de Dios trabajó también el padre Pedemonte. Buscó datos, hizo escribir testimonios, preparó biografías...

Y siempre en pos de la devoción a Nuestra Señora de la Guardia, vino a dar, en San Luis, con un anciano picapedrero. El rabadomante que había en nuestro biografiado, captó enseñada una veta inesperada de santidad.

Ipsa facto se hizo amigo y colaborador del anciano, y se convirtió en su admirador y apologista. Pero este candidato a los altares, que se sumaba a los que iba forjando el padre Pedemonte, merece capítulo aparte.

CAPÍTULO XLV

COMPAÑERO DE RUTA

Alfredo Picca era piamontés. Nació en Large, Cúneo, el año 1866. Ahí se casó con María Re, a los veintitrés años de edad.

En 1892 —ya con dos hijitos, Ana y Alfredo—, emprendieron viaje a la Argentina. El cuarto centenario del descubrimiento de América los sorprendió en el mar, siguiendo la ruta de Colón.

De Buenos Aires se fueron a San Francisco (Córdoba). Años malos, sequía pertinaz, vientos, no permitieron al laborioso piamontés medrar en el campo. Decidió mirar hacia las sierras, y seguir el oficio de picapedrero, que aprendiera en su tierra nativa.

Primero trabajó en La Calera (Córdoba), y luego en El Volcán (San Luis). En la capital de esta provincia compró una casita cerca de la iglesia, para poder ir a misa con frecuencia.

Intentó abrirse camino como comerciante; pero fracasó. Él no estaba hecho para sisar, ni para engañar, ni para mentir..., y así debió continuar labrando el duro granito de las sierras puntanas.

Mientras trabajaba para los demás, hacía cruces de piedra, y las colocaba en lugares estratégicos sobre los montes.

Al mismo tiempo acompañaba a cuanto misionero circular aparecía por la provincia puntana. Gozaba en ayudar a los sacerdotes. Así podía saciar mejor sus ansias de apostolado. Pues Alfredo sentía en el alma la ignorancia y dejadez de la gente.

Entre tanto, sus hijos aumentaban "como renuevos de olivo", al decir del Salmista. Tuvieron catorce...

Alfredo seguía su profesión de picapedrero; pero lo acució un anhelo. Cuando partió de Génova, al echar una mirada a su *bella Italia*, vio el monte Figogna; rezó a Nuestra Señora de la Guardia, y le pareció que Ella le daba un mensaje para América...

Cuando comenzó a trabajar en Córdoba en labores campestres, cierto día, conduciendo un carro cargado de trigo, se le encabritaron los caballos y echaron a disparar en desenfundada carrera. El carro volcó. Picca cayó pesadamente al suelo, y vio, con terror, que aquella montaña de bolsas de trigo se le iba encima... En ese momento no se acordó de la Virgen de Vicoforte de Mondovía, su tierra, sino de la Virgen de la Guardia. Y a Ella se encomendó, prometiendo nada menos que un santuario, si salía con vida de esa aventura.

El hecho es que al caer sobre él, las bolsas dejaron una concavidad, de donde lo sacaron sano y salvo.

En 1920 había en la localidad puntana de Fraga unos cuantos colonos italianos que recibían el boletín mensual de Nuestra Señora de la Guardia, publicado por el santuario del monte Figogna. Picca se les unió. Formó con ellos un coro

parroquial, y todos los domingos cantaban en la iglesia *a squarcia gola*.

Y todos los años, el 29 de agosto, fiesta de la Virgen de la Guardia, en San Luis se celebraba una misa solemne en honor de la Santa Patrona. Entre tanto, se iban acumulando las donaciones de los devotos.

Cuando juntaron lo suficiente, Picca mandó comprar una estatua de la Virgen de la Guardia a Buenos Aires. Era el año 1939.

El santo anciano le preparó un altar en su casa, y ahí rezaba el Rosario con su familia. Ahora necesitaba un terreno para levantar el templo prometido.

Pasaron dos años, y la imagen seguía en casa de Alfredo. Hasta que unos buenos vecinos —don Domingo Mollo y señora— donaron para fines piadosos un terreno en El Volcán, a dieciocho kilómetros de la capital, sobre la falda de la sierra.

Monseñor Tibiletti aceptó la donación, con gran regocijo espiritual de Picca. Y una vez en el lugar, el buen Prelado accedió también a ubicar el santuario donde Alfredo quería.

Pero ahora faltaba lo principal, el dinero. No tenían más que veinte pesos en caja... Pero la fe mueve las montañas. El anciano empleó el sistema de a Dios rogando y con el mazo dando, pues hacía colectas y trabajaba.

Con el permiso del Obispo, todos los domingos y días festivos se veía al santo varón encaminarse hacia El Volcán, acompañado de alguno de sus hijos, a pie —cuando no hallaba algún camión que lo levantara—; y allá, a despecho de sus setenta y tres años, trabajaba de sol a sol edificando el templo.

La gente veía ese prodigio de fe, y daba. Daba en abundancia. El Obispo lo animaba; pero temía que no viera terminada su obra.

Y sin embargo, pronto se vieron cosas admirables. El 14 de setiembre de 1941 se bendecía la piedra fundamental den-

tro del recinto, ya de cuatro metros de altura, y con la torre comenzada. Tanto monseñor Tibiletti como monseñor Caggiano celebraron sendas primeras misas. Picca recibió, por primero, la sagrada comunión en el santuario.

Y como no quería que eso se estancara, un buen día Picca anunció a sus hijos y nietos que junto con María —a quien él cariñosamente llamaba *Mamita*— se iban a El Volcán.

Y se fueron. Una pieza y una cocina junto al santuario fueron la residencia de los dos santos viejecitos, ermitaños de la Virgen. Ambos trabajaban, rezaban, suspiraban por ver terminada la casa del Señor...

Diez años al pie de la sierra, junto al erigendo santuario.

En 1941, el padre Pedemonte supo, por doña Quintina A. de Mendoza —esposa del Gobernador de la provincia—, lo que se estaba haciendo en San Luis. Y el santo sacerdote pensó inmediatamente en allegar el hombro a una obra tan simpática. Así, el 10 de mayo de ese año escribe a Picca y señora: “Sin tener el gusto de conocerlos personalmente, me dirijo a ustedes, iluminados devotos de Nuestra Señora de la Guardia...”

Y como él tenía una buena experiencia en achaque de santuarios, comenzó también hacia San Luis una serie de peregrinaciones como las que durante tantos años había iniciado en Fortín Mercedes.

Y fue emocionante el ver a este anciano sacerdote preparar las peregrinaciones a una distancia aproximada a los novecientos kilómetros, y, año tras año, enfervorizar a los devotos de la Virgen de la Guardia, para que resultaran cada vez más nutridas.

La primera peregrinación organizada y presidida por él, fue en 1944. Se bendijo entonces la iglesia, y se trasladó la estatua. Luego prosiguieron casi todos los años las piadosas romerías.

Casi anualmente, decimos; porque entre 1944 y 1957 se realizaron diez peregrinaciones de Buenos Aires a El Volcán.

Impresionaba el espectáculo del padre Luis, que poco menos que arrastrándose, y siempre sonriente y feliz, se encaminaba hacia el trono de su Virgen de la Guardia, en aquella localidad puntana...

La última fue la de 1957. Pero a ésa ya no pudo ir. Los achaques lo habían postrado.

Cuando todo estaba ya en marcha en El Volcán, los dos ancianitos, a pedido de sus hijos, regresaron a la ciudad de San Luis. Volvían para morir. Primero se fue, suavemente, dulcemente, como había vivido, doña María Re de Picca, la *Mamita*..., y luego él también emprendió el viaje sin retorno. Iba a encontrarse con ella, cuando estaba por cumplir los ochenta y siete años...

Huelga decir que cuando nuestro rabadomante conoció a ese anciano de manos callosas y tez curtida por las intemperies, que guardaba en el cofre tosco de su cuerpo un alma tan cristalinamente angelical, quedó pasmado. Era como si el geólogo hubiera dado con una veta de oro puro...

En esos días lo hemos visto tan entusiasmado, que hasta hizo versos. Su euforia se trocó en plectro. Se sintió poeta... Y andan por ahí, impresos, unos versos sencillos dedicados a la Virgen de El Volcán, y escritos por el padre Luis, convertido en juglar de Nuestra Señora de la Guardia.

Huelga decir también que el cultor de vocaciones que fue siempre el padre Pedemonte, arrojó la divina simiente en esa familia, donde halló un terreno tan bien preparado. Y así, uno de los nietos de don Alfredo, el clérigo Juan Vicente Picca, está hoy cursando estudios teológicos en el Instituto Internacional Don Bosco, de Turín.

Y claro, una vez que el anciano piamontés pasó a mejor vida, el padre Luis no pudo menos de pensar en que ese inmi-

grante que había conservado incólume su fe en estas bravías tierras americanas, y había levantado nada menos que un santuario a la Virgen, bien merecía estar en el catálogo de los Santos. E incontinenti lo añadió a la lista de sus *candidatos*.

El 22 de enero de 1954 escribía el padre Pedemonte al autor de estas páginas:

Estuve en San Luis y recogí datos de valor: un picapedrero —cristiano integral—, creador de un santuario y sembrador de cruces. Muere con la cruz que trajo de su pueblo hace sesenta años. Espera la gloria de los altares, porque sabe todo a sencillo y sobrenatural...

Y el 2 de mayo de 1955 escribía al padre Raspanti, inspector suyo en aquel entonces:

S. E. Mons. Di Pasquo ve bien que se forme una comisión para el traslado de los restos de los esposos Picca, desde el cementerio al cerro del Calvario. Autorizó la oración para pedir gracias por su valimiento y la redacción de un folleto que divulgue una síntesis de la vida de este modelo de obrero, excepcionalmente devoto de la Pasión de N. S. Jesucristo y de la Sma. Virgen, padre de 14 hijos con 61 nietos y bisnietos, admirado y ponderado de propios y extraños, trabajador productivo y leal compañero de trabajo... (1)

¡Cuánto hubiera gozado el padre Luis viendo a su amigo don Alfredo sobre los altares, con la barba revuelta, el cincel en la mano y la mirada toda en Dios! Pero... las enfermedades y la muerte —¡solamente eso!...— frenaron para siempre la dinámica del gran salesiano.

Sobre su escritorio quedaron manuscritos, fotografías, testimonios, para iniciar otras causas de canonización. Y él fue a reunirse con su compañero de ruta en lo más alto de los Cielos...

(1) No olvidemos que el padre Pedemonte escribía el 2 de mayo de 1955. El día anterior, todo el país había escuchado violentísimos discursos contra la Iglesia...

¿Encontrará el padre Pedemonte un forjador de Santos que se consagre a su causa? Creemos sinceramente que sí. Bien se lo merece...

CAPÍTULO XLVI

FELIZ ENTRE LOS HUÉRFANOS

En 1871, la ciudad de Buenos Aires fue azotada por una epidemia asoladora: la fiebre amarilla. La Capital contaba 180.000 habitantes, 17.000 de los cuales bajaron a la tumba. El 10 de abril se presentaron quinientos casos. En la Chacarita había seiscientos cadáveres sin sepultar...

Es de imaginar la cantidad enorme de huérfanos que quedaron. La caridad de las damas porteñas habilitó entonces el Asilo de Huérfanos de la calle México, cuando aún no estaba terminado. En 1877, al establecer los Salesianos su primer Colegio de Artes y Oficios, (1) en las calles Tacuarí y San Juan, los primeros veinticinco alumnos salesianos internos salieron de ese Asilo.

El Asilo seguía siendo patrocinado por las Damas de Beneficencia, esa benemérita sociedad que fundara Rivadavia en 1823. En 1942, la Sociedad de Beneficencia insistió una vez más: quería que los Salesianos se encargaran del establecimiento.

Huelga decir que los Superiores locales no pensaban aceptar eso que consideraban un presente griego; pero como el padre Pedemonte estaba disponible, y dijo al punto: "*Ecce me*,

(1) El ex San Carlos, y actual Colegio Industrial Pío IX, en el barrio de Almagro.

qui id faciam vobis", (2) acabaron por aceptar la dirección de ese instituto.

Al padre Luis le llegaba al alma el Asilo, por dos motivos. Primero, porque se trataba de huérfanos, de pobrecitos, que fue siempre su porción predilecta; y segundo, porque había sido esa casa la que dio el primer plantel de alumnos al viejo San Carlos.

Se estipularon las bases de un convenio, y se estableció que los Salesianos se harían cargo del Asilo al comenzar el nuevo año escolar de 1943.

Y así fue. El 1º de marzo, a las diez y media, el padre Reyneri, representante *ad hoc* del Rector Mayor, presentó al nuevo director, padre Luis J. Pedemonte, en presencia del inspector, padre Raspanti; de los padres directores Silva, Livellara y Tavani; de los padres camilianos Cañas y dos más; de la señora de Terrero, presidenta de la Sociedad de Beneficencia, y de las inspectoras señoras de Vela, de del Carril y de Anchorena.

El padre Luis pronunció una breve alocución, y se hizo cargo del instituto.

Quedó ese día solo con el coadjutor Pagliólico, pues el padre Salzano, que completaba el personal inicial, debía ir a dormir en el Colegio Pío IX, por falta de comodidad en la casa de la calle México.

Al día siguiente asisten a misa unos cuarenta asilados, aunque no había obligación de concurrir a los sagrados oficios. Comulgaron dos niños.

El día 3 llegó el padre Somonte, que sería el prefecto (administrador). Asisten cincuenta a misa, y comulgan cuatro. El día 5 era primer viernes. El padre Pedemonte consiguió nada menos que ciento veinticinco comuniones. Reúne ese día a los congregantes de San Luis. Se presenta al padre Luis un

(2) "Heme aquí, dispuesto a encargarme de ese asunto."

núcleo de exalumnos del Asilo, que se ponen a sus órdenes para todo.

El domingo 7 hubo doscientas cinco comuniones. El padre Salassa desempeña el cargo de consejero (director de estudios).

En el elenco salesiano figura el Asilo como casa filial del Colegio Pío IX, y el padre Pedemonte, como rector. En 1945 se denomina *San Juan Bosco*. Al año siguiente —era en la época de los grandes cambios sociales en la Argentina— deja de llamarse Asilo, y se denomina *Hogar*.

El padre Luis tentó, por todos los medios, de cambiar las maestras de casi todos los cursos elementales, por maestros. No le fue posible. Corrían nuevos vientos. Ese año, precisamente, comenzó a actuar el coronel Perón al frente de la nueva Secretaría de Trabajo y Previsión.

A mediados de marzo empieza un ensayo de Compañía del Santísimo Sacramento. El 16 consigna la crónica: "Los celadores y maestros dicen que los niños parecen otros. Están sorprendidos". El padre Luis los lleva al Colegio Pío IX, para que vean realizado lo que él les va predicando.

Se completa el personal con el padre Kutsche como catequista. Los domingos entretiene a los chicos con juegos malabares. A fin de mes, los de la Compañía del Santísimo Sacramento rezan el *Oficio parvo*. Se instituye la Compañía de San José. Entran treinta y cinco jóvenes.

Los alumnos que frecuentan los cursos de Comercio, van a clase a una escuela fiscal de las inmediaciones. Asisten libremente a misa a las seis, antes que los demás.

El último martes de marzo comienza el Padre Rector sus lecciones de vida salesiana. Vida de Don Bosco, conocimiento de Domingo Savio, divulgación de *La juventud instruida*, las tradicionales *buenas noches* de los internados salesianos, los juegos característicos de nuestros colegios... Hizo construir

zancos en la carpintería del Asilo, y él mismo, no obstante sus várices y flebitis, dirime supremacías con los mayores.

En abril, un niño de trece años pregunta al Padre Rector si puede hacer penitencias corporales por la salvación de sus compañeros. ¡Asoman los alumnos del tiempo de Don Boscol...

Los parientes de los asilados traen todos los domingos paquetes con comestibles. Cierta día faltan tres paquetes. El padre Pedemonte reúne a los alumnos, y les pide buenamente que antes de las catorce del lunes los culpables se lo digan a él, que guardará riguroso secreto. Resultado: un paquete se había extraviado involuntariamente, y los otros dos aparecieron... (Uno de los *distraídos* fue a acusarse, y el otro, por interpósita persona.)

Los muchachos que antes se pasaban las horas muertas en los rincones de los patios, ahora cantan en coro las tradicionales canciones salesianas. A las maestras les pide que se adapten al ambiente de casa de familia que quiere él para su instituto.

Los salesianos trabajan a más no poder. Los muchachos, contagiados por su laboriosidad, van alejándose del ocio. La recepción de una reliquia de Don Bosco y de una estatua de María Auxiliadora se hizo en forma solemne. Procesión y cánticos.

Para el día aniversario del tránsito de Ceferino, inaugura un busto en el patio principal. Pide al autor de estas páginas que hable a los alumnos, y es complacido.

Los mayores espiaban, para ver lo que comían los Superiores; y grande fue su sorpresa, cuando vieron que tenían... plato único.

En vacaciones, los alumnos van a una estancia que tenía el Asilo en Las Armas, cerca de Mar del Plata. Los salesianos están con ellos día y noche. Es trabajo pesado, pero prove-

choso. Los asilados disfrutaban más del asueto, y evitan los peligros morales que puede acarrear la holganza.

El padre Félix Ferrante se suma el segundo año al personal salesiano.

Ese año, el padre Pedemonte puede escribir, con la satisfacción que es de imaginarse: "Hay un puñadito de niños que dejan entrever señales de vocación". Evidentemente, este hombre hallaba perlas donde los demás no veían sino escoria...

Fue entonces cuando lo visitó el padre Manachino, a la sazón inspector de Chile. Y el padre Luis escribe estas justicieras palabras: "El P. Manachino edifica por la humildad con que habla: siendo lo que es, atribuye méritos y honores a quien no era digno de estar a su lado; él fue la salvación de la Patagonia, donde llenó brillantemente la misión de humilde maestro, catequista, director y luego ilustre inspector y vicario foráneo".

Para que los alumnos estudiantes no estén en ocio, ensaya un taller de fabricación de canastas de mimbre.

A mediados de 1944 se lamenta de que hay mucha frialdad en el espíritu de los chicos; pero algunos domingos las comuniones exceden las doscientas.

Además de los talleres, había también un horno para fabricar pan para el Asilo y otros institutos dependientes de la Sociedad de Beneficencia. Estaba clausurado, y el padre Pedemonte lo pone en actividad.

Desde mediados de 1944 comienza a resentirse la vida del Asilo. "Los mayores dejan desierta la mesa eucarística", escribe el Padre Director. Y más adelante: "Se advierte la fuerza extraña de empleados que alborotan y desorientan a los jóvenes..."

Había muchos empleados como jefes de taller, ayudantes, celadores, escribientes de secretaría, contaduría, etcétera. Y no pocos de ellos, deslumbrados por las novedades que llegaban

de la Secretaría de Trabajo y Previsión, soliviantaban a estudiantes y artesanos; y, apóstoles de un nuevo credo, fanatizados por una justicia social que ellos entendían a su modo, no se detenían ni ante la coacción y el soborno para los de abajo, ni ante la calumnia y la cizaña para los de arriba.

Inútiles resultaron los esfuerzos del santo Superior para hacerlos entrar en razón, para atraerlos, para limar asperezas. Entre otros medios, los invitaba a comer juntos. Se turnaban en grupos de doce: los maestros, los celadores y los empleados todos, a compartir la mesa del Rector del Hogar. No faltaban los que se negaban, inconscientes —o conscientes...— de que inferían una ofensa gratuita al padre Luis. Pero él sonreía, rezaba y seguía su camino...

Al terminar el curso escolar, el padre Pedemonte despidió a los maestros en el patio circular —el patio de honor—; les dijo palabras de gratitud y concordia, y, como prenda de afecto, ofreció a cada uno de ellos un ramito de flores seleccionadas en el jardín de ese mismo patio. Luego tuvo lugar un vermouth de despedida. (Para algunos, esos rasgos tuvieron significado; pero para otros, sabían a *hipocresía clerical*...)

A fin de curso, el buen Padre escribe en su crónica: “Los alumnos mayores y medianos, subyugados por la atmósfera de resistencia de empleados poco ejemplares, se muestran insensibles a la piedad. Los menores mantienen un ritmo de alegría en la disciplina y en la docilidad espiritual. La influencia del celador es decisiva. Hemos de aprender. ¡Viva Don Bosco, que despejó la incógnita!”

Para mejorar un poco el ambiente de los mayores, canjeó algunos díscolos incorregibles con otros del Depósito de Menores de la calle Tacuarí. Pero eso no bastaba. Los obreros del mal iban casa por casa indisponiendo a sus habitantes con el personal religioso del Hogar.

Después de Navidad sale el primer contingente para la

colonia de vacaciones de Las Armas. El padre Pedemonte va a Ejercicios Espirituales. Y de la meditación y el silencio saca fuerzas para escribir estas palabras, tanto más luminosas, cuanto más denso era el nubarrón que se cernía sobre su Asilo: "*Felix ego in vocatione mea et inter orphanorum turba!*", o sea: "¡Feliz de mí en mi vocación y entre esta turba de huérfanos!" (3)

¡Hermosas frases!... Hermosa como un rayo de sol en medio de la negra tormenta que se avecina.

(3) De su famosa libretita de conciencia: Ejercicios Espirituales de 1945.

CAPÍTULO XLVII

CONTRADICCIONES Y ESCARAMUZAS

Dios es Artista. El Máximo Artista. Así como Miguel Ángel tomaba el cincel, y a golpes de martillo modelaba el mármol bruto, así el Señor, a fuerza de dolor, penas y contradicciones, va plasmando la estatua del santo.

Al cumplir los setenta años, parecía que Dios estaba dando los últimos toques a la estatua moral del padre Luis. Si la virtud de este santo varón no estaba suficientemente acrisolada, los años 1945 y 46 acabaron por terminarla. Dios daba los últimos retoques a su obra...

Lo que se había insinuado el año anterior, en 1945 tuvo patente realización. El 17 de enero mantuvo una entrevista con las damas de la Comisión, y expuso, con palabras severas, la inconducta de los empleados detractores que tenía en el Hogar. Pide a las señoras obren con energía, porque el mal está avanzando. No solicita despidos; pero sí, traslados.

Al día siguiente comunicó al principal las medidas que se tomarían. Éste quedó impresionado. También, porque temía que se descubrieran ciertos manejos, en los que había no pocos implicados. Por ejemplo, el entrar un camión con mercadería por la calle Independencia, firmar el recibo y salir por Saavedra para llevar la carga a otros lugares, no era cosa rara allí...

En febrero descubre que uno de los empleados que tiene a su vera, escribe cartas de difamación contra los Salesianos. El buen padre Pedemonte visita al Nuncio, quien le recomienda paciencia. La calumnia cunde. En marzo presentan a la Secretaría de Trabajo y Previsión una nota con acusaciones tan graves como infundadas, firmada por sesenta empleados.

Con ese motivo vienen inspecciones, visitas sorpresivas, llamadas a los internados para investigar... El padre Luis recordaba las famosas requisiciones que los enemigos de la Iglesia llevaron a cabo en el Oratorio de Turín...

Y seguía, impertérrito, cultivando vocaciones, formando jóvenes cultos y buenos, y organizando los cuadros de los Jocistas y Prejocistas; es decir, afianzando la juventud obrera católica también en el Hogar de Huérfanos.

El buen sacerdote sufría. Le decían que dejara ese Asilo; que "nosotros no estamos hechos para eso..." Pero él leía el primer artículo de las Constituciones salesianas, y pensaba: "Nuestro fin es ocuparnos en la redención de los jóvenes; especialmente, de los más pobres... Don Bosco siempre hablaba de la juventud pobre y abandonada, como de su porción predilecta; y ¿quiénes son los pobres y abandonados, sino estos queridos huerfanitos?..."

Los empleados que le fueron siempre fieles, recuerdan que en esos días, al hablar con ellos y manifestarles la imposibilidad de solucionar esa situación, con frecuencia gruesos lagrimones surcaban su rostro... Pero él no profería denuestos

ni imprecaciones de ninguna especie: acataba la voluntad de Dios, y se resignaba a ella.

Sobre todo, cuando los diarios comenzaron a publicar artículos envenenados y noticias falsas. En junio de 1945 rompieron el fuego *Noticias Gráficas* y *La Vanguardia*. Poco después, *Crítica* escribe sobre "la situación irregular de su Asilo", y sus redactores —¡ellos!...— hablan de "fallas morales que DEBEN SER EXTIRPADAS LO ANTES POSIBLE..."

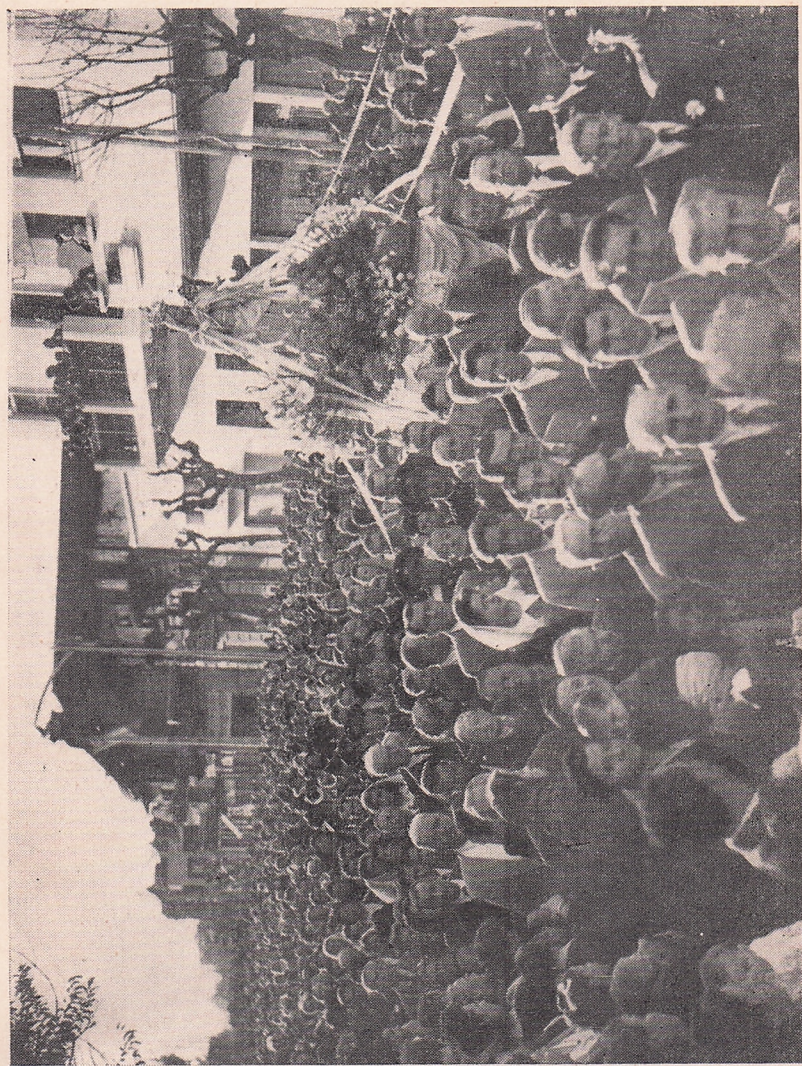
El padre Pöhlmann, prefecto del Hogar, invita al secretario del Asilo a tomarse un mes de vacaciones. Ahí estaba uno de los focos infecciosos del problema. Se colocó en su lugar al subsecretario. Lo mismo se procedió con algunos empleados de contaduría, para poner en su lugar a un clérigo salesiano que tenía título de contador público. A fines de setiembre se debió clausurar temporalmente el Club Bernardino Rivadavia, entidad de los exalumnos del Asilo.

Entre tanto, el buen Superior seguía dando el pan a los asilados que estaban en condiciones de trabajar. En agosto de 1945 colocó a varios en bandas militares, gracias a los conocimientos de solfeo e instrumentos adquiridos en el Hogar. Y ubicó a una docena en dependencias de la Aduana de la Capital, con sueldo satisfactorio.

En el mes de setiembre, los Hermanos Maristas, que tenían a su cargo el Instituto Alvear, también de la Sociedad de Beneficencia, en Luján, debieron abandonarlo.

Fue entonces cuando el padre Luis consiguió sustituir las maestras —que pasaron a Hogares femeninos— por maestros exalumnos de Don Bosco.

Las damas de la Sociedad de Beneficencia veían venir la tormenta sobre su centenaria institución. El padre Pedemonte no podía abandonarlas por temor a persecuciones. Primero, porque ellas tenían la razón; y segundo, porque la Sociedad siempre se había portado bien con los Salesianos, y hubiera



Las fiestas de Nuestra Señora de la Guardia, en Bernal,
movilizaban miles de peregrinos.



En 1959, al cumplir sesenta años de sacerdocio, A su izquierda, la Priora del Instituto Mazzarello, señorita Isabel Pinto.

sido desleal pasarse al adversario cuando la histórica institución estaba en peligro.

Como se habían presentado denuncias graves en la Secretaría de Trabajo y Previsión, las señoras enviaron al asesor de la Sociedad, doctor Rayces, para que practicara una investigación seria. El letrado la realizó a conciencia, e informó. En el informe se desvirtúan todas las acusaciones. Las damas de la Sociedad de Beneficencia hicieron lo menos que se podía hacer: llamar seriamente la atención a todos los firmantes de las falsas denuncias.

Eso, naturalmente, produjo no poca cólera entre los empleados acusadores. Las señoras no habían hecho más que revolver el cuchillo en la herida.

Es de imaginar en qué estado de ánimo comenzó el padre Luis ese año el mes de María... Pero no dejó ninguna de las prácticas que acostumbraba: entrar cantando en la capilla, depositar flores ante la imagen de la Virgen, cumplir la florrecilla espiritual, pláticas, cánticos...

El 11 de noviembre, el padre Pedemonte, en el deseo de mejorar el ambiente de los alumnos, promovió una asamblea de ellos. Acudieron muchos: doscientos cincuenta. El Superior les habló; les puso como dechado al anciano Víctor Trabucco, que era también exalumno del Colegio Pío IX, y se discutió serenamente sobre el reglamento y el nombramiento de la comisión directiva. Se ve que la gran mayoría no estaba inficionada, y los enemigos del orden eran unos pocos. Las señoras de la Comisión se hicieron presentes, y fueron aplaudidas por la gran masa de los asistentes al acto.

Todo parecía conjurado. El buen Padre no cabía en la piel, de puro contento. Hecho unas castañuelas se fue hasta Fortín Mercedes, para dar gracias a Ceferino por los favores obtenidos.

A su regreso, prosigue reuniendo antiguos alumnos. El

Hogar ve llegar a don Pedro Bacalat, casi octogenario, y que fuera uno de los primeros asilados, en 1871, a la edad de tres años... Toda una reliquia.

Los exámenes finales fueron excelentes. De casi trescientos alumnos (298) que se presentaron, fueron reprobados solamente veintiuno. El inspector del Consejo Nacional de Educación dejó escrito: "Felicitó de todo corazón al R. P. Luis J. Pedemonte y demás personal que con él colabora en la delicada obra educativa e instructiva del Establecimiento, que, a no dudarlo, llegará a ser modelo entre sus similares..."

La calma chicha que se cernía sobre el Hogar, y estas palabras de encomio, eran como rayitos de sol que asomaban en medio de la tormenta. Dios los enviaba como para que su atleta cobrara nuevas fuerzas para pruebas más difíciles.

Con el ánimo de probar, tal vez, que se preocupaba por todos, el padre Luis puso el comedor económico para los ex-alumnos. Tan económico, que se cobraba \$ 0.50 por comida (*o temporal...*). Así empezó el nuevo año escolar 1946. Y el Señor quiso probarlo con otros achaques: las várices lo molestaban muchísimo, y las muelas no le daban tregua.

El 21 de febrero de 1946 recibe una carta del padre Berutti, prefecto general de la Congregación. En ella le decía: "Nos ha procurado íntima satisfacción todo lo que nos dices del Asilo. Tanto el Rector Mayor como los demás Superiores están muy contentos de una obra que revive el deseo más vehemente de Don Bosco..."

Huelga decir que esta carta fue para el anciano luchador un estímulo valioso.

Por eso, no obstante los negros nubarrones que se cernían sobre el país, y especialmente sobre el Hogar, quiso celebrar el tercer aniversario "de la entrada de Don Bosco en esta casa"—como anota él en su crónica— con toda solemnidad.

Y ahora, después de tres años de ruda labor salesiana, po-

demos echar un vistazo a la acción que caracterizó siempre al padre Pedemonte: el cultivo de las vocaciones. Pues bien; a esta altura de su rectorado, contaba ya con un salesiano y un novicio, cuatro aspirantes en la casa de formación de coadjutores de San Isidro, uno en Fortín Mercedes, uno en Bernal y nueve en Ramos Mejía. Total, diecisiete vocaciones. ¿Serán muchos los colegios de *niños bien* que puedan ufanarse de una cosecha semejante?... (1)

No todos perseveraron, es cierto; pero de entre ellos salieron excelentes sacerdotes, que bendecirán siempre el haber dado con este maravilloso buceador de almas que encontraba perlas de purísimas aguas en profundidades abismáticas.

Además de la Sociedad de Beneficencia, había en Buenos Aires una Hermandad de Beneficencia, que tenía fines similares a la anterior. Pues bien; esta benemérita entidad había levantado, cerca de Haedo, un colegio que llevaba el sugestivo nombre de Emaús. El instituto estaba casi abandonado. Había que darle vida. Resucitarlo. Las damas pidieron a voz en cuello a los Salesianos. Contestan: "No tenemos personal..."

Pero el padre Pedemonte, que, como monseñor Orzali, "no sabía decir que no", pensó *ipso facto* en constituir una Asociación de Auxiliares Salesianos, a quienes confiaría la misión de resucitar a ese Lázaro que hacía más de cuatro días que no tenía vida. Les daría un sacerdote anciano como asesor..., y ¡andando! (2)

"Tú que no puedes, llévame auestas", era como para decirle a este fanático del trabajo... Pero el hecho es que sus

(1) Ignoramos cuántos eran en 1947: por lo pronto, en San Isidro no había ya cuatro aspirantes, sino nueve...

(2) Tengo ante los ojos el reglamento de estos Auxiliares Salesianos, que él redactó. Aletea en esas reglas un espíritu evangélico maravilloso. ¡Ojalá que algún día se pudiera llevar a la práctica esta nueva concepción de la cooperación salesiana, soñada por Don Bosco, y actualizada por el padre Luis en América!...

muchachos se hicieron cargo del Orfanato. El padre Ludovico Schwartz, anciano y benemérito salesiano, los asesoraba. El padre Luis designó al señor Severo Pedrinelli prior de la flamante Asociación, y aquel nuevo mecanismo comenzó a marchar... Hoy ha pasado a otras manos. Emaús es un admirable colegio que cuenta arriba de mil alumnos.

Asombra y emociona el ver como este hombre extraordinario, en esos días de mayo de 1946, con sus piernas vendadas a causa de las várices, y con tantos otros achaques, y con sus setenta años encima, emprende viaje a San Luis, para presidir una peregrinación a El Volcán, donde se levantaba un santuario a su Virgen de la Guardia...

Ella fue, quizá, la que le dio fuerzas para afrontar la borrasca que se avecinaba; porque —bien lo intuía el padre Pedemonte— todas esas contradicciones no eran más que escaramuzas. En breve comenzaría la verdadera lucha...

CAPÍTULO XLVIII

“HACERLO CON ALEGRÍA...”

El 24 de febrero de 1946 vota el ochenta y cuatro por ciento del pueblo argentino. Perón obtiene un triunfo categórico. Se cifraban en él grandes esperanzas. El 4 de junio asume el poder. Su esposa se ubica en Trabajo y Previsión. Desde ahí comenzará su campaña contra la *oligarquía*...

Las señoras de la Sociedad de Beneficencia pertenecían a la *oligarquía*. Por eso, pocos días después, el 14 de junio, el diario *Tribuna* y el periódico *Ahora* abren una campaña contra la Sociedad de Beneficencia. Se prestan al juego de los

satélites de Trabajo y Previsión, los exalumnos Lamberto Arenas y Carlos D'Agostino.

Y comienza el bombardeo. "DEBE DESAPARECER LA SOCIEDAD DE BENEFICENCIA", dice *Ahora*. La mayoría de los exalumnos no están conformes con esa campaña. Publican también ellos algunas proclamas, firmadas por José Luis Maison y Domingo Rocco. La guerra está declarada.

El 15 de junio, el Boletín Oficial publica el decreto 15.828, por el que somete al Ministerio del Interior la Sociedad de Beneficencia, que deberá ajustar su funcionamiento a las directivas técnicas que le dicte Trabajo y Previsión.

La Época pone el grito en el cielo, porque "fueron suspendidos algunos empleados que denunciaron irregularidades". Y con ese título a toda plana, sostiene la necesidad de aniquilar a la Sociedad *oligarca*. (1)

Los diarios que todavía no han entrado en la órbita peronista, publican artículos en que ponen de relieve las benevolencias de la antigua entidad.

Los otros, los que ya están al servicio de la dictadura, llenan sus páginas con grabados en que aparecen hogares en la mayor miseria, y echa la culpa de esa indigencia a las damas aristocráticas.

En distintos lugares céntricos de la ciudad aparecen, en el mes de julio, carteles titulados "QUE LO SEPA EL PUEBLO ARGENTINO". Naturalmente, esos afiches también se colocaron en el frente del Hogar, y hasta en los talleres. Y por debajo de las puertas pasan volantes, en los cuales se pide la intervención "al poder despótico de la oligarquía patricia". Los periódicos más exaltados publican fotos del Asilo con estas leyendas: "...donde se cometen graves irregularidades que es-

(1) En esos días escribió el doctor Tiburcio Padilla su libro *Lo que debe saber el hipertenso*, donde dice: "Intervenir la Sociedad de Beneficencia sería un verdadero crimen" (pág. 64).

tán agitando a la opinión pública: cada día nos llegan nuevas denuncias”.

El 4 de julio, *La Época* publica a toda página el título siguiente: “En un régimen de terror crecen los niños que se hallan al cuidado de la Sociedad de Beneficencia. Golpes y castigos corporales son parte del régimen educacional”. El 16 de julio se presentan los mismos exalumnos de marras al Presidente de la Nación, para pedir lisa y llanamente la intervención a la Sociedad. Quieren “anular un régimen inhumano”, mediante ese subterfugio.

La Nación escribe un largo editorial favorable a esa entidad, en su edición del 26 de julio. Y ese mismo fatídico 26 de julio, tomaba cartas en el asunto el Congreso Nacional. Partió del Senado la iniciativa. El senador Diego Luis Molinari presentó el proyecto. “¡Cuánto ha degenerado la benemérita institución creada por Rivadavia!...”, comenzó diciendo. Se trató sobre tablas, y se aprobó por unanimidad.

Entre tanto, siguen las paredes siendo empapeladas profusamente con carteles cada vez más injuriosos. En agosto, los Salesianos han alcanzado ya la jerarquía de VAMPIROS, “verdadero *trust* por el cual emigra el oro argentino”, etc., etc.

El pobre padre Pedemonte rezaba y callaba. En el patio, los alumnos se encararon resueltamente con uno de los oficiales de zapatería, y lo increparon porque había salido a pegar carteles en contra de esa Sociedad, a la cual tanto debían ellos.

Para mal de males, el padre Luis, el 17 de agosto, día del Libertador, haciendo la habitual alocución de circunstancias, se refirió a las calumnias y denuestos contra las damas de la Sociedad; y, como tenía al frente a algunos de los culpables, no pudo menos que endilgarles alguna indirecta, para ver si les tocaba el corazón.

Fue suficiente para que al otro día apareciera el Hogar lleno de volantes de color amarillo, que decían: “San Martín

ha sido ultrajado por una actitud del Rector del Hogar de Huérfanos. En un homenaje a dicho prócer, ventiló asuntos ajenos al acto, donde trató de inculcar, con vehemencia, a todos los presentes, la mayoría niños, la violencia por todos los medios, contra la Asociación de Exalumnos que gestionaron la disolución de la Sociedad de Beneficencia. Nota: el señor Luis Pedemonte es el autor de esta grave ofensa a nuestro ilustre Gran Capitán”.

Días después, *El Laborista* titulaba un artículo a cuatro columnas: “Un insólito agravio promovió la Sociedad de Beneficencia durante un homenaje a San Martín”.

Y como había habido *agravio*, era natural que llegara el *desagravio*. Y *La Época* del 28 de agosto de 1946, a grandes títulos, anunciaba: “Desagraviarán a San Martín por un insólito discurso en el Hogar de Huérfanos”... ¡Y ahí lo tenemos al buen padre Luis convertido en agraviador del máximo prócer nuestro, por obra y gracia de una propaganda absurda y tendenciosa! ¡Es de imaginar el dolor de su alma sensible y cristalina, ante tan burdas patrañas!...

El primer viernes del mes de setiembre recibió el padre Pedemonte el regalo de un interventor, que a su corazón corrompido unía la más refinada hipocresía. Tanto, que el Rector del Hogar, lo mismo que las damas, quedaron “convencidos de los plausibles propósitos de la intervención” (palabras de la crónica). Decía que él no quería destruir la Sociedad; al contrario, él era un admirador de la venerable institución... Pero, claro, había que *reestructurarla*. Y en esa *reestructuración* estaba la bomba de tiempo...

Efectivamente, en octubre recrudecieron las *denuncias* de hechos nefandos en el Hogar de Huérfanos. Las acusaciones eran tan graves, que el padre Luis se creyó obligado a enviar un cable al Rector Mayor, para que no se alarmasen cuando llegaran a su conocimiento. Y envió dos cartas en ese octubre

doloroso a Turín, para desvirtuar los datos que llegarían allá; pues el representante del Rector Mayor venía diciendo que "debían retirarse los Salesianos del Hogar".

El padre Pedemonte escribe:

Nosotros obedeceremos, *esforzándonos para hacerlo con alegría*, porque a todos nos va a costar persuadirnos que no sea obra salesiana ocuparse con preferencia de la juventud en peligro que hacía exclamar a León XIII, al hablar con Don Bosco el 16-III-78: "Estoy convencido que no hay obra más noble que la de procurar disminuir el número de los discolos, para hacerlos honestos ciudadanos y buenos cristianos" (Lemoyne, II, 150). (2)

En el certamen catequístico inspectorial, el conjunto del Hogar saca el primer premio de memoria, y el tercero de inteligencia. Eran pequeñas satisfacciones que Dios le enviaba, para contrabalancear las cruces que gravitaban como losa de plomo sobre su alma. Y también sobre su cuerpo; porque las várices dieron con él en el lecho.

En la crónica se desahoga. La marea de salmuera ha subido hasta las fauces: "Nos apenan noticias de trabajos e intrigas de gente, aun en casa, contra la presencia de los Salesianos en el Hogar". ¡*Los de casa* eran la causa de su mayor pena!... A Jesús no le dolió tanto la cobardía de Pilatos como la de Pedro, ni la felonía de Herodes tanto como la de Judas...

Y aparece el hombre de fe: "El Señor nos pide el sacrificio supremo: acepte Su Majestad el holocausto que queremos ofrecerle *in spiritu humilitatis et in animo contrito*".

Ahora también sus amigos llegan para consolarlo. "El P. Picabea y el P. Manachino nos visitan y confortan", escribe.

El 11 de noviembre de 1946 hay asamblea de exalumnos. En el salón de actos, D'Agostino y Gómez intentan promover

desórdenes. La mayoría es leal, y consigue acallar la grito de una barra regimentada.

No obstante todo esto, en esos días —mediados de noviembre— llega una religiosa de Chile para observar, de parte del Ministerio de Instrucción Pública de su país, la marcha de este Hogar de Huérfanos, al que allá consideraban como modelo. Y la señorita Tizón, excelente inspectora general de escuelas particulares, señala el humilde Asilo del padre Pedemonte como arquetipo en su género, por los cambios moral y disciplinario que comprueba.

El martes 26 de noviembre —eran las dieciséis y treinta—, el Padre Rector fue citado por el Interventor. (Este señor era un estudiante crónico de medicina. Cuando llegó a ministro, ¡se hizo doctorar!...) Lo recibió de pie. El padre Luis, con las manos juntas, era una viva imagen de Cristo frente a Pilatos.

El Interventor comienza por increparlo:

—Ya me tienen rellena la cabeza de reclamos contra el Hogar... La violencia está a la orden del día... Hay que terminar con ella; si no, deberé mandar la intervención a esa casa... Los altos empleados de la Casa Rosada me urgen para que proceda...

Entonces el padre Pedemonte, humildemente, le preguntó:

—Pero esos altos empleados ¿conocen el Hogar?

—No lo conocen; pero si lo dicen, por algo será...

—Vea, señor interventor; conviene que usted personalmente vaya a ver lo que pasa en el Hogar. Y se convencerá de la realidad...

Y ya en tren de decir verdades, le demostró que el sistema de Don Bosco es precisamente todo lo contrario de la violencia. Y terminó diciéndole que “no podía tolerar que quedara en la mente del Interventor la idea de violencias que entre nosotros no se usan...”

Después conversó un par de horas con los dos cabecillas sobre los empleados. Y le pareció haberlos convencido. Pero... cuando no hay fondo moral, ni lealtad, todo es inútil. Las razones rebotan contra la obstinación y la maldad.

Hubo ese año 255 alumnos aprobados, y 65 aplazados. A la misa del gallo concurrió el Interventor. Y para mayor escarnio, este *caballero* llevó, en procesión, la efigie del Niño Dios hasta depositarla en el pesebre. Todos abrían tamaños ojos. Para quienes lo conocían, aquello sabía a sacrilegio...

El año 1947 se abre bajo el signo de la delación. Espías del Gobierno vigilan por todas partes. El novenario de San Juan Bosco fue la *despedida*, como narra la crónica. En esos días, el buen Padre escribe en latín sus apuntes. Debe decir cosas muy lamentables. Uno de los suyos era tráfuga...

Los espías llevan su obra adelante. El 14 de febrero, el secretario de la intervención de la Sociedad presenta al Delegado del Hogar. Éste prefiere que el Rector y el Prefecto sigan en sus cargos, mientras él los observa...

Pero el nuevo funcionario le daba ciento y raya al Interventor. No sólo lleva en brazos al Niño Dios, sino que comulga con los alumnos..., aunque luego aconseja a los chicos no ir a misa todos los días, y otras cosas nada morales.

Muy pronto descubre la hilaza. Dice a los jóvenes que hasta entonces habían vivido encerrados; que ha llegado la hora de la expansión; que en adelante saldrán en camión a un parque de diversiones; que deben entregarse a los placeres...

Los muchachos, que no eran tontos, se rebelaron. Hicieron huelga. Fue un espectáculo cuando el Delegado quiso repartir galletitas a los asilados, y éstos, no sólo no las recibieron, sino que las arrojaban por la ventana. Luego, todos en coro gritaban:

—¡A nosotros no se nos compra con masitas!... —y lo repetían hasta el cansancio.

Después, cada cual se fue a cualquier lugar de la casa, menos adonde el Delegado ordenaba. Y se vio a muchachos en los dormitorios, en la azotea, sobre los techos. Y no había medios de hacerlos volver...

Fue entonces cuando el Delegado llamó al padre Pedemonte, y le rogó que interviniera. E intervino el Padre. Fue al centro del patio, donde todos pudieran verlo, y dijo:

—Vengan, hijos; vengan. Obedezcan... —y levantó los brazos suplicantes.

Como por ensalmo, los jóvenes y niños, atraídos por una fuerza misteriosa, comenzaron a llegar a su lado, mansos y sumisos, como pollitos que se acercan a la clueca. Y en unos minutos, todos estaban en el patio. El padre Luis les pidió que obedecieran. Y se fueron, cada cual a su destino.

El Delegado quedó boquiabierto. Fue a la calle Reconquista, sede central de la Sociedad de Beneficencia, a narrar lo que acababa de ver. La Presidenta llamó por teléfono al Padre Prefecto, para que desde la sala contigua escuchara lo que el Delegado exponía, haciéndose lenguas del ascendiente que el padre Luis tenía sobre los chicos... El Padre Prefecto escuchó...

Y bien; al día siguiente, los diarios dijeron todo al revés. “Los Salesianos habían promovido un tumulto en el Hogar de Huérfanos... Azuzaban a los chicos a rebelarse...”

Los nuevos funcionarios buscaban cuanto pudiera comprometer a los Salesianos, para acusarlos. Así, cuando llegó el último contingente de vacacionistas de Las Armas, el Delegado fue a recibirlos a Témperley, media hora antes del arribo, para comprobar si había algún chico que no fuera del Asilo, y tener así un pretexto para delatarlos...

No había nadie que no fuera huérfano. Y los pobres chicos pasaron las de Caín; porque luego, para llegar de Témperley a la Capital, se las vieron negras...

Los alumnos más leales a los Salesianos eran perseguidos. La tensión aumentaba. El Padre Inspector y el Padre Consejero van a conferenciar con el Interventor. Éste dice que el Delegado se ha extralimitado, y promete visitar el Hogar. No aparece.

El padre Pedemonte expone al Delegado cuáles son las atribuciones del Rector, de acuerdo con el contrato de 1943. Por indicación del Inspector, el padre Luis escribe una nota al Interventor. Éste pide diez días para contestar...

La situación era ya insostenible. Entonces el Rector se dirige al Interventor, para pedir licencia indefinida, y decide alejarse del Hogar al día siguiente. Y se fueron...

El Delegado puso a uno de los empleados revoltosos como Director. Un padre franciscano será capellán.

Cuando los chicos se dan cuenta de lo que ha pasado, primero van cantando las coplas de *A Dios queremos* hasta la capilla. Luego salen, y cuando las nuevas autoridades quieren hablarles, prorrumpen en insultos y no los dejan terminar. Cuando van al comedor, tiran los platos por la ventana, rompen los vidrios, nadie quiere comer... Un verdadero escándalo.

Y aquí nos atrevemos a levantar un poco el velo de cosas arcanas. En momentos aciagos de la vida de los Santos, sucede lo que dice Joel (II, 28): "*Iuvenes vestri visiones videbunt*. Vuestros muchachos verán visiones". Tal lo que le ocurrió a Don Bosco, cuyos alumnos *soñaron* visiones proféticas. O estamos muy errados, o algo parecido sucedió aquí...

En 1945, dos niños del Hogar tuvieron un mismo sueño, que los llenó de pavor. Vieron entrar al Hogar hombres incendiarios...

Uno de los niños escribió su *sueño*, y lo puso en el buzón. El Padre Consejero leyó esa carta en las *buenas noches*. El que había tenido el mismo sueño, con todos sus detalles, no podía dormir. Se levantaron Asistente y Consejero para calmarlo...

Lo raro es que esos *sueños* se estaban cumpliendo ahora al pie de la letra. Las nuevas autoridades echaban pestes de los Salesianos a diestro y siniestro...

Uno de los funcionarios estaba despotricando contra el padre Luis y los suyos en el escenario del salón de actos, cuando se desprende una viga del techo, y por poco le parte la cabeza. Le quedó una cicatriz para toda la vida...

Otro —el Director— visitaba una clase. El maestro hacía un experimento de química. Fabricaba pólvora. Llegó en el momento en que el maestro, arrimando un fósforo, debía hacer estallar los ingredientes. Pero como el tiempo estaba húmedo, la explosión se demoraba. Entonces el Director subió al pupitre, y queriendo decir una gracia, exclamó:

—Seguramente debe de haber algún puerco salesiano adentro, y por eso no se enciende... A ver... —y asomando su cabeza a la boca del recipiente, sopló para reavivar la mecha.

¡No lo hubiera hechol! La pólvora estalló violentamente. El fuego le envolvió toda la cara, le chamuscó totalmente las cejas, y le dejó quemaduras dolorosas. Por muchos días no pudo aparecer en público...

Pero lo más dramático fue el fin del Interventor y del Delegado. Éste, al año siguiente, iba en un sulqui con dos chicos. Al cruzar un paso a nivel, el equino se detuvo. Lo castiga, va a pasar; pero en sentido contrario viene otro tren rápido, que destroza el vehículo, mata al caballo, y el pobre Delegado muere en el acto...

El Interventor, como era uno de los magnates del partido, cuando la revolución de setiembre debió huir. Fue al Brasil. Allá vivía en un hotel, solo. Un día la camarera percibe un hedor muy feo. Busca de dónde proviene. Era de un baño. El de la habitación del Interventor. Ahí estaba, muerto y putrefacto. Hacía varios días que había fallecido...

El 20 de febrero de 1947, el padre Pedemonte escribe en

su libreta, luego de narrar las arbitrariedades que conocemos: "Sobre estas andanzas está Dios, sin duda alguna..." Y tenía razón.

Los salesianos volvieron al Pío IX, la casa de la cual era filial el Hogar de Huérfanos. El padre Luis fue de los últimos en llegar. Dicen que lo vieron avanzar despacio por la vereda de la calle Yapeyú, tocando la armónica... Cumplía lo que había escrito a Turín: "Nos esforzaremos por hacerlo con alegría..."

CAPITULO XLIX

EL SANTUARIO DE BERNAL

¿Qué hará el anciano sacerdote salesiano ahora que ya no es inspector, ni director, ni rector de huérfanos? ¿Dedicará sus últimos años al merecido reposo? ¡Qué esperanza! ¡Bueno era él para descansar! Como Don Bosco, repetía siempre:

—¡Descansaremos en el cielo!...

Y no contento con atender las varias obras que tenía en marcha —Instituto Laical María Mazzarello; Colegio Emaús; Oratorio de la isla Maciel; Santuario de El Volcán, en San Luis...—, se embarcó este impenitente trabajador en la aventura de levantar en Bernal, sobre los terrenos que fueran de su padre, un monumental Santuario de Nuestra Señora de la Guardia...

Él se sentía deudor para con la Virgen de la Guardia. Durante la fiebre amarilla, don Agustín contrajo el mal epidémico. Y al verse solo y desamparado en la isla Maciel, en un rancho de palo a pique, invocó a la que en el monte Figogna le curara la pierna, y la Madre de Dios lo escuchó.

Sanó del terrible mal, y por eso costó un altar de mármol y una talla en madera para la iglesia de la Boca.

Cuando donó los terrenos donde actualmente está la Escuela Normal Don Bosco, en Bernal, lo hizo para que los Hijos de Don Bosco dedicaran a la Virgen del valle de Polcévera un santuario en su honor. En Bernal estaba, sí, la parroquia dedicada a la Virgen de la Guardia; pero el santuario, no.

Por eso, el padre Luis creyó siempre que Dios le había dado un saldo de vida, para que lo empleara en pagar esa deuda. Y, claro, no se trataba de ofrecer a la Virgen genovesa un santuarito de tres al cuarto, sino uno imponente y grandioso. Él siempre había andado en todos los movimientos católicos de los genoveses en la Argentina: desde que, niño aún, recita unos versos en la inauguración de la estatua de Cristóbal Colón que vemos en Bernal, hasta la empinada cúspide de sus ochenta y cinco años, siempre estuvo al frente de toda acción católica genovesa.

Cuando, en 1889, don Agustín donó a los Salesianos el terreno, monseñor Cagliero recorrió a grandes zancadas la heredad que deseaba para sus fines. Y en esa ocasión marchaba apoyado en el hombro de Luisito. Fue el padre Esteban Bourlot, párroco de la Boca, quien asumió la responsabilidad de construir la primera iglesia en honor de Nuestra Señora de la Guardia, en Bernal. El histórico 12 de octubre de 1892, monseñor Nepomuceno Terrero bendijo esa capilla, todavía inconclusa. Estaba sólo techada.

Tres años después, los Salesianos inauguran el colegio que funcionará a la vera del templo. Cuando el padre Luis era director del Colegio León XIII, recibió indicación del padre Vespignani de constituir una cofradía de la Virgen de la Guardia, para que los genoveses, sus hijos y los devotos todos de esta advocación, pensaran en ampliar la capilla de Bernal. Para eso, ya a fines de siglo el padre José había hecho venir

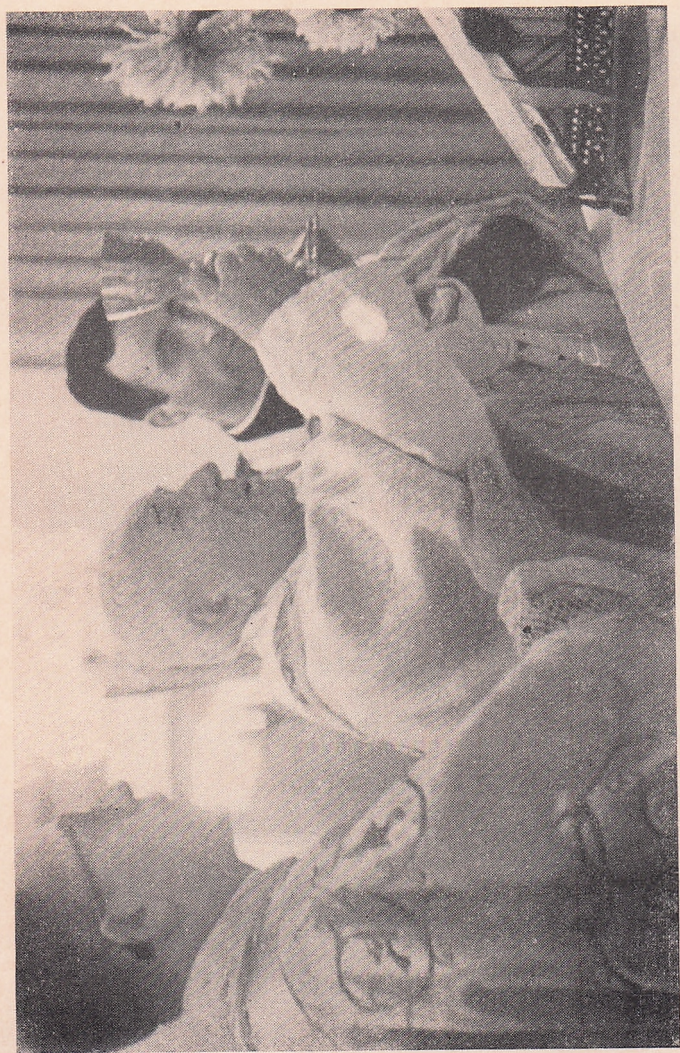
de Génova, tallada por el escultor Cánepa, una imagen de la Virgen, que es la que hoy se venera en Bernal.

Pero hasta 1929, nada se había hecho. En esa fecha, el benemérito párroco de Bernal y luego obispo de Viedma, monseñor Nicolás Esandi, que, pese a no ser de sangre genovesa, tenía mucho sentido común, y no pequeña devoción a la popular Virgen, se empeñó en llevar adelante la idea del santuario. El 3 de abril de ese año, el Capítulo Inspectorial salesiano aprueba la resolución de que el treinta por ciento del producto de la venta de los terrenos de Bernal se destinaran a comenzar las obras.

Sólo al año siguiente, 1930, se tienen los planos definitivos. Son del padre Ernesto Vespignani. El templo será de amplias dimensiones: ochenta metros de longitud por treinta de frente. Constará de una vasta nave central de sesenta y nueve metros por doce de ancho, y de dos laterales que en forma de girola circunvalarán el ábside. Será de estilo románico-bizantino. Tendrá ocho capillas, y otros tantos lugares para confesonarios. Sobre el crucero se levantará la cúpula, que tendrá cincuenta y cinco metros de altura, y en cuya cima campeará la imagen de la Virgen de la Guardia, en cobre batido y dorado a fuego. Sobre la fachada se levantarán dos torres de sesenta metros, que rematarán en una cruz dorada. El templo mira al levante, o sea al río de la Plata. Y el padre Pedemonte quería que sobre la cúpula hubiera un faro giratorio, para utilidad de los navegantes que surcaran el río grande como el mar.

Ese mismo año, el Capítulo Superior aprueba los planos del santuario. El padre Giraudi expresa su deseo de que se vendan más terrenos, a fin de allegar fondos para la construcción.

Pasan los años. El padre Pedemonte ha vuelto de Cuba, y ha terminado su sexenio como director de la Boca. Ahora



Sesenta años elevando el cáliz de salvación...



La última fotografía del patriarca, a mediados de diciembre de 1961.

puede dedicar sus energías a cumplir la deuda. Despolvorea los planos, y los lleva a la Curia de La Plata. El Arzobispo, previo dictamen de la comisión técnica, los aprueba. Era el año 1943.

Y el 8 de diciembre de ese año, monseñor Germiniano Esorto, obispo de Bahía Blanca, bendijo y colocó la piedra fundamental. El padre Luis exultaba.

Es el 2 de agosto de 1945. Luego de una nota del inspector, padre Miguel Raspanti, que reconoce el cálculo de fondos disponibles, y previa aprobación de la Municipalidad de Quilmes, se da comienzo a las excavaciones.

Y como luego de la aventura del Asilo de Huérfanos, el padre Pedemonte estaba más libre, el 29 de enero de 1948 se le designa encargado oficial de las obras del santuario.

El infatigable apóstol, no obstante sus setenta y dos abries, emprende con juveniles bríos la obra en honor de su Virgen. En abril de ese año convoca a varios vecinos y devotos de la Guardia —don Juan Guastavino, don Celestino Bisi, el doctor José Caffarena, el escribano Sebastián Bagú...—, con quienes acuerda realizar una asamblea general de vecinos, para el 30 de mayo. Ese día, treinta conspicuos vecinos designan una comisión que asesorará al capellán del santuario.

En setiembre de 1948, el padre Florencio J. Martínez —a la sazón, al frente de la Oficina Técnica de Arquitectura Padre Eugenio Vespignani— termina los planos definitivos.

Ahora el templo lleva una cripta muy amplia. Huelga decir los infinitos viajes que tuvo que hacer el buen padre Luis, para conseguir la exención del pago de todos los derechos provinciales y municipales que gravan siempre a toda construcción; las idas y venidas para preparar el contrato con la empresa constructora, para hallar un ingeniero en quien confiar plenamente, para combinar las exigencias de los arquitectos y de la Oficina Técnica...

pasan por la nerviosa calle Belgrano vean quién fue el que sacó de apuros al dinámico padre del santuario.

Rezó muchas misas en ese subsuelo. Hasta que un día ya no pudo bajar las escaleras. A medida que los muros del templo se elevaban, sus fuerzas físicas declinaban...

Y cuando el cruzado de Dios, exhausto y agotado por mil campañas, debió dejar la tierra, vestidos con la estola sacerdotal volvieron sus restos a esa cripta donde el *Dies irae* hacía llorar a los fieles. Después se fueron. Pero deben volver. Ése es su lugar natural...

CAPÍTULO L

CREPÚSCULO Y OCASO

Todo lo humano tiene su ocaso. Desde la espuma que se deslíe y la mariposa que hoy es y mañana muere, hasta el hombre, todo pasa en este mundo... Y una de las penas a que no podemos sustraernos, es comprobar como los hombres que ayer eran luz para sí y para los demás, van entrando paulatinamente en la penumbra. Esa declinación de personas ilustres y talentosas que apreciamos, produce una tristeza inenarrable.

El padre Pedemonte, gracias a Dios, conservó incólumes sus facultades. Su mente fue siempre lúcida. Pero lo material, los sentidos, no pudieron evitar el quebranto de los años.

Para quienes lo conocimos en la plenitud de sus fuerzas, impresionaba en los últimos años el verlo sordo y olvidadizo. No le venía la palabra. No recordaba el nombre de las personas. Pero su sonrisa de santo la conservó hasta el último día. El famoso brillo de sus ojos profundos conservó también, si no todo, por lo menos mucho de su fulgor.

Los achaques fueron cada vez más frecuentes y más peligrosos. Salía de una enfermedad para caer en otra. Quiso Dios permitir las, para que también en eso nos sirviera de modelo. Porque si este sacerdote fue dechado de virtudes en las fatigas, no lo fue menos en el dolor. Su lecho fue una cátedra, desde donde él dictó sus mejores lecciones.

Debió ser operado. Él se preparaba a cada intervención como si fuera de cara a la muerte. Con toda seriedad. Pero una vez en el hospital, antes y después de las operaciones, era el ser más tranquilo, afable y alegre del mundo.

Huelga decir que no temía a la muerte. Quizá en los últimos años la deseó. Y abonan esta aserción los dos siguientes episodios:

En uno de sus postreros veranos, mientras los Salesianos estaban en Ejercicios, corrió la voz de que iban a dar la Extremaunción al padre Luis. Era que él, expresamente, la había pedido. Le pareció que no debía demorar más; y para no correr el riesgo de morir sin haber recibido ese sacramento con plena conciencia, solicitó y obtuvo del Director de la casa, que le administraran el óleo de los enfermos.

Acudieron a su alcoba todos los sacerdotes que hacían retiro. Y el ver al anciano luchador contestar tan serenamente a las preces del ritual, fue quizá para ellos la mejor de las meditaciones.

Pero hay otro episodio más expresivo, si cabe. A mediados de 1960, se hallaba también en cama. Los Superiores de Bernal, a fin de que no tuviera que subir escaleras, le habían preparado una pieza, con buena calefacción, en la planta baja y cerca de la portería. Así, sus buenas hijas, las religiosas del Instituto María Mazzarello, se turnarían para cuidarlo con la diligencia con que sólo una mujer puede hacerlo, y con el cariño con que sólo una hija es capaz de ejercitar esos piadosos menesteres.

Era en vísperas de la fiesta de Corpus. El padre Luis había rezado los Maitines de la gran fiesta eucarística, y había quedado largamente pensativo. Al cabo le dijo al clérigo que lo acompañaba, que, por favor, llamara al Padre Director.

El Superior acudió. Y el anciano, con su habitual sonrisa y su tranquila imperturbabilidad, le pidió la cosa más extraña que pueda imaginarse:

—Padre Director, ¿me permitiría usted rogar a Dios que me lleve el día de mañana, después de la procesión?...

El Director reflexionó un instante, y le dijo que si a él le parecía conveniente para su alma hacer esa súplica al Señor, que la hiciera. El padre Pedemonte agradeció, y le besó la mano, con esa humildad tan suya y tan sentida, que no lo abandonó nunca. El Director se fue. Y el santo varón quedó sumido en sus coloquios con Dios.

Al otro día fue Corpus. En las primeras horas de la tarde, el centro de Buenos Aires era una colmena de fieles que afluían a la plaza de Mayo, en torno a la cual se realiza todos los años la tradicional procesión con el Santísimo. Niños de todos los colegios católicos acudían con sus profesores. Los exploradores, con su banda, avanzaban marcialmente.

Entre todos los colegios fue también el colegio salesiano de Santa Catalina. Al frente de los alumnos iba el padre Juan Rago, catequista del colegio. Asistieron a la procesión devotamente. Terminada la alocución de circunstancias, los colegios se desbandaron. Todos marchaban ahora sin formar fila, y chanceando alegremente.

Un grupo de los de Santa Catalina se encaminó con el padre Rago a tomar el tren subterráneo, para viajar hacia Constitución. Bajaron las escaleras, cambiaron dinero, hicieron girar el molinete de entrada, y se detuvieron en el andén, para esperar el convoy.

En ese momento y en ese lugar, el Padre Catequista que

los acompañaba, y que había estado bromeando con los chicos hasta entonces, se desplomó. Algún médico que estaba cerca y varios comedidos lo ayudaron. Pero todos pudieron comprobar que no había nada que hacer: el padre Rago había muerto...

Ignoramos qué relación pueda haber entre aquel anhelo del padre Luis en ser él quien terminara sus días después de la procesión de Corpus, y el deceso del querido padre Rago; pero resulta significativa esa coincidencia.

Es cierto que el dolor purifica. Y esos achaques y dolencias que dieron con él en el lecho, esas enfermedades que lo crucificaron varias veces, sin duda purificaron su hermosa alma hasta hacerle ver cosas que antes no veía... *Beati mundo corde quoniam ipsi Deum videbunt.* (1)

Esto me lo sugiere otro episodio de las postrimerías de su vida. Había sido invitado por el Padre Inspector para que lo acompañara a la Patagonia meridional; así, mientras tenía el gusto de ver una vez más aquellos lugares fecundados con sus apostólicos sudores, los Hermanos tendrían un confesor de primer orden en los Ejercicios Espirituales que iban a hacer.

El viaje en avión fue espléndido. Hacían el retiro espiritual en la casa de Santa Cruz. Naturalmente, el frío era cruel. Los Superiores de la casa, a fin de que el padre Luis no experimentara sus efectos, pusieron a su disposición todos los elementos de calefacción de que disponían. Entre ellos, una estufa de carbón.

Uno de esos días, sucedió lo corriente. En la madrugada, la estufa no marchaba bien, y el padre Pedemonte despertó semiasfixiado. Quiso apagar el aparato que era la causa de su mal; pero ya no tenía fuerzas suficientes, y cayó pesada-

(1) Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. (Mateo, V, 8).

mente sobre la estufa, desvanecido... Apenas tuvo tiempo para invocar a sus Santos predilectos.

Y fue entonces cuando todos los Padres que dormían en la casa —eran las cuatro de la mañana...— oyeron una sirena. Su són era como un lamento, como esas fatídicas voces que se escuchan desde las redacciones de los diarios, cuando estalla una guerra o muere el Presidente.

Todos los Padres, sin excepción, acudieron a la alcoba del padre Luis, porque de ahí provenía el llamado. Entraron, levantaron el flácido cuerpo del anciano, lo pusieron en el lecho, llamaron al médico, éste lo atendió, y volvió en sí... Abrió los ojos y sonrió tranquilo... Estaba otra vez en este mundo.

El mismo pidió a los Religiosos, que fueran a dormir. Y se fueron; pero quedó uno de los Padres a hacerle compañía. Y narra él que fue entonces cuando el padre Pedemonte comenzó a hablar con una exaltación inusitada. Estaba como presa de una euforia insólita. Hablaba sin parar: recordaba sus andanzas por la Patagonia, por el Perú, por Cuba...

De repente se detiene, y le dice al Padre:

—Mira, vamos a rezar un Páter, Ave y Gloria por Giacomini, que necesita de nuestras oraciones... (2)

Rezaron juntos, y el padre Luis se durmió. Al Padre le quedó la curiosidad de saber qué necesidad había tenido el Padre Inspector del Ecuador. Por eso le escribió, para pedirle noticia de lo que había sucedido el día tal, a la hora tal, que correspondía a la hora cual en aquel remoto país. Y recibió respuesta...

A esa hora, el padre Giacomini estaba escribiendo una carta al Rector Mayor, porque acababa de ocurrir una catástrofe: el único coadjutor jíbaro —excelente religioso— acababa de sucumbir en un accidente de aviación en plena cordillera.

(2) El padre Pedro Giacomini, a la sazón era inspector en la república del Ecuador.

Sus restos aún no se habían hallado..., y con ellos se perdió buena parte del dinero con que contaba la Inspección.

¿Telepatía? Puede ser. Entra dentro de lo natural; pero también cabe algún atisbo sobrenatural...

Fue en esas horas crepusculares de su vida cuando maduró en el padre Pedemonte un proyecto exquisitamente generoso. Fue entonces cuando pensó en dotar a las madres de sacerdotes de ambos cleros y de religiosos y religiosas, y que se encontraran sin amparo, de un hogar seguro, del sustento necesario y de manos filiales que no solamente llevaran a las ancianitas una taza de caldo, sino también les prodigarán la caricia que los solitarios en la fría cumbre de la vejez tanto echan de menos.

Y diciendo y haciendo... Ahí, a cincuenta metros, estaba la casa de sus padres. ¿Qué mejor que trasformarla en hogar de madres de sacerdotes? Pero ¿quién las atendería?... Para eso había ya fundado el padre Luis su Instituto Laical María Mazzarello.

Consiguió permiso de los Superiores; estudió los planos que le confeccionaran ingenieros amigos, y cuando ya caminaba en tres piernas —las suyas y el bastón—, dio comienzo a esa postrera obra suya, que, por lo finamente caritativa, es como la quinta esencia de todas las muchas que realizó en su vida.

Vio excavar los cimientos, vio hacer la mezcla, vio como se elevaban los muros, vio techar buena parte del edificio; pero no lo vio terminado...

El viejo luchador ya estaba exhausto. Iba a cumplir ochenta y seis años.

En enero debía el autor de estas páginas viajar al Sur. Fue a despedirse del padre Pedemonte, y a ver cómo se hallaba. Lo encontró caminando plácidamente a la sombra de los muros del colegio de Bernal. Platicaba con cierta dificultad; pe-

re la cabeza le respondía como en sus mejores tiempos. Su sonrisa era la de siempre...

Nos bendijo, y nos fuimos. No imaginábamos que no lo volveríamos a ver. Y así fue. Allá en el Sur recibimos, el 8 de febrero, la tremenda noticia. La llama de esa vida se había extinguido dos meses antes de los ochenta y seis años.

No era posible llegar a tiempo para sus exequias. Pero cuando, días después, se celebraron funerales de séptima, escribimos, para esa ocasión, la palabra de la gratitud...

Sus restos fueron llevados al panteón de la familia, en Berazategui. Pero deben volver a Bernal. El lugar propio para ellos no puede ser otro que el imponente santuario de Nuestra Señora de la Guardia, que es como la concreción de su amor a la Virgen.

Y como el padre Pedemonte fue el cireneo que ayudó a otros a emprender el camino largo, empinado, pero glorioso, de los altares, Dios ha de querer que él encuentre otro cireneo que dé los pasos necesarios para que este DON BOSCO DE AMÉRICA, imitando una vez más a su Padre y dechado, pueda algún día ascender hasta las blancas cumbres donde sólo planean las águilas de la santidad...

Í N D I C E

<i>A manera de prefacio</i>	7
Capítulo 1º: Bajo el signo del milagro	11
Capítulo 2º: Comienza la senda	17
Capítulo 3º: Luis no desata, corta	22
Capítulo 4º: Catequista de bolsillo	30
Capítulo 5º: Con la luz de un deseo en la frente	36
Capítulo 6º: Catequista <i>pleno iure</i>	43
Capítulo 7º: A marcha forzada	49
Capítulo 8º: A la vera del Paraná	56
Capítulo 9º: Padre de los huerfanitos	61
Capítulo 10º: Señálale otra cumbre	66
Capítulo 11º: Frente a dos colosos	72
Capítulo 12º: El colegio, entonado	79
Capítulo 13º: Se le abre una puerta grande	84
Capítulo 14º: A modo de semblanza	91
Capítulo 15º: Hueso que te cupo en parte	98
Capítulo 16º: A toda máquina	104
Capítulo 17º: Buena terapéutica: Comodoro Rivadavia	109
Capítulo 18º: En buenas manos está el pandero	117
Capítulo 19º: De oruga a mariposa... ..	124
Capítulo 20º: Rabdomante de vocaciones	131
Capítulo 21º: Cultor de almas	138
Capítulo 22º: Entre dos sonrisas, una lágrima... ..	143

Capítulo 23º:	La Escuela Normal Popular	148
Capítulo 24º:	Con poco dinero y mucha fe	153
Capítulo 25º:	Libros y alpargatas	160
Capítulo 26º:	" <i>Che anai...</i> Amigo del indio"	165
Capítulo 27º:	Como el arco iris	172
Capítulo 28º:	Como el rey Midas... ..	177
Capítulo 29º:	Hermano y maestro	183
Capítulo 30º:	"Lo que Dios quiere, se hará..."	190
Capítulo 31º:	Como Don Bosco	196
Capítulo 32º:	La Iglesia sella su obra	201
Capítulo 33º:	Como las abejas	207
Capítulo 34º:	Rumbo a otros cielos	213
Capítulo 35º:	Bajo el palio rojo... ..	218
Capítulo 36º:	Confite, no merengue	223
Capítulo 37º:	Hacia la fosa de los leones	228
Capítulo 38º:	Con Don Bosco en el alma	234
Capítulo 39º:	La semilla del Caribe	239
Capítulo 40º:	<i>Intermezzo</i> trasandino	245
Capítulo 41º:	"Riposaremos in paradiso..."	251
Capítulo 42º:	La perfecta alegría	257
Capítulo 43º:	Fundador y Padre	262
Capítulo 44º:	Forjador de santos	268
Capítulo 45º:	Compañero de ruta	274
Capítulo 46º:	Feliz entre los huérfanos	280
Capítulo 47º:	Contradicciones y escaramuzas	286
Capítulo 48º:	"Hacerlo con alegría..."	292
Capítulo 49º:	El santuario de Bernal	302
Capítulo 50º:	Crepúsculo y ocaso	308

Se acabó de imprimir
el 25 de abril de 1963,
en las
Escuelas Gráficas Pío IX,
Don Bosco 4002,
Buenos Aires (Argentina).

